





TUTANKHAMÓN EN ESPAÑA  
HOWARD CARTER, EL DUQUE DE ALBA  
Y LAS CONFERENCIAS DE MADRID



PREMIO MANUEL ALVAR DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS 2017

MYRIAM SECO ÁLVAREZ  
JAVIER MARTÍNEZ BABÓN

# TUTANKHAMÓN *en España*

HOWARD CARTER, EL DUQUE DE ALBA  
Y LAS CONFERENCIAS DE MADRID



*f)L* Fundación José Manuel Lara

Obra galardonada con el Premio Manuel Alvar de Estudios Humanísticos 2017  
convocado por la Fundación Cajasol y la Fundación José Manuel Lara

Formaron el jurado, reunido el 1 de marzo de 2017:  
Antonio Cáceres, Jacobo Cortines Torres, Ignacio F. Garmendía, Alberto González Troyano,  
Joaquín Pérez Azaústre, Nativel Preciado y Rafael Valencia

**Fundación** | **Cajasol**

La Fundación José Manuel Lara agradece la generosa colaboración de la Casa de Alba  
y de la Residencia de Estudiantes, que han cedido textos y documentos de sus archivos  
respectivos para la edición de la obra

Primera edición: junio, 2017

© Myriam Seco Álvarez y Javier Martínez Babón, 2017

© Fundación José Manuel Lara, 2017

Avda. de Jerez, s/n. Edif. Indotorre. 41012 Sevilla (España)

Diseño y maquetación: milhojas. servicios editoriales

Fotografía de cubierta: Howard Carter limpiando los ungüentos pegados al tercer ataúd de Tutankhamón  
(Griffith Institute del Ashmolean Museum)

Fotografía de portada: Howard Carter ante la puerta de una de las capillas situadas en el interior de  
la cámara funeraria (Griffith Institute del Ashmolean Museum)

Fotografías de interiores: Archivo Casa de Alba, Archivo de la Residencia de Estudiantes, Griffith  
Institute del Ashmolean Museum, Museo Egipcio de El Cairo, Hemeroteca de ABC, archivo personal  
de los autores

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta  
obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la  
ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear  
algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Dep. Legal: SE 1009-2017

ISBN: 978-84-15673-64-4

Printed in Spain - Impreso en España

# ÍNDICE

DON JACOBO Y EGIPTO <i>por Carlos Fitz-James Stuart y Martínez de Irujo</i> . . . . .	9
HOWARD CARTER EN MADRID <i>por Hisham el-Leithy</i> . . . . .	11
TUTANKHAMÓN EN ESPAÑA	
INTRODUCCIÓN . . . . .	17
1. TUTANKHAMÓN Y EL GOBIERNO DE EGIPTO . . . . .	21
2. ASPECTOS BIOGRÁFICOS SOBRE LA FIGURA DE HOWARD CARTER . . . . .	29
3. EL DESCUBRIMIENTO DE LA TUMBA . . . . .	37
4. TUTANKHAMÓN Y EL MITO DE LAS MALDICIONES EGIPCIAS . . . . .	47
5. EL DUQUE DE ALBA Y EL COMITÉ HISPANO-INGLÉS . . . . .	53
6. PRIMERA VISITA A ESPAÑA: LAS CONFERENCIAS DE LOS DÍAS 24 Y 26 DE NOVIEMBRE DE 1924 . . . . .	61
7. LA ENTREVISTA DE RAFAEL VILLASECA A HOWARD CARTER EN EL DIARIO ABC . . . . .	75
8. REPERCUSIÓN DE LAS CONFERENCIAS CELEBRADAS EN NOVIEMBRE DE 1924 . . . . .	83
9. RELACIÓN EPISTOLAR ENTRE EL ARQUEÓLOGO Y EL DUQUE CONSERVADA EN EL ARCHIVO DEL PALACIO DE LIRIA . . . . .	91
10. SEGUNDA VISITA A ESPAÑA: LAS CONFERENCIAS DE LOS DÍAS 20 Y 22 DE MAYO DE 1928 . . . . .	103
CONCLUSIONES . . . . .	123
NOTAS . . . . .	129

BIBLIOGRAFÍA . . . . . 139

AGRADECIMIENTOS. . . . . 145

ANEXOS

CONFERENCIAS DE MR. HOWARD CARTER SOBRE EL  
DESCUBRIMIENTO DE LA TUMBA DE TUT-ANKH-AMEN . . . . . 149

LA TUMBA DE TUT-ANKH-AMEN  
LA SEPULTURA DEL REY Y LA CRIPTA INTERIOR . . . . . 197

## DON JACOBO Y EGIPTO

Podemos imaginar fácilmente la escena, la emperatriz Eugenia con sus queridos sobrinos Jacobo, Hernando y Sol, los hijos de su añorada hermana Paca, narrándoles historias familiares, de Carmen y de Mérimée, de la reina Victoria de Inglaterra, del esplendor de la corte francesa, pero sin duda debieron de quedar boquiabiertos cuando les contó su viaje a Egipto para inaugurar el Canal de Suez, el esplendor de la representación de *Aida* ante las pirámides o el universo de fantasía que pudo conocer.

Resulta sugerente pensar que esas y otras historias estimularan la imaginación del joven don Jacobo, haciéndole concebir el deseo de ir a Egipto hasta que finalmente pudo satisfacerlo en el lejano 1910. Lamentablemente desconozco los pormenores de ese viaje, pero estoy seguro de que no se sintió defraudado sino más bien al contrario, y de que fue una experiencia que le marcaría para siempre, iniciándole en una de sus pasiones, la arqueología, pues en adelante se convirtió en impulsor entusiasta de muchas de las grandes empresas culturales durante la llamada Edad de Plata de la cultura española. Don Jacobo participó en la Junta Superior de Excavaciones, en el Patronato de las Cuevas de Altamira, en la creación de la primera cátedra de Historia de la Arqueología y fue amigo de arqueólogos de la talla de Breuil y de Obermaier.

Sin embargo, siempre reservó a Egipto un lugar especial, viajando allí cuando las circunstancias históricas o personales no se lo impidieron, pues durante los primeros años del siglo XX el viaje en sí mismo constituía una verdadera aventura, a la vez que requería una gran disponibilidad de tiempo y de medios económicos.

Otra constante de la vida de don Jacobo fue llevar a Egipto a sus personas más queridas, pues parece que sentía verdadera necesidad de compartir con ellas sus sensaciones sobre el terreno, así en 1920 en compañía de su esposa la duquesa Rosario, Totó, durante su viaje de bodas, donde debió de conocer a Carter y entablar una buena

relación con una personalidad que no tenía precisamente fama de amigable. Posteriormente aún tendría una nueva ocasión de viajar a Egipto, en 1933, con su pequeña hija Cayetana.

Estas y otras anécdotas están contadas de forma muy amena por los autores de este libro, entre ellas las vicisitudes del Comité Hispano-Inglés, concebido para servir de puente en las relaciones entre España y el Reino Unido, con el apoyo entusiasta del duque. No cabe duda de que fue un enorme logro conseguir la presencia en España de Carter, después del trascendental descubrimiento de la tumba de Tutankhamón. Don Jacobo se implicó personalmente en la empresa y desde luego dice mucho a favor de su interés por el asunto el que ambos viajaran juntos desde París a Madrid.

Los periódicos de la época y hasta las crónicas de sociedad transmiten la expectación que despertó en la capital de España la visita del gran egiptólogo y el éxito apoteósico de las dos conferencias que impartió, siempre en compañía del duque don Jacobo.

Escrito por arqueólogos con una larga experiencia de excavaciones en Egipto, que conocen bien su trabajo y demuestran una gran pasión por la historia de la disciplina, este libro rinde un merecido tributo de gratitud a personas como don Jacobo y otros amigos que contribuyeron al nacimiento y desarrollo de la arqueología en España con su afición y sus relaciones personales.

*Carlos Fitz-James Stuart y Martínez de Irujo,  
duque de Alba*

## HOWARD CARTER EN MADRID

El descubrimiento de la tumba de Tutankhamón reescribió la historia del Antiguo Egipto por la cantidad de tesoros encontrados en ella. Howard Carter fue la primera persona que entró en la tumba desde que fuera sellada después del enterramiento del niño rey Tutankhamón. La impresión del sellado aún se conservaba en la puerta de entrada a la cámara funeraria. Las piedras que bloqueaban la entrada a la cámara funeraria se habían cubierto con yeso en el cual, cuando estaba aún húmedo, se hicieron unas 150 impresiones. Estas se extendían por toda la superficie de la entrada, de modo que era imposible que cualquier acceso a la cámara pasara desapercibido. Este era el procedimiento habitual entre los egipcios para asegurar las tumbas. Impresiones similares fueron hechas en el sellado de la primera y la segunda puerta (en el extremo del corredor descendente) y en la puerta que da acceso al nicho (allí eliminado por los ladrones y no sustituido). Algunos de los sellos llevan el nombre del Tutankhamón, otros eran sellos oficiales de la necrópolis (etiqueta de una de las fotos expuestas en la réplica de la tumba de Tutankhamón, situada cerca de la casa de Howard Carter en el oeste de Luxor).

Es la única tumba real casi intacta, lo cual constituye algo excepcional. La historia está llena de ejemplos de saqueos de tumbas. El *papiro Abbott*, llamado «papiro de los ladrones de tumbas», se conserva en el Museo Británico con el número 10221. En él se describe un listado de las tumbas inventariadas por Pawero tras haber sido robadas. La comisión examina 10 tumbas reales, 4 tumbas de cantoras de las Divinas Adoratrices y las tumbas de los ciudadanos de Tebas. El resultado de la investigación indicaba que fueron violadas la tumba del rey Sobekemsf II, del Segundo Período Intermedio; dos de las tumbas de las cantoras de las Divinas Adoratrices, y todas las tumbas de los habitantes de Tebas.

Otro acontecimiento importante ocurrió en 1881, cuando se descubrió la «*cachette* real» en Tebas. En ella se encontraron las momias

de los faraones más importantes del Reino Nuevo que habían sido recuperadas tras el saqueo de sus tumbas.

Este libro trata de varios aspectos de Howard Carter y de la tumba (KV 62) de Tutankhamón, el faraón dorado. Un primer aspecto a subrayar es cómo el gobierno egipcio tomó este descubrimiento y cómo este descubrimiento fue fundamental para los ingresos del país. El libro también recrea las dos visitas que hizo Howard Carter a España. La primera tuvo lugar entre los días 24 y 29 de noviembre de 1924, y la segunda entre el 20 y el 24 de mayo de 1928. Howard Carter impartió cuatro conferencias y en ellas describió los detalles del descubrimiento.

Howard Carter visitó España gracias a una invitación del XVII duque de Alba, gran personalidad que fomentó la cultura y las artes en la primera mitad del siglo XX. Tutankhamón los unió en una amistad que se prolongaría a lo largo del tiempo.

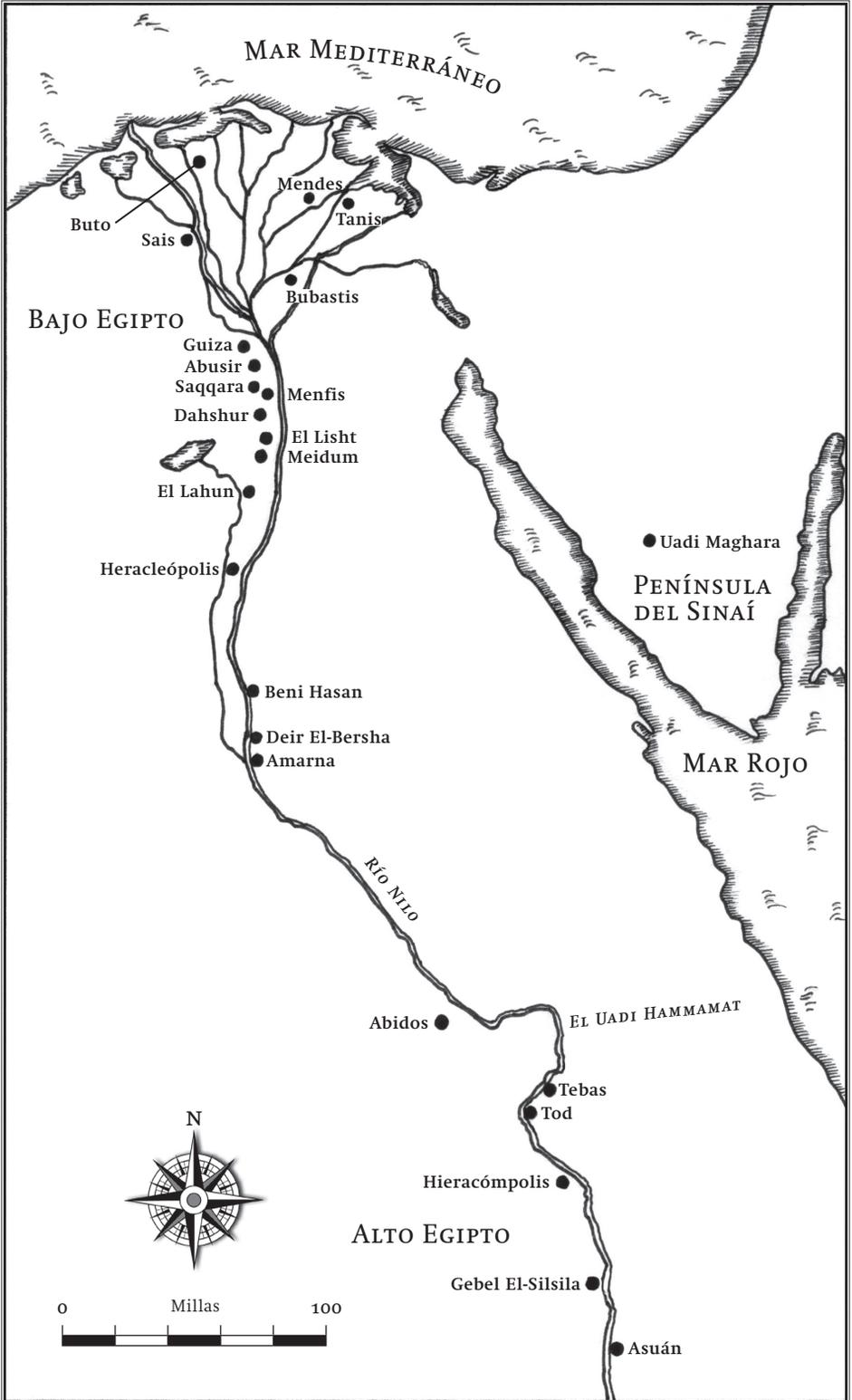
Carter habló en sus conferencias sobre los objetos encontrados en la tumba de Tutankhamón y mostró a la audiencia las escaleras de entrada, el pasaje descendente, la antecámara y sus tesoros, así como la cámara funeraria con sus doradas arcas donde se encontraba el sarcófago: «el ataúd exterior recubierto de oro, afectando la forma de una estatua yacente del joven rey, simbolizando Osiris, o bien –a juzgar por su mirada contemplativa, exenta de todo temor– la confiada esperanza de los antiguos en la inmortalidad», en palabras de Carter.

Creo que el momento más importante e inolvidable de la vida de Carter tuvo que ser cuando entró en la antecámara el día 26 de noviembre de 1922: «Aplicamos entonces un candil encendido, la prueba y precaución necesaria siempre contra posibles gases peligrosos, y luego, ensanchando el agujero un poco, introduje la luz y escudriñé el interior. Lord Carnarvon, lady Evelyn y Callender estaban de pie detrás de mí, deseosos de oír cualquier noticia. Al principio no pude ver nada, por el aire caliente que al escapar de la cámara hacía oscilar la llama del candil, hasta que, yendo gradualmente los ojos acostumbrándose a aquella luz, surgieron lentamente de las tinieblas los detalles del interior del cuarto, animales extraños, estatuas, y oro, por dondequiera el brillo del oro. Durante un momento –una eter-

nidad debió de parecerles a los demás– me quedé atónito. Cuando lord Carnarvon, incapaz de contener la impaciencia por más tiempo, preguntó ansiosamente: «¿Ve usted algo?», todo lo que puede contestar fue: «Sí, cosas maravillosas» (Paul Collins and Liam McNamara, *Discovering Tutankhamun*, Oxford, 2014, 32).

Las «cosas maravillosas» que Carter vio incluyen la mayor colección de antigüedades egipcias jamás descubierta. Pero esto únicamente fue la punta del iceberg. Todavía no sabía si se trataba de «una tumba o una *cachette*», pero sí apreció una prometedora puerta sellada entre dos estatuas. Numerosos meses fueron necesarios para catalogar lo encontrado en la antecámara y le costó diez años aclarar completamente el contenido de la tumba y sus tesoros.

*Dr. Hisham el-Leithy,  
director general del Centro de Documentación  
de Antigüedades Egipcias, Ministerio de Antigüedades*



TUTANKHAMÓN EN ESPAÑA

HOWARD CARTER, EL DUQUE DE ALBA Y LAS  
CONFERENCIAS DE MADRID



## INTRODUCCIÓN

Como ocurre cíclicamente, Tutankhamón vuelve a estar de moda. En esta ocasión no se trata del descubrimiento de piezas relacionadas con su ajuar, de nuevas interpretaciones o teorías sobre su muerte o de una exposición internacional sobre su legado, sino que la cuestión gira en torno a los posibles escondites que guarda su tumba y lo que en ellos puede haber. Y seguirá siendo un tema recurrente en el próximo año, cuando se inaugure una parte del nuevo Museo Egipcio, construido en Guiza, que albergará los tesoros de la tumba, los cuales están siendo trasladados actualmente desde las antiguas instalaciones.

Ambos autores estuvimos en la rueda de prensa celebrada el día 28 de noviembre de 2015 en la conocida como Casa Carter, situada al Oeste de Luxor, en la entrada del camino que conduce al Valle de los Reyes (foto 1). En aquel acto hablaron el ministro de antigüedades egipcio Mamdouh al-Damaty, el egiptólogo británico Nicholas Reeves y el ingeniero japonés Hirokatsu Watanabe. Ante estudios preliminares sobre los resultados que tecnologías modernas de escáner habían aportado, los tres remarcaron el alto porcentaje de probabilidades que había sobre la existencia de dos cámaras secretas en la KV 62, la tumba de aquel joven faraón. Aun así, destacaron que eran necesarias más investigaciones antes de tomar una decisión firme a la hora de elegir un punto de perforación que permitiera llevar a término la comprobación definitiva. Hoy día se han producido cambios en la administración egipcia y el nuevo ministro de antigüedades ha frenado el desarrollo del proyecto.

A aquel evento, que levantó extraordinaria expectación mediática en todo el mundo, hay que añadir otras dos celebraciones, de las cuales también fuimos testigos y que de alguna manera están relacionadas con determinados contenidos de esta obra. La primera fue una conferencia de 2009 que el Dr. Zahi Hawass pronunció en la Casa de los Pinelo, sede de la Real Academia de Bellas Artes Santa Isabel

de Hungría, en Sevilla. En aquel acto, propiciado por don Antonio López Martínez, se conocieron personalmente el conferenciante y doña Cayetana Fitz-James Stuart, duquesa de Alba, la cual evocó que durante su infancia había estado en Egipto con su padre. Tres años más tarde, en 2012, el Servicio de Antigüedades organizó una cena de gala para recordar el XC aniversario del descubrimiento de la tumba de Tutankhamón. Aquella entrañable conmemoración, que tuvo lugar en los jardines de la Casa Carter y a la que también asistimos, contó con la presencia de las más altas autoridades culturales de Egipto y de los descendientes de lord Carnarvon.

El nexo que da sentido a los tres actos mencionados se encuentra en la predisposición y voluntad del embajador de España en El Cairo, don Arturo Avello Díez del Corral. El diplomático facilitó el contacto con el actual duque de Alba, don Carlos Fitz-James Stuart, a fin de poder estudiar documentos del archivo familiar, ubicado en el palacio de Liria, relacionados con las dos visitas que Howard Carter realizó a España en los años 1924 y 1928. El motivo por el cual hay documentación al respecto se debe a que don Jacobo, padre de doña Cayetana, fue persona fundamental para que el célebre arqueólogo inglés pronunciara cuatro conferencias en Madrid. Y con toda probabilidad dispondríamos de más información si no se hubiera destruido una ingente cantidad de materiales durante la desgraciada Guerra Civil.

No se trata de un tema desconocido. Las disertaciones que el descubridor de la tumba de Tutankhamón impartió en la capital de España fueron publicadas en su momento por la Residencia de Estudiantes, institución que colaboró en la organización de la visita. Además, fue comentada y ampliamente difundida por la prensa del país la presencia de Carter en prestigiosos museos de la capital, en el Palacio Real, donde sería recibido por el rey Alfonso XIII, en Toledo y en diversas cenas de homenaje. A partir de las mencionadas publicaciones de la Residencia de Estudiantes y de las numerosas informaciones periodísticas de la época, se han escrito interesantes artículos, entre los que destacan los de Rueda Muñoz de San Pedro<sup>1</sup> y Esther Pons Mellado<sup>2</sup>. También cabe subrayar una síntesis sobre las visitas a España del arqueólogo británico, cuyo autor es Luis Manuel

Gonzálvez Ortega<sup>3</sup>, conservador del Museu Egipci de Barcelona, en la que aporta una fotografía sobre la dedicatoria que Howard Carter hizo al conde Gimeno en el primer volumen de *The Tomb of Tut-Ankh-Amen*, publicado en Londres en 1923. El aristócrata fue su traductor al castellano y el libro forma parte de la colección del citado museo. En 2010 apareció un último trabajo sobre este tema, escrito por José Manuel Galán Allué, donde el autor realiza un resumen sobre las visitas, con profusión de fotos, e incluye algunos documentos y la traducción de las conferencias llevada a término por la Residencia de Estudiantes<sup>4</sup>.

Obviamente, las publicaciones sobre la tumba de Tutankhamón y la figura de Howard Carter se cuentan por docenas y, a lo largo del libro, son citadas algunas de las más representativas. También la figura de don Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó, el duque de Alba, que fue responsable de numerosas actividades culturales y buen amigo de Carter, ha sido objeto de atención, según evidencian algunos artículos y una reciente biografía novelada de Emilia Landaluze<sup>5</sup>. Sin embargo, desde estas líneas consideramos necesaria una biografía en profundidad sobre una de las personalidades españolas más ilustres e interesantes de la primera mitad del siglo XX.

Algunos libros se refieren a la relación epistolar que mantuvieron el duque y Carter, entre los que destaca el que escribió T. G. H. James<sup>6</sup>, pero hasta ahora no se había realizado un trabajo que incluyera todas las misivas hasta hoy conservadas en el archivo del palacio de Liria.

La obra que presentamos propone una ampliación de lo ya publicado sobre la estancia del descubridor de la tumba de Tutankhamón en Madrid a partir de las siguientes consideraciones: la figura del duque de Alba como promotor de la cultura y amigo personal de Howard Carter, el Comité Hispano-Inglés como catalizador de intercambios culturales entre ambos estados y, obviamente, la institución que junto a la Residencia de Estudiantes facilitó la presencia del arqueólogo, y la extraordinaria repercusión que las conferencias tuvieron en la capital o más tarde en muchas ciudades de la geografía española. Durante aquellos años, la creciente expectación suscitada

por el descubrimiento de la famosa tumba del joven rey fomentó un interés por la antigua cultura que, lamentablemente, no tendría continuidad ni se vería reflejado de manera fidedigna en el ámbito universitario español de épocas posteriores.

El libro aporta documentos, algunos inéditos y otros poco conocidos, entre los que destacan las presentaciones que el duque de Alba realizó en las conferencias, la lista original de instituciones de distintas partes de España que solicitaron el envío de diapositivas de la tumba, y cartas manuscritas que Howard Carter envió a don Jacobo. También incluye fotografías, mapas y precisiones sobre política, cultura y religión que faciliten la comprensión de determinados aspectos relacionados con el antiguo Egipto.

Como ya se ha señalado, el archivo conserva una lista de instituciones y entidades que solicitaron materiales cedidos por Howard Carter para presentarlos en sus respectivas ciudades. Sería interesante que, desde los correspondientes ámbitos locales, se efectuaran rastreos que permitieran recuperar informaciones relacionadas. Cualquier dato en este sentido será útil para complementar la reconstrucción de unos acontecimientos que, en su momento, alcanzaron gran magnitud.

Por último, conviene señalar que en esta obra no se valoran algunas opiniones de Howard Carter que, debido al paso del tiempo y a los descubrimientos posteriores, podrían ser discutibles.

## 1. TUTANKHAMÓN Y EL GOBIERNO DE EGIPTO

Muchas son las incógnitas que todavía rodean la efímera vida de aquel faraón de la dinastía XVIII, tanto desde el punto de vista político como personal<sup>1</sup>. Durante años se ha especulado sobre sus orígenes familiares, y la causa de su muerte ha dado pie a numerosas teorías y conjeturas, algunas de ellas muy fantasiosas.

El joven rey ocupó el trono en una época convulsa y adversa para los intereses políticos y económicos de Egipto. El vasto imperio construido por Tutmosis III (1490-1436 a. C.) y defendido, tanto en paz como en guerra, por sus sucesores Amenofis II (1438-1412 a. C.), Tutmosis IV (1412-1402 a. C.) y Amenofis III (1402-1364 a. C.), se tambaleó en tiempos de Amenofis IV (1364-1347 a. C.), faraón que llevó a cabo profundas reformas en Egipto bajo los brazos del disco solar Atón, aspecto divino elevado a la máxima expresión de la religiosidad del Estado. Si bien determinada literatura ha trazado una visión amable de aquel monarca, buscando una inexistente bondad que justificaba su monoteísmo y una ficticia posición pacifista frente a enemigos foráneos, fuentes iconográficas y epigráficas demuestran que bajo su gobierno seguiría la misma parafernalia propagandística y militarista de sus antecesores, y se utilizarían métodos represivos contundentes, llegando incluso al empalamiento de varones nubios pertenecientes a un grupo itinerante<sup>2</sup>.

Enfrentado al poderoso sacerdocio del dios tebano Amón, Amenofis IV decidió cerrar sus templos, confiscar sus bienes y destruir todo aquello que tuviera que ver con aquella importante deidad. Además, cambiaría su propio nombre por el de Akhenatón y trasladaría la capitalidad de Tebas a una ciudad nueva, llamada «El Horizonte de Atón», que fue construida en Tell el-Amarna, zona ubicada en pleno Egipto central. Semejantes disposiciones debilitaron las estructuras administrativas del país, ya que el faraón apartaría de responsabilidades a todo aquel que no fuera devoto del nuevo orden religioso y promocionaría jerárquicamente a sus seguidores, aunque se tratara

de individuos de limitados conocimientos o capacidades. Un ejército formado por un nutrido grupo de mercenarios asiáticos, libios y nubios garantizaría que todos los cambios se llevaran a cabo sin excesivos sobresaltos en la dinámica política del país.

En política exterior, el gobierno de Akhenatón fue desastroso para los intereses políticos y económicos de Egipto. El faraón se inhibió ante las acometidas de los ejércitos hititas, dirigidos por su rey Suppiluliuma, contra los mitannios, antiguos enemigos y posteriores aliados de la Casa Real a partir de los tiempos de Tutmosis IV, de manera que el mapa geopolítico asiático basculó en beneficio de la emergente potencia anatólica e iría en progresivo detrimento del imperio nilótico. Aquel desinterés acabaría comportando luchas entre súbditos asiáticos, la pérdida de la provincia siria de Amurru, que era el baluarte más septentrional de los dominios egipcios, y la derrota de una tropa enviada a finales de su reinado, cuando era demasiado tarde para frenar a las huestes y a los aliados de Suppiluliuma<sup>3</sup>.

Durante los últimos años de su gobierno, Akhenatón nombró regente a su hija Neferneferuatón y establecería también una coregencia con un personaje llamado Semenkhare, del cual poco se sabe. Se ha barajado la posibilidad de que se tratara de un hermano del rey, la célebre Nefertiti o, incluso, alguna de sus hijas designada como «faraón» destinado a heredar el trono y, por lo tanto, a mantener los cambios en Egipto<sup>4</sup>. En cualquier caso, el ardid político no funcionaría puesto que Semenkhare moriría antes que el propio Akhenatón.

Tras la muerte del devoto de Atón, el trono sería para Tutankhatón, un niño de unos diez años al que habían casado con Ankhesenpaatón, una de las hijas del difunto monarca y Nefertiti.

Durante muchos años los investigadores no han tenido evidencias sólidas sobre su origen familiar, si bien una de las hipótesis más aceptadas indicaba que era un hijo de Akhenatón y Kiya, reina cuyo protagonismo en la historia habría quedado eclipsado por la fuerza de la propia Nefertiti<sup>5</sup>. Recientes estudios de ADN en momias reales parecen indicar que el joven rey era hijo de Akhenatón y una hermana suya, de la cual se desconoce el nombre y cuya momia había sido

trasladada a la KV 35, perteneciente al rey Amenofis II<sup>6</sup>. En aquella tumba real y en un escondite de Deir el-Bahari fueron piadosamente depositados los cadáveres de miembros de la Casa Real del Reino Nuevo por sacerdotes de la dinastía XXI, a fin de evitar su profanación.

El nuevo soberano sería tutelado por Aya, uno de los personajes más ambiciosos e influyentes de la Corte amarniense, y debería abordar una desastrosa situación tanto en política nacional como internacional.

Siguiendo los consejos de su preceptor, Tutankhatón promulgaría un decreto según el cual el dios Amón recuperaba la preeminencia entre las divinidades egipcias, eran devueltos los bienes confiscados a su templo y la capitalidad religiosa regresaba a Tebas, abandonando para siempre «El Horizonte de Atón», ciudad que se degradaría con notable rapidez. Asimismo, el nombre de nacimiento del soberano pasaría a ser Tutankhamón y el de su esposa Ankhesenamón. De esta manera, en los nombres de la propia pareja real cristalizaría también el cambio de Atón por Amón. Otra modificación de relevancia sería la recuperación de la gran ciudad de Menfis, situada en el norte del país, como capital administrativa del imperio.

A pesar de su corto gobierno (1347-1338 a. C.), hay evidencias de la huella dejada por este rey en distintas partes de Egipto, si bien en la antigua Tebas, actual ciudad de Luxor, son más notorias. Estatuas y estelas del faraón fueron encontradas en el complejo arquitectónico de Karnak (foto 2), donde ordenó la finalización de una avenida de esfinges entre el décimo pilono, monumental entrada que sería terminada en tiempos de Horemheb, y el templo de la diosa tebana Mut<sup>7</sup>. Además, algunos bloques con su nombre de entronización parecen indicar que durante sus años en el poder se erigieron, al menos, dos capillas en aquel recinto sagrado y se efectuaron labores de restauración en conjuntos arquitectónicos de Amenofis III que habían sido construidos en aquel inmenso espacio religioso. También en el templo de Luxor hay destacables vestigios de su obra: los relieves de la fiesta de Opet, esculpidos en los muros este y oeste del sector que conduce al peristilo, así como una estatua con su nombre encontrada en la *cachette* descubierta en 1989. Los relieves serían pos-

teriormente usurpados por el general Horemheb cuando este, una vez sentado en el trono, se dedicó a perseguir la memoria de sus antecesores directos<sup>8</sup>.

Tanta actividad constructiva en poco tiempo permite suponer que había una manifiesta intencionalidad de congraciar la monarquía con la ciudad de Tebas y su preeminente divinidad Amón.

Lejos del ámbito tebano, dinteles y estelas encontrados en la zona menfita demuestran el interés del faraón por embellecer la nueva capital administrativa, en cuyo *Serapeum* sería enterrado, durante su gobierno, un buey Apis, encarnación bovina del dios menfita Ptah, según señalan vasos canopos conservados en el Museo del Louvre. También se hallaron objetos con el nombre del rey en lugares tan dispares como Guiza, Abusir, Akhmin o Abydos. A estos materiales se podrían añadir otros, descontextualizados arqueológicamente y repartidos en museos de distintas partes del mundo, así como extraordinarias tumbas, entre las que destacan las del tesorero Maya, hombre de confianza del rey, y el general Horemheb, comandante en jefe del ejército, construidas en la ya entonces milenaria necrópolis de Saqqara<sup>9</sup>.

En política exterior, su gobierno estuvo marcado por las consecuencias de la desidia de Akhenatón en el tablero geopolítico asiático. Las posesiones limítrofes con los territorios invadidos por los hititas sufrieron ataques y saqueos por parte de aliados de estos. Aquella constante presión armada obligaría a enviar al ejército, aunque con nulo resultado<sup>10</sup>. Más plácida sería la panorámica política en tierras sudanesas, que formaban parte del imperio desde su definitiva conquista en tiempos de Tutmosis III. Hay vestigios de actividades arquitectónicas, básicamente para restaurar o ampliar obras construidas bajo gobiernos de sus antecesores, en lugares como Faras, Soleb y Kawa. Son relevantes inscripciones con su nombre en grandes leones de granito rojo esculpidos en tiempos de Amenofis III, procedentes del templo de Soleb, que fueron encontrados por los arqueólogos en la lejana zona de Guebel Barkal, cerca de la cuarta catarata del Nilo.

Vistasas pinturas en la tumba del virrey de Kush, Huy, construida en la zona de la necrópolis tebana conocida como Qurnet Muray y

hoy día abierta al público, muestran la llegada de variados y ricos productos desde los dominios meridionales del imperio<sup>11</sup>.

Una caja decorada de la tumba del faraón permite observar al faraón en su carro de guerra cargando, en un lado, contra enemigos asiáticos y, en el otro, contra nubios (foto 3). Estas escenas bélicas representan una situación alejada de la realidad, pues difícilmente un adolescente hubiera podido dirigir a los soldados en el campo de batalla. La presentación del monarca como adalid guerrero que vencía y aplastaba a sus enemigos formaba parte de la propaganda que lo retrataba como gran defensor del pueblo egipcio. A semejante iconografía militarista simbólica cabe añadir la escasa actividad bélica de aquella época, en comparación con fases históricas precedentes, y algunas consideraciones sobre la condición física de este rey que serán mencionadas más adelante.

La muerte de Tutankhamón ha estado envuelta por un halo de misterio que ha llegado hasta nuestros días. Lamentablemente, su momia fue hallada en un estado deficiente a causa del abuso de productos destinados, paradójicamente, a su preservación. Durante muchos años esta circunstancia dificultó su estudio y motivó que se fueran desgranando diversas y contradictorias teorías en torno al deceso. Un trágico accidente de carro, el asesinato por oscuros intereses políticos, una penosa enfermedad o un ataque epiléptico han sido cuatro de las propuestas más significativas. A través del *Tutankhamun Family Project*, llevado a término entre los años 2007 y 2009, parece haberse aclarado sustancialmente este tema: minuciosos análisis indican que el joven faraón pudo sufrir la enfermedad de Köhler, que le habría provocado una progresiva degeneración de los huesos. Este dato explicaría la gran cantidad de bastones que fueron hallados en su tumba. También la malaria se cebó en él, sin descartar problemas de orden genético derivados de antecedentes de consanguinidad familiar<sup>12</sup>.

Tutankhamón murió sin dejar un heredero al trono. Aquella situación era propicia para que alguien del círculo monárquico, administrativo o militar, con suficiente ambición y valentía, se postulara como sucesor. Y el personaje que aprovecharía mejor la ocasión sería

un anciano Aya (1337-1333 a. C.), aunque su tránsito hacia la entronización no sería fácil. En los archivos de Hattusas, la capital hitita, fue encontrada una carta de la reina viuda dirigida al soberano anatólico, cuyos actos de hostilidad contra intereses faraónicos habían sido manifiestos, solicitándole el envío de uno de sus hijos a fin de contraer matrimonio y establecer una firme alianza entre las dos potencias<sup>13</sup>. Superado el estupor inicial, el monarca hitita decidió enviar a uno de sus príncipes, cuyo nombre era Zananza. Sin que se conozcan las causas, el joven murió durante el viaje. El dirigente anatólico culpó a los egipcios de la muerte de su vástago e inició una gran ofensiva militar que únicamente quedaría frenada por una epidemia de peste que propagaron soldados faraónicos apresados. Este episodio histórico, dotado de curiosos tintes novelescos, ha sido ampliamente debatido por los especialistas, ya que el nombre del monarca egipcio en los documentos hititas no es fácil de interpretar. Algunos consideran que semejante situación habría tenido lugar tras la muerte de Akhenatón, si bien la mayoría se decanta por ubicarla después del fallecimiento de Tutankhamón<sup>14</sup>.

A pesar del grave contratiempo, Aya logró el reconocimiento oficial al casarse con Ankhnesenamón, la reina viuda, a la cual la jugada política con los hititas no le había salido bien, y gobernaría durante cuatro años. El anciano que devino faraón designó como sucesor a un general llamado Nakhtmin, aunque quien acabaría sucediéndole en el trono, sin que se conozcan los detalles del ascenso, sería el general Horemheb<sup>15</sup>. A pesar de la falta de información precisa, la militarización de las estructuras administrativas del país que promovió el nuevo monarca y la persecución de la memoria de sus rivales políticos sugieren que se produjo un golpe de Estado.

Horemheb (1333-1306 a. C.) dirigió el país como si se tratara de un cuartel militar y renegó de una época que había comenzado con Akhenatón, continuaría con Tutankhamón y finalizó con Aya. En su objetivo por pretender que la historia uniera su gobierno al del gran Amenofis III, inició el desmantelamiento de los templos de Akhenatón, usurpó la obra de Tutankhamón (foto 4) y, como ya se ha indicado, destruyó la memoria de sus enemigos políticos Aya y Nakhtmin.

Rastros de su inquina se pueden seguir en la tumba de Aya, la número 23 del Valle de los Monos, con la destrucción del rostro y nombre del anciano faraón en las pinturas de la cámara funeraria (foto 5), así como el daño, ocasionado por los cinceles, sobre la cara de una estatua de Nakhtmin que se puede contemplar hoy día en el Museo de Luxor.

Por circunstancias de la historia, muchas veces trágica y en ocasiones poética, el afán de Horemheb por silenciar la memoria de Tutankhamón y entroncar su gobierno con el del gran Amenofis III, sin llegar a la brutalidad empleada con sus enemigos políticos directos, se vería frustrado de la manera que a él menos le hubiera gustado: la tumba del joven rey sería la única del Valle de los Reyes que conservara buena parte de sus tesoros (foto 6).



## 2. ASPECTOS BIOGRÁFICOS SOBRE LA FIGURA DE HOWARD CARTER

Aun cuando Howard Carter es sobradamente conocido por ser el descubridor de la tumba de Tutankhamón, su labor en Egipto se había iniciado más de treinta años antes del mencionado acontecimiento y es prácticamente desconocida para muchas de las personas fascinadas por aquella impresionante cultura.

La vida profesional de Howard Carter contiene una serie de ingredientes que podrían figurar en una novela o en una película de aventuras y misterio. Aprendizaje lejos de las aulas, buenos amigos y feroces detractores; adecuada mezcla de azar y perseverancia; estrechos contactos con célebres coleccionistas y persecución de hábiles ladrones de tumbas; muestras de fuerte carácter, sobrepasando incluso la testarudez, frente a la arrogancia de determinados visitantes; duros trabajos en condiciones físicas complicadas o encuentros con reptiles venenosos, pueden considerarse muestras icónicas sobre la figura de un arqueólogo a ojos del gran público.

El famoso descubridor nació en Kensington (Londres) el día 9 de mayo de 1874<sup>1</sup>. Su padre, Samuel John Carter, era un conocido pintor de paisajes y colaboraba en la publicación *Illustrated London News*. El joven Howard heredó de su progenitor el talento para el dibujo, como demostraría ampliamente a lo largo de su vida, pero no tendría un camino académico remarcable debido a sus problemas de salud. De hecho, jamás llegaría a estudiar en la universidad y, por ello, algunos de sus colegas contemporáneos cuestionarían sus conocimientos egiptológicos. Todavía adolescente, en 1891, trabajó como dibujante para la que sería la futura esposa de lord Amherst, gran coleccionista conocido ante todo por un célebre papiro que lleva su nombre<sup>2</sup>. El documento en cuestión incluye interesantes datos sobre un juicio celebrado contra ladrones de tumbas en tiempos de Ramsés IX. Hasta donde se sabe, aquel sería su primer contacto con el mundo faraónico. A través de esa ilustre familia se pondría en con-

tacto con Percy Newberry, uno de los grandes arqueólogos británicos dedicados al estudio del antiguo Egipto, que por aquel entonces trabajaba para la *Egypt Exploration Fund*. Los excelentes dibujos de Carter fueron determinantes para que Newberry lo contratara y lo llevara a Egipto, con el fin de que lo ayudara a preparar las ilustraciones sobre las magníficas pinturas conservadas en las paredes de las tumbas del Primer Período Intermedio y Reino Medio construidas en la necrópolis de Beni Hasan, situada en el centro del país. De este modo el que llegaría a ser el más célebre de los arqueólogos que han trabajado en Egipto iniciaba su andadura profesional como dibujante de pinturas que tenían casi 4000 años de antigüedad.

Durante los últimos meses de 1891 y buena parte del año 1892 el joven Carter trabajó en tumbas de Beni Hasan y El Bersha, donde dibujaría la célebre escena de la estatua del monarca Djehuty-hotep arrastrada sobre un trineo. Durante unas semanas colaboró con el equipo de Tell el-Amarna, lugar donde Akhenatón había ordenado construir su capital. En aquel yacimiento conoció al famoso arqueólogo Flinders Petrie, aunque la relación personal entre ambos sería bastante fría y jamás llegarían a congeniar demasiado. Según Petrie, a Carter solamente le interesaban la pintura y la historia natural. De todas maneras, en el lugar que albergaba los vestigios del esplendor del Disco Solar aprendería técnicas de excavación y encontraría hasta diecisiete fragmentos de estatuas de Akhenatón y Nefertiti depositados en una fosa situada en el gran templo de Atón. También visitaría la tumba de aquel rey, hoy en pésimo estado de conservación, donde realizó algunos dibujos, como el que fue publicado en el *Daily Graphic* el miércoles 23 de marzo de 1892.

Al margen de sus actividades profesionales, durante aquella primera estancia en Egipto el dibujante inglés ejerció como representante de la familia Amherst. Los aristócratas británicos consideraban que si colaboraban económicamente en el progreso de las excavaciones de Tell el-Amarna tendrían mejores opciones para lograr la adquisición de piezas faraónicas que ampliaran su colección.

A comienzos de mayo de aquel año recibió la triste noticia del fallecimiento de su padre y en otoño regresó a Beni Hassan para pro-

seguir, junto a Newberry, los trabajos que había empezado y visitar diversas necrópolis. Finalizada aquella primera experiencia profesional en Egipto, Carter regresó a Inglaterra.

Su segundo viaje tendría mayor duración: desde 1893 hasta 1899. Gracias a una recomendación de Newberry, el joven británico se dedicaría al dibujo y la fotografía de relieves e inscripciones de la reina Hatshepsut en su templo de Millones de Años construido en Deir el-Bahari (foto 7). Aquella labor, emprendida a partir de 1894, estaba bajo la dirección y supervisión del arqueólogo suizo Edouard Naville. Contrariamente a lo ocurrido con Petrie, Naville valoraría positivamente la actitud y el trabajo del joven inglés, lo cual contribuiría favorablemente a que pudiera abrirse camino en la complicada senda de la egiptología<sup>3</sup>. En el transcurso de aquella época aprendería técnicas de fotografía y, según palabras de su propio director, desarrollaría una gran capacidad para colocar bloques de piedra del templo en su lugar correspondiente. El elogio no era menor, teniendo en cuenta que en aquellos tiempos el yacimiento era un rompecabezas de centenares de bloques y fragmentos de piedra esparcidos por una zona que había albergado un monasterio copto con paredes de adobe.

Finalizado su trabajo en Deir el-Bahari, Howard Carter pasó una temporada pintando acuarelas. Algunas de aquellas pinturas serían regaladas a sus amigos y otras vendidas a turistas. Resulta interesante subrayar este breve episodio de su biografía: para entonces parece que había decidido permanecer en Egipto a la espera de una nueva oportunidad. No sería la última vez que recurrió a la pintura para ganarse el sustento, aunque la siguiente se produciría a causa de circunstancias muy distintas.

Gracias al apoyo de Naville, Carter volvería a la actividad arqueológica al ser nombrado Inspector General de Monumentos del Alto Egipto. Gaston Maspero, reputado egiptólogo que era el responsable máximo del Servicio de Antigüedades, le facilitó el acceso a tan notable distinción. Corría el año 1900 y el relevante cargo le podía facilitar un rápido ascenso profesional.

Bajo su supervisión se realizarían actividades de gran trascendencia, entre las que se pueden citar la instalación de alumbrado

en Abu Simbel, excavaciones en los principales templos del sur del país y limpiezas en tumbas tan importantes como las de Hatshepsut, Merenptah o Seti I.

Durante su primer año como inspector fue hallada la tumba del funcionario Pashedu (TT 3), aunque sería más relevante un descubrimiento casual cuando las patas del caballo del propio Carter se hundieron en la arena del patio del templo funerario de Mentuhotep II, faraón de la dinastía XI que había reunificado Egipto tras una devastadora guerra civil entre heracleopolitanos y tebanos, acaecida casi setecientos años antes del gobierno de Tutankhamón. Hoy día se conserva la plataforma cuadrada y algunos vestigios pétreos de lo que debió ser una extraordinaria obra arquitectónica, en cuyo lado septentrional Hatshepsut ordenaría la construcción de su templo de Millones de Años casi medio milenio más tarde (foto 8). El fortuito accidente del équido permitió localizar una entrada que, hasta entonces, había permanecido camuflada. Una vez desbloqueado el acceso, que pasaría a denominarse Bab el-Hosan («Puerta del caballo») por razones obvias, los arqueólogos se encontraron ante un largo y deteriorado corredor subterráneo orientado hacia el oeste. Después de las consiguientes labores de desescombro, sería hallada una estatua sedente de aquel rey, que actualmente se puede contemplar en el Museo Egipcio de El Cairo, junto a un ataúd vacío y algunas ofrendas.

En el transcurso de aquel mismo año, Carter trabajaría por primera vez en el Valle de los Reyes, supervisando las tareas de limpieza de la KV 42, tumba que había sido construida para albergar la momia de la reina Merytra Hatshepsut, esposa principal del gran Tutmosis III, aunque, como curiosa paradoja, él no llegaría a averiguarlo hasta unos cuantos años más tarde. Según los hallazgos, aquel enterramiento acogía los despojos de Senetnay, la esposa del alcalde de Tebas Sennefer, personaje que había servido lealmente a Amenofis II. No sería hasta el año 1921 cuando el propio Carter encontró unos depósitos de fundación, cerca de la entrada de aquella tumba, que contenían objetos con el nombre de la reina. A partir de entonces se pudo afirmar, sin ninguna duda, que el lugar había sido diseñado para depositar el cadáver de la gran esposa del conquistador egipcio.

Uno de sus logros más manifiestos en aquella fase de su vida fue la adecuación de la tumba del faraón Amenofis II (KV 35) en el Valle de los Reyes, para que pudiera ser visitada por el público a partir de 1901. La última morada del heredero de Tutmosis III había sido descubierta en 1898 por el arqueólogo Victor Loret y reportó una gran sorpresa: la presencia de las momias de Tutmosis IV, Amenofis III, Merenptah, Seti II, Siptah, Ramsés IV, Ramsés V y Ramsés VI, así como de la reina Teye y la madre de Tutankhamón, según señalan las pruebas de ADN realizadas en 2010. Como ya se ha indicado, en tiempos de la dinastía XXI los sacerdotes tebanos habían sacado los cuerpos momificados de los reyes del Reino Nuevo, y algunos de sus familiares, de sus respectivas tumbas, para evitar profanaciones. Las momias fueron recolocadas en dos sitios: un escondite conocido como la *cachette* de Deir el-Bahari y la mencionada tumba de Amenofis II<sup>4</sup>. Algunos cadáveres allí encontrados serían trasladados posteriormente a El Cairo, en tanto que la momia de Amenofis II y otras tres, junto a algunas piezas bien conservadas del ajuar funerario, permanecerían en la tumba.

La importancia de las labores realizadas y los materiales arqueológicos que allí había no pasó desapercibida para algunos desaprensivos y, al anochecer del día 24 de noviembre de 1901, los guardianes fueron sorprendidos por una banda de ladrones que, armados y con el rostro cubierto, dañaron dos momias y robaron algunos objetos, entre los que destacaba la maqueta de un barco. Más tarde los delincuentes serían detenidos y la maqueta del barco, actualmente en el Museo Egipcio de El Cairo, recuperada.

De finales de 1902 data una curiosa anécdota que constituiría un siniestro precedente de otro incidente que ocurriría muchos años después. San-Toy, un asno joven muy apreciado por Howard Carter, fue mordido por una cobra. Enojado ante la dolorosa muerte de su mascota, él en persona mataría a tiros al reptil.

Durante los siguientes años la actividad arqueológica de Carter en el Valle de los Reyes fue intensa y contó con el apoyo, entre otros, de Theodore Davis, un rico abogado norteamericano al que había conocido gracias a Percy Newberry. Aquel personaje, que logró una

concesión en el Valle de los Reyes y financió diversos trabajos arqueológicos, se convertiría en un buen amigo del británico al que ayudó en circunstancias adversas.

En 1903 se produjo el descubrimiento de la saqueada última morada de Tutmosis IV (KV 43), nieto de Tutmosis III que firmaría la paz con los enemigos mitannios. La tumba aportó interesantes materiales, entre los que destacaban partes de un carro con decoración de escenas de guerra que el propio inspector dibujaría (foto 9); un vaso canopo de un príncipe llamado Amenemhet; *ushabtis* de fayenza con el nombre del rey, y un gran sarcófago<sup>5</sup>. Durante la última fase de aquel año y parte del siguiente se abordó la empresa de limpiar los inclinados y peligrosos 210 metros de la tumba de Tutmosis I y Hatshepsut (KV 20). En algunos tramos de aquel inmenso corredor, curvado y descendente, los escombros llegaban casi hasta un techo que se encontraba en pésimas condiciones. Carter escribiría sobre las dificultades de respiración y los peligros que sufrieron quienes allí trabajaban. A pesar de los inconvenientes, las labores darían sus frutos y serían recuperados materiales de notable relevancia, como sendos sarcófagos de cuarcita pertenecientes a ambos monarcas, monumentales piezas arqueológicas que pueden contemplarse en el Museo Egipcio de El Cairo.

Obviamente, las tareas realizadas en aquellos años otorgarían cumplida fama de persona capacitada al arqueólogo británico y facilitarían su posterior promoción jerárquica dentro del Servicio de Antigüedades egipcio.

A finales de 1904 Carter recibió la noticia de su traslado a Saqqara para hacerse cargo del Inspectorado del Bajo Egipto. Se trataba de una recompensa por su buen hacer. La inmensa necrópolis de Saqqara, cerca de El Cairo, con pirámides y tumbas de diferentes épocas, esconde bajo sus arenas buena parte de un rico patrimonio faraónico. Hoy día es uno de los mejores lugares de Egipto para la actividad arqueológica. Sin embargo, aquel ascenso se convertiría en amarga pesadilla cuando, a comienzos de 1905, tuvo un sonoro desencuentro con quince turistas franceses, algunos de ellos en estado etílico acentuado. Aquella gente pretendía visitar el Serapeum, gran necró-

polis subterránea que albergaba los restos momificados de los bueyes Apis, animales asociados al culto religioso de la ciudad de Menfis. Tras un enfrentamiento con inspectores y guardianes locales por el abono del precio de la visita, entraron, algunos de ellos sin pagar y arrollando a los vigilantes, para encontrarse frente a la más absoluta oscuridad. Airados, salieron y exigieron que les fueran entregadas velas con las que iluminar aquel recinto. Ante la lógica negativa de los allí presentes, aquellos que habían pagado reclamaron la devolución del importe de las entradas. La desagradable situación se tensó hasta el extremo de que hubo intercambio de golpes y fue necesaria la intervención de Howard Carter. Este, harto de tan arrogante comportamiento, acabaría expulsando a los visitantes sin contemplaciones. El incidente no acabaría allí. Los agraviados galos interpusieron una denuncia al Servicio de Antigüedades y tanto lord Cromer, cónsul general británico en Egipto, como Gaston Maspero, este último a través de amigos comunes, intentaron convencer al jefe de inspectores para que se disculpara. Sin embargo, él consideró que había cumplido con su deber y renunciaría al cargo antes que rebajarse a pedir perdón a unos personajes que habían mostrado un comportamiento tan indecoroso. Para algunos, este desagradable incidente refleja el carácter brusco del británico, olvidando que fue consecuente con su manera de ser y que por encima de todo había salido en defensa de sus subalternos. Ya fuera por orgullo o por arrogancia, Howard Carter prefirió dejar el cargo que satisfacer el ego de gente estúpida.

La siguiente etapa de su vida en Egipto la pasó pintando y vendiendo sus obras a los turistas que paseaban por Luxor. Era la segunda vez que se dedicaba a aquellos menesteres. También realizaría trabajos de catalogación de los objetos que el equipo arqueológico de Theodore Davies había encontrado en la tumba de Tuya y Yuya (KV 46), los padres de la reina Teye, gran esposa de Amenofis III, y asumiría labores de intermediario para instituciones y coleccionistas privados. Poco después conocería a lord Carnarvon y ambos iniciarían su fructífera colaboración.



### 3. EL DESCUBRIMIENTO DE LA TUMBA

En 1907 se conocieron lord George Edward Stanhope Molyneux Herbert, quinto conde de Carnarvon, y Howard Carter. El primero había nacido el 26 de junio de 1866 en el castillo de Highclere, en Hampshire, y heredó el título en 1890. Once años más tarde sufriría un grave accidente automovilístico en una carretera alemana, cerca de Bad Schwalbach, en el estado de Hesse, que le dejaría graves secuelas físicas. En 1903, siguiendo una recomendación médica sobre la necesidad de un clima más cálido que evitara los fríos y desapacibles inviernos ingleses, viajó a Egipto. El sur del país, que le ofrecía una temperatura más adecuada que la de su Inglaterra natal, le fascinó desde su llegada. Decidido a permanecer en él largas temporadas, y cautivado por su impresionante patrimonio arqueológico, solicitó una concesión en Luxor.

Los responsables del Servicio de Antigüedades, corteses ante uno de los grandes aristócratas británicos, pero escépticos en cuanto a sus capacidades egiptológicas, le asignaron parte de El Qurna, una de las necrópolis tebanas, con la intención de que no pudiera dañar nada interesante. Efectivamente, allí no encontraría materiales destacables en su primera campaña, aunque no por ello se desanimaría.

Poco después de conocerse, lord Carnarvon y Howard Carter diseñaron su colaboración profesional en una nueva y extensa concesión que abarcaba la zona comprendida entre la necrópolis de Dra Abu el-Naga y el templo de la reina Hatshepsut en Deir el-Bahari. El primero aportaba los fondos económicos necesarios para un proyecto de envergadura y el segundo se encargaba de dirigir las labores de campo. La cooperación entre ambos personajes sería fecunda, por más que resulte poco conocida para la mayor parte de los aficionados a la historia antigua del país del Nilo.

Entre 1908 y 1911 hallaron tumbas pertenecientes a diversas fases del Egipto faraónico, como el Reino Medio, la primera mitad del Reino Nuevo, el Tercer Periodo Intermedio y la Época Baja. Los

primeros hallazgos destacables cabe atribuirlos a un equipo de lord Carnarvon que, a comienzos de 1908, todavía no contaba con la colaboración explícita de Carter.

El primero de los descubrimientos relevantes atribuibles al aristócrata fue la tumba de Tetiki (TT 15), un alcalde de Tebas que ejerció a comienzos de la dinastía XVIII. La última morada de aquel funcionario estaba situada en la necrópolis de Dra Abu el-Naga. Se da la curiosa circunstancia de que, años después de haber sido hallada, se perdió la localización exacta de esta tumba hasta que en el año 2007 fue redescubierta por un equipo del Servicio de Antigüedades<sup>1</sup>.

En Birbabi, territorio situado entre Dra Abu el-Naga y las estribaciones septentrionales de Deir el-Bahari, los trabajadores de lord Carnarvon localizaron la conocida como número 9 de aquella zona. En ella había, entre otros objetos, una tablilla inscrita de madera que actualmente porta el nombre del mecenas. Su contenido recogía las hazañas protagonizadas por el monarca tebano Kamose, último de la dinastía XVII, contra sus enemigos hicsos de la dinastía XV<sup>2</sup>. Aquel texto era un copia de la conocida como *Primera Estela de Kamose*, encontrada en Karnak junto a una segunda estela de aquel rey<sup>3</sup>. La inscripción del primero de aquellos monolitos estaba deteriorada, de manera que la *Tablilla Carnarvon* permite recuperar buena parte del original. Si bien no era un descubrimiento espectacular, sí se trataba de una gran aportación a la egiptología, debido a los nuevos datos que proporcionaba.

Incorporado Carter a los trabajos de campo, ambos personajes localizarían en aquella zona un depósito de sesenta y cuatro ataúdes de madera rectangulares y antropomorfos en la conocida como tumba 34 de Birbabi. La tumba era del Reino Medio, pero había sido reutilizada a comienzos del Reino Nuevo, con lo cual los materiales arqueológicos allí encontrados pertenecían a diferentes épocas.

También sondearían el extremo oriental de la avenida procesional que conducía al templo de Hatshepsut, en Deir el-Bahari (foto 10). Actualmente nadie trabaja en esta zona, en la que podrían estar enterrados los vestigios de un templo del Valle que permitía el acceso, a través de la avenida, al célebre monumento de Hatshepsut en Deir el-Bahari.

En 1912 y 1913 Howard Carter y lord Carnarvon decidieron cambiar de territorio. Abandonaron la fructífera región tebana y probaron suerte en el delta. Un primer intento en Sakha, antigua ciudad de Xoïs que había tenido cierta importancia en alguna fase de la historia faraónica, acabó precipitadamente al comprobar que el lugar estaba repleto de cobras y víboras *cerastes*, reptiles de mordedura mortal. Tampoco fue mejor una excavación menor llevada a término en la zona de Tell el-Balamun, donde había sido construida la capital de la provincia decimoséptima del Bajo Egipto. Decepcionados por el escaso resultado obtenido, los integrantes de la expedición decidieron regresar por donde habían venido.

De nuevo en Luxor, Howard Carter se centró en la búsqueda de la tumba del faraón Amenofis I, segundo de los grandes monarcas de la dinastía XVIII que había pasado a la posteridad como un rey que favoreció una serie de cambios religiosos y cuya imagen sería adorada en la aldea de artesanos de Deir el-Medina. Hacía tiempo que el arqueólogo británico estaba interesado en localizar el enterramiento de aquel soberano, que era mencionado en el *Papiro Abbott* como uno de los lugares visitados por una comisión organizada en tiempos de Ramsés IX para examinar posibles daños ocasionados por ladrones de tumbas en la necrópolis tebana<sup>4</sup>. Los restos mortales del faraón habían sido hallados en la *cachette* de Deir el-Bahari, en 1881, pero hasta entonces no había evidencias claras que señalaran dónde podía estar su tumba. Un trabajador egipcio mostró a Carter fragmentos de vasos funerarios de alabastro con los nombres de Amenofis I y de su madre, la gran reina Ahmés-Nefertari. No sin dificultades, el arqueólogo inglés logró convencerle para que lo condujera al lugar de procedencia de aquellos materiales. El lugareño lo llevó a una tumba situada en la ya mencionada zona de Dra Abu el-Naga. Allí se efectuarían labores de limpieza que proporcionaron más objetos funerarios con los nombres anteriormente señalados e incluso un vaso con el nombre de la princesa Herty, hija del monarca hicsio Ipepi, el más conocido de la dinastía XV<sup>5</sup>. Si bien el arqueólogo consideró que había descubierto lo que quedaba de la tumba de Amenofis I, actualmente no se da validez a sus razonamientos. La temática sobre

su emplazamiento todavía no está resuelta y hay quien sigue empeñado en buscarla. Un equipo arqueológico dirigido por el Dr. A. Niwinski ha invertido varias campañas, hasta ahora infructuosas, para localizarla en el farallón situado sobre el templo de Millones de Años de la reina Hatshepsut en Deir el- Bahari.

En 1915 Carter había iniciado la limpieza de la tumba de Amenofis III (WV 22), enterramiento situado en el Valle de los Monos (foto 11) que ya había sido señalado por miembros de la expedición francesa de Napoleón en 1799, cuando se vio obligado a interrumpir las labores a causa de la Primera Guerra Mundial. Durante una temporada sería adscrito al Servicio de Inteligencia británico en El Cairo, aun cuando no abandonó totalmente sus actividades relacionadas con la arqueología.

En el año 1916 realizaría unos dibujos sobre los relieves de la Fiesta de Opet conservados en el templo de Luxor<sup>6</sup> y viviría una situación complicada en la necrópolis tebana cuando unos lugareños le informaron sobre el hallazgo fortuito de una tumba en la zona de Wadi Sikket Taqet. Aquel lugar de enterramiento tenía una peligrosa entrada situada a 70 metros de altura. De noche, el arqueólogo y sus acompañantes penetraron en él mediante cuerdas para encontrarse con ocho ladrones en su interior. Afortunadamente, era persona conocida y consiguió convencerlos de que se marcharan. Estudios posteriores determinarían que aquella tumba se había empezado a construir en tiempos de Tutmosis II y tenía como destinataria a su esposa, la célebre reina Hatshepsut. Cuando esta logró el control político del país al coronarse como «faraón», ordenaría el cese de las obras para que los artesanos se centraran en la mencionada KV 20. Los trabajos de limpieza duraron unos veinte días y solamente aportaron, como objeto relevante, un sarcófago inacabado.

Los primeros pasos hacia la tumba de Tutankhamón fueron lentos. En 1914 Theodore Davis había renunciado a su concesión en el Valle de los Reyes y regresó a Estados Unidos, donde moriría al año siguiente<sup>7</sup>. El abogado y mecenas norteamericano estaba convencido de que allí ya no quedaba nada de interés por encontrar. El lord y el arqueólogo británicos aprovecharían la ocasión y solicitaron el permiso del

Servicio de Antigüedades para trabajar en aquel preciado lugar. Para entonces, su objetivo prioritario era localizar una tumba que, según el propio Howard Carter, faltaba por descubrir. Finalmente, Gaston Maspero les otorgaría, en el año 1915, una concesión cuya parte más interesante abarcaba un área triangular delimitada por las tumbas de Ramsés II (KV 7), Merenptah (KV 8) y Ramsés VI (KV 9). Sin embargo, debido a la situación de inestabilidad derivada de la guerra, tendrían que esperar casi dos años antes de poder comenzar a trabajar.

El 1 de diciembre de 1917 se iniciaron los trabajos arqueológicos en el Valle de los Reyes. Howard Carter parecía estar seguro de que encontrarían la tumba con cierta facilidad. Sus argumentos se basaban en un recipiente de fayenza que había sido hallado en 1906, materiales de enterramiento guardados en un pozo que fueron descubiertos un año más tarde y partes de una lámina de oro encontradas en 1909<sup>8</sup>. Algunas de aquellas reliquias habían aparecido cerca de la tumba de Ramsés VI y portaban el nombre de entronización de un faraón hasta entonces poco conocido: Neb-kheperu-Re.

A pesar del convencimiento del arqueólogo, la empresa no resultaría fácil. Durante más de un lustro se trabajó duro y, salvo unos vasos de caliza con los nombres de Ramsés II y Merenptah, nada destacable sería descubierto. El desánimo se apoderaría de lord Carnarvon hasta el extremo de que en 1921 estaba decidido a finalizar su aportación económica, pero en una tensa reunión que tuvo lugar en la biblioteca del castillo de Highclere, residencia británica del aristócrata, Carter logró convencerlo para intentarlo una vez más. En 1922 se llevaría a cabo un último intento por localizar el anhelado trofeo. Según parece, el arqueólogo estaba dispuesto a sufragar una nueva campaña con sus propios bienes. Probablemente aquel incansable ímpetu y los largos años de trabajos conjuntos fueron determinantes para que lord Carnarvon accediera a donar los imprescindibles fondos.

El 1 de noviembre de 1922 comenzó la campaña que, a la postre, sería definitiva. Howard Carter dirigió los trabajos de limpieza y desescombro en un sector muy cercano a la tumba de Ramsés VI. Se trataba de despejar una zona que conservaba vestigios de cabañas levantadas por obreros que habían participado en la construcción de

la tumba. Tres días más tarde, el 4 de noviembre, los trabajadores egipcios descubrieron un escalón. Una contenida emoción se apoderó de todos los que allí estaban. Aquella podía ser una pista definitiva. Las labores de limpieza permitieron observar que había hasta doce escalones que conducían a una entrada sellada mediante un tabique enlucido. El estuco de la parte superior que había quedado a la vista contenía una serie de sellos, pero en mal estado, con lo cual no fue posible averiguar a quién pertenecía el recinto funerario. En aquel punto se paralizaron los trabajos de desescombro para comunicar la noticia a lord Carnarvon, que estaba en Inglaterra. Carter le envió un telegrama cuyas palabras sintetizan aquel gran e histórico momento de la arqueología internacional: «...Por fin he hecho un descubrimiento maravilloso en el Valle; una magnífica tumba con sellos intactos; la he vuelto a recubrir, dejándola como estaba, a la espera de que usted llegue. Felicidades».

Las tareas quedaron interrumpidas hasta el 23 de noviembre, cuando lord Carnarvon llegó a la estación ferroviaria de Luxor acompañado de su hija, lady Evelyn Herbert. Ya en su presencia, se reiniciaron las labores al día siguiente. Una vez despejado de cascotes el tabique que bloqueaba el acceso, se pudieron leer con facilidad sellos bien conservados en su parte inferior. Y en ellos estaba el nombre de entronización de Tutankhamón<sup>9</sup>. Entre los objetos que se encontraron en aquella parte, mezclados con los escombros, figurarían: un escarabeo de Tutmosis III; diversos sellos de arcilla con el chacal y los nueve prisioneros enemigos, símbolo de la necrópolis tebana; fragmentos de cerámica y materiales diversos, así como huesos de animales. También fueron hallados fragmentos de dos cajas de madera: los de la primera conservaban los nombres de Akhenatón, Neferneferuatón y Meritatón, mientras que en los de la segunda se pudo leer el nombre de entronización de Tutankhamón. A pesar de aquella mezcla de nombres, algunos de ellos pertenecientes a ilustres personajes de la historia de Egipto, Carter estaba cada vez más convencido de que estaba ante la última morada del joven faraón.

En posteriores jornadas los obreros continuaron desescombrando el corredor que conducía al interior del hipogeo. Mientras se realiza-

ban aquellas tareas, el arqueólogo constató que alguien había entrado en la tumba, después de que fuera bloqueada con cascotes y sellada. Parecía evidente que los ladrones habían profando aquel sagrado lugar. Indudablemente debió de tratarse de un momento crítico, pues planeó sobre los que allí estaban la posibilidad de encontrarse con las desastrosas consecuencias del paso de los saqueadores. Entre los numerosos objetos que fueron hallados en aquel corredor se pueden destacar: fragmentos de recipientes de cerámica y barro; anillos y colgantes de fayenza; sellos de arcilla; conchas pertenecientes a un collar; rasuradores y una punta de flecha de bronce; fragmentos de marfil y ébano, así como frutas resacas. Al final del pasillo había otra puerta sellada mediante un tabique enlucido (foto 12).

Una vez liberado el corredor, Carter se dispuso a averiguar lo que se escondía detrás de la puerta sellada que les cerraba el paso. Se procedió a realizar un pequeño orificio y, a través de la oquedad, el descubridor pasó un candil. La emoción se apoderó de él cuando, transcurridos unos instantes, vio lo que allí había. Fue entonces cuando lord Carnarvon preguntó: «¿Ve usted algo?», y aquel pronunció unas palabras que han devenido icónicas: «Sí, cosas maravillosas».

Poco después sería desbloqueada la puerta que permitía la entrada a la tumba. Howard Carter, lord Carnarvon, lady Evelyn y un arquitecto llamado Arthur Callender accedieron a lo que resultó ser una antecámara repleta de objetos funerarios pertenecientes al rey (foto 13). Cierta desorden confirmaba que alguien había penetrado en aquel recinto subterráneo después del entierro del faraón, pero ello no restó emoción a tan extraordinario momento. Carros de madera desmontados, camas cuyos cabezales estaban formados por cabezas de divinidades protectoras, un trono con incrustaciones de oro, sillas, taburetes, cajas y arcones ricamente decorados, pequeñas capillas de madera, cestos, resacos ramos de flores, bastones de diversos tamaños y formas, así como vasos de alabastro de extraordinaria belleza formaban parte de un inmenso ajuar que había sido depositado en la antecámara. Además, dos negras estatuas del rey, erguido y apoyado en un bastón, flanqueaban el acceso a una sellada cámara funeraria (foto 14).

Carter y lord Carnarvon entraron también en un pequeño anexo situado al sureste de la antecámara, donde encontraron jarras de vino, vasos de alabastro para aceites (foto 15), cestos de frutas, cajas de madera, sillas y otros objetos de mobiliario.

Según parece, en alguno de los días posteriores al descubrimiento, fue apartado parte del material de bloqueo que sellaba la cámara funeraria y se pudo entrar en ella<sup>10</sup>. Casi en su totalidad estaba ocupada por una capilla de madera y el equipo británico poco más pudo ver. Un día más tarde se procedía a abrir oficialmente la antecámara y el anexo. Y en la jornada siguiente se permitió la entrada a la prensa.

El 27 de diciembre extrajeron el primer objeto, una caja pintada con escenas de guerra y caza protagonizadas por el faraón. Fue trasladada a la KV 15, tumba perteneciente al faraón Seti II que sería habilitada como almacén y laboratorio.

El 10 de enero de 1923, lord Carnarvon firmó un contrato en exclusiva con el rotativo *The Times*. Aquel hecho no agradaría a buena parte de la prensa y con el paso del tiempo tendría desagradables consecuencias.

Los trabajos de inventario y estudio de piezas de la antecámara y el anexo ocuparon los siguientes meses. Y el 16 de febrero de 1923 se iniciarían, oficialmente, las complicadas labores en la cámara funeraria.

Hasta cuatro capillas decoradas de madera de cedro rodeaban el sarcófago del faraón. En los estrechos espacios intermedios que había entre ellas, y entre la más grande y la pared, habían sido depositados numerosos objetos, destacando ramos resacos de flores y hojas, estatuillas, maquetas, bastones, remos de madera, recipientes de diferentes formas y tamaños, arcos, flechas o abanicos. Como dato que resume las dificultades que tuvieron que afrontar los especialistas, la capilla exterior medía 5,08 metros de longitud, 3,28 metros de anchura y 2,75 metros de altura. Aquella imponente estructura estaba formada por paneles de madera de cedro cuyo grosor era de 3,2 cm. A fin de preservar la ornamentación estucada sobre la madera, los trabajos se llevarían a término con sumo cuidado y, por lo tanto, sería necesaria una gran inversión de tiempo.

El 5 de abril moría lord Carnarvon a causa de una neumonía. Debido al deterioro de su estado de salud, había sido trasladado a El Cairo, donde había mejores hospitales que en Luxor. Su cadáver sería repatriado a Inglaterra y enterrado el 28 del mismo mes. Su muerte contribuiría a alimentar los mitos sobre maldiciones en tumbas egipcias, a través de cierta prensa resentida por la exclusiva que había firmado el aristócrata con el *Times*.

El 14 de mayo una parte del ajuar funerario procedente de la tumba sería trasladada al Museo de El Cairo. A finales de aquel mes algunos objetos ya estaban expuestos y allí siguen hasta el día de hoy.

Como ya se ha indicado, las labores de desmontaje de las cuatro capillas y de inventariado de los objetos fueron lentas, pues había que preservarlos al máximo. Una vez finalizadas, el 6 de febrero de 1924, Howard Carter pudo proceder a abrir un sarcófago rectangular de cuarcita que medía 2,74 metros de longitud, 1,47 de anchura y 1,47 de altura. Las esquinas estaban protegidas por cuatro diosas con sus alas desplegadas: Isis, Neftis, Selquis y Neith. El arqueólogo británico afirmaría que no fue nada fácil retirar una tapa de granito que pesaba unos 1.250 kilos.

En el interior del sarcófago había tres ataúdes antropomorfos ricamente ornamentados. Los tres tenían el rostro del faraón con el característico tocado *nemes* en la cabeza, coronado con la cobra y el buitre; la barba real; los brazos cruzados sobre el pecho y las manos sosteniendo el mayal y el cayado.

El féretro exterior, que medía 2,24 metros de longitud, era de madera de cedro cubierta con láminas de oro de diferente grosor (foto 16). El central, también de madera, tenía una longitud de 2,04 metros y presentaba un rostro elaborado con gruesas láminas e incrustaciones de piedras semipreciosas que resaltaban su decoración (foto 17). El tercero era el más espectacular: medía 1,88 metros y había sido elaborado con oro batido, cuyo grosor variaba, al que se incrustaron numerosas piedras semipreciosas. Este magnífico ataúd regio de oro pesa 110,4 kilos.

Una gran cantidad de aceites y ungüentos que habían sido vertidos cuando se procedió a enterrar al faraón formó una pasta solidificada que requirió de lentas labores de limpieza (foto 18).

Levantada la tapa del tercer sarcófago el 28 de octubre de 1925, los allí presentes pudieron acceder a la momia del joven faraón. Su célebre máscara, que cubría la cara y los hombros, fue contemplada por primera vez en más de tres milenios. Aquel extraordinario objeto funerario había sido elaborado en dos planchas de oro batido que posteriormente serían engarzadas. El rostro de Tutankhamón mostraba la serenidad de un difunto que encarnaba a Osiris, la divinidad que reinaba en el mundo de los muertos. La cobra y el buitres, símbolos del Norte y el Sur de Egipto, estaban situadas en su frente, y la barba recordaba el estatus máximo del personaje. Un largo *nemes* y una serie de collares en el pecho completaban aquella maravilla. Incrustados en el oro y realzando hermosas formas había vidrios coloreados, fayenza, lapislázuli, cornalina, cuarcita, feldespato verde y obsidiana. Esta máscara, gran emblema del descubrimiento, mide 54 cms de altura y pesa 10,23 kilos<sup>11</sup>.

La momia portaba ciento cuarenta y tres objetos repartidos entre las prendas del sudario, muchos de ellos ocupando el lugar simbólico que les correspondía, con la finalidad de proteger el cadáver frente a la acción de las fuerzas oscuras.

Cuando se procedió a retirar los lienzos, aparecieron collares, brazaletes y anillos de oro y piedras semipreciosas; pectorales; numerosos amuletos e incluso dos puñales, uno de oro y otro de hierro, metal que en aquellos tiempos era muy escaso y que ha dado pie a diversas interpretaciones sobre su origen. Recientemente ha sido noticia debido a que unos análisis efectuados por un equipo de italianos y egipcios destacan que el hierro utilizado para forjar aquel puñal procedía de un meteorito.

Los trabajos en la tumba, el estudio de los objetos y los envíos al Museo de El Cairo proseguirían durante los siguientes años.

La autopsia a la momia del joven faraón se inició el 11 de noviembre de 1925 en la mencionada tumba de Seti II. Ante arqueólogos y autoridades, los doctores D. Derry y Saleh Bey Hamdi extrajeron todos los datos posibles de un cuerpo muy dañado por los betunes y ungüentos. Aquella labor duraría hasta el 19 de noviembre.

Las tareas de restauración y catalogación de piezas de aquel impresionante ajuar se prolongarían hasta el año 1932.

#### 4. TUTANKHAMÓN Y EL MITO DE LAS MALDICIONES EGIPCIAS

El tema de las «maldiciones egipcias» siempre ha tenido cierta popularidad en sectores alejados de la egiptología académica, y las desgracias atribuidas a la tumba de Tutankhamón constituyen uno de sus paradigmas más representativos. A lo largo de los años, la literatura y el cine han contribuido notablemente a su difusión.

En una cuestión tan pintoresca se mezclan dos elementos fundamentales: las antiguas maldiciones escritas en las entradas de algunas tumbas, en estelas o en determinadas estatuas, que tenían la función de advertir con funestas consecuencias a quien pretendiera profanarlas o dañarlas, y la exageración de algunos periodistas y escritores a la hora de teñir la arqueología de una siniestra e interesada pátina de misterio.

El pueblo egipcio era muy supersticioso y creía en los aspectos beneficiosos de la magia blanca para los momentos importantes de la vida de una persona, como eran el nacimiento y la muerte, así como en el oscuro poder que ejercía la magia negra mediante conjuros destinados a provocar desgracias al prójimo. Las más célebres de estas maldiciones son conocidas como *Textos de Execración*<sup>1</sup>. Se han conservado numerosas figuras y fragmentos de recipientes rojizos, algunos con inscripciones, dedicados a unas prácticas que incluían la rotura del objeto para materializar el daño que se pretendía provocar a un enemigo<sup>2</sup>. Esta circunstancia ayuda a explicar el principio de las maldiciones como amenazas sobrenaturales frente a aquellos que osaran ofender la memoria de un difunto o profanar los variados exponentes de la religión.

La dilatada historia de Egipto presenta una evolución en la manera de prevenir, desde el punto de vista mágico, la profanación de una tumba o de un objeto sagrado. A continuación se citan algunas de las más representativas<sup>3</sup>.

En tumbas del Reino Antiguo se escribían advertencias dirigidas a evitar los robos. Había dos modalidades frecuentes. En la primera,

el ladrón perdería la vida ante un animal peligroso, como podía ser un cocodrilo, un león, un hipopótamo, una serpiente o un escorpión. Hay que tener en cuenta que en aquella época Egipto tenía una fauna similar a la que hoy día se encuentra en África Oriental. Una progresiva desecación acaecida en torno al 2200 a. C. provocaría cambios sustanciales y la desaparición de animales como el león. La segunda modalidad sentenciaba que el profanador moriría a manos del difunto, el cual regresaría del Más Allá para torcerle el cuello hasta romperlo. La cultura egipcia, a través de distintos aspectos religiosos y mágicos, contemplaba una relación entre vivos y muertos que podía llegar a ser estrecha. De hecho, se han conservado «cartas a los difuntos» que eran depositadas por los familiares en las tumbas. En este tipo de misivas, procedentes en su mayor parte de enterramientos del Primer Período Intermedio, se solicitaba la ayuda del muerto para resolver problemas de la vida cotidiana.

Inscripciones pertenecientes a diversos enterramientos del Primer Período Intermedio y el Reino Medio subrayan que el cuello del profanador será retorcido como el de un pájaro, siguiendo uno de los modelos de épocas anteriores, aunque otros textos parecen confundirse con lo que podrían ser edictos que condenaban a muerte al delincuente, y a toda su familia, mediante el fuego<sup>4</sup>. No hay que olvidar que en la tradición funeraria egipcia era necesario conservar el cuerpo para poder optar a la trascendencia en el Más Allá. Obviamente, si aquel era destruido por las llamas, no había posibilidad de una vida de ultratumba.

Durante el Reino Nuevo, época a la que perteneció Tutankhamón, disminuyó el número de maldiciones en tumbas y aumentaron las inscripciones de advertencia sobrenatural escritas sobre objetos relacionados con donaciones reales o privadas. Se apelaba entonces a los dioses para que destruyeran a los profanadores y a los miembros de sus familias<sup>5</sup>. En ocasiones, aquel sistema implicaba la participación de una tríada divina para consumir la venganza sobrenatural. Por ejemplo, Amón-Ra contra el delincuente, Mut contra la esposa del delincuente y Khonsu contra los hijos del delincuente. A finales del período se desarrolló otra modalidad: quien cometiera un delito

contra determinados objetos sería violado por un asno, animal que estaba vinculado a fuerzas maléficas encabezadas por el dios Seth<sup>6</sup>.

A pesar de esos amenazantes augurios, la inmensa mayoría de la población egipcia no sabía leer ni escribir, con lo cual muchos ladrones no eran conscientes de tan siniestros avisos cuando cruzaban el umbral de una tumba o dañaban determinados objetos sagrados. Y si algunos de ellos lo eran, no pudieron resistirse a la codicia, como demuestran diversos textos entre los que destacan dos, ya citados, que informan sobre robos en la necrópolis tebana acaecidos en tiempos de Ramsés IX. Ambos aluden al mismo caso y fueron escritos con pocos días de diferencia: el *Papiro Abbott*, que recoge una lista de tumbas examinadas por una comisión de notables, y el *Papiro Amherst / Leopold II*, que contiene una lista de ladrones y la narración de cómo estos accedieron al interior de la tumba de un rey de la dinastía XVII.

Sin olvidar los mencionados precedentes culturales, no debe extrañar que la literatura de tintes góticos europea y norteamericana desarrollara el tema en el siglo XIX, especialmente en su segunda mitad, cuando se incrementaron las expediciones arqueológicas a Egipto y los traslados de piezas de la cultura faraónica a museos occidentales<sup>7</sup>.

Una de las primeras obras sobre la resurrección de una momia vengativa fue *The Mummy*, escrita por Jane Wells Webb Loudon en 1827. Esta autora estaba influenciada por las exhibiciones públicas de momias en Londres, que eran habituales en aquellos tiempos. Tres de los escritores conocidos que tratarían posteriormente la materia fueron: Edgar Allan Poe, maestro de la literatura de terror que publicó un relato titulado «Some Words with a Mummy» («Algunas palabras con una momia») en 1845; Louisa May Alcott, autora de la célebre novela *Mujercitas*, que en 1869 escribió una obra breve titulada «The Mummy's Curse» («La maldición de la momia»), y Bram Stoker, famoso por su novela *Drácula*, que publicó el relato «The Jewel of the Seven Stars» («La joya de las siete estrellas») en 1903.

La llegada masiva de momias a capitales del mundo occidental y la literatura que alimentaba terrores procedentes del antiguo Egipto fueron unas magníficas correas de transmisión para generar el mórbido ambiente de maldiciones y venganzas desde el Más Allá. Uno

de los temas predilectos serían las supuestas desgracias acaecidas a quien hubiera adquirido un sarcófago y una momia.

Durante los dos primeros decenios del siglo XX surgieron leyendas urbanas que tendrían largo recorrido en algunos crédulos mentideros. Sendos reportajes publicados en el *Daily Express*, en 1904, y en el *Pearson's Magazine*, en 1909, detallaban las siniestras consecuencias que había provocado la compra del sarcófago de una sacerdotisa en Luxor al prohombre británico Douglas Murray. Accidentes, muertes e incluso la visión de un espectro por parte de un espiritista, proyectaron una escalofriante aureola de «mala suerte» sobre aquellos materiales arqueológicos. El sensacionalismo llegaría a su máximo extremo cuando mezcló esta truculenta historia con habladurías aportadas por algunos supervivientes del *Titanic*, hundido en 1912. Algunas personas habían oído las palabras de William Stead, periodista aficionado a temas ocultistas que moriría ahogado en las gélidas aguas del Atlántico Norte, referidas a objetos egipcios malditos que estaban a bordo<sup>8</sup>.

Estos ejemplos ayudan a comprender el caldo de cultivo del que nacieron las leyendas asociadas al descubrimiento de la tumba de Tutankhamón, sobre todo a partir de la muerte de lord Carnarvon cinco meses después del hallazgo.

Ríos de tinta se han escrito sobre las macabras consecuencias ocasionadas por la maldición. En lo que refiere a lord Carnarvon, hay cuatro elementos relevantes que forman parte de este amplio imaginario:

1. Cuando se descubrió el acceso a la tumba, una cobra devoró un canario que Howard Carter tenía en su casa de la necrópolis tebana. En aquella época podía ser frecuente el encuentro con esa clase de reptil. Hoy día quedan pocos ejemplares de ese ofidio en la zona y los lugareños suelen matarlos si se acercan a las casas.

2. Lord Carnarvon murió poco después del descubrimiento, a los 57 años de edad. Parece que al afeitarse se cortó un grano provocado por una picadura de mosquito y ello provocó una infección fatal. En cualquier caso, el acta de defunción informa sobre una neumonía como causa del fallecimiento. Hay que recordar que el mecenas esta-

ba delicado de salud desde su accidente en tierras alemanas, aunque su muerte alimentó noticias sobre posibles maldiciones. Se atribuye a lady Burghclere el testimonio de que sus últimas y misteriosas palabras fueron: «He escuchado su aviso y le sigo». Nunca se ha podido demostrar fehacientemente que la dama realizara semejante afirmación.

3. Durante la noche del deceso de lord Carnarvon se produjo un apagón general en El Cairo, cosa que de haber ocurrido no habría sido nada extraordinario, y Susie, una perrita fox-terrier del lord, gimió y murió en Highclere Castle, residencia de la familia. Obviamente este último punto no es fácil de contrastar.

4. Cuando se efectuó la autopsia de la momia del faraón, dos años después del descubrimiento de la tumba, los investigadores hallaron una terrorífica coincidencia: el rostro del joven rey presentaba una herida similar a la que se había provocado lord Carnarvon al afeitarse. De nuevo el sensacionalismo reactivó el tema de la maldición cuando este, con el paso del tiempo, había quedado sumido en el olvido.

El mito de la venganza desde el Más Allá se incrementó gracias a artículos periodísticos sensacionalistas escritos en la prensa británica y estadounidense por personajes tan conocidos como los escritores Marie Corelli y Arthur Conan Doyle<sup>9</sup>. La primera, que alcanzaría notoria popularidad a raíz del artículo «Pharaon Guarded by Poisons» («Faraón protegido por venenos») publicado en el *Daily Express* el 24 de marzo de 1923, reproducía antiguos relatos sobre las maldiciones que se activaban contra los profanadores de sepulcros faraónicos y legaba una frase que devendría clásica en el mundo de lo esotérico: «La muerte vendrá con alas ligeras contra aquel que se atreva a perturbar el sueño del faraón».

El segundo, célebre como autor de las novelas de Sherlock Holmes, apuntó a que el fallecimiento de lord Carnarvon y de algunos otros de los que participaron en el descubrimiento, o en la investigación de los objetos funerarios, se debía a algún tipo de elemento maligno que se había liberado al abrir la tumba.

También contribuyó a alimentar tan siniestra temática Arthur Weigall, arqueólogo y periodista que escribió diversos artículos para

el *Daily Mail*. En 1923 este personaje publicó un libro de título engañoso, ya que incluía el nombre de Tutankhamón en la portada cuando, en realidad, dedicaba pocas páginas al entorno del joven faraón<sup>10</sup>. Aquella obra contenía una serie de episodios relacionados con excavaciones arqueológicas, objetos o personajes, incluyendo vivencias propias, en los que el halo de misterio era uno de los alicientes. Experiencias que había vivido con la estatua de un gato o la extracción de una momia eran explicadas de manera amena y fantasiosa, para alentar la imaginación de los lectores. El extremo al que llegó se puede apreciar en unas palabras que él mismo se atribuye, pronunciadas poco antes de que lord Carnarvon entrara en la tumba del faraón: «If he goes down in that spirit, I give him six weeks to live» («Si descien- de con este ánimo, le doy seis semanas de vida»).

Según determinada prensa, entre trece y veinte personas relacionadas de alguna manera con el hallazgo, murieron poco después por causas diversas. En realidad, fueron menos los que fallecerían durante la siguiente década, sin olvidar que Howard Carter, gran artífice del descubrimiento, viviría hasta 1939. Además, como destaca Marc Gabolde, la media de edad de los que supuestamente murieron a causa de la maldición era de 52,4 años. Por aquellas fechas, la media de edad de vida para los hombres en Francia era de 52,2 años<sup>11</sup>.

Los ecos sobre la «maldición de Tutankhamón» no desaparecerían tras la muerte de personajes vinculados al estudio de la tumba o sus objetos. En 1972 se celebró el 50 aniversario de su descubrimiento y una serie de piezas fueron enviadas desde Egipto a Inglaterra para formar parte de una exposición conmemorativa. El medio de transporte utilizado fue un avión de la RAF. Seis años más tarde, el diario *News of the World* destacaba que algunos miembros de la tripulación de aquella aeronave habían sufrido infartos y accidentes. De nuevo planearía el mito de las fuerzas sobrenaturales en boca de supervivientes y familiares de los afectados<sup>12</sup>.

## 5. EL DUQUE DE ALBA Y EL COMITÉ HISPANO-INGLÉS

Don Jacobo Fitz-James Stuart Falcó, decimoséptimo duque de Alba, está considerado como el más inglés de quienes portaron tan ilustres apellidos. De hecho, él mismo no disimulaba su admiración por el Reino Unido, territorio en el que tenía parientes y amigos pertenecientes a los ámbitos aristocráticos, políticos y culturales. Además, ostentó con orgullo su titularidad como duque de Berwick.

Primogénito de don Carlos Fitz-James Stuart y Palafox-Portocarretero, nació en Madrid el 17 de octubre de 1878. Su madre, doña María del Rosario Falcó y Osorio, duquesa de Siruela, fue una mujer culta que dedicaría grandes esfuerzos a la organización y difusión del rico patrimonio documental de la Casa de Alba junto al prestigioso archivero Antonio Paz y Meliá, el cual, durante muchos años, sería director de la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional<sup>1</sup>. Fruto de aquel ingente trabajo serían obras como *Los documentos escogidos de la Casa de Alba*, publicada en 1891, o *Autógrafos de Cristóbal Colón y papeles de América*, un año más tarde. Con semejante sensibilidad y un entorno en el que no faltaban intelectuales, la duquesa procuró para su hijo una exquisita educación en el prestigioso Beaumont College, rígida institución de los jesuitas, situada frente al río Támesis, que acogía a los hijos de familias católicas adineradas. Durante su estancia en aquel centro establecería estrechos lazos de amistad con miembros de la Casa Real británica y destacadas sagas nobiliarias europeas.

De regreso a España, cursó la carrera de Derecho en la Universidad de Madrid.

A partir de la muerte de su padre, ocurrida en 1901, don Jacobo comenzó a ejercer como duque de Alba. Tres años después su madre moriría inesperadamente en París y él asumiría todos sus proyectos archivísticos. En su memoria publicó *Catálogo sobre la colección de la Casa de Alba*, trabajo al que doña María del Rosario había dedicado

los últimos años de su vida. Entre las numerosas personalidades del mundo de la cultura que lamentaron la muerte de la duquesa, sentiría especial pena don Marcelino Menéndez Pelayo. El ilustre intelectual publicaría una emotiva necrológica en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*. En ella glosaba el cariño que su entrañable amiga había mantenido por «los papeles antiguos», la paleografía y la historia genealógica<sup>2</sup>. El duque mantendría la estrecha relación que había unido a su madre con don Marcelino y otras relevantes personalidades de la cultura. Y también heredaría de su progenitora el empeño por conocer, catalogar y difundir los documentos más significativos de un archivo que no dejaría de ampliarse. No olvidaría tampoco la importancia de las finanzas y mantuvo en su puesto de responsabilidad a don Aurelio Lopategui, contable de total confianza de doña María del Rosario que velaría con absoluta eficacia por el extenso patrimonio familiar.

Durante algunos años alternaría sus responsabilidades en el palacio de Liria (foto 19) y al lado de su gran amigo, el rey Alfonso XIII, con grandes viajes a lo largo de Europa, llegando a visitar incluso la lejana Moldavia.

En 1908 don Jacobo vería Egipto por primera vez, aunque el objetivo principal del viaje era una cacería en África Oriental con su amigo Luis Fernández de Córdoba y Salabert, decimoséptimo duque de Medinaceli<sup>3</sup>. El 7 de noviembre zarparon en un vapor alemán desde Marsella. Hubo escala en Nápoles, donde ambos visitarían los vestigios arqueológicos de la emblemática ciudad romana de Pompeya. El 14 arribaron a Port Said para cruzar el Canal de Suez y, catorce días más tarde, llegarían a Mombasa, desde donde partieron en tren hacia Nairobi. En aquellas tierras africanas cazaron numerosos animales y visitaron parajes tan espectaculares como el lago Victoria. Finalmente, el 1 de marzo de 1909 iniciarían el regreso en otro barco alemán. El duque interrumpió el viaje de vuelta a su paso por Egipto y permaneció una semana en El Cairo. Al oeste de aquella cosmopolita ciudad quedaría impresionado por la majestuosidad de las pirámides de Keops, Kefrén y Micerinos, construidas en Guiza cuatro mil quinientos años atrás. Debió de ser entonces cuando el

interés por la milenaria cultura faraónica despertó en él, y aquella aproximación al mundo de los antiguos egipcios tendría episodios de continuidad a lo largo de su vida. El periplo africano terminaría cuando desembarcó en Marsella y regresó a España.

Tras el estreno de la ópera *Tristán e Isolda* el 31 de marzo de 1911, las élites madrileñas se movilizaron para fundar la Sociedad Wagneriana cuya presidencia ocuparía el duque de Alba<sup>4</sup>. Un año más tarde entró como vocal en el Real Patronato del Museo del Prado, entidad que acabaría presidiendo<sup>5</sup>.

En 1913 regreso a África. Aquella vez cumpliría un deseo que no había podido satisfacer en su anterior visita: matar un gran elefante. El asunto del paquidermo se alargaría y acabaría provocando cierto revuelo, ya que años más tarde su cuerpo disecado sería transportado por calles madrileñas para ser depositado en el Museo de Ciencias Naturales, donde todavía puede contemplarse.

El 25 de enero de 1918 fue propuesto para ingresar en la Real Academia de la Historia. La respuesta afirmativa se produjo oficialmente el 15 de febrero<sup>6</sup> y el nuevo miembro tomó posesión el 18 de mayo de 1919 con una disertación titulada: «Contribución al estudio de la persona del tercer duque de Alba, D. Fernando de Toledo» (foto 20). La conferencia se centraba en aspectos biográficos de su ilustre antepasado del siglo XVI. El tercer duque de Alba fue un gran militar y estratega que combatió, al servicio de Carlos I y Felipe II, contra franceses, berberiscos, protestantes alemanes, rebeldes holandeses y tropas portuguesas. Asimismo fue virrey de Nápoles y gobernador de los Países Bajos, donde se vería obligado a ordenar una campaña de represión que sería utilizada posteriormente por los difusores de la «leyenda negra». No hay que olvidar que en aquella época las autoridades de todos los países utilizaban métodos extremadamente contundentes contra los rebeldes. Responsable de grandes victorias para las armas españolas, como las de Jemmingen, Jodoigne o Alcántara, si hubiera nacido en cualquier otro país europeo, sin absurdos problemas de autoestima en relación a su propia historia o con una extemporánea visión cainita de la misma, sería considerado un héroe reconocido por toda la ciudadanía<sup>7</sup>.

Años más tarde, el 30 de diciembre de 1927, don Jacobo fue proclamado director de tan insigne institución, cargo que ocuparía, tras sucesivas reelecciones, hasta su muerte. Para entonces era también miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, institución que le admitió en 1924 y en cuyo acto de toma de posesión habló sobre las riquezas culturales de la Casa de Alba<sup>8</sup>.

También fue generoso a la hora de ceder patrimonio para exposiciones internacionales. En marzo de 1919 fue inaugurada una sobre pintura española en el Petit Palais de París para la que el aristócrata, que formaba parte del comité organizador, aportó obras de Goya<sup>9</sup>.

Se casó con doña María del Rosario Silva y Guturbay el 7 de octubre de 1920 en el Salón del Trono de la embajada española en Inglaterra. Ambos cónyuges estuvieron rodeados de familiares y buenos amigos españoles e ingleses. El gran objetivo del viaje de bodas sería Egipto. Allí conocería a Howard Carter, antes de que este encontrara la tumba de Tutankhamón. El periplo nupcial duraría casi un año.

Fruto de aquel matrimonio nacería doña Cayetana el 28 de marzo de 1926. Lamentablemente, ocho años más tarde, el 11 de enero de 1934, murió doña María del Rosario a la temprana edad de 34 años.

Impresionado por las pinturas de la Cueva de Altamira presentadas en 1880 por Marcelino Sanz de Sautuola, el duque de Alba se implicó en preservar al máximo aquel tesoro del patrimonio nacional<sup>10</sup>. En 1920 acompañó al rey Alfonso XIII a Cantabria y decidió comprometerse en la conservación hasta el extremo de pagar los gastos de la construcción de la carretera que comunicaba Santillana del Mar con la Cueva. Un año después fomentó y presidió la Junta Protectora de la Cueva de Altamira, que sería el embrión de la Junta de Administración y Explotación de la Cueva de Altamira, creada por orden ministerial del 13 de junio de 1925. Él mismo presidiría el nuevo organismo.

Junto a otras personalidades, como el conde de Vega del Sella o Ramón Menéndez Pidal, ayudó a impulsar la primera cátedra de Prehistoria en España, bajo el nombre de Historia Primitiva del Hombre<sup>11</sup>. El titular, que impartiría docencia en la Universidad Central, fue el prehistoriador de origen alemán Hugo Obermayer. Sus primeras actividades se realizaron en el año 1922.

El duque de Alba fue una persona fundamental para potenciar relaciones culturales entre distintos países europeos y España. Sería presidente de los Comités Hispano-Francés e Hispano-Belga, si bien sería el Comité Hispano-Inglés el que facilitaría la visita de Howard Carter a España<sup>12</sup>. Uno de los episodios que forman parte del preámbulo de la creación de aquella entidad puede enmarcarse en una visita que el célebre escritor británico H. G. Wells realizó a la Residencia de Estudiantes en 1922. Aquella institución había sido fundada en 1910 como centro subordinado a la Junta de Ampliación de Estudios y adquiriría gran prestigio, ya que estuvieron vinculadas a ella célebres personalidades de las letras y las ciencias<sup>13</sup>. El autor de *La máquina del tiempo* animó a don Alberto Jiménez Fraud, director de la Residencia, a establecer lazos culturales estables entre España e Inglaterra, de manera parecida a los que había entre británicos, italianos y portugueses. Por su parte, el duque de Alba y el embajador británico, sir Esme Howard, consideraron necesaria la formación de una cátedra de lengua y literatura inglesas en la Universidad de Madrid similar a las de lengua y literatura españolas que había en las prestigiosas Oxford y Cambridge. En 1922 ya tenían preparado el proyecto, pero no se llevaría a cabo debido a la negativa de determinadas autoridades universitarias. Esa visión cerril de entonces, en relación a la cultura inglesa, es comparable a la que durante muchos años ha vivido –y vive– la egiptología, disciplina que, cabe subrayar, no es carrera universitaria en España a causa de la manifiesta oposición de algunos personajes influyentes del ámbito académico. A pesar de la negativa, el duque dotó de fondos a la Residencia de Estudiantes para fomentar los intercambios. Otro de los prohombres que aportó generosas sumas fue el teniente coronel británico Charles Bedford. Finalmente sería don Alberto Jiménez Fraud quien consideraría la posibilidad de fundar una entidad a través de la cual se pudieran canalizar las relaciones intelectuales y culturales entre ambos países.

La reunión fundacional del Comité Hispano-Inglés se produjo el 16 de mayo de 1923 en el palacio de Liria. Los asistentes fueron Horacio Echevarrieta, el marqués de Palomares del Duero, el marqués

de Pons, el marqués de Silvela, sir Esme Howard y el duque de Alba, el cual sería elegido como presidente. Los allí presentes decidieron que contactarían con grandes personalidades de los distintos ámbitos académicos y literarios a fin de que formaran parte del Comité.

El primer conferenciante británico que intervendría en España sería precisamente Howard Carter. Hasta 1936, año de la desaparición de la entidad, fueron numerosos los ilustres profesionales de variadas disciplinas que fueron invitados, entre ellos el economista John Maynard Keynes o el arqueólogo Leonard Woolley, célebre por sus trabajos en la icónica ciudad sumeria de Ur.

Al margen de aportaciones económicas propias, el duque de Alba sería fundamental para la financiación de la entidad. A través de sus contactos y su perseverancia, logró que el gobierno del general Primo de Rivera aprobara una subvención anual de 15000 pesetas para becas el 27 de febrero de 1925.

Sus labores de mecenazgo fueron más allá de sus contribuciones a asociaciones culturales y facilitaron formación y proyección a destacadas figuras de las humanidades españolas de aquella época. Sirvan como ejemplos la financiación para la versión inglesa del libro del arabista Miguel Asín Palacios *La escatología musulmana en la «Divina Comedia»*, publicada en 1926, o el pago de la estancia de Emilio García Gómez en El Cairo para que profundizara en el estudio de la poesía andalusí en los años 1927 y 1928<sup>14</sup>. También estudiosos de la música contaron con la colaboración de don Jacobo. José Subirá, especialista en la tonadilla escénica, tuvo ocasión de investigar el extenso archivo musical de la Casa de Alba y publicar, en 1927, *La música en la Casa de Alba*, obra patrocinada por el propio duque. Además, gracias a los contactos del aristócrata, pudo acceder a la musicología francesa<sup>15</sup>. Y no olvidó a los pintores españoles de aquella época, encargando retratos familiares a los célebres artistas Joaquín Sorolla e Ignacio Zuloaga (foto 21).

Su manifiesto interés por la cultura también se observa en las numerosas reuniones y conferencias que organizaba en el palacio de Liria. Uno de los asiduos a aquellos eventos fue José Ortega y Gasset, buen amigo de don Jacobo, con quien discutía asiduamente sobre po-

lítica. El filósofo decía que si se tomara la palabra «trabajo» en un sentido literal, nadie trabajaba tanto como el duque de Alba en España<sup>16</sup>.

Al margen de sus estrechas relaciones con destacados miembros de las casas reales europeas, el aristócrata español conoció a grandes personalidades de la primera mitad del siglo XX. Muestra de ello fueron la buena amistad, no exenta de desencuentros políticos, con su primo lejano sir Winston Churchill; la visita a Madrid de Theodore Roosevelt, el cual quedaría gratamente impresionado por el patrimonio del palacio de Liria; las animadas veladas con el famoso compositor norteamericano Cole Porter y su esposa, o los simpáticos encuentros con Douglas Fairbanks, uno de los actores más representativos del cine mudo de Hollywood.

Admirador de intelectuales y artistas, el duque no tuvo reparo en reconocer con modestia que ocupaba puestos en instituciones culturales debido a su rango. Así lo hizo, por ejemplo, en su tercer discurso pronunciado en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, subrayando que estaba allí por méritos de sus mayores y no académicos<sup>17</sup>. Esta manera de proceder y la gran cantidad de dinero que dedicó a la cultura demuestran generosidad y grandeza. Asimismo, su profundo conocimiento de Gran Bretaña le permitió observar la enorme diferencia que había –y podríamos decir que sigue habiendo– en cuanto al interés de las autoridades por la promoción de la ciencia y la cultura. Una sangrante evidencia se pone de manifiesto en el mencionado discurso, cuando don Jacobo sustanció que en una Inglaterra inmersa en la Primera Guerra Mundial se celebraba el trescientos Aniversario de la muerte de William Shakespeare mientras que una España en paz no hacía lo propio con Miguel de Cervantes.

Don Jacobo era liberal y firme admirador del sistema político británico. Leal a la figura de su buen amigo Alfonso XIII, fue senador y diputado durante muchos años y, tras la dictadura de Primo de Rivera, ocuparía cartera ministerial en el breve gobierno del general Berenguer. Ante el rumbo de los acontecimientos que tomaba España, el 22 de febrero de 1936 consideró necesario enviar buena parte del patrimonio de la familia a la embajada británica, a fin de

evitar que se perdiera. Los hechos posteriores demostrarían lo acertada que fue aquella decisión: el palacio de Liria sería ocupado por milicianos comunistas el 18 de julio de 1936 y bombardeado por la aviación franquista el 17 de noviembre<sup>18</sup>.

El duque fue embajador del régimen del general Franco en Gran Bretaña y, años más tarde, se pronunciaría a favor del regreso de la monarquía a España. Pasaría sus últimos años centrado en la reconstrucción del palacio de Liria y también, como había hecho a lo largo de su vida, dedicado a la cultura. En 1951 legó una postrera obra, publicada a través de la Real Academia de la Historia: *Mapas españoles de América, siglos XV-XVII*.

Murió el 24 de septiembre de 1953 en la ciudad suiza de Lausana.

En esta relación se han subrayado solamente algunas de las intervenciones de don Jacobo en el ámbito de la cultura. Enumerarlas todas implicaría un trabajo mucho más extenso. Como síntesis, y sin contar títulos nobiliarios, la siguiente lista de condecoraciones internacionales y méritos demuestra la dimensión que alcanzó aquella personalidad de la historia de España: Gran Cruz y Collar de Carlos III, Gran Cruz de la Orden Victoria de Inglaterra, Legión de Honor de Francia, Medalla de San Mauricio y San Lorenzo de Italia, Medalla de Leopoldo de Bélgica, Medalla de Santiago de la Espada y de Villaviciosa de Portugal, Medalla del Sol Naciente de Japón, Medalla del Sol de Perú, Medalla de Oro de Ultramar, académico de la Real Academia de la Historia, académico de la Real Academia Española de la Lengua, académico de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, académico honorario de la Academia Burgense de la Historia y Bellas Artes, doctor honoris causa del Trinity College de Dublín, doctor honoris causa de la Universidad de Oxford, socio honorario de la Academia Imperial de Berlín, miembro correspondiente de la British Academy de Londres y miembro honorario de la Massachusetts Historical Society de Boston<sup>19</sup>.

## 6. PRIMERA VISITA A ESPAÑA: LAS CONFERENCIAS DE LOS DÍAS 24 Y 26 DE NOVIEMBRE DE 1924

La primera visita de Howard Carter a España se empezó a gestar a comienzos de 1923, cuando el duque de Alba, como presidente del Comité Hispano-Inglés, contactó con el arqueólogo británico en El Cairo, poco antes de la muerte de lord Carnarvon. Sin embargo, la invitación formal no se produciría hasta diciembre de aquel mismo año<sup>1</sup>.

Ambas personalidades se reunieron de nuevo en Londres el 5 de noviembre de 1924 para ultimar los detalles. El conferenciante tendría todos los gastos pagados y recibiría la cantidad de 80 libras esterlinas por dos conferencias. También se acordó que las diapositivas y cintas cinematográficas serían enviadas por valija diplomática a través de la embajada española en la capital británica.

El 22 de noviembre el duque de Alba y Howard Carter se hospedaron en el hotel Ritz de París. Al día siguiente tomaron un tren con destino a Madrid. El arqueólogo británico estaría en España entre los días 24 y 29 de noviembre, alojado en el palacio de Liria. Su visita había despertado el interés de la prensa y antes de que llegara ya fue anunciada en los días previos.

Una noticia de *ABC*, datada el 19 de noviembre, incidía sobre su llegada: «Con el duque de Alba, que en breve regresará a Madrid, visitará esta corte mister Carter, el famoso descubridor de la tumba de Tut-Ank-Amen, quien a ruego del ilustre prócer, pronunciará dos conferencias en la Residencia de Estudiantes»<sup>2</sup>.

Cuatro días más tarde el mismo diario informaba sobre las dos conferencias programadas: «El lunes y martes próximos, a las seis de la tarde, en la Residencia de Estudiantes –y por iniciativa del Comité Hispano-inglés, que preside el duque de Alba–, disertará Mr. Howard Carter acerca de ‘El descubrimiento de la tumba de Tut-Angk-Amen’»<sup>3</sup>.

Conviene destacar dos aspectos de esta noticia. Uno sustancia que las conferencias iban a pronunciarse en días consecutivos cuando, como se verá a continuación, la primera se produciría en lunes y la segunda en miércoles. Con toda probabilidad el forzado cambio de sede debido a la masiva afluencia de público pudo ser determinante para aquella variación. Un segundo elemento curioso es la manera de escribir el nombre del faraón. El descubrimiento era reciente y los periodistas tenían dudas razonables al respecto.

La primera conferencia tuvo lugar a las seis de la tarde del mismo día de su llegada, el 24 de noviembre. Su título era «El descubrimiento de la tumba de Tut-ankh-amen. La labor de la primera época. 1923-1924». Aquel extraordinario evento cultural tuvo lugar en la sala de actos de la Residencia de Estudiantes. Entre las personalidades relevantes que asistieron al acto había intelectuales como el pensador José Ortega y Gasset, el arqueólogo e historiador Manuel Gómez Moreno y el director del Museo Arqueológico Nacional José Ramón Mélida; diplomáticos como el embajador británico sir Horace Rumbold o religiosos como el nuncio papal monseñor Tedeschini. La expectación fue de tal magnitud que mucha gente se quedó sin poder entrar en el recinto, circunstancia que obligaría a replantear el lugar de celebración de la segunda conferencia. Indudablemente, el impacto del descubrimiento de una tumba egipcia que conservaba buena parte de sus tesoros había dejado huella en sectores de la sociedad madrileña de la época y despertó el interés por ver y escuchar al protagonista.

A modo de presentación, el duque de Alba pronunciaría las siguientes palabras:

Es esta la primera manifestación pública del Comité Hispano-Inglés que tengo el honor de presidir. Nuestro Comité –como sabéis– tiene por objeto estrechar las relaciones intelectuales, artísticas y científicas entre ambos países y las de amistad, afortunadamente ya existentes, y que no pueden por menos de fortalecerse con este intercambio intelectual.

Nosotros tenemos mucho que aprender de Inglaterra y nunca es malo, estimamos nosotros, copiar lo bueno donde se halle. Ellos tam-

bién pueden aprender algo de nosotros por nuestra gran historia, por nuestro gran pasado y por las esperanzas que tenemos para el porvenir, así como por cierta similitud de costumbres, como es el individualismo profundo de ambas razas, tema que –como comprenderéis– no voy a desarrollar ahora.

Nos proponemos entre otras cosas, como becas, etc, organizar una serie de Conferencias trayendo aquí a eminentes personalidades inglesas a disertar entre nosotros. Hoy tengo la fortuna de presentaros a nuestro primer conferenciante, Mr. Howard Carter, el descubridor de la muy célebre tumba de Tut-Ankh-Amen.

Muy de agradecer es la amabilidad del Sr. Carter que, al venir aquí, ha retrasado su marcha a Egipto, donde le aguardan interesantes trabajos.

Es tan conocida la personalidad de Howard Carter que sería casi ridículo por mi parte querer hacer su elogio. Es el autor de uno de los descubrimientos más extraordinarios que registra la arqueología. Un pobre faraón, apenas conocido antes fuera del campo de la Egiptología, es ahora conocido del mundo entero.

Gracias a Howard Carter ha podido nuestra generación respirar el mismo ambiente que respiraron, hace muchos siglos, aquellos de quienes ha de ocuparse el conferenciante. La pericia del Sr. Carter, sus conocimientos profundos y su tenacidad sin límites, hicieron que, insistiendo en proseguir trabajos en el Valle de los Reyes, que por otros sabios se consideraba ya agotado, llegara –al cabo de muchos años de trabajos y de no pocos sinsabores– a los sellos guardadores de una tumba, solamente violada en muy pequeña parte a los pocos años de la muerte del Faraón. El Sr. Carter tiene, sobre las cualidades que acabo de enumerar, «ánima de artista» y esto ha de hacer más interesantes (sus) juicios sobre los bellísimos objetos hallados en la tumba.

No quisiera terminar estas breves palabras sin consagrar un recuerdo al Conde de Carnarvon porque sin él es difícil que hubiéramos tenido la interesante Conferencia que vais a oír. Su generosidad sin límites, su pericia, su afición y su tenacidad verdaderamente británicas, juntamente con los conocimientos profundos del Sr. Carter y el factor azar con el que siempre hay que contar, hicieron posible el descubrimiento acerca del cual va a disertar. Me represento a Lord Carnarvon, tal cual

le vi en 1921 en el Valle de los Reyes, rodeado de obreros en una nube de polvo, haciendo sus excavaciones estériles, removiendo toneladas de arenas y detritus, algo desanimado por la inutilidad de sus esfuerzos. Hallábase entonces a 9 o 10 pies de distancia de la famosa tumba; pero se necesitaron meses y meses de trabajo, grandes gestos y no poca tenacidad para que –siguiendo el plan trazado– se pudiese por fin llegar al célebre hallazgo.

Además de la glosa a la figura del conferenciante y la importancia del descubrimiento, destacan las cálidas palabras dedicadas al difunto lord Carnarvon, del cual señaló su trascendental papel en aquel magnífico logro.

Con la finalidad de facilitar la comprensión a los asistentes, la Residencia de Estudiantes editaría y pondría a la venta, al precio de 1 peseta, una traducción de la conferencia. Por su parte, Howard Carter complementaría sus palabras con las diapositivas y una proyección cinematográfica.

La línea argumental de aquella primera conferencia se estructuró de acuerdo con los siguientes puntos<sup>4</sup>:

Una introducción que recordaba la figura de lord Carnarvon, describía brevemente la situación geográfica del Valle de los Reyes y subrayaba la importancia de aquella rica zona arqueológica como lugar de enterramiento de faraones y personas que recibían un permiso especial de sus monarcas.

Los indicios y pistas que el conferenciante fue recopilando sobre una posible nueva tumba. Explicó que su perseverancia se basaba en los siguientes hallazgos de Theodore Davis en el Valle de los Reyes: un recipiente de fayenza y una serie de objetos, entre los que destacaban unos sellos de arcilla que contenían el nombre de entronización del faraón así como un fragmento de lino que conservaba la fecha del «sexto año de aquel rey». También añadió el descubrimiento que realizó el americano de «una bóveda, no una verdadera tumba, proyectada para el traslado del cuerpo de Akh-En-Aten, suegro de Tut-Ankh-Aten, de su primitiva tumba en El Amarna a este cementerio real tebano».

La concesión que obtuvieron por parte de Gaston Maspero, director general del departamento de Antigüedades egipcio, para excavar en el Valle de los Reyes y cómo el instinto le guió hacia el área situada entre las tumbas de Ramsés II, Merenptah y Ramsés VI. Destacó que removieron unas 200.000 toneladas de escombros antes de alcanzar las capas inferiores y cómo llegaron al borde de la desesperación cuando, tras seis años de intenso trabajo, no habían logrado ningún resultado satisfactorio. Finalmente, el descubrimiento de guijarros les sugirió la posibilidad de que hubiera algo importante en las cercanías. No lejos de aquellas piedras, que se usaban para rellenar las entradas de las tumbas, había vestigios de cabañas utilizadas por obreros de la época de Ramsés VI. En una postrera campaña se dispondrían a explorar todo lo que pudiera haber debajo de aquellas chozas.

A continuación, narró los pasos hacia el descubrimiento de la tumba: la información sobre las cabañas ramésidas, el examen de la roca, el hallazgo del primer escalón y el trabajo febril hasta desescombrar doce escalones que conducían a una puerta enlucida y sellada. Todo ello acompañado de aspectos anecdóticos como el hecho de intentar la lectura de impresiones de sello de noche y con un candil, la excitación reinante en aquellos momentos o los graznidos de aves nocturnas respondidos por «la risa» de una hiena. Explicó cómo fue realizado un pequeño orificio en la entrada sellada y pudo observar, mediante el candil, que al otro lado había un corredor. Reprimiendo las crecientes ganas de proseguir la excavación, ordenó que la escalera fuera cubierta de nuevo y cabalgó «a la luz de la luna, por entre aquellos agrestes desfiladeros, a la abierta llanura desierta donde tenía mi casa».

Seguidamente, se refirió al envío de un telegrama a lord Carnarvon, que se encontraba en Inglaterra, y a la certeza de que si hubiera profundizado unas pulgadas más en la excavación, habría encontrado sellos con el nombre de entronización de Tutankhamón en la parte inferior del enlucido que cubría el bloqueo de la entrada.

Finalizada la primera parte de la conferencia, se procedió al pase de noventa y dos diapositivas. La publicación de la Residencia contie-

ne la lista y los correspondientes comentarios realizados por el ponente. Las diapositivas fueron estructuradas de la siguiente manera:

Una introducción que enmarcaba el Valle de los Reyes, con una panorámica de la zona y la entrada a la tumba.

El interior de una tumba real: la tumba de Ramsés VI. Aquella tumba, cercana a la de Tutankhamón, fue tomada como elemento referencial. A continuación, los asistentes pudieron ver imágenes sobre las excavaciones en el exterior y la primera fase de excavación en el interior de la tumba, hasta despejar el corredor.

A medida que las fotografías mostraban el avance hacia la antecámara, Carter se explayaba más en sus comentarios. En esta parte de la conferencia repitió las palabras que le inmortalizarían, cuando al pasar un candil por un pequeño agujero realizado en la puerta sellada de la antecámara, y mirar en su interior, lord Carnarvon le preguntó: «¿Ve usted algo?», y él respondió: «Sí, cosas maravillosas».

Prosiguió mostrando distintos ángulos de la riqueza que había en la antecámara, para pasar al cofre pintado, del cual presentó escenas exteriores en las que se veía al faraón cazando desde su carro, combatiendo contra los enemigos de Egipto y pisoteándolos en forma de esfinge. La siguiente diapositiva permitía ver una sandalia que se hallaba en el interior de aquella caja decorada.

Se da la circunstancia de que las escenas bélicas del cofre muestran un elemento inusual en la profusa iconografía de guerra del Reino Nuevo: perros utilizados para hostigar al enemigo en retirada. No son habituales representaciones de canes entrenados para el combate en los numerosos relieves de guerra del periodo.

Los siguientes objetos exhibidos fueron: el lecho del león, denominado así por tener la forma de ese felino, así como cajas, muebles, joyas o candeleros que estaban encima y debajo de aquella cama. El león estaba considerado un animal solar y un símbolo de la fuerza del monarca.

A través de aquel recorrido visual, los asistentes pudieron contemplar el espacio situado entre el lecho del león y el lecho de Hathor, divinidad femenina con cabeza de vaca que estaba asociada, entre

otros aspectos, a la regeneración. Allí los arqueólogos encontraron vasos y recipientes de alabastro de gran belleza.

A continuación venía un serie de fotografías y descripciones sobre objetos que se encontraban en el entorno del lecho de Toeris, diosa con forma de hipopótamo que estaba dedicada a la protección de madres y niños. Entre los mismos destacaban el famoso trono que muestra al rey y a la reina en amorosa actitud, así como algunos taburetes.

El pase de fotografías terminó con la presentación de collares, bastones y una hermosa copa votiva de alabastro. Acabada su intervención, el conferenciante fue premiado con la sonora ovación de un público entregado ante lo que acababa de ver.

Debido al extraordinario éxito de aquella primera conferencia y la manifiesta limitación del espacio, los organizadores decidieron buscar un recinto con mayor aforo para la segunda. Finalmente, optarían por el teatro Fontalba (foto 22), coliseo ubicado en la Gran Vía madrileña<sup>5</sup>.

La primera jornada de Howard Carter en Madrid sería rubricada con una cena de homenaje que el duque de Alba le ofreció en el palacio de Liria. Entre los asistentes estuvieron algunos buenos amigos del anfitrión, como el doctor Hugo Obermaier, catedrático de Prehistoria de la Universidad Central de Madrid, y miembros de la aristocracia, como el marqués de Torres de Mendoza y el duque de Nochera<sup>6</sup>.

La prensa de la capital cubrió ampliamente el acontecimiento y así se reflejaría en los diarios del martes, 25 de noviembre. El ABC dedicó una página al éxito de la conferencia. El artículo comenzaba con una breve descripción física de Howard Carter, al que señalaba como «de estatura no aventajada, complexión fuerte...» y continuaba señalando el caluroso aplauso que le brindó el público y algunas palabras que le dedicó el duque de Alba en la presentación, definidas como «frases sobrias». En relación a la propia conferencia, que fue calificada de «excelente», recogía una síntesis descriptiva sobre el hallazgo de la tumba y sobre algunas piezas significativas, subrayando el uso ilustrativo de las diapositivas. El texto terminaba añadiendo los nombres de algunas personalidades relevantes que asistieron al

evento. Otros periódicos que también publicarían la noticia, centrándose básicamente en la gran afluencia de gente, las bondades de las diapositivas, aspectos sobre la tumba y los objetos que habían sido mencionados en la conferencia, fueron *La Libertad*, *El Liberal*, *La Publicidad*, *El Imparcial*, *El Debate*, *La Voz* y *El Heraldo de Madrid*<sup>7</sup>.

Los principales periódicos también anunciaron el cambio de lugar para la segunda conferencia, que debía celebrarse el miércoles 26, a causa del éxito de público que obtuvo la primera.

Durante la mañana del martes, el célebre descubridor británico visitó el Museo Arqueológico Nacional, donde fue recibido por su director, don José Ramón Mélida. Allí contempló las antigüedades egipcias que habían llegado a Madrid en tiempos del reinado de Carlos III y, con toda probabilidad, las proporcionadas por el cónsul español Eduardo Toda a finales del siglo XIX<sup>8</sup>. Mélida aprovecharía la presencia del arqueólogo para preguntarle sobre el tesoro de Aliseda, rico ajuar orientalizante que había sido hallado casualmente en aquella localidad de la provincia de Cáceres cuatro años antes. Según declararía él mismo, recibiría posteriormente una carta del propio Carter, con fecha de 17 de febrero de 1925, en la que le aportaba datos sobre la posible cronología de algunas piezas<sup>9</sup>. Finalizada la visita, Howard Carter se desplazaría al Museo del Prado para disfrutar de sus magníficas colecciones pictóricas. No hay que olvidar que era hijo de un pintor, dibujaba muy bien y que, como él reconocía abiertamente, la pintura era una de sus grandes pasiones.

Aquella noche la embajada británica ofreció una cena de gala en su honor. A la misma asistieron algunas de las personalidades más representativas de la cultura española. El embajador, su esposa, el duque de Alba y el homenajeado compartieron mesa y mantel con Ignacio Bauer, presidente del Colegio de Doctores; Mariano Benlliure, escultor y director del Museo de Arte Moderno; José Castillejo, secretario de la Junta de Ampliación de Estudios y José Ramón Mélida. Finalizado el ágape llegaron miembros de legaciones diplomáticas de países como Estados Unidos, Finlandia, Alemania o Francia<sup>10</sup>.

En la mañana del día 26, Howard Carter, acompañado por el duque de Alba, sería recibido por el rey Alfonso XIII en el Palacio Real. Aque-

lla recepción demuestra la relevancia adquirida por el arqueólogo y la curiosidad que su descubrimiento había despertado en las más altas instancias del país. Por la tarde pronunciaría su segunda conferencia en el teatro Fontalba, cuyo aforo empequeñeció ante la masiva afluencia de público. De igual manera que en la primera lectura, numerosas personalidades se dieron cita para escuchar al gran protagonista de la arqueología egipcia de aquellos tiempos, si bien destacaría por encima de todas la presencia de los reyes Alfonso y Victoria Eugenia. Junto al embajador británico, sir Horace Rumbold, y su hija, había los siguientes miembros de la aristocracia: los duques de Plasencia, los marqueses de Lerma, de Fontalba, de Bermejillo y de Valdeiglesias; los condes de Gimeno y de Calleja, y las señoras y señoritas de Vives y Tormo. Por su parte, repitieron Manuel Gómez-Moreno, José Ortega y Gasset, y José Ramón Mélida. Y entre otros intelectuales asistentes estaban los escultores Mariano Benlliure y Victorio Macho, el historiador Francisco Javier Sánchez Catón y el filósofo Manuel García Morente<sup>11</sup>.

Howard Carter comenzó su segunda conferencia saludando a los reyes y haciendo un resumen de la primera, que incluyó algunas de las diapositivas más representativas<sup>12</sup>. A continuación se centró en los siguientes puntos:

Las tareas de restauración, documentación, fotografía y embalaje de los objetos de la antecámara, antes de proceder a los trabajos en la cámara funeraria.

Las grandes dificultades que tuvo el equipo para desmontar las cuatro capillas, debido al estrecho espacio que había entre ellas y a su tamaño y peso, el cual basculaba entre 250 y 750 kilogramos, así como a la circunstancia de que el estuco sobre el que habían sido fijadas las láminas de oro era muy quebradizo. También tuvieron que ser muy cautos a la hora de extraer las espigas de madera y de cobre que unían los distintos paneles. Como dato anecdótico añadió que sufrieron más daños, en cuanto a pinchazos y golpes, quienes llevaron a término aquellas labores que las propias capillas.

Estas explicaciones serían acompañadas posteriormente de diapositivas que mostraban los carros, detalles sobre los mismos y ornamentos de los arneses.

Seguidamente, explicó la apertura de la puerta sellada de la cámara funeraria, una vez la antecámara estuvo despejada. Describió la cámara y algunos de los objetos más representativos que allí había, entre los que destacaban las cuatro capillas. La cámara funeraria estaba a un metro de profundidad en relación a la antecámara y poseía una pequeña habitación secundaria, que sería definida como «cámara del tesoro», debido a que había muchas piezas del ajuar funerario.

Las fotos que complementarían esta parte de la conferencia presentaban un orden que resultaba muy comprensible para los asistentes.

Mostró características de la puerta sellada e insistió en una parte de la misma que había sido perforada por los ladrones y posteriormente restituida por las autoridades faraónicas. En una de las fotos se podía ver a lord Carnarvon y en otra a Arthur C. Mace, uno de los reputados arqueólogos que participó en las investigaciones.

Continuó con la descripción de las dos estatuas negras del rey, a tamaño natural, que custodiaban la puerta sellada, y el progresivo derribo de la pared divisoria para presentar la capilla exterior, pintada de azul y rojo, así como algún detalle de la misma.

También presentó fotos sobre algunos objetos depositados en el espacio que había entre esta capilla y la siguiente, sobresaliendo recipientes para ungüentos, báculos y bastones, antes de exhibir el palio de la segunda capilla y el sistema aplicado por el Dr. Alexander Scott para restaurarlo y permitir su traslado al laboratorio sin daños.

Prosiguió aportando imágenes de la segunda capilla y algunas de sus particularidades, tanto físicas como iconográficas. Se felicitó al recordar que la marca del sello de la puerta estaba intacta. Aquello significaba que los ladrones no habían hollado toda la tumba, con lo cual se apercibió de que, a partir de allí, todo lo que encontraran no había sido tocado desde el momento del enterramiento.

Siguiendo la cronología de los avances, describió brevemente la tercera capilla y las sensaciones de creciente emoción al cruzar aquel umbral para, más tarde, pasar a través de la puerta de la cuarta capilla y contemplar por primera vez el gran sarcófago.

Tras una descripción somera de la cuarta capilla, tanto física como iconográfica, y de los trabajos necesarios para desarmarla a fin

de acceder con mayor facilidad al sarcófago, se centró en las principales características de este. Explicó las sensaciones de máximo respeto que le invadían al levantar la pesada tapa y prosiguió señalando las tres envolturas de lino, bajo las cuales apareció el primero de los féretros antropomorfos que protegían el cadáver del faraón.

Terminó subrayando la conmovedora presencia de una guirnalda de flores de loto secas sobre los emblemas de la cobra y el buitrec que protegían la frente del faraón, intuyendo que pudo ser un postrer acto de ofrenda de la reina viuda. Esta visión le marcaría hasta el extremo de que la recordaría en numerosas ocasiones.

A continuación se proyectaron dos documentales que mostraban las tareas de restauración, embalaje de piezas y transporte. Antes de despedirse, el arqueólogo inglés anunció que donaba las diapositivas y las filmaciones que había utilizado en sus dos conferencias al Comité Hispano-Inglés para que hiciera difusión máxima de las mismas.

La prensa del día 27 también recogió el gran éxito cosechado en la segunda conferencia, sintetizando contenidos de aquel acto cultural y, en algunos casos, como en el diario *ABC*, incluyendo los nombres de los ilustres asistentes<sup>13</sup>.

Howard Carter pasó ese día 27 en Toledo, donde visitó sus edificios más emblemáticos. En aquel viaje fue acompañado por el duque de Alba y por don Ángel Vegue y Goldoni, catedrático de Bellas Artes que ilustraría al invitado con sus conocimientos sobre la hermosa ciudad. Aquella misma noche se le agasajó con una cena en el hotel Ritz, organizada por don Amalio Gimeno y Cabañas, el conde Gimeno, que en aquellos tiempos era el presidente de la Junta de Excavaciones y Antigüedades, y con asistencia de personalidades como el duque de Alba, Mariano Benlliure, Alberto Jiménez Fraud, Francisco Álvarez Ossorio, José Moreno Carbonero, Elías Tormo, Manuel Gómez Moreno y Alfonso Pérez Nieva. Por más que en los archivos del establecimiento hotelero no se conserven datos relacionados con el ágape, la prensa informaría sobre el mismo, subrayando las palabras de elogio del conde Gimeno y las de agradecimiento del homenajead, el cual también se comprometió a informar a la Junta de Excavaciones y Antigüedades sobre sus descubrimientos en Egipto.

En este sentido, el diario *ABC* describió la intervención del arqueólogo de la siguiente manera: «Contestó Mr. Carter en inglés, en breves y elocuentes frases, agradeciendo los elogios que había hecho de su persona el conde de Gimeno. Dijo que va a Egipto directamente, y que dará cuenta a la Junta de todos los descubrimientos que realice, pues no puede olvidar el afecto y la simpatía con que en España ha sido recibido y obsequiado»<sup>14</sup>. Completó su breve discurso elogiando el Museo del Prado y Toledo.

Algunos de los asistentes hablaron sobre la posibilidad de solicitar la Cruz de Alfonso XII para el arqueólogo: «Entre los comensales surgió la idea de dirigirse al Directorio para que este transmita a S.M. el Rey la petición relativa a que se conceda la Cruz de Alfonso XII a Mr. Carter, que, como sabio insigne y de reputación mundial, merece que se le distinga por parte de España, donde tan interesantes muestras ha dado de su ciencia y de su esclarecida mentalidad, con una cruz que, como la de Alfonso XII, se otorga a aquellos que colaboran por la cultura»<sup>15</sup>.

El trámite se llevaría a término, pero hubo una cuestión relacionada con la diplomacia hispano-británica que frenaría la entrega de semejante honor. En una carta que el duque de Alba le envió, con fecha de 12 de diciembre de 1924, le explicaba que se habían realizado las oportunas diligencias y que el rey Alfonso XIII había firmado dando su consentimiento, pero que el gobierno británico se había opuesto ya que no permitía que sus súbditos recibieran tales reconocimientos por parte de las autoridades de otro país<sup>16</sup>.

Hasta ahora no se sabía con seguridad cuándo Carter abandonó España. El periódico *La Voz* informó de que prolongaría su estancia unos días más para poder visitar Ávila y Segovia, pero no hay referencias periodísticas más allá del 28 de noviembre<sup>17</sup>. Sin embargo, unas entrañables líneas de despedida en un papel de carta que portaba el membrete del palacio de Liria, con fecha del día 29, indican que abandonó Madrid en el transcurso de aquella jornada (documento 1):

29 de noviembre de 1924

PALACIO DE LIRIA

Título de gracia del duque de Alba

[ilegible]\*

Mi querido duque de Alba

Ha llegado la hora de despedirme y tengo que expresarle mi más profundo agradecimiento por la extraordinaria amabilidad que he recibido y por las molestias que haya tenido que soportar esta semana. Mi visita a Madrid ha sido verdaderamente provechosa. –Le repito que ha sido la mejor semana de mi vida y que nunca la olvidaré.–

Con mucho gusto le informaré sobre mis progresos de mi trabajo en Egipto. Sin embargo, me temo que hasta el próximo otoño no podré obtener ningún resultado favorable. Gracias a usted y a todos los amigos [ilegible]\* en Madrid.

Querido mío, me despido eternamente agradecido,

Howard Carter

[Firma manuscrita extendida]

Más allá de la prensa española, el impacto positivo de la presencia de Howard Carter en Madrid y sus dos conferencias cruzó los Pirineos. La revista *Mercure de France* informó a sus lectores sobre las novedades que presentó el arqueólogo británico y algunos eventos sociales en los que participó, destacando la cena en el Ritz<sup>18</sup>. La cabecera francesa recogió también la propuesta de los comensales para realizar trámites a fin de que se otorgara la Cruz de Alfonso XII al descubridor de la tumba de Tutankhamón.

En el transcurso de esta primera visita debió de cristalizar un acuerdo que permitió al conde Gimeno traducir al castellano el primer volumen de *The Tomb of Tutankhamun*, que había sido publicado en 1923. La obra en castellano sería dividida en dieciocho fascículos de la revista *Blanco y Negro*. El ejemplar original utilizado por don Amalio para la traducción se encuentra actualmente en la biblioteca del Museo Egipcio de Barcelona y contiene una dedicatoria del arqueólogo inglés. Lamentablemente, el aristócrata iniciaría la traducción del segundo volumen, aunque no la concluyó.

Otra derivada de la presencia de Howard Carter en España fue la propuesta del duque de Alba, realizada el 28 de noviembre de 1924, para que el británico fuera nombrado miembro de la Real Academia de la Historia. Fue elegido en la Junta, presidida por el propio don Jacobo, que tuvo lugar el 5 de diciembre, decisión que le sería notificada mediante carta al día siguiente.

## 7. LA ENTREVISTA DE RAFAEL VILLASECA A HOWARD CARTER EN EL DIARIO ABC

Durante la mañana del día 28 Howard Carter fue entrevistado por el periodista de ABC Rafael Villaseca en el palacio de Liria<sup>1</sup>. Debido a su extensión, la entrevista sería dividida en dos entregas y publicada los días 29 de noviembre y 5 de diciembre.

La primera parte se tituló «Míster Howard Carter habla de su famoso descubrimiento de la tumba de Tut-Ankh-Amen»<sup>2</sup> y comenzaba con las siguientes palabras:

*Apunte de semblanza.*— Estamos en el palacio de Liria, la señorial morada del duque de Alba, a cuya amabilidad debemos haber llegado fácilmente hasta Mr. Carter, y ofrecer ahora como próximo recuerdo de su reciente visita a Madrid estas impresiones de la interesante conversación en la que el famoso egiptólogo nos obsequió con nuevos pormenores de su descubrimiento y encantadores motivos personales.

El aspecto de nuestro ilustre interlocutor no delata con segura evidencia su nacionalidad británica. Tampoco su profesión. Nada de la suave cabellera blanqueando sobre el rostro terso y juvenil, y de la sensación, un tanto higiénica y un poco a cromo fino, frecuente en otras personalidades inglesas. La figura del descubridor de Tut-Ankh-Amen se ajusta mas bien a ese tipo medio indeciso entre los países latinos...; pero hay en su fisonomía otros matices de significación sutil y representativa. ¿Sugestión, mimetismo del ambiente faraónico, misterios fisionómicos? El rostro del descubridor de Tut-Ankh-Amen nos parece a nosotros un poco egipcio. Una indefinible alusión egipcia pugna por hacerse visible en su rostro europeo. Quedan aún dos rasgos expresivos. Profundos: los ojos cansados de mirada interior, lejana, de investigador y de estudioso, y la palidez. Una palidez de arqueólogo, de hombre sumido en la profundidad material de las excavaciones tanto como en la espiritual de las históricas, conservando de una y de otra la huella de lividez que deja impresa la prolongada convivencia con la sombra y el silencio de los siglos olvidados y de los lugares muertos.

Aquella descripción, que contenía expresiones poéticas y desprendía cierta aureola de misterio sobre el personaje, precedía a unas palabras dedicadas a la traductora norteamericana, a la intermitente presencia del duque de Alba en el salón donde se realizó la entrevista y a las pinturas que mostraban a antiguos representantes de tan ilustre Casa: «La distinguida señora Atienza, profesora norteamericana, garantiza en la entrevista la exacta interpretación de las palabras de Mr. Carter. El señor duque entra de cuando en cuando, y nos honra interviniendo en la conversación. Otros duques de Alba, de cota de malla o de gorguera, asisten también al coloquio, entre tapices desde sus dorados marcos. La escena es bella».

El entrevistado respondió a las dos primeras cuestiones sobre datos biográficos, señalando algunos problemas de salud que había padecido en su niñez, explicando que llegó a la egiptología gracias a la figura del coleccionista lord Amherst y subrayando que, a los dieciocho años de edad, viajó por primera vez a Egipto en una expedición de la Egyptian Exploration Society.

Ante una pregunta sobre sus hallazgos anteriores al descubrimiento de la tumba de Tutankhamón, destacó:

El de Thothmes IV, entre otros. En 1899 había sido nombrado inspector de Antigüedades del Norte de Egipto, y me ocupaba en varios proyectos. Pero este hallazgo fue casual y un poco novelesco. El indicio lo obtuve una noche tormentosa, regresando a Luxor. El caballo que montaba dio un traspíe y me despidió de la silla. Al día siguiente comprobé que la causa había sido una pisada falsa del caballo sobre un trozo de tierra removida. Era la entrada de la tumba, que después de explorada resultó vacía, en contra de la aseveración de un documento de la época de Ramasis IX, que la aseguraba intacta. El sarcófago y los restos de aquel monarca los encontré después en el Valle de los Reyes. Fue entonces cuando las excavaciones de Mr. Davis y el hallazgo de algunos testimonios arqueológicos a flor de tierra me hicieron concebir la esperanza de descubrir la tumba famosa.

La anécdota aquí referida de haber descubierto la tumba de Tutmosis IV en el transcurso de una noche tormentosa, cuando regre-

saba a Luxor desde el Valle de los Reyes y las patas de su caballo se hundieron en un terreno removido que resultaría ser la entrada de la tumba, presenta un problema de interpretación. En este punto tuvo que haber algún tipo de confusión entre periodista, traductora y arqueólogo, ya que la historia del caballo se produjo en relación a una entrada subterránea situada en el patio del templo del faraón Mentuhotep II en Deir el-Bahari y no en la tumba del rey citado.

El entrevistado prosiguió narrando la confianza que lord Carnarvon había depositado en el proyecto de la búsqueda de la tumba de Tutankhamón y afirmó que trabajaban durante cuatro meses al año con un presupuesto superior a 6000 libras por campaña, empleando entre 100 y 150 obreros en las labores arqueológicas. Se trataba indudablemente de una excavación de dimensiones importantes. Hoy día, las intervenciones arqueológicas tienen una duración que fluctúa entre un mes y medio año. No olvidó relatar la incertidumbre generada tras seis campañas infructuosas ni describir sucintamente aspectos de la vida cotidiana en parajes tan inhóspitos:

Como es frecuente en estas colonias desterradas, la nuestra puso su ternura en un niño, que llamábamos nuestro terrier por su pequeñez, que le permitía deslizarse en los escondrijos difíciles, y convertimos también en nuestro favorito un hermoso canario amarillo, que yo había llevado, y cuyo canto era para nosotros el ruido de la fuente en el desierto. En su honor, la «tribu» exploradora bautizó a la tumba, que tantos sacrificios nos costaba, con el nombre de «la tumba del pájaro amarillo». La fantasía infantil de los indígenas, comenzaba a atribuir una virtud cordial al lindo pájaro, encarnación tal vez de algún dios benigno. Una coincidencia extraña puso un raro valor de emoción al final de esta historia. Al mismo tiempo que nuestros primeros hallazgos, el pájaro debilitó su canto y, por fin, dejó de cantar. Estaba yo contemplando anhelantemente la primera puerta descubierta de la tumba, cuando vinieron a decirme, con impresionante seriedad, que el pájaro había sido muerto por la terrible cobra del país. Todos sintieron la muerte del pájaro, pero la interpretaron como el feliz augurio del término de nuestras amarguras. Puesto que ya habíamos encontrado un camino, y era alegre y espe-

ranzada nuestra vida, la misión del pájaro encantado había concluido. Su buen espíritu debía haber volado hacia otros consuelos que otorgar.

Hay que evaluar algunos términos dedicados a la población local en el marco de la visión colonial de África que aún se tenía en los años veinte del siglo pasado. Evidentemente estas palabras serían impensables en la actualidad. Es remarcable también la alusión al canario devorado por la cobra. La perspectiva de los trabajadores al interpretar la acción del reptil como un buen augurio contrasta con la opinión vertida en prensa por algunos personajes que veían en ella una señal de maldición. Parece ponerse de manifiesto cierta contraposición en los enfoques sobre la serpiente, según realidades culturales orientales u occidentales. Debe tenerse en cuenta que para los antiguos egipcios la cobra era una serpiente solar protectora.

Preguntado sobre la sensación que produjeron los primeros indicios serios de la tumba, Carter manifestó lo siguiente:

Todo cambió en un instante, y hasta el panorama me pareció risueño. El próspero suceso aconteció el 4 de noviembre de 1922. La novedad la advertí al ir hacia las obras, sorprendido por un silencio de interrupción. Mis hombres habían descubierto el primer peldaño de la escalera, y aguardaban mis órdenes. Animadamente los mandé continuar. Yo mismo desescombraba felizmente con el pico en la mano. Ya eran cuatro, seis, los escalones descubiertos. Trabajábamos sin descanso, con ese ardor especial de los que quieren disputar a la tierra avara un secreto o un tesoro. La jornada de trabajo no oyó al anochecer ni la hora de la comida, ni la voz de descanso.

Hacia el duodécimo escalón apareció la primera puerta tapiada de la tumba. Otros momentos, el de la visión deslumbradora de la antecámara y el de la entrada a la cámara sepulcral me produjeron una emoción, tal vez más bella, pero no tan victoriosa. Fue el momento de mi eureka, invadido por mi gratitud a la ciencia y al pensamiento humano. Un sentimiento conmovedor de promesa, de premio, de reconocimiento nos sacudió a todos. Tocábamos temblorosos, golpeábamos la puerta cariñosamente. Los indígenas daban gritos de júbilo ante ella. Con ufana

presteza partió a Luxor un mensajero, para telegrafiar a lord Carnavon la buena nueva.

Nunca otro hallazgo tan fúnebre había sido celebrado con tanto júbilo. Sobre el Valle de los Reyes fulgía la luna con inusitado esplendor. Solemne, litúrgico, enviando a Dios y al infinito su cántico de gratitud por el blanco camino de la luna, sugió el coro oriental de mis trabajadores:

«¡Oh, creciente divino!

Hermoso mes de paz.

Brilla dulce y fresco

sobre nosotros...!»

Es muy sugestivo leer las palabras que describen a la perfección las impresiones del arqueólogo frente a un hallazgo de tamaña envergadura, así como la reproducción de un cántico similar a los que todavía hoy pueden oírse cuando se producen descubrimientos interesantes en un yacimiento.

Así terminó la primera entrega de la entrevista. La segunda parte, que llevaría por título «Mr. Howard Carter habla de la tumba de Tut-anj-Amen» y como subtítulo «La buena casa de un muerto», comenzaba con unas reflexiones de Carter sobre sus sentimientos como arqueólogo y artista ante la visión de los objetos depositados en la antecámara<sup>3</sup>. Algunas de sus palabras revelan la mezcla de sentimientos que recorrieron las entrañas de un hombre al que podemos considerar polifacético:

Yo he vivido intensamente la escena al aparecer ante mis ojos el cuadro inverosímil de la antecámara de la tumba de Tut-Anj-Amen. En el palpitante deslumbramiento participaba tanto el egiptólogo como el artista y, sencillamente, el hombre, universalmente sensible al brillo fascinador de joyas y tesoros. Para el egiptólogo era una promesa deliciosa la contemplación de aquel caudal rebosante de documentos históricos. El arte egipcio, insuperado en lo colosal, acariciaba ahora nuestra sensibilidad con su miniaturismo impregnando por ese encanto de lo minucioso que perfuma las flores complicadas de su arte menudo. La parte de coleccionista devoto, hasta manual, del orden que hay en todo arqueólogo, se

solazaba, en fin, a la vista de tanto objeto que clasificar, catalogar, asear y envolver cuidadosamente.

Preguntado sobre sus objetos preferidos, respondió que era difícil decantarse por alguno, aunque demostró gran sensibilidad al subrayar el trono del rey, que conservaba una escena de entrañable idilio familiar protagonizada por el matrimonio real en el respaldo del mueble, y una copa votiva de la reina como último acto de un amor acaecido tres mil doscientos años atrás: «Así, la escena del idilio doméstico, representada en el tablero posterior del trono, y la dedicatoria de la reina, último reflejo de una luna de miel interrumpida por la muerte hace tres mil trescientos años, y que aún llegaba hasta nosotros».

En relación a una pregunta sobre lo que sintió al penetrar en la cámara sepulcral, el entrevistado contestó:

Una emoción más dramática que en la antecámara. Ningún otro monumento funerario me había hecho experimentar con tanta solemnidad el sentimiento del sueño de la muerte. En ninguna otra tumba faraónica apareció expresada con mayor intensidad esa solicitud por proteger el sueño y velar al durmiente querido, humano sentimiento del que nuestros cuidados funerarios no son más que su exaltación. Los egipcios lo apuraron hasta el refinamiento; fueron sus artífices, y sus tumbas, poemas inspirados en esta poesía de procurar una bienaventuranza ejemplar al sueño eterno de la muerte. ¿Cuál mejor silencio para el sueño del rey que el del corazón de las cuatro urnas superpuestas? ¿Con qué inspirar en sueños más felices al dormido que con la compañía de las pequeñas cosas familiares y con la presencia sonriente de los recuerdos infantiles? Por todas partes, en la mirada protectora de las diosas benignas, en los risueños asuntos representados, en la profusión de signos amparadores y custodios, la asistencia benigna al sueño, la canción de cuna al durmiente. ¡Dulce, patética, civilizada alma la de los egipcios que tan bien sabían comprender la muerte y amar a sus muertos!

No hay duda de que Carter incluyó reflexiones personales cargadas de poesía en algunas de sus respuestas.

Dio su opinión respecto a lo que supondría la apertura del féretro del faraón y las piezas de la tumba que ya estaban expuestas en el Museo de El Cairo, antes de abordar un tema recurrente en la historia de la egiptología, debido a los problemas de conciencia que puede despertar: la exhibición pública de momias. El periodista le preguntó si consideraba la posibilidad de que el cadáver de Tutankhamón fuera enterrado de nuevo y él replicó con un sorprendente comentario:

Tan justo me parece, que yo mismo he propuesto utilizar la gran pirámide de Gizé, no solamente para que sirva de sepultura a esta momia, sino a todas las de los faraones albergadas profanamente en los museos. He sido el primero en censurar el tráfico lamentable que con ellas se hacía, hasta el punto de poder adquirir una momia por una libra. Una cosa es no privar a la Historia y al arte de los datos interesantes y de las bellas obras inútilmente almacenadas bajo la tierra, y otra, el respeto a los muertos, por lejanos que estén de nosotros.

Actualmente algunas momias reales, como las de Tutmosis III, Seti I o Ramsés II están expuestas en el Museo Egipcio de El Cairo y la de Tutankhamón se encuentra en su tumba del Valle de los Reyes.

Añadió que tenía en mente trabajar en otras dos tumbas faraónicas, aunque en aquel momento no quiso especificar cuáles. Años más tarde, filtró a la prensa su intención de buscar la tumba de Alejandro Magno en Alejandría, pero no hay constancia de que llevara a término ninguna labor al respecto<sup>4</sup>. La ubicación de tumbas como la del gran conquistador macedónico o la célebre Cleopatra continúa siendo un misterio para los investigadores.

Sería más explícito hablando sobre sus impresiones de España:

Inmejorables. Madrid es una de las ciudades más bonitas de Europa. Además, como después de la Arqueología nada me interesa tanto como la pintura, Madrid y Toledo me han proporcionado ratos inolvidables. Con tan buen cicerone como el duque de Alba, he pasado las mañanas en el Museo del Prado, del que con razón están ustedes orgullosos. Es soberbio; y por si esto fuera poco, he estado alojado en el palacio de Liria,

superior por lo completo de sus colecciones y la importancia de las obras que posee a los más calificados palacios ingleses que yo conozco.

Terminaba la entrevista agradeciendo las atenciones recibidas por parte del duque de Alba. Sus últimas palabras al periodista fueron para sustanciar que, en agradecimiento al magnífico trato recibido, donaba los materiales visuales que había utilizado en las conferencias a la Sociedad Hispano-Inglesa, con el fin de que pudieran ser contemplados en diversos puntos de España, a través de la mencionada sociedad y la Residencia de Estudiantes.

El periodista supo cerrar aquella entrevista de forma muy literaria: «Recordaremos, recordaremos algún tiempo esta suave mañana de otoño, en la que oímos en una antigua estancia la linda historia, tan entretenida, con sus puertas selladas, sus cámaras defendidas por conjuros y sus reliquias familiares sumidas en un sueño milenario, como los más bonitos cuentos de *Las mil y una noches* y del señor Perrault».

## 8. REPERCUSIÓN DE LAS CONFERENCIAS CELEBRADAS EN NOVIEMBRE DE 1924

Como se ha podido constatar, la prensa contribuyó notablemente a acrecentar el eco de las dos conferencias pronunciadas por Howard Carter en Madrid.

Antes de terminar el año se celebrarían otros dos actos culturales utilizando las diapositivas y cintas cinematográficas cedidas por el británico. El domingo 14 de diciembre tuvo lugar la lectura de una de sus conferencias y la proyección de los materiales visuales en el Real Cinema. La noticia, recogida por *ABC*, destacaba que el pase, organizado por el Comité Hispano-Inglés, estaba destinado básicamente a niños y a obreros. El acto, cuya introducción estuvo a cargo del escritor Manuel Machado, fue un gran éxito. El rotativo destacaba también que la Residencia de Estudiantes distribuyó un impreso ilustrado y que el Comité prestaría los materiales a centros docentes de Madrid y provincias<sup>1</sup>. Una carta de don Alberto Jiménez Fraud con fecha del 4 de diciembre de 1924, conservada en el archivo de la Casa de Alba, informa sobre los prolegómenos (documento 2):

Excmo Sr. duque de Alba

Mi Preciado duque: de acuerdo con Jorge y con Palomares estoy ultimando los detalles para la conferencia popular, que tendrá lugar en el Real Cinema, el Domingo 14, a las once de la mañana. No ha sido posible otra cosa y así dará tiempo a preparar todo con gran cuidado.

Ya he convenido con [el] S. Rivero la forma de la introducción que se va a añadir a la conferencia.

Mélida esperará hasta después del 14 y para esa fecha tendremos copia de todas las proyecciones.

\*\*\*\*\*

Alberto Jiménez

De momento no creo que debería contestarle más que en la circular adjunta a los solicitantes.

Con esta carta devuelvo a V. el Baedeker.

Muchas gracias.

El día 18 de diciembre tuvo lugar otra sesión en el paraninfo de la Universidad Central. En aquella ocasión asistirían destacadas autoridades de la capital y la presentación corrió a cargo de José Antonio Mélida, el cual agradeció las gestiones del duque de Alba. El interés que despertaron aquellos fascinantes acontecimientos llegó a todos los lugares de España. La noticia, también procedente de *ABC*, destacaba que sesiones como aquella se repetirían en cada Facultad<sup>2</sup>.

Poco después de la marcha de Howard Carter, el Comité Hispano-Inglés empezaría a recibir numerosas solicitudes de instituciones, agrupaciones y particulares para que les fueran enviadas las dispositivas que el arqueólogo británico había cedido. Ante tantas demandas, se escribió una carta marco de respuesta, que también mencionaba el acto del día 14 de diciembre:

[Fecha estampada de 6 de diciembre de 1924]

Muy Sr. Mío: En contestación a su atenta ..... tengo el gusto de participarle que el Comité Hispano-Inglés accede con el mayor gusto a su deseo de disponer de las proyecciones y películas de la tumba de Tutankamen, donadas por Mr. Carter, para dar una conferencia en el .....

Estas diapositivas y películas se proyectarán de nuevo en Madrid el Domingo 14 de Diciembre en una función popular en obsequio de los Centros obreros y escuelas públicas; dispondrá después de ellas, durante cortos días, la Universidad Central, y se prestarán luego para su circulación en España, a los centros de cultura que las han solicitado.

A su tiempo se comunicará a Vd. la fecha en que podrá disponer de ellas y las condiciones que el Comité exige a los solicitantes para la seguridad de las proyecciones etc.

De Vd. atento y s. s.

q. b. s. m.

El archivo de la Casa de Alba conserva una lista de Universidades, Institutos y Centros culturales que solicitaron las diapositivas. Esta relación de nombres consta de dos páginas. En la parte superior de

la primera, figura una lista mecanografiada de instituciones, agrupaciones culturales y particulares con una nota que contiene las siguientes palabras: «Todas estas cartas se envían hoy al Sr. Jiménez por orden del Sr. duque». El resto de la primera página y la totalidad de la segunda contienen los nombres escritos a mano y separados por grupos, según diferentes días:

*[en fecha 17 de diciembre de 1924, mecanografiado]*

Universidad Central de Madrid

Universidad Central de Salamanca

Universidad Central de Zaragoza

Instituto de Segunda Enseñanza de Salamanca

Id. de Jovellanos de Gijón

Sr. Ibareguren de Madrid

Anónima de Madrid

Ateneo Riojano de Logroño

Id. Obrero de Gijón

Federación de Estudiantes Católicos de Valladolid

Alcalde de Valladolid

Empresario de Teatros de Granada

Asociación de dependientes de comercio de Manresa

Ateneo popular de Barcelona

Marquesa del Mérito (Córdoba)

Centro de Reporters de Barcelona

Delegado Regio de Bellas Artes (Valencia)

Universidad de Barcelona

Asociación de Sordo-Mudos de Madrid

Colegio de Doctores Madrid

Ateneo de Gerona

Pósitos de Torrevieja

Colegio de la Guardia Civil de Madrid

Escuelas Salesianas (Madrid)

Centro de Lectura de Reus

Círculo de Artes (Lugo)

Redactor del *Sol* en Valdepeñas

Comisión de Monumentos Artísticos e Históricos (Sevilla)  
Universidad popular de Segovia  
Delegado Regio de Bellas Artes de Teruel  
Ateneo Mercantil de Valencia  
Instituto Católico de Artes e Industrias de Madrid

[en fecha 22 de diciembre de 1924, a mano]

Asilo de la Caridad de Valladolid  
Ateneo de Burgos  
Universidad de Santiago  
Catedrático de Geografía e Historia (Valladolid)

[en fecha 2 de enero de 1925, a mano]

Federación de Estudiantes Católicos (Córdoba)  
Editorial «Voluntad» (Madrid)  
Trufil Películas Cinematográficas (Madrid)  
Colegio del Pilar (Marianistas), Madrid  
Círculo de la Unión Mercantil (Madrid)  
Congregación Militar de Luises (Toledo)  
Grupo escolar Cervantes (Madrid)  
La Radio Ibérica (Madrid)

[en fecha 8 de enero de 1925, a mano]

Círculo de Bellas Artes (Madrid)  
Asociación Cultural de Mallorca  
«Grupo Valencia» de Tarragona  
Círculo Mercantil (Almería)  
Fomento de Agricultura, Industria y Comercio (Gandía)  
Presidente Junta Monumentos (Alicante)  
Ateneo Guipuzcoano (San Sebastián)  
Colegio de la Guardia Civil (Madrid)

[en fecha 15 de enero de 1925, a mano]

Ateneo de Bilbao  
Gobernador Civil de Córdoba

Ateneo de Alicante

Acción Católica de la Mujer de Oviedo

Colegio de San Isidoro (Sr. Vegue) (Madrid)

[en fecha 27 de enero de 1925, a mano]

Colegio de Huérfanos de la Armada (Madrid)

Ateneo de Ciudad Real

[en fecha 6 de febrero de 1925, a mano]

Academia de Infantería de Toledo

[en fecha 18 de febrero de 1925, a mano]

Asociación de Ingenieros y Arquitectos (Madrid)

Biblioteca Popular Antequerana, Antequera

[en fecha 26 de febrero de 1925, a mano]

Ateneo de Palencia

Sra Sofía Blasco de Baena (San Sebastián)

Párroco de Vidiago (Llanes)

[en fecha 3 de marzo de 1925, a mano]

Ateneo Científico, Literario y Artístico de Melilla

Sociedad Obrera «El Porvenir» (Llanes)

Es evidente y muy ilustrativa la transversalidad territorial y social que generó el descubrimiento de la tumba de Tutankhamón. Desde el punto de vista geográfico y cultural, instituciones, entidades y particulares de numerosas ciudades formalizaron la solicitud por escrito. Y en lo que refiere a aspectos sociales, al margen de universidades, ateneos y colegios, el arco iba desde asociaciones obreras hasta agrupaciones católicas y academias militares. Este interés masivo por la egiptología, como común denominador entre gentes de realidades económicas y sociales muy distintas, se ha mantenido hasta hoy, a pesar de unas lamentables carencias institucionales y académicas difícilmente comprensibles para el panorama de la egip-

tología universitaria internacional. Un apunte curioso se observa en la zona de Llanes (Asturias), donde algún tipo de abierto desencuentro debía de haber entre la Iglesia y el mundo obrero, ya que fueron presentadas solicitudes por separado, firmadas por el párroco de Viriago y la Sociedad Obrera «El Porvenir» en apenas una semana de diferencia.

La prensa seguiría algunos de los actos propiciados por la visita de Howard Carter. Sirva como ejemplo un suelto de *ABC* que menciona el éxito obtenido por el marianista don Pedro Martínez Saralegui en la conferencia que impartió sobre la tumba de Tutankhamón en el Colegio de Nuestra Señora del Pilar, una de las instituciones que había solicitado los materiales visuales, según consta en la lista transcrita<sup>3</sup>.

La repercusión que tuvieron las conferencias de Howard Carter y el uso de los materiales cedidos llegaría también a tierras situadas más allá del Atlántico. Así lo atestigua una misiva enviada por un señor de nombre Marco A. Zumbado R., desde San José de Costa Rica, en fecha de 28 de mayo de 1925 (documento 3):

Señor duque de Alba.

Distinguido señor:

La revista *IBERICA* da siempre en sus páginas cuenta de asuntos que pueden interesar al mayor número de elementos de diversas preocupaciones culturales, y a ella debemos la suerte de la presente iniciativa.

El centro se ha servido darme honroso encargo de dirigirme a Vd. en solicitud de su influencia ante M. Carter, para ver en qué forma es posible hacer venir a Costa Rica, al servicio del Teatro Infantil, las películas con que él ilustró las conferencias dadas en Madrid y otras provincias sobre los recientes descubrimientos del Valle de los Reyes, solicitadas por el Centro Anglo-Español, del cual es Ud. digno Presidente.

Estoy seguro que la Secretaría de Educación Pública, la Junta de Educación de San José y distinguidos funcionarios del Gobierno no nos negarán su colaboración en vista de las condiciones que Vd. se sirva formular con tal objeto.

Actualmente el Departamento de Estado de los Estados Unidos de

América tiene también con este Centro relaciones que nos han permitido fomentar el Cine infantil y que al tratarse en esta oportunidad de establecerlas con España, será un motivo más de contento y alegría para los propósitos que animan este grupo.

En espera de su favorable contestación, me suscribo del Señor duque de Alba, respetuoso servidor,

Marco A. Zumbado R. [*firma a mano*]

No deja de ser llamativa la circunstancia de que en Costa Rica pretendieran utilizar las diapositivas como elementos pedagógicos para ilustrar a los más jóvenes.

Esta carta motivó conversaciones entre las personas responsables de gestionar las diapositivas cedidas por Carter, según se desprende de unas letras enviadas por don Alberto Jiménez al duque de Alba el 25 de junio de 1925 (documento 4):

Mi distinguido amigo: Creo que será un gran éxito para el Comité Hispano Inglés, que las proyecciones de Carter y su conferencia recorran también la América española.

Podría Vd. contestarle al Sr. Zumbado, de Costa Rica, si a Vd. le parece bien, algo parecido a lo del borrador adjunto y mientras tanto yo hablaré con algún ministro de una República Sudamericana que no tenga inconveniente en hacerse cargo de la caja, responder de ella, y enviarla por medio del Ministerio de Instrucción Pública de su país a las otras Repúblicas la pidan. Para nosotros sería difícilísimo organizar eso desde aquí.

Siempre su affmo. amigo y s. s. q. e. s. m.

Alberto Jiménez [*firmado a mano*]

En la parte superior derecha de la carta se encuentra la fecha de llegada en sello rojo (26 de junio de 1925) y una nota a mano en lápiz rojo con las palabras: «que espere la autorización de Carter».

Finalmente, sería enviada una carta, en la que no figura fecha, a Costa Rica, dando conformidad al requerimiento:

Sr. D. Marco. Zumbado R.  
Secretario del Centro Pedagógico.  
SAN JOSÉ (COSTA RICA)

Muy Señor mío: El Comité Hispano Inglés tendrá mucho gusto en acceder a la petición que en nombre del Centro Pedagógico de San José de Costa Rica hace Vd. en su atenta carta, para que le sean prestadas las proyecciones con que Mr. Carter ilustró sus conferencias de Madrid sobre la tumba de Tutankamen.

Estas proyecciones recorren desde hace seis meses las provincias españolas y hasta no terminar con los compromisos adquiridos con ellas, no podrá atender el C.H.I. las peticiones recibidas de América.

La Residencia de Estudiantes, que mantiene estrecha relación con el C.H.I. y que ha organizado el préstamo de las proyecciones, informará a Vd., a su tiempo, de la forma en que podrán ser enviadas a los distintos centros culturales de América Central y del Sur.

De Vd. atento y s. s.

q. b. s. m.

En otra carta, cuya copia lamentablemente está dañada, que lleva fecha de 16 de noviembre, el duque de Alba informa a Howard Carter de que sus materiales visuales han sido enviados a Sudamérica<sup>4</sup>. Asimismo, en la presentación de la primera conferencia que el arqueólogo pronunció en 1928, don Jacobo reiteró que las copias de las diapositivas fueron exhibidas por toda España y también en algunos puntos de Sudamérica, aunque no especificaba cuáles<sup>5</sup>. En cualquier caso queda plenamente demostrado el gran uso que tuvieron los materiales visuales aportados por el arqueólogo británico, tanto en España como en algunos países de América Latina.

Aunque con evidente retraso, el 9 de Marzo de 1926 tuvo lugar una conferencia y un visionado de copias de las diapositivas cedidas por Howard Carter en el paraninfo de la Universidad Central de Barcelona. *La Vanguardia* informaba sobre el éxito obtenido por el insigne arqueólogo Pere Bosch Gimpera en su conferencia sobre la figura de Tutankhamón, la tumba y la dinastía XVIII. Al evento asistieron, entre otras personalidades, el rector Martínez Vargas; el gobernador civil, general Milans del Bosch, y el obispo coadjutor de la diócesis, Dr. Miralles<sup>6</sup>.

## 9. RELACIÓN EPISTOLAR ENTRE EL ARQUEÓLOGO Y EL DUQUE CONSERVADA EN EL ARCHIVO DEL PALACIO DE LIRIA

La relación entre Howard Carter y el duque de Alba no quedó circunscrita solamente al ámbito de las dos conferencias de Madrid. El aristócrata español formaba parte del selecto grupo de amigos o personalidades de la arqueología y la política que figuraba en la agenda personal de Carter. Curiosamente, la dirección apuntada era un escueto «Palacio de Liria. Madrid»<sup>1</sup>.

Los herederos del arqueólogo conservaban algunas misivas del duque y el archivo de la Casa de Alba ha preservado cartas que el descubridor de la tumba de Tutankhamón escribió al aristócrata español y otras copias de misivas que don Jacobo escribió a Howard Carter. Lamentablemente una parte del archivo del palacio de Liria ardió durante la Guerra Civil y, con toda probabilidad, se perdieron para siempre documentos que acreditaban una amistad que se mantuvo a lo largo de los años, sin olvidar que don Jacobo pasaba largas temporadas fuera de España y pudo escribir a Carter desde otros países, aunque en tal caso no se han conservado las cartas. En este capítulo se publican los materiales que pudieron salvarse.

Desde el punto de vista cronológico, la primera carta fue escrita por el duque el 12 de diciembre de 1924<sup>2</sup>. En la misiva había una parte mecanografiada y otra de puño y letra. En lo que se refiere a la primera, el noble agradecía al arqueólogo el obsequio de un escarabeo y esperaba que pudiera traducírselo. También le informaba sobre el creciente interés que había en España por las diapositivas de la tumba y anunciaba los dos eventos, ya citados en el capítulo anterior, que tuvieron lugar «en un gran hall de Madrid» y en la Universidad. En el momento de escribir la carta, dieciséis sociedades culturales y universidades habían solicitado los materiales visuales. En cuanto a la parte redactada a mano, el duque hacía hincapié en el

envío de un documento y una medalla que acreditaban al británico como miembro de la Real Academia de la Historia, y lamentaba que, habiendo firmado el rey Alfonso XIII la nominación para la Cruz de Alfonso XII, la iniciativa no hubiera cristalizado debido a leyes del monarca británico Eduardo que no permitían que sus súbditos recibieran tales honores. El texto terminaba señalando que no era culpa suya que aquel reconocimiento no se hubiera efectuado.

Howard Carter se sentiría muy honrado de formar parte de la Real Academia de la Historia y así lo manifestaría en los volúmenes segundo y tercero de su gran obra sobre la tumba de Tutankhamón, donde lo haría figurar junto al doctorado honoris causa obtenido en la Universidad norteamericana de Yale. Sin embargo, su respuesta a la misiva del duque, mecanografiada, se centraría en el escarabeo (documento 5):

Escarabeo histórico grabado durante el reino de Amenhetep III, 1411-1375 (antes de Jesucristo), haciendo constar el parentesco de la reina, su consorte, Thy y los límites del Imperio Egipcio.

Traducción de lo grabado en el escarabeo:

«El Horus de la Vida (siguen los títulos de Amenhetep III y su consorte Thy). El padre de esta se llama Yuaa, su madre Thuaa: es la esposa del rey victorioso, cuyo límite al Sur es Kary (Gebel Barkal, Etiopía), y su límite al Norte es Mesopotamia».

Este escarabeo es un ejemplar de la serie de escarabeos históricos que se grabaron durante dicho reino para consignar EL HARÉN, LAS CACERÍAS DE LEONES, LAS CACERÍAS DE GANADO SALVAJE, EL PARENTESCO DE LA REINA THY Y LOS LÍMITES DEL IMPERIO, Y LA EXCAVACIÓN DEL LAGO DE ZARUKHA en Tebas.

Considero que entre sus magníficos documentos históricos usted querría uno del antiguo Imperio Egipcio.

Howard Carter [*firma manuscrita*]

[*ilegible*]\*

Esta modalidad de escarabeos conservados del reino de Amenofis III contenía noticias de palacio que eran enviadas a las provincias para que fueran difundidas<sup>3</sup>. Era una manera propagandística efec-

tiva, ya que permitía conocer a los egipcios eventos o situaciones que estaban relacionados con el rey y su esposa. Lamentablemente hoy día no consta esta pieza arqueológica en el inmenso patrimonio familiar de la Casa de Alba.

El siguiente documento es una copia de una carta escrita por el duque a Howard Carter el 12 de enero de 1925. El texto original, en inglés, dice así:

Mi querido Carter

José Ramón Mélida, el director del Museo Arqueológico actual, escribe lo siguiente:

«Para los cursos de Arqueología y Arte de la Facultad de Letras de la Universidad de Madrid desearíamos una colección de diapositivas de la tumba y las cosas de Tutankhamón y, a tal efecto, obtener la autorización del Sr. Carter y la dirección postal del fotógrafo que las hizo para él».

Yo no sé si esto es posible, ¿podría usted decírmelo?

La popularidad de sus lecturas y de Tutankhamón es increíble y las diapositivas estarán por todo el territorio a través de las diferentes universidades, etc.

Espero que usted esté bien y que todo marche satisfactoriamente. A finales de semana me voy a descansar a Suiza y regresaré aquí en el transcurso de marzo.

Cordialmente

A efectos legales, y con el fin de poder ampliar la utilización de materiales visuales en la Universidad de Madrid, José Ramón Mélida escribió, en la misma fecha, 12 de enero de 1925, la siguiente misiva en lengua francesa:

Para los cursos [*subrayado azul*] de Arqueología y Arte de la Facultad de Letras de la Universidad de Madrid desearíamos una [*subrayado azul*] colección de diapositivas de la tumba y las cosas de Tutankhamón y, a tal efecto, [*subrayado azul*] obtener la autorización del Sr. Carter y la dirección postal del fotógrafo que las hizo [*subrayado azul*] para él.

Se trata de las mismas palabras que figuran en la carta del duque. Es evidente que don Jacobo procuró ayudar al director del Museo Nacional en todo lo posible, intermediando para la obtención de las correspondientes autorizaciones.

A continuación se incluyen dos documentos, escritos muchos meses más tarde. El primero parece ser una respuesta telegráfica a una misiva anterior del duque de Alba, de la cual hoy no tenemos ninguna referencia. Contiene algún dato biográfico de interés (documento 6):

TELEGRAMAS	3 de noviembre de 1925	Sutherland [añadido]
LUXOR	A/16/11/25 [añadido]	LUXOR 12 [en rojo]
		ALTO EGIPTO Tut.

Mi querido duque de Alba:

Muchas gracias por su atenta carta. Lamento escuchar que no tendremos la ocasión de podernos ver en Egipto este invierno pero estoy muy contento por haber recibido tan buenas noticias acerca de [ilegible]\* de un futuro heredero.

Acabo de iniciar la campaña de esta temporada sobre la tumba de Tutankhamón, comenzando con la apertura de sarcófagos y la próxima semana el examen de la momia real.

Hasta ahora, el resultado de nuestras investigaciones [ilegible]\*

Por favor, traslade mis afectuosos saludos y mis buenos deseos a la duquesa.

Sinceramente suyo,

Howard Carter

A medida que haya hallazgos de interés se lo iré enviando.

El arqueólogo informaba al duque sobre su intención de seguir trabajando en los sarcófagos y la momia real, e insistía en seguir informando a medida que surgieran nuevos hallazgos. Desde el punto de vista biográfico, la carta nos permite saber que el duque tenía intención de viajar a Egipto durante aquel invierno y que el viaje no pudo cristalizar debido a que su mujer se encontraba en estado de

buena esperanza. Cabe recordar que doña Cayetana, futura duquesa de Alba, nacería el día 28 de marzo de 1926.

La carta más extensa, de casi cuatro páginas y datada el 3 de noviembre de 1925, explica los avances del arqueólogo británico por extraer los tres sarcófagos y la máscara que protegían la momia del faraón (documento 7). El archivo de la Casa de Alba conserva una traducción de la misma:

Luxor, Alto Egipto

3 de Noviembre de 1925

Continuando los trabajos de desescombros de la tumba de Tut-Ankh-Amen, hemos llegado a la penúltima escena, y a continuación se da una breve reseña de los siguientes descubrimientos. En la mañana del 12 de octubre se abrieron la tumba y el laboratorio, que se encontraron en perfecto estado, tal y como se habían dejado.

El 13 de octubre se empezaron los trabajos preliminares para levantar la tapa del gran ataúd exterior, o sea, el primero de los varios ataúdes. Se sacaron los pasadores (de plata con remates de oro) que sujetaban la tapa del ataúd, y se levantó la tapa lentamente por medio de un aparejo especial traído de Inglaterra. La tapa se elevó de su base con relativa facilidad y sin accidente, dejando ver en el interior un segundo ataúd recubierto de una mortaja oscurecida sobre la cual había guirnalda y una pequeña corona de flores. Bajo esta tela de lino se vislumbraba en algunos sitios, una hermosa incrustación sobre el trabajo en oro que adornaba el ataúd.

El Sr. Burton llegó el 15 de octubre, y al día siguiente impresionó las fotografías, necesarias para la documentación, de lo descubierto tal como se hallaba, después de lo cual (el 17) pude quitar la tela de lino y las flores. Quedó al descubierto un magnífico ataúd ricamente incrustado –en su clase el más hermoso ejemplar del antiguo arte funerario conocido hasta ahora. De forma Osiroide, está incrustado en toda su extensión con cristales multicolores sobre oro sobre yeso, quedando cada incrustación encerrada dentro de una especie de «cloisonné». El cuerpo del ataúd está envuelto en las alas de las figuras protectores de las Diosas Netehbet (del Alto Egipto) y Buto (del Bajo Egipto). El rostro, de hoja de oro, semeja al del joven rey.

Como estos dos ataúdes estaban encajados el uno en el otro, resultó difícilísimo extraer el segundo del primero, también por su gran peso y lo frágil de sus superficies, que apenas pueden tocarse. Logramos, sin embargo, realizar dicha operación sin contratiempo, y se pudo entonces levantar la cubierta del segundo ataúd. Apareció un tercero de lámina de oro macizo y de forma manifiestamente antropoide, pero cuyos detalles principales quedaban ocultos por una tela de lino muy ceñida y un collarite ancho de cuentas y flores, unido al tocado del ataúd. La máscara estaba descubierta, y las facciones, admirablemente cinceladas, retratan al joven rey –que aparenta tener solo unos diez y nueve años.

El 24 de octubre terminamos los trabajos de documentación, y se quitó la cubierta de tela y el collarite oscurecidos y podridos por los siglos transcurridos. Quedó expuesto a nuestra vista un magnífico ataúd de oro cincelado con incrustaciones de piedras semi-finas –en la semejanza del rey y simbolizando a Osiris. Además de su magnificencia, asombraba por ser de oro macizo, lo que explica su gran peso, necesitándose el esfuerzo de ocho hombres para levantarlo. En cuanto se pueda evaluar ahora, representa unas 30.000 - 40.000 libras de oro, circunstancia que oculto por el momento, por motivos fáciles de comprender. Lástima que en la antigüedad se haya derramado sobre él una libación que, endureciéndose, ha recubierto el ataúd de una capa negra y lustrosa. Esta se va quitando poco a poco, y pronto se verá una obra de arte maravillosa y sin igual, tan perfecta como el día en que se colocó allí. ¡Qué riqueza se llevaban a la tumba aquellos antiguos Faraones!

Desgraciadamente, la libación, derramada en gran cantidad, ha hecho que se adhiera con fuerza el casco de un tercer ataúd al interior del casco del segundo, y el problema de cómo se ha de extraer es de difícil solución y nos preocupa desde hace bastante tiempo.

El 28 de octubre, después de muchos ensayos, se comprobó que esta materia semejante a la brea se fundía al calor y se disolvía en ciertas sustancias, métodos que ambos eran impracticables en aquellas condiciones. Se decidió, por lo tanto, como el plan de acción más conveniente, levantar la tapa, si fuera posible, para extraer el contenido, antes de aplicar procedimientos tan enérgicos.

Afortunadamente, la juntura entre la tapa y el ataúd era visible y accesible, aunque con dificultad. Se encontraron los pasadores (de oro) que sujetaban la tapa al casco, y con instrumentos improvisados se empezó a extraerlos. La operación resultó difícilísima y muy pesada por lo exiguo del espacio que mediaba entre los dos ataúdes, segundo y tercero, pero al fin se logró con éxito y sin deteriorar el tercer ataúd ni el casco del segundo.

Sacados los pasadores y levantada la tapa, quedó revelada la penúltima escena: Una momia, primorosamente envuelta, del joven rey, con máscara de oro de expresión triste pero tranquila, simbolizando al gran Dios Osiris. Nos hallábamos en presencia de la semejanza del joven Tut-Ankh-Amen, hasta ahora conocido solamente de nombre.

La momia, tal como descansa en su ataúd, mide unos seis pies de altura, desde la máscara hasta los pies, de modo que el rey, según las apariencias, habrá sido un joven de alta estatura.

Unidos a la garganta de la máscara se ven tres collares de oro macizo y fina loza azul, y un escarabeo de corazón pendiente de correas recamadas de oro. Las manos cerradas y cruzadas sobre el pecho tienen las insignias de Osiris –el mayal y (el) cayado. Las cubiertas de lino y vendas están ligadas con aderezos de oro, flexibles y ricamente adornados, pendientes de una figura hermosa de Diosa alada, cuyas alas completamente extendidas cubren el abdomen, constituyendo el conjunto un ejemplo admirable de la profunda fe y tierna solicitud por el bienestar de su amado que sentía aquella gente que habitaba en este país hace más de treinta siglos.

El cadáver del rey había sido sometido a una libación parecida a la del tercer ataúd y sin duda aplicada en ceremonia religiosa con el objeto de consagrar al difunto rey antes de que aparezca ante Osiris, el gran dios que rige el más allá de la tumba. Esta libación, además de carbonizar las envolturas exteriores y de ocultar muchos detalles de los aderezos, ha hecho adherirse, como en el tercer ataúd, tan fuertemente la momia real al casco que es imposible extraerla del ataúd. El examen, por lo tanto, habrá forzosamente que hacerse en el propio sitio.

Este último examen ha de verificarse el día 10 del corriente con la asistencia del Profesor Douglas Derry, del Dr. Saleh Bey Hamdi, y del Sr. Lacau.

Con saludos afectuosos a mis amigos de Madrid, su affmo.

[firma] HOWARD CARTER

Carter mantuvo la promesa de informar sobre los avances de sus trabajos en la tumba y explica, como síntesis de dietario, la labor efectuada a partir del 12 de octubre, cuando se inició la campaña.

La carta contiene una concisa narración sobre las características de los sarcófagos que protegían a la momia y los problemas de extracción de los mismos, debido al estado precario de algunas maderas y al abuso de libaciones de los sacerdotes que había provocado adherencias difíciles de solucionar, incluso en el cadáver, el cual estaba dañado. Es remarcable la confianza que el arqueólogo demuestra tener en el duque al escribir sobre el valor aproximado del sarcófago de oro, al tiempo que le indica que se trata de una información reservada. Carter sabía por experiencia propia que los ladrones siempre estaban al acecho y el hablar más de la cuenta sobre cuestiones económicas podía incitar al robo. Se trata de un documento de gran valor histórico ya que sintetiza con gran precisión los avances en el estudio de los sarcófagos y la momia.

La sucinta descripción de la máscara como «de expresión triste, pero tranquila» está a la altura de la extraordinaria belleza de aquel objeto.

El arqueólogo menciona a algunos personajes célebres relacionados con la tumba de Tutankhamón: el fotógrafo británico Harry Burton fue responsable de muchas fotografías que todavía hoy se pueden ver en libros de historia del arte y los anatomistas Douglas Derry, escocés de origen, y Saleh Bey Hamdi, egipcio, se encargaron de estudiar la momia del difunto faraón. También alude al francés Pierre Lacau, que en aquella época era el director general del Servicio de Antigüedades.

Siguiendo la cronología, el archivo del palacio de Liria conserva una copia de otra carta mecanografiada, lamentablemente incompleta, escrita el 16 de noviembre. Se trata de una respuesta a la misiva anterior:

Mi querido Carter:

Muchas gracias por su carta del 3 de noviembre ... el muy interesante informe que usted amablemente me envió ... investigaciones. Por favor, si usted tiene tiempo para evitar ... más, ya que nos interesa mu-

cho aquí. Yo le he leído ... varios de sus admiradores y amigos en Madrid ... interesante su trabajo ahora es, lo que es increíble ... en la tumba de Tutankhamón, y lo que es una tremenda lástima ... en una tumba inviolada de uno de los grandes compañeros! Yo ... documentos de que usted había descubierto también un papiro de 30 ft ... otro documento que la noticia negó. Me imagino ... descubierto otro rollo escrito.

Mi esposa progresa muy bien y le envía ... [a]brazos. Nosotros esperamos que la niña nacera en ... Lamento no venir a Egipto ... quizás vendremos el próximo.

Sus conferencias, las cuales han sido un fenómeno\*... España, están empezando ahora en Sudamérica, donde yo ... crezca el mismo extraordinario interés.

Suyo muy sinceramente)

Como elementos de interés, conviene subrayar la referencia a un largo papiro, aunque no se conserva ningún dato más; una nueva mención al estado de buena esperanza de la duquesa; la intención del duque de viajar a Luxor al año siguiente y la constatación de que los materiales de Carter iniciaban su singladura por tierras americanas.

El siguiente documento histórico es otra copia de carta que el duque envió a Howard Carter en fecha de 6 de marzo de 1926:

Mi querido Carter:

El Conde Gimeno, presidente de la «Junta Superior de Excavaciones», al cual usted conoció aquí, está publicando extractos de su libro en una revista ilustrada y pregunta por su permiso para reproducir algunas de las fotografías tomadas por Burton sobre los últimos hallazgos en la tumba de Tut-ankh-Amen y que aparecieron en la revista francesa «L'Illustration» del día 6 de febrero. ¿Puede obtener él el permiso?

He estado siguiendo sus labores en los papeles durante este invierno y supongo que pronto terminará su trabajo.

Aquí todo va bien y estamos esperando el evento entre los días 15 y 20 de este mes. Espero poder estar en Londres en verano y tener el placer de verle.

Suyo siempre

Empezando por el final de la misiva, «el evento» esperado se refiere con toda probabilidad al nacimiento de doña Cayetana. Más allá de este apunte de cariz personal, se observa de nuevo al duque de Alba en una labor de intermediario para propiciar la autorización de Carter con el fin de que el conde Gimeno pudiera publicar fotografías de Burton. La revista francesa *L'Illustration* del mes de febrero presentaba dos grandes fotos de portada, una que mostraba un sarcófago y la otra que permitía ver a Howard Carter examinando su interior, que anunciaban un reportaje cuyo título era «*Le supreme episode de l'exhumation d'un pharaon / Les sarcophages de Toutankhamun / Howard Carter*».

La respuesta del inglés, desde Luxor, tiene fecha de 25 de marzo de 1926 (documento 8):

Mi querido duque,

Muchísimas gracias por su atenta carta. Según mencionó el Conde Gimeno, el Presidente de la «Junta Superior de Excavaciones» (por cierto, muchos recuerdos para él), muchos han publicado las fotos en cuestión pero a veces [ilegible]\* si se sacan a la luz de manera anticipada a mi publicación esta primavera, resultaría para mí horrible que aparecieran los dos tipos de publicaciones antes de que pudiera disfrutar de la lectura del segundo (II) volumen.

Me gustaría tener noticias sobre el [ilegible]\* ya que no hemos recibido ninguna ni siquiera provisional por parte de Carnarvon.

Estoy luchando contra el paso del tiempo y los últimos suspiros crecientes del trabajo latente de asegurar y buscar gran parte de las joyas encontradas encima de la momia del «rey». Perdóneme, pero no tengo tiempo de disfrutar de la compañía de los buenos amigos ... Sin embargo, espero poderle compensar pronto ofreciéndole una idea del material que es asombroso en sus múltiples facetas.

Darfer\*\* está en Londres y permanecerá allí hasta finales de julio.

Saludos cordiales a la duquesa con su gracia,

Sinceramente suyo,

Howard Carter

El documento termina con una nota a pie de página en la que figura: «Conde Gimeno devuelve».

Con toda probabilidad, el objetivo de aquella carta del duque era facilitar el permiso para materiales fotográficos que fueron publicados por el conde Gimeno en el número 1820 de la revista *Blanco y Negro*, que llegaría a los lectores a partir del 4 de abril de 1926 con el título «La tumba de Tut-ankh-amen descubierta por el último Conde de Carnarvon y Howard Carter». Los subtítulos, en letra menor, contenían las siguientes palabras: «Obra escrita por Mr. Carter y M. A. C. Mace. Traducción directa del inglés con prólogo y notas, por el Conde de Gimeno». Obviamente, Carter se mostró reacio ante el fundado temor de que algunas fotos fueran publicadas antes en una obra ajena que en la propia.

El contenido de la misiva incide en la pasión que sentía el arqueólogo por su trabajo hasta el extremo de aplazar encuentros sociales, aunque siempre con palabras afectuosas hacia el duque. Su devoción por la labor que estaba realizando y cierta rigidez en cuanto a las formas de cortesía ocasionarían situaciones tensas que los detractores de Carter señalarían como muestras de un carácter adusto.

El archivo del palacio de Liria no conserva más evidencias de la comunicación epistolar entre ambas personalidades, aun cuando hay constancia de que la hubo. Una carta que estaba en poder de un familiar de Howard Carter demuestra que, a comienzos de 1939, el duque se interesó por el estado de salud del célebre arqueólogo, el cual moriría poco después<sup>4</sup>.



10. SEGUNDA VISITA A ESPAÑA:  
LAS CONFERENCIAS DE LOS DÍAS  
20 Y 22 DE MAYO DE 1928

Al igual que había ocurrido con su primera visita, la prensa de Madrid destacó con varias jornadas de antelación la llegada de Howard Carter a la capital española. Entre los días 17 y 19 de mayo los lectores pudieron leer noticias que anunciaban la presencia del arqueólogo en diarios como *ABC*, *El Liberal*, *Informaciones*, *La Libertad*, *La Opinión* y *La Época*<sup>1</sup>.

También en algunos de ellos se indicaba que la primera conferencia tendría lugar en la Residencia de Estudiantes y que solamente se podría asistir a la misma mediante invitaciones que debían ser solicitadas a la propia Residencia o al Comité Hispano-Inglés.

Las tarjetas de invitación contenían el siguiente texto (documento 9):

El duque de Alba, Presidente del Comité Hispano-Inglés, tiene el honor de invitar a Ud. a las conferencias que el Arqueólogo inglés Mr. Howard Carter dará en la Residencia de Estudiantes los días 20 y 22 de mayo de 1928, a las siete de la tarde, sobre la Sepultura de Tut-ankh-Amen y la Cámara sepulcral. Las conferencias irán acompañadas de proyecciones.

Sr. D. Se ruega la presentación de esta tarjeta la entrada de la sala de conferencias.

Carter llegó a Madrid el día 19 de mayo y se hospedaría, como en la ocasión anterior, en el palacio de Liria.

Antes de comenzar la primera conferencia, que tuvo lugar el domingo 20 de mayo a las siete de la tarde, los organizadores pudieron comprobar que la afluencia de público se repetía: el aforo de la sala de actos de la Residencia resultó insuficiente para acoger a los nu-

merosos asistentes que pretendían escuchar las novedades sobre los objetos encontrados en la tumba.

Estuvieron presentes, como había sucedido cuatro años antes, importantes personalidades, como la reina Victoria; el destronado rey de Grecia, Jorge II; las infantas Beatriz y Cristina; los embajadores de Inglaterra, Estados Unidos y Francia; ministros de Suiza, Checoslovaquia y Brasil, así como miembros de las élites culturales de la capital<sup>2</sup>.

El duque de Alba abrió el acto con las siguientes palabras:

No tengo que hacerlos la presentación de Mr. Howard Carter. Estamos aquí reunidos para escuchar a este buen amigo nuestro que ha tenido la bondad de volver a España para darnos más noticias acerca de su fantástico descubrimiento que tanto interés despertó en España hace cuatro años.

Es hombre de palabra y le agradecemos muy mucho que haya venido a cumplir la que nos dio en sus primeras conferencias. Nos donó entonces, generosamente, su colección de diapositivas y de ellas sacamos varias copias que permitieron al Comité Hispano-Inglés atender a las infinitas peticiones recibidas de todas partes en demanda de nuevas conferencias de Mr. Carter o, ya que esto no fuera posible, del préstamo de fotografías y de una traducción del texto. Así lo hicimos con gran satisfacción, lanzando a los pocos días las colecciones completas para revelar los misterios y bellezas de la tumba de Tut-ankh-Amen a los más apartados rincones de nuestra España, que mostraba una sensibilidad para estas páginas históricas que estimo sería raro hallar en pueblos que blasonan de mayor cultura.

Han pasado cuatro años y las cajas siguen cruzando toda España: alguna cruza también los mares y llega a Sudamérica: las conferencias que han provocado se cuentan por muchos cientos, y a más alcanzarían si el entusiasmo de muchas poblaciones que solicitaban el favor del préstamo por contados días no les hubiese llevado a guardar las bellas imágenes durante muchas semanas.

No es por tanto de extrañar que el Comité Hispano-Inglés quisiera ofrecer al público madrileño la segunda mitad de una historia cuyos

comienzos fueron tan atentamente escuchados. En sus anteriores conferencias Mr. Carter nos llevó hasta las doradas arcas guardadoras del sarcófago, poniendo ante nuestra vista el primer ataúd recubierto de oro. Ahora abordará momentos más emocionantes ... Pero no quiero ceder a la tentación de hablaros de las bellezas que va a revelarnos. Solo me cumple darle de nuevo la bienvenida a nuestro país, donde tantos admiradores cuenta, y agradecerle que nos haya concedido la muy estimada distinción de traer a España, antes que a ningún otro país del mundo (excepto Inglaterra) la noticia de sus más importantes trabajos y descubrimientos<sup>3</sup>.

Se desprende de estas palabras que, cuatro años después de la primera visita, todavía circulaban copias de las fotografías cedidas por Carter a lo largo de la geografía española. Y, obviamente, el duque subrayaba con orgullo que España era uno de los primeros países en contar con la presencia del célebre arqueólogo para que explicara sus avances en el estudio de los materiales de la tumba.

A continuación, Howard Carter comenzó una conferencia que se iría desarrollando de la siguiente manera:

Un breve preámbulo en el que recordó lo que había expuesto en las disertaciones pronunciadas cuatro años atrás y la intención de proseguir desde donde había terminado<sup>4</sup>. Indudablemente esta introducción permitía refrescar la memoria a quienes habían escuchado al arqueólogo la ocasión anterior y facilitaba el seguimiento a quienes asistían por primera vez a un evento de aquellas características.

Seguidamente, explicó el laborioso trabajo que realizaron los miembros del equipo arqueológico para extraer y abrir los tres ataúdes antropomorfos; los dos exteriores, elaborados en madera de cedro y recubiertos por una fina lámina de oro, y el interior, que era de oro (foto 23). Insistió en los problemas para lograr una adecuada conservación de la momia, muy deteriorada a causa de la gran cantidad de aceites sagrados y resina vertidos sobre ella. Además, aquellos productos habían destruido buena parte de los finos sudarios de lino y dañado el propio cuerpo del difunto faraón. El derrame de líquidos afectaría también a los ataúdes.

Señaladas estas consideraciones, procedió al pase de las diapositivas, que iría acompañado de los consiguientes comentarios.

Las primeras fotos fueron sobre el ataúd exterior, que estaba cubierto con oscuras envolturas de lienzo. Una vez extraídas, los investigadores pudieron contemplar el rostro del rey asociado a la figura del dios Osiris. Entre las características principales de aquel ataúd destacaban unas láminas de oro que lo recubrían, las cuales eran más gruesas en las manos y en la cara. Carter leyó la inscripción que aparecía en la parte anterior, dedicada a Nut, la importante diosa celestial: «¡Oh Madre Nut! ¡Extiende tus alas sobre mí como las estrellas imperecederas!»

Los asistentes pudieron ver la cabeza y los hombros del ataúd exterior, así como las manos cruzadas que sujetaban el mayal y el cayado, objetos asociados a la realeza egipcia. Señaló también que sobre la frente se podía observar el Buitre y la Cobra, animales que representaban a las diosas Nekhbet y Uadjet, símbolos del Alto y del Bajo Egipto. Alrededor de las cabezas de aquellas divinidades había una pequeña corona de flores que, en opinión del conferenciante, había sido depositada como última ofrenda de la joven reina a su difunto esposo. Una vez levantada la tapa, pudieron visualizar un segundo ataúd, cubierto por una corona y guirnaldas de flores situadas sobre una envoltura de lienzo. Carter enunció aquellos elementos vegetales, entre los que sobresalían unos pétalos de loto azul.

A continuación, el conferenciante presentó fotografías que mostraban cómo se enrolló la envoltura de lienzo que cubría el segundo ataúd, y este colocado dentro del primero. Y aprovechó el momento para subrayar la grandeza de ver aquel féretro mostrando todos los atributos que correspondían a un faraón difunto, antes de definir las principales particularidades de aquella extraordinaria pieza. Aportó datos sobre su tamaño y características, como el cedro cubierto con láminas de oro y las incrustaciones de cristal policromado, jaspe rojo, lapislázuli y turquesa. Y explicó cómo fueron extraídas las espigas de plata y cómo, al abrirlo, vieron un tercer féretro que presentaba una forma osiriaca similar a los dos anteriores.

Las siguientes imágenes corresponderían al tercer ataúd, que presentaba el rostro del faraón de oro bruñido y un collar de flores alrededor del cuello. El resto del féretro estaba envuelto por un lienzo rojo. Aquel ataúd, que era de oro macizo, podía ser valorado –según palabras de Carter– en la nada despreciable cifra de cincuenta mil libras esterlinas de la época. Destacó la similitud del rostro de este féretro con el del ataúd exterior y subrayó las delicadas figuras de las diosas Nekhbet y Buto<sup>5</sup>, trabajadas como un *cloisonné* sobre los brazos y el abdomen, así como las diosas protectoras Isis y Neftis, situadas sobre los miembros inferiores.

Cuando mostró una foto con detalles de la parte inferior del ataúd de oro, Carter explicó que la tapa estaba unida a la caja mediante ocho espigas de oro. Una vez extraídas y levantada la tapa pudieron contemplar la momia del rey. El conferenciante, ayudado por las imágenes, describió sucintamente lo que vieron: la máscara de oro batido, con las insignias reales sobre la frente, y la barba; un gran escarabajo sagrado colgando del cuello; las manos de oro bruñido, sujetando el cetro en forma de báculo y el *flagelum*, y la mortaja exterior, que presentaba diversos ornamentos entre los que sobresalía un pájaro *Ba* de oro, ave que simbolizaba una de las manifestaciones espirituales del fallecido. También leyó las siguientes inscripciones que había en aquellos adornos:

«Justificado ante Osiris».

«Él está frente a los espíritus de los vivos».

«Igual que Ra, él descansa en el cielo».

Las palabras «Justificado ante Osiris» significan que el difunto ya había superado el juicio del Más Allá, presidido por el dios de los muertos.

El conferenciante prosiguió reflexionando al respecto de las inmensas riquezas que albergaron las tumbas de los grandes faraones del Reino Nuevo, al compararlas con las de un rey de menor importancia como fue Tutankhamón. Habló de la equiparación de los monarcas difuntos al dios Osiris, recordando que, según antiguas tradiciones faraónicas, aquel dios murió, fue enterrado y resucitó para encaminarse hacia la inmortalidad. Y se centró en el

examen realizado a la momia, para destacar la labor de los doctores Douglas Derry y Saleh Bey Hamdi. Indicó que fueron retirados vendajes carbonizados y podridos al tiempo que se recogían hasta 143 objetos, entre los que destacó su diadema e insignia, collares simbólicos, amuletos, joyas de uso personal y dos puñales. Tres de aquellos ítems habían sido fabricados con hierro y, según él, eran la primera evidencia de la introducción de aquel metal en Egipto<sup>6</sup>. También señaló otras dos particularidades: Tutankhamón no tenía más de dieciocho años cuando murió y asombraba el parecido del rostro de la momia con Akhenatón, lo cual podía abrir nuevas líneas de investigación sobre la posibilidad de que el joven rey fuera hijo de una esposa secundaria. Confirmar aquella línea de investigación ayudaría a comprender la razón de su matrimonio con la princesa –y medio hermana– Ankhesenamón, hija de Nefertiti. Antes de proceder a una nueva tanda de diapositivas, recalcó que no había sido posible descubrir detalles sobre las causas de la muerte del monarca.

Las siguientes fotografías mostraban al Comité presenciando el examen de la momia del rey. Explicó que al solidificarse los residuos líquidos, la momia quedó adherida a la base del féretro de oro y que la primera exploración tuvo que realizarse en aquellas circunstancias. También insistió en que la máscara presentaba el rostro del joven rey.

Otra fotografía reproducía la máscara de oro batido que cubría la cabeza, descrita y comparada con los rostros que había en los ataúdes. En este punto Carter se dejó llevar por cierta emoción para añadir que era posible advertir un presentimiento de muerte prematura, preguntándose cuáles pudieron ser las circunstancias que llevaron al rey desde el radiante sol de Egipto hasta las tinieblas del Mundo de los Muertos.

Remarcó la presencia de Nekhbet y Buto (Uadjet) como insignias que estaban sobre su frente, recordando que correspondían a los dos reinos primigenios que había antes de la unificación que daría lugar al Estado faraónico; el del Norte y el del Sur. También detalló que el tocado de la cabeza estaba formado por incrustaciones de cristal azul y que el collar portaba feldespato verde, cornalina y lapislázuli.

La primera de la siguiente tanda de fotografías presentaba al mencionado pájaro *Ba*, símbolo en forma de pectoral que estaba situado sobre los adornos exteriores de la momia y presentaba las alas desplegadas sobre el cuerpo. Aquel ornamento simbólico era de oro *cloisonné*. Añadió que, al extraer las envolturas, encontraron una diadema con incrustaciones circulares de cornalina y fabricada en una sola moldura. El buitre y la cobra en la parte delantera eran móviles, de manera que podían adaptarse a las diversas coronas que llevara el monarca. La insignia del Alto Egipto de la diadema presentaba al buitre, como símbolo de la diosa Nekhbet, con ojos de obsidiana. Aquel tipo de ave correspondía a un *vultur auricularia*, que todavía era visible en buena parte de Egipto y, según creía el conferenciante, también en España<sup>7</sup>.

Debajo de las vendas que cubrían la parte superior de la cabeza, los investigadores encontraron un casquete que se ajustaba al cráneo afeitado del faraón. Aquel casquete estaba hecho con fina tela de lino y bordado con pequeñas cuentas de oro y cerámica de diversos colores en forma de *uraei*. Cada una de las cobras reales conservaba el nombre del dios Atón, lo cual demostraba que la importancia de aquel dios solar continuaba vigente en el faraón que había devuelto la preeminencia al templo de Amón.

Los últimos vendajes que cubrían el rostro de Tutankhamón fueron retirados con sumo cuidado para evitar daños.

La cabeza del rey pudo observarse en estado de suma fragilidad. En este punto Carter estableció una comparación entre la forma del cráneo de la momia y las de representaciones artísticas de Akhenatón, para subrayar similitudes. También destacó cierto parecido con algunos retratos de la reina Teye, esposa de Amenofis III y, por lo tanto, según él, madre de Akhenatón.

Las siguientes fotografías presentaron un grupo de objetos hallados entre los vendajes de la momia. Sobresalían diversos collares, un escarabajo sagrado, numerosos amuletos, un delantal de ceremonias, un cinturón y un puñal. Se centró en la descripción de tres collares: el de Horus, el de Nekhbet y el de Buto (Uadjet), compuestos por placas de oro con incrustaciones de cristales de colores.

El escarabajo sagrado estaba fabricado en resina negra y colgado del cuello del rey mediante un alambre de oro. El coleóptero llevaba incrustado un pájaro *Benú*<sup>8</sup> en el lomo y una inscripción labrada en la base.

Sobre dos juegos de amuletos y símbolos hallados en el cuello de la momia del rey, el arqueólogo dijo que eran elementos de protección entre los que destacaban: un *Thet* de jaspe rojo, un *Ded* de oro, un *Uaz* de feldespato verde, así como buitres y serpientes elaborados en fino oro. A continuación, el conferenciante explicó la relación que había entre los mencionados amuletos y el escarabeo con pasajes del *Libro de los Muertos*, con el fin de sustituir o estimular las funciones de la espalda, la sangre y el corazón del difunto. Otros amuletos eran usados como guías que facilitaban el tránsito por los tortuosos y peligrosos caminos del Más Allá.

Sobre el tórax fueron encontrados diversos pectorales. El pectoral del buitre de Nekhbet era, en opinión de Carter, el más hermoso de los hallados. El pectoral de escarabajos Kheper, más macizo que el anterior, estaba formado por coleópteros, elaborados en lapislázuli, que sostenían con sus patas delanteras discos del sol y la luna y, con las patas traseras, símbolos de realeza, de los cuales colgaban flores de loto. Carter interpretó aquel conjunto como una asociación de elementos relacionados con Osiris y Ra. Pectorales que mostraban el Halcón solar, la Esfera lunar y el ojo sagrado *Uzat* estaban relacionados con el origen celestial del rey.

El público pudo contemplar brazaletes y pulseras en los brazos del monarca. Desde el codo hasta la muñeca había seis pulseras sobre el brazo izquierdo y siete sobre el derecho. Las pulseras estaban formadas, básicamente, por combinaciones de escarabajos, granos de oro y placas de cornalina. Algunas tenían cintas flexibles, elaboradas con cuentas para pasar la mano, y otras presentaban un cierre hecho con aretes de oro que tenían incrustaciones de piedras semipreciosas y cristales. Se trataba de objetos que el joven rey llevó durante su corta vida. Sus diámetros demuestran que sus antebrazos eran muy delgados.

Alrededor de la cintura, la momia portaba un cinturón dorado, del cual pendían un delantal de ceremonias y un puñal de oro. El delantal

era similar a los que se pueden ver en los relieves. Carter añadió que no se conocía con claridad su significado. El puñal de oro presentaba una empuñadura adornada con listas alternadas de granulado de oro e incrustaciones al estilo *cloisonné*. El mango estaba rematado con una figura elaborada en alambre de oro. Por su parte, la hoja solamente tenía unas acanaladuras que recorrían su parte central y convergían en la punta. Estas acanaladuras formaban un lirio en la parte cercana a la empuñadura. La vaina de aquella arma estaba ricamente labrada: una escena de un león cazando un íbice; un becerro corriendo con un perro sobre el lomo; un guepardo saltando sobre el lomo de una gacela, en tanto que un león la ataca por debajo; un perro persiguiendo a un toro y un becerro huyendo. También había un friso con volutas e inscripciones y motivos florales. Carter añadió que veía similitudes entre aquella decoración y el arte de las islas del Egeo.

Extraídos más vendajes que envolvían el cuerpo del rey, encontraron otro cinturón de oro y un puñal de hierro enfundado en una vaina de oro. La empuñadura presentaba un botón de cristal de roca y tenía una ornamentación similar al otro puñal. Sin embargo, la particularidad principal radicaba en la hoja, por ser del citado metal. Aquí el arqueólogo aprovechó para vincular semejante característica a los primeros pasos del ocaso del imperio egipcio.

En la última parte de la conferencia insistió en el hierro, subrayando que, además del puñal, fueron hallados dos pequeños amuletos fabricados con aquel metal. Según él, el hierro habría sido introducido por los hititas a pequeña escala en tiempos de Tutankhamón. A partir de aquí reflexionó en voz alta sobre la importancia del hierro en algunas civilizaciones y cómo, a partir de finales de la dinastía XVIII, la llegada de elementos foráneos sería paulatina. Asimismo, vinculó el estilo de estos puñales con el que habían aportado los hicsos cuando dominaron Egipto.

Acabó recordando la gran cantidad de amuletos colocados entre los vendajes de la momia, cuya finalidad era la protección del difunto en el Más Allá, y elogió el magnífico trabajo de los artesanos y joyeros tebanos. Sus últimas palabras relacionaron aquellos materiales de la más alta calidad con la búsqueda de la felicidad definitiva para los difuntos.

El público honró al conferenciante con una sonora ovación.

El martes 22 de mayo algunos de los principales diarios de Madrid recogían el enorme impacto de la conferencia<sup>9</sup>. *ABC*, que destacó también la presencia de personalidades, la presentación realizada por el duque de Alba y algunas partes de la conferencia, sintetizaba el éxito con las siguientes palabras: «...La sala de conferencias de la Residencia ha resultado insuficiente para contener a la multitud que acudió para escuchar la conferencia del sabio egiptólogo H. Carter, que con el difunto Lord Carnarvon descubrió la sepultura de Tutankhamen en el Valle de los Reyes...».

Por su parte, *El Liberal* también incluyó una noticia similar donde destacaba que «Howard Carter fue muy aplaudido, y el Comité Hispano-inglés –organizador de estas conferencias– por su iniciativa».

Informaciones que sintetizaban la conferencia de Carter también se pudieron leer en *La Libertad* y *El Sol*, en el cual se definía a Howard Carter como «...arqueólogo eminente. Discípulo de los grandes egiptólogos Maspero y Petrie del que ha sido auxiliar en las excavaciones de Tell el Amarna...».

Otros diarios, como se verá más adelante, publicarían noticias sobre Carter después de la segunda conferencia.

De igual manera que había ocurrido en el primer viaje, el extraordinario éxito de la primera conferencia obligaría a que los organizadores cambiaran el lugar de la segunda. *ABC* transmitía, el mismo día 22, el siguiente comunicado:

El Comité Hispanoinglés nos comunica que la segunda parte de la conferencia de Mr. Carter, en que se tratará de la cripta sepulcral y de los maravillosos objetos encontrados en ella, tendrá lugar en el teatro La Princesa, hoy, martes 22 a las siete menos cuarto de la tarde. Las invitaciones repartidas para la Residencia de Estudiantes servirán para entrar en el Teatro. El Comité pide excusas a las numerosísimas personas que no lograron entrar en la Residencia, pues, aunque había previsto que acudiera numeroso público a las nuevas conferencias de Mr. Carter, no sospechaba que pudiesen despertar tan enorme expectativa.

Y de nuevo, como había ocurrido en el teatro Fontalba cuatro años antes, la sala del teatro Princesa se llenó en su totalidad. ABC destacaría el día 23 que era imposible citar a todas las personalidades que asistieron a la conferencia, destacando únicamente que en el palco estaban el duque de Alba, el conde de Gove y los infantes don Juan y don Gonzalo<sup>10</sup>.

La segunda conferencia, igual que la precedente, comenzó, a la siete menos cuarto de la tarde, con un breve discurso de presentación del duque de Alba. A continuación se transcriben íntegramente aquellas palabras:

SEÑORES:

La promesa que en Noviembre de 1924 nos hizo el descubridor de la tumba de Tutankamen de volver a España para darnos a conocer los resultados de sus nuevas investigaciones, queda hoy cumplida por nuestro amigo Howard Carter. Digo nuestro amigo y no sólo el mío, porque pocos conferenciantes han conseguido en Madrid, mejor dicho en toda España, una popularidad tan rápida y tal ambiente de curiosidad y de simpatía. Al día siguiente de llegar Mr. Carter a Madrid, el nombre de Tutankamen había salido del círculo académico, del de los aficionados a los estudios históricos o del de los curiosos de las modernas excavaciones, para correr la suerte de los nombres de los héroes populares: el nombre de Tutankamen, con su ortografía simplificada, corría por todas las bocas; se discutía el arte Tutankamen, se anunciaban objetos Tutankamen y hasta se murmuraba de los amigos como siendo más o menos Tutankamen, es decir, de psicología más o menos momificada. Al mismo tiempo, el Comité Hispano-Inglés recibía infinitas peticiones de nuevas conferencias de Mr. Carter en otras poblaciones españolas, o ya que esto no fuera posible, el préstamo de las fotografías proyectadas en Madrid y de una traducción de las conferencias. A estas últimas peticiones pudo atender con sumo gusto el Comité Hispano-Inglés gracias al generoso donativo que de su colección de diapositivas le hizo el conferenciante. Se sacaron varias copias de esta colección completa y pocos días después fueron lanzadas en todas direcciones para revelar los misterios y bellezas de la tumba de Tutankamen a los más apartados rincones de nuestra

España, que mostraba una sensibilidad para estas páginas históricas que estimo sería raro hallar en pueblos que blasonan de mayor cultura. Han pasado cuatro años, señores, y las cajas continúan cruzando toda España; las conferencias que han provocado se cuentan por muchos cientos y a más cientos alcanzarían si el entusiasmo de muchas poblaciones, que solicitaban el favor del préstamo por contados días, no les hubiese llevado a guardar las bellas imágenes durante incontables semanas.

No es por tanto de extrañar que el Comité Hispano-Inglés quisiera ofrecer al público madrileño la 2ª mitad de una historia cuyos comienzos fueron tan atentamente escuchados. Como el conferenciante nos recordará, en sus anteriores conferencias nos llevó hasta las doradas arcas guardadoras del sarcófago y puso ante nuestra vista el primer ataúd recubierto de oro. En estas conferencias aborda Mr. Carter momentos más emocionantes ... Pero no quiero ceder a la tentación de hablaros de las bellezas que el conferenciante va a revelarnos. Sólo me cumple darle la bienvenida a nuestro país, donde tantos admiradores cuenta, y agradecerle que nos haya concedido la muy estimada distinción de traer a España, antes que a ningún otro país del mundo (excepto Inglaterra) la noticia de sus importantes trabajos y descubrimientos.

El texto, mecanografiado en tinta azul, presenta algunas correcciones estilísticas a mano y un subrayado en los siguientes aspectos: las numerosas solicitudes de préstamo de los materiales para conferencias; la generosa cesión de diapositivas por parte de Howard Carter; las copias que se hicieron; la retención de diapositivas, más allá de lo acordado, en algunas localidades; el recuerdo sobre las capillas, el sarcófago y el primer féretro, con los que había acabado la primera tanda de conferencias del año 1924; la bienvenida y los numerosos admiradores que el arqueólogo británico tenía en nuestro país y la circunstancia de traer a España, si bien en este punto se observa un signo de interrogación, después de Inglaterra, las últimas novedades de su trabajo.

Como se puede constatar, algunos párrafos son iguales a los de la anterior presentación. La segunda conferencia de Howard Carter se atuvo al siguiente esquema<sup>11</sup>:

La descripción de una cámara secundaria anexa a la cámara funeraria con el sentimiento especial, y en nuestra opinión muy difícil de verbalizar, de entrar en un lugar por primera vez después de treinta siglos.

La cámara, que medía aproximadamente 5 x 4 metros y algo más de dos de altura, mostraba paredes sin alisar y estaba repleta de materiales arqueológicos, la mayor parte de ellos con significado religioso. Anidó la idea entre los investigadores de que los objetos colocados en las distintas partes de la tumba correspondían a una simbología oculta cuya finalidad se centraba en la protección frente al terror de la imaginación humana y el bienestar en la otra vida. Aquella habitación funeraria estaba llena de figuras de divinidades protectoras, estatuillas del rey, maquetas de barcos de distintos tamaños y significados, cofres que contenían joyas y artículos de tocador; capillas con *ushabtis*, que eran figurillas colocadas en la tumba para que sustituyeran al difunto en las tareas agrícolas que este debía realizar en los Campos de Osiris, y una caja con los vasos canopos protegida por las cuatro diosas tutelares.

Hecha la introducción, pasó a la proyección de las diapositivas, la primera de las cuales mostraba la entrada de la cripta, parcialmente protegida por una figura negra de Anubis yacente sobre un altar y cubierta con una tela de lienzo. Anubis era el dios de la momificación ya que, según antiguas tradiciones, había embalsamado el cuerpo de Osiris.

La figura de Anubis tenía forma de perro negro parecido a un chacal. Carter lo definió como «El Ocaso de la Tarde» y «El Guardián de los Muertos». El animal Anubis, de madera pintada en negro y a tamaño natural, casi inspiraba temor. Tras hablar del afecto de los perros hacia sus amos como una posible causa de que un can fuera elegido por el pueblo egipcio como vigilante de los muertos, destacó de él que era la divinidad de la momificación en tiempos dinásticos.

Otra foto mostró una pequeña antorcha mágica de caña y una tablilla de arcilla que estaban colocadas en la entrada, delante de Anubis. La tablilla conservaba la siguiente inscripción: «Para rechazar al enemigo, en cualquier forma que se presente, y para impedir que la arena sepulte la cámara secreta».

Se trataba de un ensalmo mágico destinado a proteger la tumba frente a cualquier ataque, tanto de vivos como de muertos, y evitar su olvido. Las extendidas creencias en la magia negra y sus consecuencias generaban todo tipo de elementos físicos o espirituales destinados a la protección frente a fuerzas oscuras.

La siguiente imagen presentaba la cabeza de la vaca Meh-Urit, divinidad celestial situada detrás de Anubis, mirando hacia el oeste. La foto mostraba aquel objeto en su posición original. Según palabras de Carter, aquella vaca, conocida como «El Ojo de Ra», era una manifestación de la diosa Hathor en su faceta de «Señora del Amentit», el territorio del ocaso. Su cuello, parcialmente negro, simbolizaba las tinieblas, mientras que su ornada cabeza representaba los rayos del sol de poniente.

Seguidamente, el conferenciante se centró en una serie de fotografías, y la correspondiente información, sobre las arcas halladas en la tumba, que contenían figuras de dioses del Más Allá, y que estaban repartidas entre el rincón sureste y la pared meridional. El público pudo observar dos de las arcas abiertas. Cada una contenía la figura de madera de una divinidad con el cuerpo envuelto en fina tela. A continuación, presentó dos arcas situadas al suroeste, una de ellas abierta, que contenían estatuillas de madera del rey envueltas en lienzo, aunque mostraban la cara descubierta. Algunas tenían características del arte de El Amarna y otras del arte tebano.

Las estatuillas de Tutankhamón que pudieron contemplar los asistentes presentaban las siguientes particularidades: como soberano del Bajo Egipto, con el cetro y el *flagelum*; como soberano del Alto Egipto, con el cayado de pastores y el mayal del labrador; saludando al sol, sostenido por una divinidad denominada Mankaret; sobre un leopardo negro, y en forma de Horus «el Vengador de su Padre», sobre una canoa de cañas. Esta última se basaba en el mito de la lucha de Horus, representado como un joven fuerte que manejaba una jabalina o un arpón, contra Seth en su forma de hipopótamo oculto en las aguas del río. Algunos especialistas ven en ello la eterna lucha del bien, encarnado por Horus, contra el mal, manifestado a través de Seth.

La siguiente parte del visionado se centró en una flotilla de dieciocho barcos amontonados sobre las tapas de las arcas o en otras partes de la cámara. Las maquetas de bajeles, que correspondían a una antigua costumbre egipcia, servían para acompañar al sol en sus viajes diurnos y nocturnos o a Horus en las cacerías de los pantanos. También eran fundamentales para peregrinaciones y para llegar a los «Campos de los bendecidos». Había distintas modalidades: una barca del Sol que presentaba proa y popa en forma de loto; una canoa de papiro para seguir a Horus en las cacerías que, según el conferenciante, se asemejaba a toscos esquifes que todavía eran visibles en los años 20 navegando por el Nilo; una barca de pasaje cuya función era que el rey no dependiera de los barqueros celestiales cuando tuviera que cruzar aguas difíciles para alcanzar los «Campos de los bendecidos»; un barco principal para la Santa Peregrinación que estaba completamente aparejado y presentaba un puente central con cabina y pabellones dorados en proa y popa, y barquitos de la Santa Peregrinación, remolcados por el anterior, que poseían una cabina central y garita para vigía a proa y a popa.

El rincón noroeste de la cripta también estaba lleno de objetos, entre los que destacaban templetes de madera negra que contenían *ushebtis*. Estas figuras tenían la función de sustituir al difunto en las tareas agrícolas ordenadas por Osiris.

Acto seguido mostró los templetes para las figuras funerarias, una de ellas junto a detalles de las mismas, y aperos de labranza de cobre en miniatura. Las figuras portaban una azada, un pico, un yugo, cestos y dos cántaros para agua. Según sus propias palabras, en conjunto había más de 900 estatuillas y pequeñas herramientas.

El público pudo conocer interesantes datos sobre cinco arquetas con objetos preciosos situadas a lo largo de la pared septentrional. Una serie de fotografías permitieron observar algunas particularidades. Los contenidos de mayor valor habían sido robados y el resto había quedado esparcido por la cámara. Las arquetas mostraban un trabajo muy delicado de ornamentación. La primera presentaba una decoración formada por más de 45.000 piezas de incrustación y contenía, entre otras joyas: «la orden de la Salida del Sol; la misma or-

den, mostrando cómo era llevada; la orden de la Luna y clases de las mismas órdenes». Una segunda arqueta tenía la forma ovalada del cartucho del rey y estaba elaborada con madera de conífera y listones de ébano. Sobre la tapa se podía leer el nombre de entronización de Tutankhamón formado por jeroglíficos de marfil y ébano en un fondo dorado. Entre las otras joyas, había pendientes y brazaletes del monarca, una vestidura litúrgica similar a una estola y parte de sus atributos reales. Seguidamente, presentó pendientes, tres pulseras, una estola, los cetros en forma de báculo y los *flagella*. Una tercera arqueta estaba fabricada en madera de cedro y adornada con listones de marfil. Portaba signos que significan «toda la vida y buena suerte». El interior estaba dividido en dieciseis departamentos cuyos contenidos fueron robados en época dinástica. La quinta arqueta era una caja con el abanico del rey, el cual estaba elaborado con plumas de avestruz unidas a un mango de marfil. En este punto el conferenciante reflexionó sobre el paso del tiempo.

A continuación dijo que iba a hablar sobre el más destacable de los objetos hallados en aquella cámara: el «templete» de los vasos canopos (con una foto de su posición original), que estaba situado en el centro del extremo oriental, frente a la puerta. Carter aclaró entonces el significado de los cuatro vasos canopos como receptáculos de las vísceras, vinculándolos a los cuatro genios<sup>12</sup> que estaban bajo la protección de las diosas Isis, Neftis, Neith y Selket. Según un antiguo mito, los cuatro genios auxiliaban a Osiris para que no padeciera hambre o sed, de manera que tenían que hacer lo mismo con los difuntos. La siguiente imagen mostró el «templete» de los vasos canopos apoyado por cuatro pilares sobre una especie de trineo y coronado por hileras de cobras solares. Este objeto está cubierto de oro y en sus cuatro lados se distinguen las diosas tutelares con los brazos extendidos en señal de protección (foto 24). Cada una de aquellas divinidades femeninas está relacionada con uno de los hijos de Horus: la figura de Isis custodia el lado oeste y el genio que le corresponde es Amset; la figura de Neftis custodia el lado este y el genio que le corresponde es Hapy; la figura de Neith custodia el lado norte y el genio que le corresponde es Dua-mutef, y

la figura de Selket custodia el lado sur y el genio que le corresponde es Qebeh-senuef.

El templete guardaba un cofre de alabastro cubierto con una pieza de lienzo.

Las últimas fotografías de la conferencia presentaban los siguientes detalles: el cofre canopo cubierto con un paño mortuorio de color pardo oscuro y sin decoración; el cofre canopo de alabastro semi-transparente poseedor de un rodapié de oro y colocado sobre dos largueros de madera con mangos de plata; los sellos del cofre canopo, que eran de arcilla y estaban colocados, dos a cada lado, sujetos a argollas de oro; la cubierta del cofre canopo levantada, que dejaba al descubierto las cuatro tapas con forma de cabeza humana cuyo rostro se asemejaba al de Tutankhamón; las cuatro tapaderas; una de las tapaderas vista de perfil; la apertura de los cuatro recipientes del cofre que contenían, cada uno, un minúsculo ataúd de oro, y uno de los ataúdes de oro en miniatura, que contenía vísceras del rey envueltas en forma de momia.

Howard Carter destacó el trabajo de los orfebres y la belleza de aquellas miniaturas, subrayando que eran pequeñas réplicas del gran ataúd de oro y describiendo cómo cada pieza tenía los dioses tutelares del Alto y Bajo Egipto en forma de ave e inscripciones de protección.

Terminó la conferencia haciendo alusión a que los objetos hallados en aquella pequeña cámara se podían dividir en tres grupos: piezas necesarias para la tumba, elementos de protección para el Más Allá y el ajuar que el difunto podía necesitar. Tras repasar los principales materiales, explicó que resultaba evidente el paso de los ladrones por la tumba, afirmando que al menos el cincuenta por ciento del contenido de los cofres había sido robado y dando por supuesto que los profanadores se llevaron lo mejor. Este dato suele pasar desapercibido y muchos continúan creyendo que la última morada de aquel faraón estaba intacta cuando entraron los arqueólogos.

De nuevo la prensa se hizo eco del gran éxito de la conferencia<sup>13</sup>. *ABC*, al día siguiente, titulaba «Mister Howard Carter, en La Princesa»:

Jamás hubiéramos sospechado que la egiptología tuviera en Madrid tantos adeptos apasionados. En efecto, mucho antes de empezar la conferencia de Mr Howard Carter, la sala del teatro la Princesa estaba ya completamente llena, presentando un aspecto brillantísimo, como pocos estrenos, desde la triste crisis teatral. Enumerar a los diplomáticos, aristócratas e intelectuales presentes, llenaría una larga crónica de sociedad. Renunciamos, pues, a ello, y tan sólo mencionaremos que desde el palco central, y acompañados por el duque de Alba y el conde del Grove, escucharon la conferencia con visible interés SS. AA. los infantes D. Juan y D. Gonzalo.

Mister Howard Carter, repitiendo parte de su conferencia del domingo pasado en la Residencia de Estudiantes, presentó, primero el triple féretro del Rey Tutankamen, que murió a la edad de diez y ocho años. El tercer féretro contiene oro puro por valor de 15.000 libras esterlinas. Esta cifra podrá dar una idea de las riquezas que encierra la tumba descubierta por lord Carnarvon y el propio conferenciante, riquezas artísticas, que hicieron exclamar al Padre Santo: «¡Esto no es una exhumación, es una resurrección!».

Realmente, la conferencia se reducía a acompañar con palabras sencillas y precisas las hermosísimas ilustraciones: las estatuas de Tutankamen, las de varios dioses y diosas, ya de forma humana, ya representando chacales, halcones, serpientes, etcétera; las casetas de cosméticos y perfumes del Faraón y de su esposa; pulseras, anillos, insignias, condecoraciones, abanicos; en fin, una pequeña parte de los miles y miles de objetos que fueron encontrados en la tumba y que, como arte delicado y gusto exquisito, no han sido superados en los mil trescientos años que nos separan de la época de Tutankamen.

Mister Howard Carter fue ovacionado dos veces, al presentarse en el escenario y al terminar su conferencia tan sugestiva<sup>14</sup>.

A diferencia de lo sucedido durante la primera visita, no hay información sobre la estancia de Howard Carter en España después de la segunda conferencia. Sin embargo, García Rueda Muñoz de San Pedro recoge un dato interesante: el 23 de mayo la embajada británica celebraba una cena de gala en honor de la familia real y Howard

Carter no fue invitado<sup>15</sup>. Esta circunstancia permite suponer que el arqueólogo se había marchado de Madrid durante la mañana de aquella misma jornada.

Como epílogo a aquella segunda y última visita hay que añadir que en la reunión anual del Comité Hispano-Inglés, celebrada el 20 de junio de 1928, se hizo balance muy positivo de las conferencias del descubridor de la tumba de Tutankhamón y se destacó su nueva entrega de diapositivas para que pudieran ser visionadas por los interesados. *ABC* recogía la noticia:

El presidente dio cuenta de los trabajos realizados por el Comité durante el curso actual, y del éxito alcanzado por los conferenciantes ingleses invitados a España, especialmente por el arqueólogo Mr. Howard Carter, que, muy agradecido a las atenciones recibidas en nuestra Patria ha regalado al Comité las diapositivas proyectadas en sus conferencias, prometiendo, además, escribir un trabajo sobre la introducción del hierro en la historia egipcia, que será publicado en el Boletín de la Academia de la Historia de la cual ha sido nombrado Mr. Carter miembro corresponsal<sup>16</sup>.

El periodista destaca el extraordinario éxito de las conferencias de Howard Carter, subraya que había sido nombrado miembro corresponsal de la Real Academia de la Historia y alude al compromiso adquirido por el arqueólogo de escribir un trabajo sobre la introducción del hierro en Egipto, aunque no hay constancia de que llegara a hacerlo.

Si bien el archivo del palacio de Liria no conserva documentos de los años 30 sobre la relación entre ambos personajes, parece evidente que el duque de Alba y Howard Carter mantuvieron su amistad hasta la muerte del arqueólogo, ocurrida en 1939. Ambas personalidades se vieron ocasionalmente en Londres y en el hotel Kulm de Saint Moritz, en el cual se hospedaba Carter cuando visitaba aquellas tierras suizas. Como ya se ha dicho, una carta del aristócrata español que estaba en poder de los herederos del arqueólogo destaca su interés por la salud del británico a comienzos de 1939<sup>17</sup>.



## CONCLUSIONES

El descubrimiento de la tumba de Tutankhamón constituye uno de los grandes hitos de la arqueología mundial. Aquel magnífico hallazgo, que todavía genera noticias en la actualidad, se debió a la perseverancia de Howard Carter y a la predisposición de lord Carnarvon. Hubo años de búsqueda, momentos de desaliento, desencuentros y sinsabores hasta lograr el preciado objetivo. Una vez encontrado el enterramiento del faraón, serían necesarios años de trabajo a fin de inventariar, restaurar y extraer todo lo que había en el interior, incluyendo la célebre máscara. La desafortunada muerte del aristócrata cinco meses después, desató una serie de controvertidas noticias sobre presuntas maldiciones cuyo origen hay que situar en la lucha de intereses periodísticos.

Durante el proceso de trabajo de los materiales de la tumba, el arqueólogo británico visitó Madrid en dos ocasiones para impartir cuatro conferencias: del 24 al 29 de noviembre de 1924 y del 19 al 23 de mayo de 1928. El artífice de que Carter estuviera en la capital de España fue don Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó, XVII duque de Alba, entonces presidente del Comité Hispano-Inglés, entidad que junto a la Residencia de Estudiantes se encargaría de la organización de los actos. El resultado fue magnífico: una asistencia masiva de público, incluyendo autoridades e intelectuales, en cada una de las disertaciones.

«Jamás hubiéramos sospechado que la egiptología tuviera en Madrid tantos adeptos apasionados». Estas palabras, escritas por un periodista de *ABC* para referirse al extraordinario éxito de la segunda conferencia de 1928, sintetizan a la perfección la paradoja que ha rodeado a la egiptología en España a lo largo del siglo XX. Una disciplina que ha fascinado a millares de personas en nuestro país y que, sin embargo, ha tenido escaso recorrido universitario debido al desinterés o la oposición de determinadas autoridades académicas. Las conferencias que Howard Carter pronunció en Madrid constituyen un ilustrativo ejemplo de «gran ocasión perdida» que pudo favore-

cer el asentamiento institucional de la cultura faraónica en España, cuando los principales países de Europa ya disponían de cátedras universitarias, potentes asociaciones privadas y museos dedicados al estudio de la civilización faraónica.

Intelectuales, aristócratas, e incluso el propio rey Alfonso XIII, escucharon de viva voz al arqueólogo que había protagonizado el mayor descubrimiento de la historia de la arqueología egipcia. La prensa de la capital recogió el enorme éxito de cada una de aquellas intervenciones y la altruista cesión de diapositivas y cintas cinematográficas que hizo el conferenciante permitió que muchos españoles, de variada condición social y económica, pudieran contemplar las maravillas que contenía la tumba de aquel joven faraón, en un país marcado por una situación política anómala y difícil. Desde España aquellos materiales serían enviados a puntos de Hispanoamérica.

Indudablemente las disertaciones de Carter fueron acontecimientos culturales de una extraordinaria envergadura. Y, sin embargo, no se materializaron en ningún tipo de interés universitario, más allá de las conferencias que algunos profesores dieron a partir de los materiales que gentilmente había cedido el arqueólogo británico. Lo reiteramos: una ocasión desperdiciada, como tantas otras en la historia del mundo académico español, sobre todo en el ámbito de las humanidades. Afortunadamente, desde hace unos años, y en lo que se refiere a la egiptología, la férrea voluntad de profesionales, la mayor parte formados en universidades extranjeras, y la generosidad de patrocinadores privados, han conseguido que diversos equipos arqueológicos nacionales trabajen en interesantes yacimientos faraónicos. También en algunas universidades se llevan a cabo cursos de formación, fundamentales para que los jóvenes interesados en esta materia puedan tener una oportunidad.

A la poca incidencia académica que tuvieron las visitas de Howard Carter podríamos añadir el desconocimiento que existe sobre una figura histórica muy relevante de la primera mitad del siglo XX, cuyos servicios a la cultura de este país no han sido suficientemente difundidos: don Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó, el XVII duque de Alba. Una biografía novelada y artículos sobre aspectos puntuales

de su vida son todo lo que hay en torno a una personalidad que supo valorar la cultura a través del mecenazgo, con aportaciones que permitieron desarrollar carreras, entre otros, a arabistas, musicólogos y pintores. También museos como el del Prado y numerosas entidades culturales contaron con su inestimable colaboración. Amigo de grandes intelectuales de la época y relacionado con miembros de las más altas instancias españolas y británicas, don Jacobo formó parte activa de las principales Academias españolas, tuvo un papel fundamental en la conservación de las cuevas de Altamira y colaboró en la creación de la primera cátedra de Prehistoria en una universidad española. Desde la humildad, ya que él siempre tuvo claro que sus vínculos con las instituciones culturales provenían del rango y no del estudio, contribuyó también a la publicación de libros importantes, entre los que figuraban algunos que permitían conocer documentos destacables del rico archivo de la Casa de Alba. Y en tan vasto panorama cultural no podía faltar Egipto. Prendado de la civilización faraónica desde la primera vez que visitó aquel país, regresaría al mismo en diversas ocasiones y conocería al propio Howard Carter antes de que este descubriera la tumba de Tutankhamón. Definido como el más inglés de los duques de Alba, don Jacobo fue uno de los creadores del Comité Hispano-Inglés, entidad que presidiría y desde la que invitó al ilustre arqueólogo para que pronunciara las conferencias. Sin embargo, pocos saben que la relación entre ambas personalidades iría más allá de los encuentros de Madrid. Los documentos escritos que se conservan en el archivo del palacio de Liria, magnífico edificio donde se hospedaría el británico, demuestran que ambos simpatizaron y mantuvieron una relación amistosa que perduró durante años. Las cordiales cartas que se publican en esta obra y la evidencia de que Carter regaló un escarabeo propagandístico de Amenofis III a don Jacobo, hoy perdido, son pruebas significativas de aquella amistad. A las mismas se puede añadir un dato que vale la pena destacar: el duque era el único español que figuraba en la agenda de direcciones del arqueólogo.

Fue fundamental la opinión del duque a la hora de nombrar al arqueólogo como miembro corresponsal de la Real Academia de la His-

toria y no sería extraño considerar que las atenciones de don Jacobo hacia su invitado, con visitas a algunos de los lugares más hermosos de Madrid y Toledo, motivaran que este cediera sus materiales visuales a fin de que se pudieran organizar pases por toda la geografía española y, obviamente, que regresara cuatro años más tarde para explicar sus avances en el estudio de los materiales de la tumba. No hay que olvidar que el descubridor del último lugar de reposo de Tutankhamón tenía fama de persona brusca en algunos sectores de la egiptología, que lo consideraban un advenedizo por no haber cursado estudios universitarios.

Noventa y cinco años después del descubrimiento de la tumba, el archivo del palacio de Liria aporta nuevos datos relacionados con aquel gran acontecimiento arqueológico y su incidencia en España. Los documentos aquí publicados permiten conocer una parte sustancial de la responsabilidad del duque de Alba a la hora de organizar la cesión de diapositivas, así como la evidencia de que también estuvo presente en las gestiones que llevarían los mencionados materiales a tierras del continente americano. Muy ilustrativa, como se puede leer en una lista conservada, es la transversalidad del interés por visionar materiales tan sugerentes, desde centros católicos hasta asociaciones obreras. Especialmente interesante, por la información específica que contiene, es una larga carta de Howard Carter a don Jacobo, fechada en el año 1925, donde informa puntualmente de sus avances en las complicadas investigaciones realizadas sobre los distintos sarcófagos y la máscara de Tutankhamón.

Algunos documentos del archivo demuestran el interés del duque por apoyar en todo lo posible a las personas que requerían una ayuda de intermediación. La carta que escribió a Carter, con el objetivo de solicitar su permiso para el uso de fotografías en la traducción del primer volumen del descubrimiento de la tumba realizada por el conde Gimeno, es una muestra de ello.

Tutankhamón, Howard Carter y don Jacobo, los tres protagonistas de este libro, pertenecieron a universos muy distintos, pero presentan algunos trazos comunes. La memoria del primero fue oscurecida por el general Horemheb cuando este accedió al trono

---

de Egipto; el segundo fue cuestionado por algunos colegas, incluso después de su extraordinario hallazgo, y la dedicación del tercero a la cultura, cuando por posición no tenía ninguna necesidad, es prácticamente desconocida para la mayoría. El faraón y el arqueólogo se han convertido en iconos universales y es objetivo de esta obra que la impagable aportación del duque al desarrollo cultural empiece a ser valorada como se merece en España, a partir de su papel fundamental en la visita a Madrid de una de las personalidades más importantes de aquellos momentos.



# NOTAS

## INTRODUCCIÓN

1. G. Rueda Muñoz de San Pedro, «1924 y 1928, las dos estancias de Howard Carter en España», en *Boletín de la Asociación Española de Egiptología. Homenaje al Rev. P. D. Benito Celada Abad*, nº 3 (1991): 172-182. *Ibid.*, «Las dos visitas de Howard Carter a España en 1924 y 1928», en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, nº 17 (1993): 59-80.

2. E. Pons Mellado, «El descubrimiento de la tumba de Tutankhamón: Las visitas de H. Carter a España», en *Supplementa et Isimu. Revista sobre el Próximo Oriente y Egipto en la antigüedad*, nº 2 (1999): 425-447.

3. L. M. González Ortega, «Howard

Carter en España», en VV.AA., *Tutankhamón. Imágenes de un tesoro bajo el desierto egipcio*, Fundación Arqueológica Clos, 2004: 29-33.

4. J. M. Galán Allué, «Howard Carter y el descubrimiento de la tumba de Tutankhamón», en *Viajeros por el conocimiento*, Residencia de Estudiantes, Madrid, 2010: 160-263.

5. E. Landaluce, *Jacobo Alba, la vida de novela del padre de la duquesa de Alba*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2013.

6. T. G. H. James, *Howard Carter. The Path to Tutankhamun*, Tauris Parker Paperbacks, Nueva York, 2001.

## 1. TUTANKHAMÓN Y EL GOBIERNO DE EGIPTO

1. Las publicaciones sobre Tutankhamón y su tumba son muy numerosas. Dos de las más conocidas que han sido utilizadas en esta obra son: Ch. Desroches-Noblecourt, *Vie et mort d'un pharaon. Tutankhamon*, Hachette, 1963; y N. Reeves, *Tutankhamun. The King. The Tomb. The Royal Treasure*, The American University in Cairo Press, 1990. Recientemente ha sido publicado un completo estado de la cuestión sobre la historia de este rey y las fuentes que se han conser-

vado sobre el mismo por M. Gabolde, *Tutankhamon*, Pigmalion, París, 2015.

2. Una estela hallada en el territorio meridional de Amada indica que una tropa egipcia apresó a 145 nubios, algunos de los cuales serían empalados: W. Helck, «Ein 'Feldzug' unter Amenophis IV gegen Nubien», en *Studien zur Altägyptischen Kultur*, 8 (1980): 117-126.

3. La Estela de Restauración de Tutankhamón recoge la siguiente frase que

alude a una fallida expedición militar: «Si el ejército fue enviado a Asia para extender las fronteras de Egipto, ninguna ganancia vino de sus esfuerzos» (*Urkunden IV*, 2027).

4. La cuestión sobre las sucesiones y las relaciones familiares en aquella época todavía no está resuelta. Hay diversos investigadores que se han dedicado a ello y las publicaciones al respecto son abundantes. Algunas de las más representativas son: J. Allen, «Nefertiti and Smenkh-ka-re», en *Göttinger Miscellen*, 141 (1994): 7-17; *Ibíd.*, «The Amarna Sucesion», en *Causing His Name to Live: Studies in Egyptian Epigraphy and History in Memory of William J. Murnane*, eds. P. Brad / L. Cooper, The University of Memphis Department of History, 2009: 9-20; A. Dodson / D. Hilton, *The Complete Royal Families of Ancient Egypt. A Genealogical Sourcebook of the Pharaohs*, Thames & Hudson, 2004: 144-157; *ibíd.*, «Amarna Sunset: Nefertiti, Tutankhamun, Ay, Horemheb and the Egyptian Counter-Reformation», The American University in Cairo Press, 2009.

5. Véase las hipótesis más relevantes en N. Reeves, *op. cit.*: 24. Por su parte, M. Gabolde, *op. cit.*: 70-72, incluye un nuevo personaje en la lista de candidatos: el príncipe hitita Zananza.

6. Una síntesis sobre la problemática en relación a los progenitores y las diversas teorías propuestas, incluyendo las más modernas, se puede leer en M. Gabolde, *op. cit.*: 86-97.

7. N. Reeves, *op. cit.*: 27; W. J. Murnane / M. Eaton-Krauss, «Tutankhamun, Ay and

the Avenue of Sphinxes between Pylon X and the Mut Precinct at Karnak», en *Bulletin de la Société d'Égyptologie de Genève*, 15 (1991): 31-35; M. Gabolde, *op. cit.*: 136-154.

8. Para tener una visión completa de los relieves de aquella parte del templo, es muy útil la obra *Reliefs and inscriptions at Luxor Temple I: The festival procession of Opet in the Colonnade Hall*, The University of Chicago Oriental Institute Publications, nº 112, 1994.

9. G. T. Martin, *The Memphite Tomb of Horemheb, Commander-in-Chief of Tut'ankhamun*, Egyptian Excavation Society, Excavation Memoir 55, Londres, 1989.

10. Algunas cartas conservadas en el archivo de Tell el-Amarna informan sobre acciones militares. Representativas son la EA 170: 14-16 y la EA 173-176. W. L. Moran, *The Amarna Letters*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore / Londres, 1992: 257-258; 259-261.

11. La tumba de este personaje ha sido abierta al público recientemente. La publicación más completa sobre la misma es la de N. Davies / A. Gardiner, «The Tomb of Huy, Viceroy of Nubia in the Reign of Tut'ankhamun (nº 40)», en *The Theban Tombs Series 4*, Londres, 1926.

12. Debido al deterioro de la momia, la muerte del joven faraón ha dado pie a todo tipo de teorías, incluyendo el asesinato (M. R. King / G. M. Cooper / D. Denevi, *Who Killed King Tut?: Using Modern Forensics to Solve a 3.300 Year Old Mystery*, Amherst

Nueva York, Prometheus, 2006; B. Brier, *The Murder of Tutankhamen: A True Story*, Berkley Trade, 2010); o bien debido a enfermedades diversas, algunas derivadas de problemas genéticos (Z. Hawass *et al.*, «Ancestry and Pathology in King Tutankhamun's Family», en *The Journal of American Medical Association*, 303.7 (2010): 638-647; C. Timmann / C. G. Meyer, «Malaria, mummies, mutations: Tutankhamun's archaeological autopsy», en *Tropical Medicine and International Health*, 15 (2010): 1278-1280). También M. Gabolde, *op. cit.*: 337-359, sintetiza las patologías y posibles causas de la muerte, descartando el asesinato.

13. H. G. Güterbock, «The Deeds of Suppiluliuma as Told by his Son, Mursili II», en *Journal of Cuneiform Studies*, 10 (1956): 94.

14. El nombre de entronización *Nibjururiya* que aparece en el documento hitita

ha sido objeto de debate. Algunos de los investigadores que han escrito al respecto son: T. R. Bryce, «Some Observations on the Chronology of Suppiluliuma's Reign», en *Anatolian Studies* (1989): 22; W. J. Murnane, «The Road to Kadesh. A Historical Interpretation of the Battle Reliefs of King Sety I at Karnak», en *Studies in Ancient Oriental Civilization*, 42, Instituto Oriental de la Universidad de Chicago., 1990: 132-133; J. Freu, «Les guerres syriennes de Suppiluliuma et la fin de l'ère Amarnienne», en *Hethitica*, 11 (1992): 92-94, 96. Por su parte, N. Reeves, *op. cit.*: 23, y M. Gabolde, *op. cit.*: 64, sitúan el evento antes del ascenso de Tutankhamón.

15. Véase una síntesis sobre este episodio en J. Martínez Babón, *Historia militar de Egipto durante la dinastía XVIII*, Museu Egipci, Barcelona, 2003: 100-101.

## 2. ASPECTOS BIOGRÁFICOS SOBRE LA FIGURA DE HOWARD CARTER

1. Aspectos biográficos sobre Howard Carter han sido publicados en muchos libros y artículos. En esta obra se toman básicamente de N. Reeves / J. H. Taylor, *Howard Carter before Tutankhamun*, Harry N. Abrams Inc. Publishers, Londres, 1993; N. Reeves, *op. cit.*, T. G. H. James, *op. cit.*

2. Célebre papiro que, combinado con su otra mitad, el *Papiro Leopold II*, constituye un largo documento sobre ladrones de

tumbas que operaron en la necrópolis tebana a finales del Reino Nuevo. Una buena traducción al inglés y acertados comentarios sobre su contenido se pueden leer en J. Capart / A. Gardiner / B. Van de Walle, «New Light on the Ramesside Tomb Robberies», en *Journal of Egyptian Archaeology*, 22 (1936): 169-193.

3. Su trabajo sería publicado en la gran obra de E. Naville, *The Temple of Deir el-Ba-*

hari, Egyptian Exploration Fund, Londres, 1894-1908.

4. Las momias reales fueron sacadas de sus tumbas y agrupadas en aquellos dos lugares durante el gobierno del gran sacerdote de Amón Pinedjem II, que perteneció

a una familia que controló los territorios del sur del país en tiempos de la dinastía XXI.

5. El contenido sería descrito en H. Carter / P. E. Newberry, *The Tomb of Thoutmosis IV*, Biban el Moluk Series, Londres, 1904.

### 3. EL DESCUBRIMIENTO DE LA TUMBA

1. Sobre las particularidades de esta tumba, véase E. Hofmann, «Zwischen den Zeiten. Das tebanische Grab des 'Königssohns' Tetiki», en *Imago Aegypti*, vol. 3, eds. A. Verbosek / G. Burkard / F. Junge, DAI Cairo, Vandenhoeck & Ruprecht (2011): 52-55.

2. La primera traducción de aquel texto sobre la guerra entre tebanos e hicsos fue realizada por el egiptólogo A. H. Gardiner, «The Defeat of the Hyksos by Kamose: The Carnarvon Tablet», en *Journal of Egyptian Archaeology*, 3 (1916): 95-110.

3. Las dos estelas de Kamose, que recogen las victorias de este monarca contra los hicsos y sus aliados, han sido publicadas por diferentes autores. Dos de las publicaciones más representativas son: L. Habachi, «The Second Stela of Kamose and His Struggle against the Hyksos Ruler and His Capital», en *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts Kairo*, 8 (1972); H. S. / A. Smith, «A Reconsideration on the Kamose Texts», en *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 103 (1976): 48-106. En los últimos años han sido localizados algunos fragmentos que podrían pertenecer a una ter-

cera estela de aquel rey (Ch. van Siclen III, «The Third Stela of Kamose», en *The Second Intermediate Period (Thirteenth-Seventeenth Dynasties)*, ed. M. Marée, *Orientalia Lovaniensia Analecta*, 192 (2010): 355-358.

4. Véase en J. Capart / A. Gardiner / B. van de Walle, *op. cit.*: 169-193.

5. Véase, por ejemplo, en W. Helck, *Historisch-biographische Texte der 2. Zwischenzeit und neue Texte der 18. Dynastie*, Wiesbaden, 1975, 56, nº 80.

6. Resulta curioso y vale la pena subrayar que aquellos dibujos correspondían a unos relieves esculpidos en tiempos del faraón Tutankhamón.

7. Murió el 23 de febrero de 1915. Su deceso fue anunciado un día más tarde en la prensa norteamericana. Por ejemplo, en la página 9 del *New York Times* del día 24.

8. Misiones arqueológicas financiadas por Theodore Davis hallarían aquellos objetos: un pequeño recipiente de fayenza encontrado debajo de una piedra cerca de la TT 48 en 1906; el pozo número 54, encontrado en 1907, que contenía restos vinculados al sepelio del rey, y, a principios de

1909, una cámara pequeña, a la que se le asignaría el número 58, en cuyo interior había, entre otros objetos, un *ushebt* y una lámina de oro que presentaba los nombres de Ay y de Tutankhamón.

9. El nombre de entronización era Nebkheperra. Sobre distintas impresiones de

sellos halladas en los accesos bloqueados, véase fotografías en N. Reeves, *op. cit.*: 92-94.

10. Hay discrepancias en relación a cuándo abrieron la cámara funeraria. Sobre las mismas, véase la información y la bibliografía que aporta M. Gabolde, *op. cit.*: 27-32.

11. N. Reeves, *op. cit.*: 111.

#### 4. TUTANKHAMÓN Y EL MITO DE LAS MALDICIONES EGIPCIAS

1. Se han publicado diversas obras sobre la magia en el antiguo Egipto. Una de las más representativas es la de G. Pinch, *Magic in Ancient Egypt*, British Museum Press, 1994.

2. Sobre aspectos de magia negra relacionados con estos llamados «Textos de Execración» es conveniente consultar la obra de R. K. Ritner, «The Mechanics of Ancient Egyptian Magical Practice», en *Studies in Ancient Oriental Civilization*, n° 54, Instituto Oriental de la Universidad de Chicago, 1993: 136-172.

3. Un buen artículo que sintetiza la esencia de las maldiciones se puede leer en J. Assmann, «When Justice fails: Jurisdiction and Imprecation in Ancient Egypt and the Near East», en *Journal of Egyptian Archaeology*, 78 (1992): 149-162.

4. Véase, por ejemplo, en H. Willems, «Crime, Cult and Capital Punishment

(Mo'alla Inscription 8)», en *JEA*, 76 (1990): 27-53.

5. J. Assman, *op. cit.*: 155-156.

6. *Ibid.*: 156-157. Sobre aspectos negativos del asno, véase también en J. Bulté, «Iconographie originale d'un Bès «nourricier» inédit: Illustration d'une malédiction obscène», en *Revue d'Égyptologie*, 52 (2001): 61-62.

7. R. Luckhurst, «The Mummy's Curse: a Study in Rumour», en *The Critical Quarterly*, 52, n° 3 (2010): 15.

8. *Ibid.*: 9-12.

9. Jo Marchant, *The Shadow King. The Bizarre Afterlife of King Tut's Mummy*, Da Capo Press, Filadelfia, 2013: 51-54.

10. A. Weigall, *Tutankhamun and Other Essays*, George Doran, Nueva York, 1924.

11. M. Gabolde, *op. cit.*: 46.

12. C. El Mahdy, *Mummies, Myth and Magic in Ancient Egypt*, Thames & Hudson, 1989: 173.

## 5. EL DUQUE DE ALBA Y EL COMITÉ HISPANO-INGLÉS

1. J. Calderón Ortega, *El Archivo de la Casa de Alba; pasado y presente*, Universidad de Alcalá de Henares, 2015: 79-100.
2. E. Landaluce, *op. cit.*, 106-108.
3. *Ibíd.*: 152-168.
4. P. Ortiz-de-Urbina, «Un 'Bayreuth español' para 1913: Wagnerianos de Madrid y Barcelona para un proyecto común», en *Matèria. Revista internacional d'Art* (2014): 47-85.
5. Fitz-James Stuart y Falcó, Jacobo, XVII duque de Alba, *Enciclopedia*, Fundación de de Amigos del Museo del Prado.
6. Marqués de Siete Iglesias, Real Academia de la Historia, «Catálogo de sus individuos», en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo CLXXVII, cuaderno I, enero-abril 1980: 699.
7. Hay diversas publicaciones sobre el III duque de Alba. Dos de las más significativas son: H. Kamen, *El gran duque de Alba*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2004; y M. Fernández Álvarez, *El duque de hierro. Fernando Álvarez de Toledo, III de Alba*, Espasa Calpe, Madrid, 2007.
8. M. T. Galiana Matesanz, «Las riquezas de la Casa de Alba», en *Catálogo de Discursos de Ingreso*, PDF: 2, nº 3.
9. Véase la noticia en el diario ABC del sábado 15 de marzo de 1919: 17.
10. Véase, por ejemplo, en: M. Sanz de Sautuola, *Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander*, Santander, 1880; C. de las Heras Martín / J. A. Lasheras Courruchaga, «La Cueva de Altamira: historia de un monumento», en *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, eds. M. Díez Andreu y G. Mora, Universidad de Málaga y CSIC, 1997: 359-368; J. González Echegaray / L. Gordon Freeman, «Obermaier y Altamira. Las nuevas excavaciones», en «*El Hombre Fósil*» 80 años después. Homenaje a Hugo Obermaier, ed. A. Moure Romanillo, Universidad de Cantabria / Fundación Marcelino Botín / Institute for Prehistoric Investigations, 1996: 251.
11. V. Cabrera Valdés, «El yacimiento de la cueva de 'El Castillo' (Puente Viesgo, Santander)», en *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, XXII (1984): 32.
12. Información bien documentada se puede leer en A. Ribagorda Esteban, «El Comité Hispano-Inglés y la Sociedad de Cursos y Conferencias de la Residencia de Estudiantes (1923-1936)», en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 30.
13. Una buena síntesis sobre la historia y la gran proyección que alcanzó la Residencia es aportada también por A. Ribagorda Esteban, «La Residencia de Estudiantes. Pedagogía, cultura y proyecto social», en *Seminario de Investigación de Historia Contemporánea (UCM)*, 6ª sesión, 3/4/2008: 1-23.
14. M. Marín Niño / F. Rodríguez Mediano / C. Martín Puente, *Los epistolarios de Julián Ribera Tarragó y Miguel Asín Palacios*, CSIC (2009): 94-96.

15. M. Cáceres-Piñuel, «José Subirá y la recuperación de la tonadilla escénica (1928-1932)», en *Artígrama*, nº 26 (2011): 839-840.

16. Gonzalo Anes, «Un Aniversario», en *abc.es*, miércoles 24 de septiembre de 2003.

17. *Discurso leído en el acto de su recepción por el Excelentísimo Señor duque de Berwick y de*

*Alba, Director de la Real Academia de la Historia y Académico de las Bellas Artes, y Contestación del Excelentísimo Señor duque de Maura*, Blass, S.A. Tipográfica, Madrid (1943): 9-10.

18. J. Calderón Ortega, *op. cit.*: 93.

19. Información extraída del marqués de Siete Iglesias, *op. cit.*: 698-699.

## 6. PRIMERA VISITA A ESPAÑA: LAS CONFERENCIAS DE LOS DÍAS 24 Y 26 DE NOVIEMBRE DE 1924

1. T. G. H. James, *op. cit.*: 377.

2. *ABC*, 19 de noviembre de 1924: 17.

3. *ABC*, 23 de noviembre de 1924: 25.

4. Síntesis extraída de la publicación de la Residencia de Estudiantes: Conferencia I. *El descubrimiento de la tumba de Tut-Ankh-Amen. La labor de la primera época. 1923-1924*, Madrid, noviembre de 1924: 7-17. Todas las conferencias se pueden leer en un anexo al final del libro.

5. Anunciado en la prensa de aquella época en G. Rueda Muñoz de San Pedro, 1991: 174; y E. Pons Mellado, 1999: 433-434.

6. G. Rueda Muñoz de San Pedro, 1991: 174; *ibíd.*, 1993: 66.

7. E. Pons Mellado, 1999: 431-433.

8. Piezas adquiridas por «un cónsul español desde Alejandría» (G. Muñoz de San Pedro, 1993: 66). Con toda probabilidad hace alusión a Eduardo Toda y Güell, nacido en Reus, que fue cónsul general español en El Cairo entre 1884 y 1886. Este diplomático participó en las excavaciones de la tumba de Sennedjem en Deir el-Medina, publicó

varias obras relacionadas con el mundo faraónico y vendió unas 1300 piezas que había adquirido al Museo Arqueológico Nacional en 1887. Sobre colecciones que acabaron formando parte del inventario de esta institución, véase E. Pons Mellado, «El redescubrimiento de Egipto por los españoles: las primeras colecciones del Museo Arqueológico Nacional», en *Supplementa et Isimu*, serie II, vol. I (2001): 295-307.

9. I. Pavón Soldevila / A. Rodríguez Díaz / I. Reguera Pérez, «Traducción y valoración historiográfica de 'Der Schatz von Aliseda' José Ramón Mélida (1928)», en *Norba. Revista de Historia*, vol. 24 (2011): 211-214.

10. G. Rueda Muñoz de San Pedro, 1991: 174; *ibíd.*, 1993: 66.

11. *ABC*, 27 de noviembre de 1924: 7.

12. La siguiente síntesis de la conferencia está extraída de la publicación de la Residencia de Estudiantes: Conferencia II. *El descubrimiento de la tumba de Tut-Ankh-Amen. La labor de la segunda época. 1923-1924*, Madrid, noviembre de 1924: 19-29.

13. E. Pons Mellado, 1999: 434-435.
14. *ABC*, 28 de noviembre de 1924: 11.
15. Se trataba de una de las condecoraciones culturales más prestigiosas de la época.
16. Sobre el contenido de esta carta, véase más adelante.
17. Algunos diarios destacaban que el arqueólogo inglés se quedó unos días para

visitar Ávila y Segovia, pero ninguno anunció con exactitud el día de su marcha de España. Ante estas circunstancias, G. Rueda Muñoz de San Pedro (1991: 176; 1993: 72) indicó que tal vez abandonó el país el 28 de noviembre. Con la publicación de estas líneas que Carter dejó al duque queda resuelta la incógnita.

18. *Mercur de France*, 1-1-1925: 282.

## 7. LA ENTREVISTA DE RAFAEL VILLASECA A HOWARD CARTER EN EL DIARIO ABC

1. Esta entrevista ya fue publicada por G. Rueda Muñoz de San Pedro, 1991: 179-182.

2. *ABC*, 29 de noviembre de 1924: 7.
3. *ABC*, 5 de diciembre de 1924: 3-4.
4. T. G. H. James, *op. cit.*: 439.

## 8. REPERCUSIÓN DE LAS CONFERENCIAS CELEBRADAS EN NOVIEMBRE DE 1924

1. *ABC*, 16 de diciembre de 1924: 16.
2. *ABC*, 19 de diciembre de 1924: 17.
3. *ABC*, 18 de enero de 1925: 24.
4. Véase en el capítulo siguiente.
5. Véase más adelante, en la presentación que hizo el duque de Alba de las

conferencias de Howard Carter del año 1928.

6. *La Vanguardia*, 9 de marzo de 1926. Información recogida por F. Gracia Alonso, *Pere Bosch Gimpera: universidad, política, exilio*, Marcial Pons, Madrid, 2011: 208.

## 9. RELACIÓN EPISTOLAR ENTRE EL ARQUEÓLOGO Y EL DUQUE CONSERVADA EN EL ARCHIVO DEL PALACIO DE LIRIA

1. N. Reeves, «Howard Carter's Collection of Egyptian and Classical Antiquities», en *Chief of Seers. Egyptian Studies in Memory of Cyril Aldred*, eds. E. Goring, C. Aldred, N.

Reeves y J. Ruffle, Kegan Paul International, 1997: 242, fig. 1.

2. Esta carta ha sido localizada a través de internet (*Howard Carter Letter*

*Duke of Alba 1824 RE Tutankhamun Egyptology signed Spain*, Worth Point, Books, Papers & Magazines).

3. Para conocer mejor las particularidades de este tipo de escarabeos informati-

vos, véase en la monografía de C. Blakenberg van Delden, *The Large Commemorative Scarabs of Amenhotep III*, ed. E. J. Brill, Leiden, 1969.

4. T. G. H. James, *op. cit.*: 462.

## 10. SEGUNDA VISITA A ESPAÑA: LAS CONFERENCIAS DE LOS DÍAS 20 Y 22 DE MAYO DE 1928

1. G. Rueda Muñoz de San Pedro, 1991: 176.

2. *Ibid.*: 176-177.

3. En este punto cabe advertir que los dos discursos que pronunció el duque de Alba en las conferencias de 1928, como se podrá constatar, son muy parecidos. No hay ninguna evidencia que permita afirmar con seguridad cuál de los dos fue el primero. La elección se ha realizado, por lo tanto, sin tener la certeza absoluta del orden.

4. *La Tumba de Tut-ankh-Amen. La sepultura del rey y la cripta interior*: 99-114.

5. Se refería a las mencionadas diosas Nekhbet del Sur de Egipto y Uadjet del Norte. Howard Carter utilizó el nombre de Buto, que era la ciudad originaria de aquella divinidad reptiliana.

6. Son algunas de las primeras piezas de este metal que se han encontrado en Egipto. Sin embargo, hay otras que son más antiguas como, por ejemplo y desde el punto de vista armamentístico, una punta de jabalina hallada en las ruinas del palacio de Malqata, perteneciente a la época

de Amenofis III (F. M. Helmi / K. Barakat, «Microanalysis of Tutankhamun's Dagger», *Proceedings*, 1995: 287-288).

7. El buitre era uno de los animales emblemáticos de la realeza puesto que, como ya se ha indicado, simbolizaba a la diosa Nekhbet.

8. El pájaro *Benu* formaba parte del imaginario relacionado con la importante divinidad solar Ra y, al igual que el célebre Fénix, resurgía cíclicamente.

9. Una buena síntesis de los elogios que la prensa dedicó a Howard Carter, se puede leer en E. Pons Mellado, *op. cit.*: 439-440.

10. *ABC*, 23 de mayo de 1928: 30-31.

11. *La tumba de Tut-ankh-Amen. La cripta interior*: 114-124.

12. Los «genios» aquí referidos eran los cuatro hijos de Horus, divinidades protectoras de las vísceras del difunto, las cuales eran guardadas en los conocidos como vasos canopos.

13. Véase en E. Pons Mellado, *op. cit.*: 440-442.

14. *ABC*, 23 de mayo de 1928: 20-21.

15. 1991: 178. También E. Pons Mella-  
do, *op. cit.*: 442, hace alusión a este evento.

16. ABC, 21 de junio de 1928: 27.

17. T. G. H. James, *op. cit.*: 462. Según este autor, la mencionada misiva estaba en poder de Jonathan Carter cuando escribió su libro.

## BIBLIOGRAFÍA

- J. Allen, «Nefertiti and Smenkh-ka-re», en *Göttinger Miszellen*, 141 (1994): 7-17.
- J. Allen, «The Amarna Succession», en *Causing His Name to Live: Studies in Egyptian Epigraphy and History in Memory of William J. Murnane*, eds. P. Brad / L. Cooper, The University of Memphis Department of History, 2009: 9-22.
- G. Anes, «Un Aniversario», abc.es, miércoles 24 de septiembre de 2003: 2.
- J. Assmann, «When Justice fails: Jurisdiction and Imprecation in Ancient Egypt and the Near East», en *Journal of Egyptian Archaeology*, 78 (1992): 149-162.
- C. Blakenberg van Delden, *The Large Commemorative Scarabs of Amenhotep III*, ed. E. J. Brill, Leiden, 1969.
- B. Brier, *The Murder of Tutankhamen: A True Story*, Berkley Trade, 2010.
- T. R. Bryce, «Some Observations on the Chronology of Suppiluliuma's Reign», en *Anatolian Studies* (1989): 19-30.
- J. Bulté, «Iconographie originale d'un Bès 'nourricier' inédit: Illustration d'une malédiction obscène», en *Revue d'Égyptologie*, 52 (2001): 61-62.
- V. Cabrera Valdés, «El yacimiento de la cueva de 'El Castillo' (Puente Viesgo, Santander)», en *Bibliotheca Praehistorica Hispana XXII* (1984): 32.
- M. Cáceres-Piñuel, «José Subirá y la recuperación de la tonadilla escénica (1928-1932)», en *Artígrama*, nº 26 (2011): 839-840.
- J. Calderón Ortega, *El Archivo de la Casa de Alba; pasado y presente*, Universidad de Alcalá de Henares, 2015: 79-100.
- J. Capart / A. Gardiner / B. van de Walle, «New Light on the Ramesside Tomb Robberies», en *Journal of Egyptian Archaeology*, 22 (1936): 169-193.
- H. Carter / P. E. Newberry, *The Tomb of Thoutmosis IV*, Biban el Moluk Series, Londres, 1904.
- Ch. Desroches-Noblecourt, *Vie et mort d'un pharaon. Tutankhamon*, Hachette, 1963; N. Reeves, *Tutankhamun. The King. The Tomb. The Royal Treasure*, The American University in Cairo Press, 1990.
- N. Davies / A. Gardiner, «The Tomb of Huy, Viceroy of Nubia in the Reign of Tut'ankhamun (nº 40)», en *The Theban Tombs Series*, 4, Londres, 1926.

- Discurso leído en el acto de su recepción por el Excelentísimo Señor duque de Berwick y de Alba, Director de la Real Academia de la Historia y Académico de las Bellas Artes, y Contestación del Excelentísimo Señor duque de Maura*, Blass, S.A. Tipográfica, Madrid (1943): 9-10.
- A. Dodson / D. Hilton, *The Complete Royal Families of Ancient Egypt. A Genealogical Sourcebook of the Pharaohs*, Thames & Hudson, 2004.
- A. Dodson / D. Hilton, *Amarna Sunset: Nefertiti, Tutankhamun, Ay, Horemheb and the Egyptian Counter-Reformation*, The American University in Cairo Press, 2009.
- The Epigraphic Survey, *Reliefs and inscriptions at Luxor Temple I: The festival procession of Opet in the Colonnade Hall*, The University of Chicago Oriental Institute Publications, nº 112, 1994.
- M. Fernández Álvarez, *El duque de hierro. Fernando Álvarez de Toledo, III de Alba*, Espasa Calpe, Madrid, 2007.
- J. Freu, «Les guerres syriennes de Suppiluliuma et la fin de l'ère Amarnienne», en *Hethitica*, 11 (1992): 39-101.
- M. Gabolde, *Toutankhamon*, Pigmalion, París, 2015.
- J. M. Galán Allué, «Howard Carter y el descubrimiento de la tumba de Tutankhamón», en *Viajeros por el Conocimiento*, Residencia de Estudiantes, Madrid, 2010: 160-263.
- M. T. Galiana Matesanz, «Las riquezas de la Casa de Alba», en *Catálogo de Discursos de Ingreso*, PDF: p. 2, nr. 3.
- A. H. Gardiner, «The Defeat of the Hyksos by Kamose: The Carnarvon Tablet, nº 1», en *Journal of Egyptian Archaeology*, 3 (1916): 95-110.
- J. González Echegaray / L. Gordon Freeman, «Obermaier y Altamira. Las nuevas excavaciones», en *'El Hombre Fósil' 80 años después. Homenaje a Hugo Obermaier*, ed. Alfonso Moure Romanillo, Universidad de Cantabria / Fundación Marcelino Botín / Institute for Prehistoric Investigations, 1996.
- L. M. González Ortega, «Howard Carter en España», en VV.AA., *Tutankhamón. Imágenes de un tesoro bajo el desierto egipcio*, Fundación Arqueológica Clos, 2004.
- F. Gracia Alonso, *Pere Bosch Gimpera: universidad, política, exilio*, Marcial Pons Historia. Madrid, 2011: 208.
- H. G. Güterbock, *The Deeds of Suppiluliuma as Told by his Son, Mursili II*, JCS 10 (1956).

- L. Habachi, «The Second Stela of Kamose and His Struggle against the Hyksos Ruler and His Capital», en *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts Kairo*, 8 (1972).
- Z. Hawass et al., «Ancestry and Pathology in King Tutankhamun's Family», en *The Journal of American Medical Association*, 303.7 (2010): 638-647.
- W. Helck, *Historisch-biographische Texte der 2. Zwischenzeit und neue Texte der 18. Dynastie*, Wiesbaden, 1975.
- W. Helck, «Ein 'Feldzug' unter Amenophis IV. gegen Nubien», en *Studien zur Altägyptischen Kultur*, 8 (1980): 117-126.
- W. Helck, *Urkunden der 18. Dynastie. Text des Heftes 22*, Akademie-Verlag Berlin, 1984.
- F. M. Helmi / K. Barakat, *Microanalysis of Tutankhamun's Dagger, Proceedings*, 1995: 287-288.
- C. de las Heras Martín / J. A. Lasheras Courruchaga, «La Cueva de Altamira: historia de un monumento», en *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, eds. Margarita Díez Andreu, Gloria Mora, Univesidad de Málaga y CSIC, 1997: 359-368.
- E. Hofmann, «Zwischen den Zeiten. Das tebanische Grab des «Königssohns» Tetiki», en *Imago Aegypti*, vol. 3, eds. A. Verbosek / G. Burkard / F. Junge, DAI Cairo, Vandenhoeck & Ruprecht (2011): 52-55.
- T. G. H. James, *Howard Carter. The Path to Tutankhamun*, Tauris Parker Paperbacks, Nueva York, 2001.
- H. Kamen, *El gran duque de Alba*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2004.
- M. R. King / G. M. Cooper / D. Denevi, *Who Killed King Tut?: Using Modern Forensics to Solve a 3.300 Year Old Mystery*, Amherst New York, Prometheus, 2006.
- E. Landaluce, *Jacobo Alba, la vida de novela del padre de la duquesa de Alba*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2013.
- R. Luckhurst, «The Mummy's Curse: a Study in Rumour», en *The Critical Quarterly*, 52, nº 3 (2010): 6-22.
- C. El Mahdy, *Mummies, Myth and Magic in Ancient Egypt*, Thames & Hudson, 1989.
- J. Marchant, *The Shadow King. The Bizarre Afterlife of King Tut's Mummy*, Da Capo Press, Filadelfia, 2013.
- Marqués de Siete Iglesias, *Real Academia de la Historia. Catálogo de sus individuos. Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo CLXXVII, cuaderno I, enero-abril 1980: 699.

- M. Marín Niño / F. Rodríguez Mediano / C. Martín Puente, «Los epistolarios de Julián Ribera Tarragó y Miguel Asín Palacios», en CSIC (2009).
- G. T. Martin, *The Memphite Tomb of Horemheb, Commander-in-Chief of Tut'ankhamun*, Egyptian Excavation Society, Excavation Memoir 55, Londres, 1989.
- J. Martínez Babón, *Historia Militar de Egipto durante la dinastía XVIII*, Museu Egipci, Barcelona, 2003.
- Revista *Mercure de France*, 1-I-1925: 282.
- L. Moran, *The Amarna Letters*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore / Londres, 1992.
- W. J. Murnane, «The Road to Kadesh. A Historical Interpretation of the Battle Reliefs of King Sety I at Karnak», en *Studies in Ancient Oriental Civilization*, 42, Instituto Oriental de la Universidad de Chicago, 1990.
- W. J. Murnane / M. Eaton-Krauss, «Tutankhamun, Ay and the Avenue of Sphinxes between Pylon X and the Mut Precinct at Karnak», en *Bulletin de la Societé d'Égyptologie de Genève*, 15 (1991): 31-35.
- E. Naville, *The Temple of Deir el-Bahari*, Egyptian Exploration Fund, Londres, 1894-1908.
- P. Ortiz-de-Urbina, «Un 'Bayreuth español' para 1913: Wagnerianos de Madrid y Barcelona para un proyecto común», en *Matèria. Revista internacional d'Art* (2014): 47-85.
- I. Pavón Soldevila / A. Rodríguez Díaz / I. Reguera Pérez, «Traducción y valoración historiográfica de 'Der Schatz von Aliseda' José Ramón Mélida (1928)», en *Norba. Revista de Historia*, vol. 24 (2011): 211-214.
- G. Pinch, *Magic in Ancient Egypt*, British Museum Press, 1994.
- E. Pons Mellado, «El descubrimiento de la tumba de Tutankhamón: Las visitas de H. Carter a España», en *Supplementa et Isimu. Revista sobre el Próximo Oriente y Egipto en la antigüedad*, nº 2 (1999): 425-447.
- E. Pons Mellado, «El redescubrimiento de Egipto por los españoles: las primeras colecciones del Museo Arqueológico Nacional», en *Supplementa et Isimu*, serie II, vol. I (2001): 295-307.
- N. Reeves, *Tutankhamun. The King. The Tomb. The Royal Treasure*, The American University in Cairo Press, 1990.
- N. Reeves / J. H. Taylor, *Howard Carter before Tutankhamun*, Harry N. Abrams. Inc Publishers, Londres, 1993.

- N. Reeves, «Howard Carter's Collection of Egyptian and Classical Antiquities», en *Chief of Seers. Egyptian Studies in Memory of Cyril Aldred*, eds. E. Goring, C. Aldred, N. Reeves y J. Ruffle, Kegan Paul International, 1997.
- A. Ribagorda Esteban, «El Comité Hispano-Inglés y la Sociedad de Cursos y Conferencias de la Residencia de Estudiantes (1923-1936)», en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 30 (2008): 273-291.
- A. Ribagorda Esteban, «La Residencia de Estudiantes. Pedagogía, cultura y proyecto social», en *Seminario de Investigación de Historia Contemporánea (UCM)*, 6ª sesión, 3/4/2008: 1-23.
- R. K. Ritner, «The Mechanics of Ancient Egyptian Magical Practice», en *Studies in Ancient Oriental Civilization*, nº 54, Instituto Oriental de la Universidad de Chicago, 1993.
- G. Rueda Muñoz de San Pedro, «1924 y 1928, las dos estancias de Howard Carter en España», en *Boletín de la Asociación Española de Egiptología. Homenaje al Rev. P. D. Benito Celada Abad*, nº 3 (1991): 172-182.
- G. Rueda Muñoz de San Pedro, «Las dos visitas de Howard Carter a España en 1924 y 1928», en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 17 (1993): 59-80.
- Sanz de Sautuola, *Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander*, Santander 1880.
- Ch. van Siclen III, «The Third Stela of Kamose», en *The Second Intermediate Period (Thirteenth-Seventeenth Dynasties)*, ed. M. Marée, *Orientalia Lovaniensia Analecta*, 192 (2010): 355-358.
- H. S. / A. Smith, «A Reconsideration on the Kamose Texts», en *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 103 (1976): 48-106.
- C. Timmann / C. G. Meyer, «Malaria, Mummies, Mutations: Tutankhamun's Archaeological Autopsy», en *Tropical Medicine and International Health*, 15 (2010): 1278-1280.
- A. Weigall, *Tutankhamun and Other Essays*, George Doran, Nueva York, 1924.
- H. Willems, «Crime, Cult and Capital Punishment (Mo'alla Inscription 8)», en *Journal of Egyptian Archaeology*, 76 (1990): 27-53.



## AGRADECIMIENTOS

El desarrollo de este trabajo no habría sido posible sin la indispensable colaboración de algunas personas que han facilitado el acceso a las necesarias fuentes históricas.

En primer lugar, nuestro más profundo agradecimiento a don Carlos Fitz-James Stuart y Martínez de Irujo, actual duque de Alba, por su generosidad al ceder los documentos del archivo del palacio de Liria, y a don Arturo Avello, embajador de España en Egipto, por habernos facilitado la conexión con la Casa de Alba. También ha sido muy importante la predisposición de don José Manuel Calderón, director del archivo, a la hora de proporcionar todos los materiales escritos necesarios.

Afortunadamente, para poder completar la obra hemos podido contar con la gentileza de don Federico Ayala Sörenssen, jefe del Departamento de Archivo y Documentación del diario ABC, y doña Rosario Romero de Pablos, subdirectora de la Residencia de Estudiantes. A ambos damos las gracias por su amabilidad, ya que han permitido que podamos incluir noticias de este periódico sobre las conferencias de Howard Carter, así como una interesante entrevista, y las reproducciones de las conferencias, que fueron editadas en su día por la Residencia.

El Servicio de Antigüedades egipcio y el Museo Egipcio de El Cairo también han colaborado al ceder una serie de materiales fotográficos. Agradecemos desde estas líneas al Dr. Hisham el-Leithy, director general del Centro de Documentación y Publicaciones Científicas del Ministerio de Antigüedades, su destacada aportación, y al fotógrafo del Museo Egipcio de El Cairo Ahmed Amin su trabajo. Otras fotos pertenecen al Griffith Institute del Ashmolean Museum, centro al que agradecemos también su contribución.

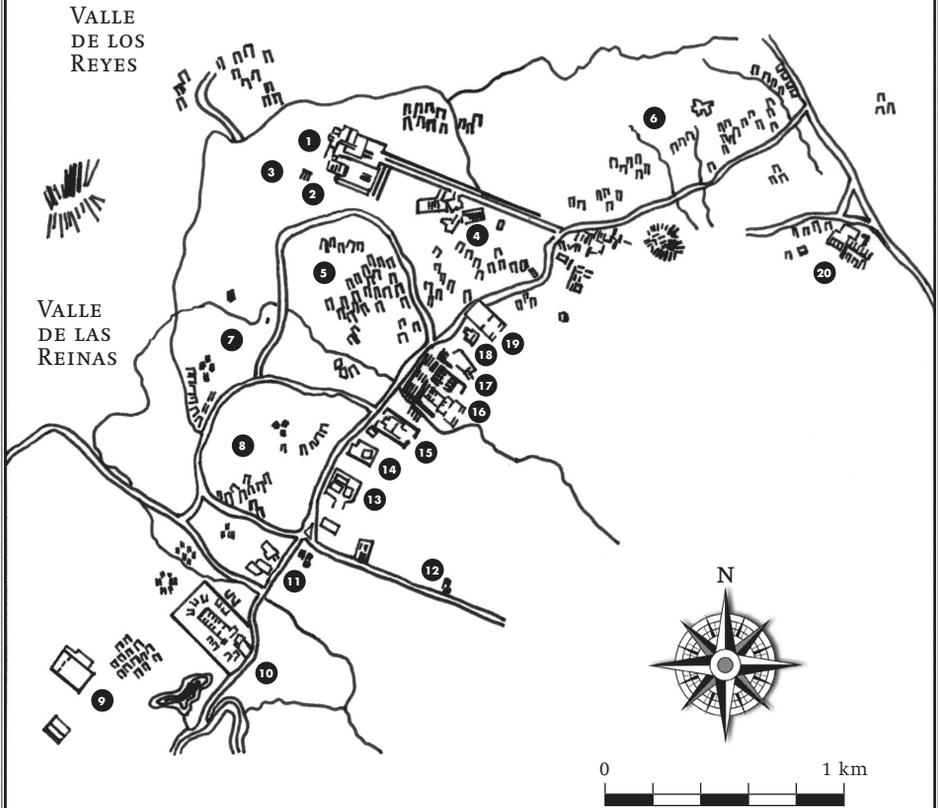
Algunas cartas del arqueólogo presentan dificultades paleográficas. Para resolver las dudas de la traducción ha sido indispensable la ayuda de doña María del Mar García Roldán.

Por último, queremos agradecer a M<sup>a</sup> Antonia Moreno Cifuentes y Ana Acuña Carabantes su colaboración en esta obra.



## ANEXOS

## NECRÓPOLIS TEBANA



1. Deir el-Bahari (templo de la reina Hatshepsut)
2. Templo de Mentuhotep II
3. Cachette DB320
4. El Asassif
5. El-Qurna
6. Dra Abu el-Naga
7. Deir el-Medina
8. Qurnet Muray
9. Malkata(restos del palacio del rey Amenofis III)
10. Medinet Habu (templo de Millones de Años de Ramsés III)

11. Templo de Amenofis (Hijo de Hapu)
12. Templo de Amenofis III
13. Templo de Merenptah
14. Templo de la reina Tauseret
15. Templo de Tutmosis IV
16. El Ramesseum (templo de Millones de Años de Ramsés II)
17. Templo de Amenofis II
18. Templo de Siptah
19. Templo de Millones de Años de Tutmosis III
20. Templo de Seti I

RESIDENCIA DE ESTUDIANTES  
CONFERENCIAS DE MR. HOWARD CARTER

*SOBRE*

*EL DESCUBRIMIENTO DE LA TUMBA DE TUT-ANKH-AMEN  
ORGANIZADAS POR EL COMITÉ HISPANO-INGLÉS,  
PRESIDIDO POR EL EXCMO. SR. DUQUE DE ALBA  
MADRID – NOVIEMBRE DE 1924*

El Comité Hispano-Inglés se formó en mayo de 1923, bajo la presidencia del Duque de Alba. Es secretario del mismo D. Jorge Silvela.

Los fines del Comité son promover estrechas relaciones intelectuales, artísticas y científicas entre los dos países.

El Comité, que contó desde el primer momento con la colaboración entusiasta del Embajador inglés, de D. Horacio Echevarrieta y del Marqués de Palomares, quiso prestar atención especial –aun antes de completar su constitución, organizar la propaganda y emprender ulteriores trabajos– a dos actividades que juzgaba fundamentales:

a) La fundación de becas para estudiantes universitarios ingleses en España y para estudiantes españoles en Inglaterra.

El Comité estima que la creación de estas becas es una de las obras más importantes que puede desarrollar, y que el nombramiento de estudiantes distinguidos para estos puestos logrará, mejor que nada, una íntima compenetración espiritual entre los dos países.

b) La organización de conferencias en Madrid, pronunciadas por eminentes personalidades inglesas en la ciencia, en las artes, en la política y en general en la vida social de Inglaterra.

El Comité creó una beca (con el nombre de Howard, en obsequio del anterior Embajador inglés en España, uno de los más celosos fundadores del Comité Hispano-Inglés) con ayuda de la Residencia de Estudiantes, para graduados ingleses de las Universidades de Oxford

y Cambridge, que desearan venir a Madrid a ampliar sus estudios. La Residencia tuvo ya un primer becario de Cambridge, alberga en la actualidad al estudiante designado por la Universidad de Oxford y piensa también enviar a un primer becario español a la Universidad de Cambridge, hasta tanto que la ayuda pecuniaria de las personas o instituciones que simpaticen con los fines del Comité permita enviar mayor número de becarios.

La organización de conferencias en Madrid por personalidades inglesas ha podido emprenderse inmediatamente, gracias a un generoso donativo en metálico anteriormente hecho por el Duque de Alba a la Residencia, y que ésta acordó aplicar a los gastos que originasen las conferencias inglesas.

El primer conferenciante que honra al Comité con su visita a Madrid es el ilustre egiptólogo Mr. Howard Carter, cuyos trabajos de excavación en la tumba de Tut-Anhk-Amen han sido seguidos durante años con tan intensa curiosidad por los hombres cultos del mundo entero. El Comité quiere dar públicas gracias al Sr. Carter por su exquisita amabilidad, que permite que el primer acto público que el Comité realiza, tenga una brillantez y un interés tan extraordinarios que seguramente provocará la ayuda de todas las personas que simpaticen con los fines que el Comité Hispano-Inglés persigue.

## E X O R D I O

### (DE LAS CONFERENCIAS I Y II)

TUT-ANKH-AMEN, el Rey cuyo nombre es conocido en todo el mundo, reinó hacia 1356-1350 a. de J.C.

Era yerno de Amen-Hetep IV, llamado Akh-En-Aten, quien fundó la ciudad de Akh-Et-Aten, conocida de los europeos por El Amarna, en la margen oriental del río Nilo, a unas 190 millas al sur del Cairo. Akh-En-Aten –hijo de Amen-Hetep III el Magnífico– construyó su ciudad alrededor de 1375, a. de J.C., cuando derribó el culto de Amen y abandonó Tebas. En Akh-En-Aten instituyó el culto del disco del Sol Aten, y fomentó una religión, un arte y una moral nuevas, dando

así a este especial período de la historia de Egipto un extraordinario interés histórico y arqueológico.

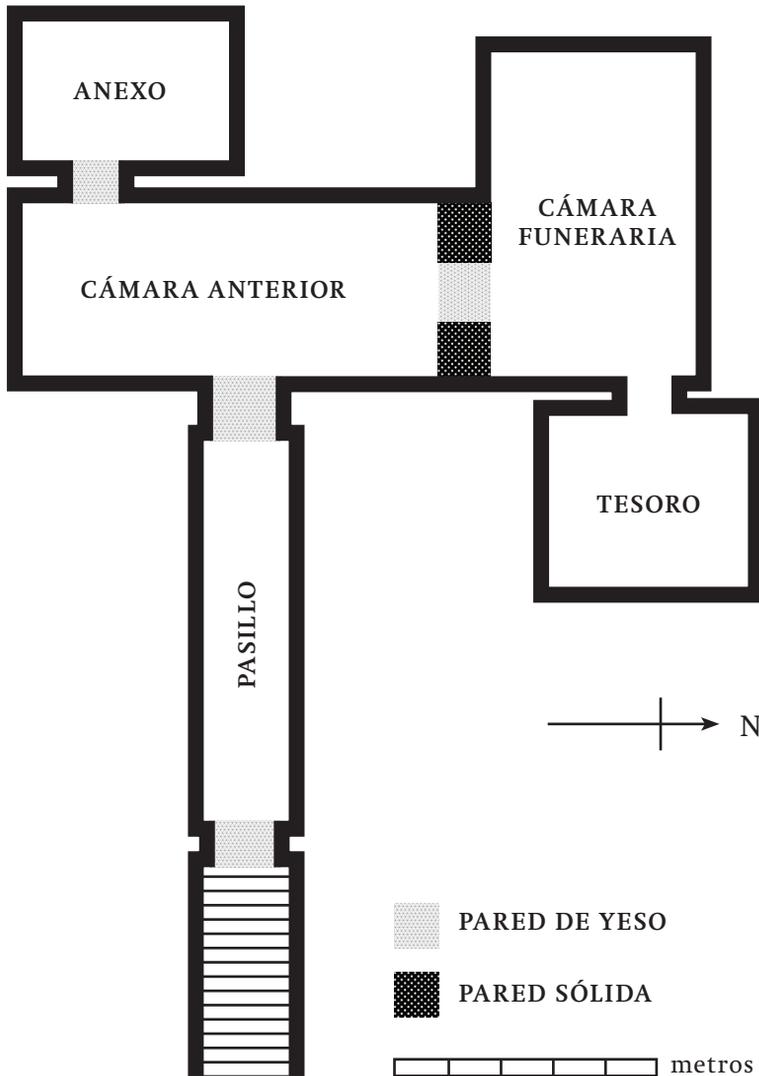
De Tut-Ankh-Amen, o mejor Tut-Ank-Aten, como se llamó hasta convertirse al culto de Amen, sabemos poco o nada, y la falta de informes aumentó considerablemente las dificultades para situar el lugar de su enterramiento. Probablemente no era de linaje real, sino un noble, y acaso extraño a Tebas, desconociendo no solamente la ciudad, sino también sus tradiciones. Debió de venir quizás de El Amarna, de donde a su conversión al culto de Amen se trasladó a Tebas, o acaso si el título de su nombre Amen, Heg-On-Shema, «El Príncipe de On del Alto Egipto», da algún indicio de su origen, puede haber sido natural de Hermonthis, es decir, Erment, la mansión meridional de la divinidad solar, justamente sobre Tebas.

Sabemos que Akh-En-Aten lo casó con su tercera hija, Ankh-Es-En-Pa-Aten, y que esto, según la ley de sucesión del antiguo Egipto, lo convirtió en un virtual heredero al Trono; pero no sabemos por qué Akh-En-Aten hizo esto. Akh-En-Aten había casado ya a su primera hija con Smenkh-Ka-Ra, de cuya corregencia tenemos evidencia completa. Acaso en virtud de su casamiento Tut-Ankh-Amen sucedió a Smenkh-Ka-Ra como corregente, y, por consiguiente, residió en Tebas, aun antes de su subsiguiente acceso al Trono, con objeto de procurar a Akh-En-Aten un poderoso defensor del credo de Aten en la capital de Amen. Y puede ser que con objeto de conservar su Trono después de la muerte de Akh-En-Aten se viese obligado por razones políticas a aceptar la supremacía de Amen, a cambiar la significación religiosa de su propio nombre y el de su esposa –de Aten en Amen– y fijar permanentemente su residencia en Tebas. En virtud de la religión que abrazó, su enterramiento estaba en Tebas, y según las tradiciones tebanas el lugar de aquél en el Valle de los Reyes.

A Tut-Ankh-Amen sucedió su visir Ay, «El Divino Padre», quien, según una pintura en la cámara de la tumba del Rey, parece haber sido durante un corto tiempo corregente de Tut-Ankh-Amen.

Con el Rey Ay terminó la brillantísima dinastía decimooctava; y Hor-Em-Heb, general de Tut-Ankh-Amen, fundó la decimonona dinastía.

TUMBA DE TUTANKHAMÓN



C O N F E R E N C I A I  
EL DESCUBRIMIENTO DE LA TUMBA  
DE TUT-ANKH-AMEN

LA LABOR DE LA PRIMERA ÉPOCA  
1923-1924

Hace ahora unos dos años que mi querido amigo el difunto Conde de Carnarvon y, si puedo incluirme, yo mismo, descubrimos, después de muchos años de trabajo, la tumba de Tut-Ankh-Amen, en el pavoroso Valle de las Tumbas de los Reyes.

El Valle de los Reyes es una hondonada muy remota y solitaria que separa las colinas de Tebas Occidental de la cadena de montañas de Libia que lindan con el desierto de Sahara. Y allí, bajo un gran Pico Guardián y a la cabeza de su principal valle tributario, veintisiete de los más grandes monarcas del Egipto construyeron su eterna morada.

Como aquellos monarcas de la Edad Imperial eran considerados como los descendientes del Gran Dios Ra, el Sol, siendo así sus representantes en la tierra, cuando partían de esta vida terrestre descendían al corazón de esta Montaña del Oeste, tras de la cual Ra, el Sol, se ocultaba, para renacer en el día de mañana, la vida futura.

Este gran cementerio del Imperio Egipcio –dentro de cuyo recinto nadie más que los Faraones y, mediante el consentimiento real, unos pocos cortesanos privilegiados podían ser enterrados– es un lugar muy solemne y que causa impresión profunda, pero que, bajo ciertas condiciones, no está completamente desprovisto de encanto, pues allí la naturaleza parece presentarse ante uno en toda su desnuda majestad, calma y quietud, como preparada para la duración eterna.

## NUESTRAS RAZONES PARA CREER QUE TUT-ANKH-AMEN ESTABA ENTERRADO EN EL VALLE

a) Hacia el final de las magníficas exploraciones de Mr. Theo. M. Davis en el Valle, encontró bajo una roca una taza de fina loza azul. Esta taza de loza ostentaba el cartucho o nombre de Tut-Ankh-Amen, y tenía todos los caracteres de ser de naturaleza sepulcral.

b) Mr. Davis, durante sus excavaciones, también descubrió un lugar oculto o escondite, donde había una colección de vasijas de barro. Estas vasijas estaban selladas, y cuando fueron examinadas por Mr. H. E. Winlock, del Museo Metropolitano de Arte (N.Y.), se encontró que contenían unos collarines florales, formados de pétalos de flores naturales cosidos en lienzo, tal como los habían usado las plañideras en las ceremonias funerales. Había también una colección de sellos de arcilla de Tut-Ankh-Amen, tiestos, cofias de lienzo y pedazos de lienzo, uno de los cuales ostentaba inscritos el nombre de Rey y una fecha, en «El Sexto Año del Reinado de Tut-Ankh-Amen». Estos objetos parecían proceder de las exequias del Rey.

c) Otro importante y notable descubrimiento hecho por Mr. Davis en el Valle fue una bóveda, no una verdadera tumba, proyectada para el traslado del cuerpo de Akh-En-Aten, suegro de Tut-Ankh-Amen, de su primitiva tumba en El Amarna a este cementerio real tebano.

Una bóveda probablemente proyectada y construida cuando triunfó la reacción a favor del dios Amen, con objeto de salvar los restos mortales de Akh-En-Aten del furor de los sectarios y sacerdotes victoriosos.

Con estos descubrimientos –la taza de loza de Tut-Ankh-Amen de tipo sepulcral, en un escondite de objetos pertenecientes probablemente a su sepulcro y el nuevo enterramiento del Rey herético, su suegro, en este Valle– teníamos, al menos, indicios vehementes para creer que nuestro Rey podía también estar oculto en alguna parte de este cementerio real tebano, ya colocado allí en un escondite por alguna mano piadosa, ya enterrado en una primitiva tumba propia.

Por fortuitas que estas pruebas puedan ser, dependiendo su éxito de subordinados detalles, únicamente por deducción de tales hechos ha sido guiada la excavación.

## LA CONCESIÓN Y NUESTRA INVESTIGACIÓN DE TUT-ANKH-AMEN.

Sobre estas bases, no aceptadas unánimemente por nuestros colegas, y teniendo en cuenta aquellas contingencias, fue como obtuvimos de Sir Gaston Maspero, entonces director general del departamento de Antigüedades del Gobierno egipcio, una concesión para trabajos de investigación en el Valle de los Reyes, los cuales llevamos a cabo finalmente por el proceso de eliminación.

Por alguna razón instintiva escogí en el centro del Valle, un área limitada por las tumbas de Ramses II, Mer-En-Ptah y Ramses VI. Esta área triangular, muy en el centro del cementerio real, había sido, al parecer, enteramente desdeñada por los precedentes excavadores. Habían sido materialmente acumuladas aquí miles de toneladas de escombros de las precedentes excavaciones, realmente descargaderos de escombros amontonados por anteriores exploradores desde la época del sabio alemán Lepsius, en 1840.

Algunas calicatas nos indicaron pronto que el terreno que estaba bajo aquellos montones de tierra no había sido explorado, y no exagero nada al decir que tuvimos que remover unas 200.000 toneladas de escombros antes de que empezásemos a explorar la capa inferior.

Aun entonces, en el transcurso de nuestras investigaciones, era muy difícil notar la diferencia entre un relleno artificial y el detritus de roca natural que forma el suelo del Valle, pues en un periodo de más de tres mil trescientos años el terreno colocado allí por manos humanas llega a consolidarse tanto, que es difícil distinguirlo del depósito natural. En realidad, sólo por un hallazgo casual de pedacitos de carbón vegetal, y en una ocasión una espina de pescado, fue como pudimos adivinar que estábamos prosiguiendo alguna obra antigua.

Durante seis años trabajamos en este sitio. Habíamos sistemáticamente desembarazado la capa inferior, descubierto el fondo rocoso, prácticamente sin resultado alguno. Verdaderamente, era la mayor área explorada en el Valle sin el menor signo de una tumba.

Habíamos casi caído en la desesperación, y hubiéramos llegado a ella si no fuese porque en las proximidades de la tumba de Ramses VI encontramos (y nos intrigó mucho) un montón enterrado de guijarros de pedernal, antiguamente colocado allí, lo que sugería la proximidad de una tumba. Esta pila de pedernales era interesante. ¿Por qué habían sido colocados allí? Estaban en una capa pre-Ramesida, es decir, en un plano más antiguo. Eran de un género que no era raro que fuese escogido por los antiguos egipcios para rellenar la entrada de una tumba; pero no había nada bajo ellos. Inmediatamente encima estaba el principio de una serie de cabañas de obreros construidas de tosca piedra de sillería.

Ahora bien: estas cabañas pertenecían a la cuadrilla empleada en la construcción de la tumba de Ramses VI, pero quedaba la duda de si aún en aquella fecha se hubiera permitido a los trabajadores construirlas sobre la tumba de un poderoso.

Para llevar a cabo nuestro sistema de no dejar nada inexplorado, no dudamos en continuar nuestras exploraciones bajo aquellas cabañas. Nos decidimos, por consiguiente (teniendo en cuenta el montón de guijarros de pedernal), por una temporada más de trabajo. Primero descubrir y registrar las cabañas de tosca piedra y luego examinar la capa rocosa de abajo.

## LA LABOR DE LA ÚLTIMA ÉPOCA Y EL DESCUBRIMIENTO

En octubre de 1922 regresé a Luxor para hacer este esfuerzo final. Una campaña de una temporada más. Y entonces en cuatro días hicimos el descubrimiento que rebasó nuestras más atrevidas esperanzas.

Trataré de contaros la historia. Aunque no es una historia fácil de contar, pues debido a su dramática precipitación, a la masa de material sacado a luz por ella, a los problemas que hay que vencer al

tratarla y a los meses que siguieron tan atestados de incidentes, no le quedaba a uno apenas tiempo para reflexionar.

El 1º de noviembre puse mi cuadrilla de egipcios al trabajo. Alrededor de unos 120 hombres y muchachos en total. Primero descubrir las cabañas, registrarlas, y después, examinar la roca de debajo. Recuerdo muy bien que al cuarto día llegué al lugar de la acción, por la mañana temprano, y me sobrecogió el solemne silencio producido por el paro del trabajo. Al principio temí que hubiese acaecido algún accidente, pero pronto me vi tranquilizado por el jefe de mi cuadrilla indígena, quien me dijo confidencialmente que al remover la primera cabaña había sido descubierto un escalón en la roca, y que ésa era la verdadera causa por la que el trabajo se había suspendido. Bajé con él al fondo de la excavación, donde mostró la prueba de lo que decía, un trozo de un escalón cortado en la roca viva, suficientemente libre de escombros para dejar ver que pertenecía al comienzo de una cortadura o hundida escalera.

Esto parecía demasiado hermoso para que fuese cierto; pero una corta cantidad de trabajo extraordinario nos reveló el hecho de que estábamos realmente a la entrada de una escarpada cortadura en la roca, unos cuatro metros bajo la entrada de la tumba de Ramses VI y a análoga profundidad del actual nivel del suelo del Valle. El tipo de corte era el de una sumida escalera corriente en las tumbas de la decimoctava dinastía, y casi me atrevía a abrigar la esperanza de que habíamos al fin hallado nuestra tumba.

Lo mismo que yo, la cuadrilla indígena y los demás hombres estaban profundamente excitados, y el trabajo de desescombrar continuó febrilmente durante el resto del día. Pero no conseguimos hasta la tarde siguiente apartar la masa de escombros que cubrían el corte y deslindar los bordes superiores de la escalera por todos sus cuatro costados. Luego, al salir la luna llena, con mal reprimida excitación, examiné los descendentes escalones, uno por uno, conforme iban saliendo a luz. Nuestro trabajo progresaba más rápidamente ahora, los escalones se sucedían a los escalones, y al nivel del duodécimo descubrimos la parte superior de una puerta, tapiada, enlucida y sellada. A los rayos de la luna llena, ayudado de una bujía, con una excitación

creciente hasta ser febril, examiné las impresiones del sello sobre la puerta para comprobar la identidad del propietario; pero allí donde las impresiones del sello eran descifrables, únicamente descubrí la del Sello de la Necrópolis Real, pero sin nombre alguno.

Mientras examinaba las impresiones del sello comprobé, encima de la puerta, de donde se había caído algún yeso, la existencia de un recio dintel de madera. Bajo éste, para asegurarme de lo que había más allá, hice un pequeño agujero, introduje la bujía encendida y descubrí que había un paso al otro lado relleno completamente desde el suelo hasta el techo con piedras y cascote, los escombros procedentes probablemente de su propia excavación. Este cuidadoso relleno era una prueba adicional de que, por lo menos, habíamos hallado algo de valor. ¿Por qué si no esta cuidadosa protección?

Era un emocionante momento para un excavador, solo, aparte de mis obreros indígenas, después de años de improductiva labor y en el umbral de lo que podía resultar un magnífico descubrimiento. ¡Quién sabía lo que guardaba aquella puerta sellada! Necesité apelar a todo el dominio de que era capaz sobre mí mismo para no derribar la puerta tapiada y ponerme inmediatamente a hacer mis investigaciones.

Las aves nocturnas empezaron a lanzar sus gritos, y una hiena contestó con su risa. Yo me di cuenta de que se iba haciendo tarde. De mala gana volví a cubrir la excavación, colocando sobre ella a los hombres de mi mayor confianza, y cabalgué hacia mi hogar a la luz de la luna, por entre aquellos agrestes desfiladeros, a la abierta llanura desierta donde tenía mi casa.

Envié a un mensajero a Luxor con un cablegrama comunicando a Lord Carnarvon, a la sazón en Londres, las buenas nuevas, sin saber que si hubiese profundizado unas pocas pulgadas en aquella excavación, el nombre de Tut-Ankh-Amen en los sellos de la parte inferior de aquella puerta me hubiera revelado el secreto: que el casi efímero Rey Tut-Ankh-Amen, el yerno de Akh-En-Aten, de acuerdo con la religión que había abrazado, y según las tradiciones tebanas, había construido su sepulcro en el Valle de las Tumbas de los Reyes.

## EL VALLE DE LAS TUMBAS DE LOS REYES

### PROYECCIONES

1. *La entrada del Valle.*
2. *El camino*  
serpeando entre rocosos desfiladeros, donde no crece una pizca de  
verdura, y únicamente iluminado por el sol naciente y poniente.
3. *El camino*  
haciéndose cada vez más áspero.
4. *El camino*  
conforme tuerce hacia el Oeste –el gran Pico Guardián en lonta-  
nanza– y conduce a:
5. *La Puerta Natural del Real Cementerio.*
6. *El Cementerio Real y el Pico Guardián.*
7. *El lugar de la tumba de Tut-Ankh-Amen*  
bajo la entrada a la tumba de Ramses VI.
8. *La entrada de la tumba de Tut-Ankh-Amen.*

## EL INTERIOR DE UNA TUMBA REAL

9. *La entrada de la tumba de Ramses VI*  
que da acceso a largas galerías descendentes; y
10. *Corredores.*
11. *Los corredores*  
con muros esculpidos y con interminables procesiones de dioses,  
benignos y malignos, hasta descender a:
12. *La cámara sepulcral*  
la gran cripta donde está el sarcófago que encierra la real momia  
–los restos mortales del descendiente de Ra.

## NUESTRAS EXCAVACIONES

13. *El lugar*  
donde empezamos primero nuestras investigaciones.
14. *El proceso de las excavaciones.*

15. *Los montones de escombros*

Mostrando la altura de los montones de escombros que había que remover antes de que pudiésemos empezar el trabajo de indagación en la capa inferior.

16. *Comenzando la zanja en la intacta capa inferior.*

17. *La zanja*

conforme se aproxima la capa rocosa

18. *Los muchachos llevando los cestos*

mostrando el método adoptado en Egipto para transportar los escombros desde las zanjas.

19. *La zanja antes del descubrimiento.*

20. *El vertedero*

mostrando la cantidad de escombros removido.

21. *La cumbre del vertedero.*

## EL DESCUBRIMIENTO

22. *Las cabañas de los trabajadores*

construidas de tosca sillería, bajo las cuales fue descubierto el primer escalón que conduce a la tumba de Tut-Ankh-Amen.

23. *El primero de los escalones que conducen a la tumba*

cuando empezó a quedar libre de los escombros echados encima y fuimos capaces de deslindar los cuatro lados del borde superior de la escalera. En respuesta a mi telegrama, después de un poco más de una quincena, llegó Lord Carnarvon (23 de noviembre), y estuvimos dispuestos para empezar e investigar el descubrimiento. Lentamente comenzó el trabajo, hasta que al fin descubrimos

24. *Los diez y seis escalones*

que nos condujeron a la puerta sellada.

25. *La puerta sellada*

cubierta de arriba abajo con sellos. En la parte inferior las impresiones del sello estaban mucho más claras, y fuimos capaces de descifrar sin dificultad alguna el nombre de Tut-Ankh-Amen sobre ellos. Sobre estos sellos había distintas señales de sucesivas reaperturas seguidas de nuevos cierres; además, el Sello de la

Necrópolis Real era con el que había sido cerrada últimamente, ya que los sellos de Tut-Ankh-Amen cubrían la incólume parte inferior primitiva de la puerta.

26. *Ejemplos de los sellos.*

A la derecha (el cartucho vertical) está el Sello de la Necrópolis Real. El Chacal (recostado) sobre tres filas de tres prisioneros, simbolizando el Faraón sobre los nueve enemigos de Egipto. A la izquierda (los cartuchos horizontales) están las impresiones del Sello de Tut-Ankh-Amen. Levantamos los sellos y lo que obstruía la puerta y descubrimos

27. *El paso*

completamente relleno de piedra y cascote, traídos probablemente los trozos de piedra de su propia excavación.

Notaréis que este relleno análogo y correspondiendo en posición al de la puerta, mostraba distintas señales de haber sido horadado en interior y después relleno. La parte original (inferior) se componía de limpia piedra blanca desmenuzada, mientras que la parte alterada (la superior) había sido rellena y completada con guijarros de oscuro pedernal –evidentemente con pedernales del montón que descubrimos en nuestras indagaciones arriba en el Valle.

Desembarazamos este empinado paso descendente, lo que nos llevó tres días, y el 26, el día famoso, a mitad de la tarde, a unos treinta pies de profundidad, en el transcurso de nuestro trabajo, la capa de escombros empezó otra vez a adelgazarse, descubriendo otra puerta sellada. Una casi exacta réplica de la primera, mostrando análogos sellos y presentando señales parecidas de sucesivas reaperturas y subsiguientes cierres –coincidiendo en posición con el escombros en el paso y la primera puerta. Con lentitud, con desesperante lentitud, nos parecía a nosotros, que vigilábamos, que iban desapareciendo los restos de escombros del paso que embarazaban la parte inferior de la puerta, hasta que al fin tuvimos toda la puerta libre ante nosotros. El momento decisivo había llegado. Con las manos casi temblorosas hice una delgada abertura en el ángulo superior izquierdo. La obscuridad y un espacio vacío me indicaron que había allí una

cámara donde íbamos pronto a penetrar. Aplicamos entonces una bujía encendida, la prueba y precaución necesaria siempre contra posibles gases peligrosos, y luego, ensanchando el agujero un poco, introduje la bujía y escudriñé el interior. Al principio no pude ver nada, por el aire caliente que al escapar de la cámara hacía oscilar la llama de la bujía, hasta que, yendo gradualmente los ojos acostumbrándose a aquella luz, surgieron lentamente de las tinieblas los detalles del interior del cuarto, animales extraños, estatuas, y oro, por dondequiera el brillo del oro.

Durante un momento –una eternidad debió de parecerles a los demás que estaban cerca– me quedé atónito, cuando Lord Carnarvon, incapaz de contener la impaciencia por más tiempo, preguntó ansiosamente: «¿Ve usted algo?». Todo lo que puede contestar fue: «Sí, cosas maravillosas». Después, ensanchando el agujero penetramos dentro.

Era asombroso. Estábamos en la Antecámara de la Tumba de Tut-Ankh-Amen, llena de objetos magníficos, y, por vez primera, vimos el esplendor de la Época Imperial del Antiguo Egipto.

Os mostraré exactamente lo que vimos, intacto e incólume durante tres mil trescientos años.

## LA ANTECÁMARA

28. *La Antecámara*, extremo Sur.

29. *La Antecámara*, muro occidental.

30. *La Antecámara*, extremo Norte.

31. *La Antecámara*, la puerta por la que habíamos entrado.

Os mostraré ahora algunos de los más importantes objetos de aquella Cámara:

## EL COFRE PINTADO

32. *El cofre de madera pintado*.

Está cubierto con yeso y brillantemente pintado con escenas del Rey cazando animales del desierto, el Rey en lucha contra los

enemigos de Egipto, y representaciones simbólicas de Tut-Ankh-Amen, como una esfinge pisoteando a sus enemigos, recordando estas escenas a las más finas miniaturas persas.

33. *El Rey cazando leones y leonas.*

En el centro vemos al Rey en su carro. Detrás de él están representados sus porta-abanicos, cortesanos y guardia personal. En el campo está representada la flora del desierto.

34. *Los leones y las leonas.*

La minuciosidad de detalle, sensación de movimiento y la expresión de agonía de los animales moribundos hacen de esta miniatura la más hermosa de su género.

35. *Una batalla.*

El esquema de ornamentación aquí es semejante a la escena que acabo de mostrar, con la diferencia de que el Rey está representado matando a sus enemigos del Norte o asiáticos. La masa total de este dibujo está formada de multitud de figuras en toda clase de actitudes –y actitudes magníficas–. Tut-Ankh-Amen está representado en su carro, tendiendo su arco, los haces de flechas a sus costados y las víctimas cayendo ante él como ante la peste.

36. *Una escena sobre el tablero final.*

Representa al Rey como una esfinge pisoteando a sus enemigos. En el centro están los dos cartuchos de Tut-Ankh-Amen.

37. *El contenido del cofre*

tal como fue descubierto, mostrando el traje y las sandalias del Rey.

38. *Las sandalias de corte del Rey.*

Están hechas de cuero recubiertas de oro primorosamente trabajado, y la correa que pasa entre el dedo grueso y los otros es de oro calado.

39. *La hebilla de la sandalia de corte.*

La hebilla de la sandalia es de primorosa labor de diferentes colores obtenido con diferentes aleaciones. En el centro tiene una flor de loto ricamente taraceada, y al otro lado, delicadamente modeladas, hay cabezas de patos en oro.

## EL LECHO DEL LEÓN

40. *Objetos apilados sobre el lecho del león.*

41. *La cabeza del lecho del león*

tallada en madera, cubierta con fina hoja de oro y con piedras de lapislázuli incrustadas.

42. *La cama del Rey*

tallada en sólido ébano con malla de cuerda. El tablero de los pies, de labor calada, es de ébano, marfil y oro, representando a los dioses tutelares Bes Thoueris.

43. *Un cofre áureo adornado.*

Los paneles de la tapa y costados de la caja son de brillante loza azul cubierta con ornamentación en yeso dorado. El trazado de los paneles de los costados comprende los cartuchos del Rey con Uraei colgantes coronados con discos solares. El del frente tiene los signos «Heh» de eternidad. Los realces son de loza violeta e incrustados los cartuchos de Tut-Ankh-Amen en azul pálido.

44. *El contenido del cofre*

tal y como se descubrió. Este cofre contenía un conjunto de interesantes objetos, entre otros un traje sacerdotal de piel de leopardo, aretes y collares de loza, y que parecía ser parte del botín de los saqueadores; un gran escarabajo hermosamente labrado, un cetro, hebillas de oro probablemente de los arneses de los carros, y un manojó de anillos de oro macizo guardados en una faja, de la que hablaré luego.

45. *Las hebillas de oro*

de lámina de oro calada, con dibujo aplicado de menudos gránulos. Un asunto es una escena de caza; en otro, Tut-Ankh-Amen está sentado en su trono.

46. *El escarabajo*

de oro y lapislázuli. El asunto en su bisel representa en oro repuñado, al Rey entre los dioses solares Atum (a la izquierda) y Horus (a la derecha). Sobre el Rey está el disco solar radiando vida, y debajo una simbólica escena de los habitantes de Egipto y la «Unión de Dos Reinos», es decir, el Alto y Bajo Egipto.

47. *La faja*

conteniendo un manajo de sólidos anillos de oro –un botín de ladrones– guardados en un envoltorio de lienzo, como haría un *fellah* de hoy.

48. *Las sortijas.*

Siete anillos de oro macizo y una ornamental sortija de sello, teniendo asuntos solares ricamente incrustados con taracea brillante.

49. *El cetro del Rey*

de oro y lapislázuli.

50. *Los candeleros de antorcha, de bronce y oro sobre pedestales de madera.*

Estos son de tipo absolutamente nuevo, y uno de ellos tiene todavía su antorcha, de lienzo retorcido, situada en la taza de aceite. Dos de ellos tenían tazones para mechas flotantes, ahora perdidos. Probablemente eran de oro y fueron robados por los ladrones de tumbas. En la lámpara izquierda un pequeño cuenco de barro sirve para mostrar cómo debían de ser probablemente aquéllos.

51. *El candelero de antorchas*

teniendo su antorcha, de retorcido lienzo, todavía en posición en la dorada capa de aceite.

52. *Objetos apilados bajo el lecho del león.*53. *Un gran cofre de cedro*

chapeado y con incrustaciones de ébano y marfil. Es una especie de baúl de viaje, con unas asas plegables, fijas en grandes argollas de cobre inferiores. Originariamente contenía trajes y ropa interior del Rey.

54. *Una caja negra en forma de urna*

de madera y cubierta de una resina negra, con dos puertas de dos hojas selladas.

55. *El sello sobre las puertas*

que al abrir se encontraba que contenía:

56. *Una serpiente de oro*

envuelta en lienzo, que demostraba ser

57. *El emblema o enseña*

de la Décima Provincia del Antiguo Alto Egipto.

58. *Un cofre de alabastro*

que en otro tiempo contuvo bucles de cabello del joven Rey. La decoración está grabada profundamente y rellena con pigmentos de color. Las manillas o realces son de obsidiana pulimentada: una piedra de naturaleza volcánica.

59. *La silla del Rey.*

Una silla pequeña del Rey cuando era niño. Es de ébano tallado y con incrustaciones de marfil. Tiene encantadores antílopes y asuntos florales de oro repujado sobre las caras de los brazos.

#### ENTRE EL LECHO DEL LEÓN Y EL DE HATHOR

60. *Una colección de tarros de perfume*

de maravillosa manufactura, tallados en puro semitransparente alabastro (calcita).

61. *Uno de los vasos de alabastro para perfume.*

Está rodeado por el emblema de «Miradas de Años» y flores de papiros y lotos que simbolizan la «Unión de los Países» o Reinos del Alto y Bajo Egipto.

62. *Otro ejemplar.*

63. *Un ejemplar más hermoso.*

Como los precedentes vasos, está rodeado de símbolos de «Años» y la «Unión de los Reinos». Las incrustaciones en relieve son de obsidiana. El vaso es de una pieza de alabastro, mientras el enrejado pedestal es de otra pieza de aquella semitransparente piedra.

#### ENTRE EL LECHO DE HATHOR Y DE THOUERIS

64. *Una silla*

tallada de cedro con discos solares alados, ángulos y clavos de oro. La ornamentación calada, de plata y oro, entre el asiento y el travesaño, arrancada por los ladrones, representaba la «Unión del Alto y Bajo Egipto» en la forma de flores de lotos y papiros, simbolizando la ligadura que junta a estos dos países.

65. *El tablero calado del respaldo.*

El asunto comprende una figura central de «Heh» arrodillada sobre un signo de «Nub», simbolizando la «Aurea Eternidad». En cada mano de esta figura están los emblemas de «Miradas de Años», y de su brazo derecho pende el «Ankh», símbolo de la «Vida». A ambos lados de esta figura central están los nombres Horus de Tut-Ankh-Amen, coronado por el halcón Horus llevando las coronas del Alto y Bajo Egipto. Sobre el travesaño superior, coronando la composición total, está el disco-solar-alado en lámina de oro repujado.

## EL LECHO DE THOUERIS

66. *El lecho de Thoueris*

tallado en una madera dura y muy compacta, recubierta con chapa de oro. Nótese el agujero de los ladrones hacia la cámara adyacente, visible bajo el lecho.

67. *La cabeza del lecho.*

A semejanza del lecho, está tallada en madera, recubierta de fina chapa de oro, pero la lengua y los dientes son de sólido marfil.

## BAJO EL LECHO DE THOUERIS

68. *El Trono de la coronación y el taburete del Rey*

bajo el lecho de Thoueris.

69. *El Trono (vista anterior).*

Este importante e histórico monumento –un espléndido trono– está recubierto con recia lámina de oro, ricamente adornado con policroma loza, vidrio y piedras de colores incrustadas, del más fino arte de El Amarna. Las patas de forma felina, están coronadas con cabezas de león en oro cincelado, de hermosa sencillez. El perdido dibujo en oro calado entre el travesaño y el asiento, arrancado a causa del metal por los saqueadores de tumbas, consistía en flores de papiros y lotos simbolizando la «Unión de los Dos Países», es decir, los Reinos del Alto y Bajo Egipto.

70. *El Trono (vista lateral).*

Los brazos están formados de serpientes coronadas y aladas.

71. *El Trono (vista posterior).*

Detrás, en el tablero posterior, hay una escena en relieve de papiros, juncos y aves acuáticas, y entre los travesaños que sostiene hay protectoras serpientes llevando discos solares.

72. *El tablero posterior del Trono.*

Es el tablero posterior, sin embargo, el que constituye la principal gloria de este monumento, y no vacilo en declarar que es el cuadro más hermoso que hasta ahora se ha encontrado en Egipto. Aparte de su mérito artístico, de su colorido extraordinariamente brillante y vistoso, se encuentran en este monumento todas las características del arte de El Amarna y Tut-Ankh-Amen, un sencillo arte casero lleno de sentimiento doméstico.

La escena representa a la juvenil Reina (de pie) y al joven Rey (sentado) en uno de los salones del Palacio. Sobre ellos está el disco solar derramando su vida al emitir sus rayos. Tut-Ankh-Amen está sentado, en una despreocupada postura, sobre un sillón almohadillado, echado descuidadamente sobre el respaldo de la silla. Ante él está de pie la juvenil figura de Ankh-Es-En-Pa-Aten. En una mano tiene un vaso pequeño de esencia o ungüento, y con la otra mano unge el hombro o arregla o perfuma el collar de su marido, dando aparentemente los últimos toques a su tocado antes de entrar en el salón de la coronación. Es una deliciosa composición llena de vida y sentimiento.

Las caras y otras partes del cuerpo del Rey y de la Reina son de cristal rojo, y los adornos de la cabeza, de brillante loza, semejante a turquesa. Los trajes son de plata, deslustrada por el tiempo. Las coronas, collares, bandas y otros detalles decorativos del tablero son todos de mosaico, diminuto mosaico de coloreados cristales, loza, piedras semipreciosas y una composición hasta aquí desconocida, transparente calcita fibrosa realizada con coloreada pasta, en apariencia semejante al cristal «Millefiori». El fondo lo constituye la hoja de oro con la que está cubierto el Trono.

73. *Los brazos del Trono.*

Espléndidas serpientes coronadas y aladas forman los brazos del Trono, ricamente incrustados con lapislázuli. Sus cabezas son de loza violeta, las coronas, de plata y oro. Sostienen con sus alas los cartuchos del Rey que todavía contienen el elemento Aten. El cartucho dice Tut-Ankh-Aten, en lugar de Tut-Ankh-Amen, el nombre que tomó cuando volvió al culto de Amen. Es por lo menos curioso que un objeto de tal importancia histórica pueda encontrarse aquí, dentro de la fortaleza de la fe de Amen, con tan manifiestos signos de la anterior herejía.

74. *El taburete que estaba delante del Trono.*

Un taburete de madera dorada y loza azul oscura que originariamente estaba ante el Trono. Sobre el tablero superior hay una escena ritual representando unos cautivos, atados y postrados, la cual aclara el párrafo de las escrituras: «Hasta que hagas de tus enemigos tu escabel», y podemos estar seguros de que tal escena convencional tuvo su origen en la realidad.

#### ANTE EL LECHO DE THOUERIS HABÍA DOS TABURETES

75. *Un taburete de madera lisa.*

Un decorativo taburete de madera pintado de blanco. El dibujo calado entre las patas simboliza la «Unión de los Dos Reinos», es decir, Alto y Bajo Egipto, y aclara la perdida ornamentación arrancada por los saqueadores de tumbas de los travesaños y asiento del Trono.

76. *Un taburete de ébano y marfil.*

Un taburete de ébano con ricas incrustaciones de marfil y embellecido con engastes de oro macizo, el más hermoso ejemplar conocido en su género. El asiento del taburete se propone representar una piel de animal. Las patas terminan en cabezas de ánades.

#### DETRÁS DEL LECHO DE THOUERIS

77. *El maniquí del Rey.*

Esta figura, de tamaño natural, es de madera tallada, cubierta

con yeso y pintada. Probablemente se utilizaba, ya para las joyas, ya para los trajes del Rey.

78. *Una figura de Shawabti.*

Un hermoso retrato del joven Rey, en forma de una estatuita funeraria, tallada en madera dorada y pintada.

79. *Una pequeña urna dorada.*

Una nave de madera enteramente forrada con gruesa hoja de oro. Tiene puertas dobles, aseguradas por cerrojos de ébano, introducidos en pequeñas armellas de oro. En el interior tiene un pedestal de madera dorada, indicando que había contenido anteriormente una estatuita, probablemente de oro macizo, robada por los saqueadores de tumbas por el valor del metal.

Pero el principal interés está en los numerosos paneles de sus costados, donde, repujado y cincelado en oro, hay escenas en delicado bajo relieve representando episodios de la vida diaria del Rey de la Reina. En todas estas escenas hay una encantadora nota de amistosa relación entre marido y mujer, la inconsciente amistad que es el rasgo dominante del arte del reinado de Tut-Ankh-Amen.

80. *Una escena en la urna.*

Particularmente una escena en los paneles de la urna pinta a la Reina acompañando al Rey en una partida de caza. Aquí se representa al Rey sentado en un banquillo, cazando patos silvestres con arco y flechas, teniendo a su lado su favorito cachorro de león. La Reina está representada acurrucada en un cojín, a sus pies, entregándole una flecha con una mano, mientras con su mano izquierda señala a un grueso pato por temor de que él no lo vea.

Entre numerosos objetos hallados en la Antecámara había collares, bastones y báculos de ceremonia y hermosos tejidos.

## COLLARES

81. *Un paquete de anillos y un collarín de loza.*

Esta fotografía es a la vez curiosa e interesante. Observad en ella una tapa de una caja de madera, sobre la cual hay un manojito de anillos de loza y un collarín de policroma loza que han sido

desdeñados por los ladrones, considerándolos de poco valor para ellos.

Ahora bien: esta tapa fue trasladada al laboratorio sin desordenar los objetos que había sobre ella; y Mr. Mace, del Museo Metropolitano de Arte (N.Y.), los limpió cuidadosamente en su mismo sitio, sin trastornar su decoración.

82. *El manojó de anillos y el collarín, limpiados.*

Al hacer esto Mr. Mace, encontró que el cordón del collarín ya no existía, y entonces, con mucho cuidado, volvió a ensartar sobre una nueva seda cada colgante, uno por uno, exactamente en su mismo orden, y he aquí el resultado.

83. *El collarín reconstruido.*

Los diminutos colgantes que componen el collarín representan frutos y pétalos de flores, y están hechos de loza brillantemente coloreada. Las dos piezas rectangulares son los broches que se unían en la parte posterior del cuello.

84. *Otros ejemplares.*

Estos collarines, de delicada loza, estaban evidentemente colocados en las camisas del Rey, y no vacilo en decir que es poco dudoso que fuesen desunidos cuando la camisa fue enviada a lavar.

## BASTONES DE CEREMONIA

En la larga caja blanca que estaba ante el lecho del león había los arcos y flechas del Rey y colecciones de sus bastones de ceremonia de diferentes clases.

85. *Dos bastones de ceremonia.*

Este par de bastones tiene puños terminando en prisioneros negros. Están recubiertos de fina hoja de oro; las cabezas, brazos y pies de los negros son de ébano. Son notables por su hermoso y hábil dibujo y la finura de su talla.

86. *Un bastón de ceremonia.*

Semejante al par anterior; pero en este magnífico ejemplar están representados dos enemigos del Rey, simbolizando los enemigos meridionales y septentrionales de Egipto. El tipo africano es de ébano,

mientras que el asiático es de marfil. Estos cautivos están sujetos al bastón del Rey, sus brazos ligados y sus pies también trabados.

La expresión del africano, sufriendo su humillante posición, está maravillosamente interpretada, pero acaso la obra maestra es la talla del asiático, una labor casi dolorosamente realista que voy a mostraros en mayor tamaño.

87. *El prisionero asiático.*

El original tiene solamente el tamaño de la yema de un dedo pulgar, y, sin embargo, mirad su delicada finura, aun aumentado a esta escala. La talla de estos cautivos es única en el arte egipcio.

88. *Otro bastón de ceremonia.*

Este bastón tiene un enemigo asiático en su puño, con una extraordinaria semejanza con el famoso comediante Charlie Chaplin. Puede decirse que es el Charlot de este período.

## TEJIDOS

89. *El dedil del Rey.*

Es el dedo de un guante de lienzo con cintas para atarlo al dedo enfermo del Rey niño.

90. *Un par de guantes.*

Estos guantes son de lienzo, forrados de lana, y tienen cintas para atarlos a las muñecas.

91. *Un ejemplar de marcas de ropa blanca.*

Un ejemplar de marca personal en la ropa blanca del Rey.

## LA COPA VOTIVA

Cuando derribamos la puerta sellada de la Antecámara, tuvimos que pisar con cautela, pues en la Cámara, de ocho y medio metros por cuatro, llena de objetos delicados, un simple paso en falso o un movimiento precipitado hubiera causado un daño irreparable. En cuanto penetramos, frente a nosotros, en la puerta –tuvimos que pasar sobre él para entrar en la Cámara–, estaba el más hermoso de todos los objetos.

92. *La copa votiva del Rey*

Hecha de puro alabastro semitransparente (calcita), con asas de flores de lotos a ambos lados, sosteniendo las estatuas arrodilladas o emblemas de la «Vida Eterna». Sobre su transparente taza, en delicado bajo relieve, hay un verticilo de cálices y sépalos. En el centro, en negro, está el nombre y prenombre del Rey. Alrededor del borde está el título de Tut-Ankh-Amen y el voto, que dice: «Viva tu ka, y puedas permanecer millones de años, tú, el amante de Tebas, sentado con tu cara al viento Norte, y tus ojos contemplando la felicidad». Es la oferta de la joven Reina a su difunto Monarca.

Nuestra tarea durante la primera época consistió en registrar, trasladar, proteger y empaquetar la mayor parte de los objetos encontrados en la Antecámara, y finalmente, transportarlos al Museo del Cairo.



C O N F E R E N C I A II  
EL DESCUBRIMIENTO DE LA TUMBA DE TUT-  
ANKH-AMEN

LA LABOR DE LA SEGUNDA ÉPOCA  
1923-1924

Como esta conferencia trata principalmente del trabajo de la segunda época del descubrimiento de la tumba de Tut-Ankh-Amen, no os molestaré repitiendo ninguno de los incidentes dramáticos de la primera parte del descubrimiento, a excepción del que sirve puramente de introducción.

Sin duda recordaréis, por las informaciones publicadas en todo el mundo, cómo después de muchos años de penosos esfuerzos llegamos al fin a nuestra meta al descubrir un escalón cortado en el lecho de roca debajo de la entrada de la tumba de Ramses VI, el cual resultó ser el comienzo de una escalera que descendía a la tumba de Tut-Ankh-Amen.

Tuvimos un sentimiento de pavor cuando hicimos el descubrimiento y, desembarazada la escalera y empinado paso descendente al entrar en la Antecámara, contemplamos por primera vez en aquel hipogeo el esplendor de la Edad Imperial del Egipto del siglo XIV, antes de Jesucristo. La majestad de la escena, el suntuoso esplendor de todo aquello, lo hacía parecer más semejante a la confusa magnificencia de los falsificados esplendores que se amontonan en la guardarrópía de alguna ópera moderna que a alguna posible realidad sobreviviendo desde los tiempos antiguos.

El efecto fue de aturdimiento verdaderamente abrumador. Además, la magnitud del descubrimiento nos había cogido de sorpresa. Sin embargo, pronto nos dimos cuenta de que nuestro primer deber era registrar, limpiar y preservar el contenido de la Antecámara, antes de

entrar en ninguna otra habitación. Esta empresa la llevamos finalmente a cabo. Tan amontonados estaban los objetos allí dentro, que cuando los removimos parecía que jugábamos a un gigantesco juego de dados.

Transcurrió la mayor parte de la primera temporada antes de que todos los enseres de la Antecámara fuesen transportados al laboratorio, donde, con excepción de los carros, se ocuparon de su conservación y embalaje. Nosotros pudimos entonces penetrar el misterio de la sellada puerta interior, que resultó ser la entrada a la Cámara funeral de Tut-Ankh-Amen.

La segunda temporada de trabajo empezó en el laboratorio dirigido por Mr. Mace, ocupándose en los carros que no se habían arreglado en el año anterior. Mientras él realizaba esta obra de conservación con la ayuda de Mr. Callender, yo empecé los trabajos preliminares para ocuparme en la Cámara funeral demoliendo primeramente el tabique que la separaba de la Antecámara, labor preparatoria muy necesaria para el desarme de las grandes urnas de oro, dentro de las cuales estaba el sepulcro.

Sin derribar primero aquel tabique hubiera sido imposible trabajar en las urnas dentro de la Cámara funeral. Aun así, nuestra dificultad consistió en el reducido espacio en que tuvimos que ejecutar la tarea, sumamente difícil, de desmontar aquellas maravillosas urnas, en número de cuatro, metidas una dentro de otra.

Fuera del limitadísimo espacio y alta temperatura que allí reinaba, nuestras dificultades se vieron aumentadas por el gran peso de las secciones en que podían dividirse aquellas urnas, que estaban hechas de tablas de seis centímetros, de madera compacta, recubiertas con soberbia y delicada labor en oro sobre yeso. El tablón de madera, aunque perfectamente sano, se había contraído en el transcurso de tres mil trescientos años en aquella atmósfera muy seca; la labor de oro sobre yeso se había más bien dilatado ligeramente; así es que había un espacio entre la madera que servía de base y la preciosa tapa que decoraba la superficie, la cual al tocarla tendía a quebrarse. El problema consistía en manejar estas piezas de las urnas, que pesaban de  $\frac{1}{4}$  a  $\frac{3}{4}$  de tonelada, al desunirlas y trasladarlas en un espacio muy limitado, sin causarles excesivo daño.

Otras dificultades surgieron en esta empresa, y una de ellas consistió en que estas piezas estaban enlazadas por medio de ocultas espigas de madera introducidas en el espesor de la tabla. Únicamente forzando ligeramente las piezas, introduciendo entre ellas una sierra fina y cortando así las espigas nos fue posible desunirlas y ponerlas separadas. Tan pronto como descubrimos los medios de vencer esta dificultad, al trabajar en la gran urna exterior –y estábamos orgullosos de nosotros mismos, figurándonos que habíamos aprendido cómo operar con la siguiente urna o urnas–, nos encontramos con que en la segunda urna interior, aunque enlazada de análoga manera, las ocultas espigas estaban hechas de cobre, grabadas con el nombre de Tut-Ankh-Amen, y estaban remachadas, no pudiendo ya ser serradas enteramente como en el primer caso. Tuvimos que encontrar otros métodos de entendernos con ellas. Esta nueva dificultad fue finalmente vencida examinando cuidadosamente primero la superficie exterior de oro, descubriendo, por defectos tales como ligeras mellas o manchas, la exacta posición de los remaches, y haciendo un pequeño hueco en la labor de oro para descubrirlos, taladrar los remaches, separar las espigas de cobre y desunir así las piezas. Verdaderamente, contra lo que esperábamos, conforme avanzábamos más adelante, aunque el espacio para trabajar dentro había aumentado, surgían continuamente nuevos e inesperados obstáculos.

Nos dimos de calabazadas, nos pinchamos los dedos y padecimos todo género de molestias. Y hasta me parece que uno de los eminentes químicos que nos ayudaban en el trabajo de conservación, al tomar todo género de datos de la atmósfera y registrar otros fenómenos en la tumba, encontró que había también registrado un cierto porcentaje de juramentos. Sin embargo, tengo la satisfacción de decir que hicimos más daño a nuestras cabezas y a nuestras manos que a aquellas preciosas urnas de oro.

Tal fue nuestra tarea durante la labor de la segunda época en la tumba de Tut-Ankh-Amen: demoler el tabique que separaba la Antecámara de la Cámara funeral y desarmar aquellas grandes urnas de oro que contenían dentro el magnífico sarcófago cristalino que contenía al Rey y que aquellas construcciones guardaban en su centro.

Esto nos ocupó ochenta y cuatro días de trabajo manual realmente duro. Os formaréis una idea de la magnitud de la empresa cuando os diga que la gran urna exterior que ocupaba aproximadamente toda la Cámara sepulcral medía 5 metros por 3,30 metros y 2,75 metros de altura; que las cuatro urnas comprendía 21 piezas cada una haciendo un total de 84 piezas, teniendo que emplearse en cada una de ellas un método diferente que en la anterior.

Os enseñaré con proyecciones, primero los carros encontrados en la Antecámara, que permanecieron desarmados durante la primera época y fueron arreglados en el laboratorio en esta última campaña; en segundo lugar, la apertura de la sellada puerta interior; en tercer lugar, la Cámara funeral y las grandes urnas en ella; y, por último, el magnífico sarcófago amarillo cristalino que aquellas urnas guardaban en su interior.

## LOS CARROS

### PROYECCIONES

#### 93. *Los carros, «in situ», muro sureste de la Antecámara.*

Los carros en la Antecámara antes de ser transportados al laboratorio. Figuran aquí las partes de nada menos que cuatro carros de guerra y caza, y como muestra la fotografía estaban todos confusamente amontonados. Los ladrones los habían volcado de un lado para otro, en sus esfuerzos por conseguir los trozos más valiosos de la decoración de oro que los cubría. No era de ellos, sin embargo, toda la responsabilidad, pues el pasillo de la entrada era demasiado estrecho para permitir el ingreso de los carros completos. Por esto, para poder introducirlos en la Cámara, los ejes fueron deliberadamente serrados en dos trozos, las ruedas desmontadas, apilado todo junto y las desmembradas cajas colocadas aparte.

La tarea de Mr. Mace para volver a montar y restaurar estos carros era enorme, pero los resultados obtenidos son suficientemente espléndidos para justificar todo el tiempo que haya empleado ellos.

Están cubiertos de arriba abajo con oro, en el que no hay una pulgada que no esté decorado, ya con repujados diseños y escenas sobre el oro mismo, ya con dibujos de mosaicos de vidrios de colores y piedras semipreciosas.

94. *Los Sres. Mace y Lucas fuera del laboratorio*

examinando una de las cajas de los carros.

95. *La caja del carro de guerra del Rey*

hermosamente construida de dura madera curvada, cubierta con lámina de oro, primorosamente repujada y cincelada, y con bordes de mosaico de vidrios de colores y piedras semipreciosas.

96. *Detalle en el frente de la caja.*

En el centro observaréis el prototipo de la azucena, la flor del loto, el símbolo del Alto Egipto, y la margarita. A ambos lados está el promorfo de la voluta en espiral típica de las civilizaciones del Mediterráneo oriental.

97. *El interior del carro.*

El asunto de la decoración del interior es el protocolo de Tut-Ankh-Amen y los vencidos enemigos de Egipto.

98. *Decoración interior.*

Aquí están representados los enemigos de Egipto, los libios del Oeste, los asiáticos y negros del Norte y Sur, expuestos alternativamente, sujetos al corazón del Trono del Alto y Bajo Egipto. La ejecución de este adorno, repujado sobre el oro, es notable por su delicadeza. Lo característico de cada tipo extranjero está realizado con una perfecta sencillez.

99. *Otra parte del mismo dibujo.*

100. *Otra parte en colores.*

El Rey está aquí representado por una esfinge con cabeza humana, simbolizando el poder, aniquilando a un enemigo. El relieve del centro es de plata<sup>1</sup> con incrustaciones de cornalina, lapislázuli y turquesas. Observad el delicado adorno floral del margen conteniendo un cerco de plancha de oro con incrustaciones de vidrios policromos y piedras semipreciosas semejantes.

---

1. La plata en aquella época tenía más valor que el oro.

101. *Un mascarón en la caja del carro.*

La cabeza del dios doméstico Bes, ejecutada en oro e incrustada con taracea. Estas cabezas están colocadas en el punto de unión de la caja del carro y el eje.

102. *Los ejes*

de madera dura adornada con tachones y bandas que, como las cajas de los carros, brillan con el oro y las incrustaciones. Los carros egipcios son de una construcción muy ligera, y con toda su delicada ornamentación cuesta trabajo imaginar que jamás fuesen proyectados para la guerra o para la caza. Pero aquellos antiguos artífices demostraban gran habilidad técnica y eran peritos en la construcción de vehículos, como trataré de explicar al enseñaros las ruedas.

103. *Las ruedas.*

Construidas de dura madera curvada, envuelta con cuero en bruto y recubierta de fina lámina de oro. Constituyen un ejemplo único de la habilidad constructora referida. Muestran un consumado conocimiento de factura de ruedas, destreza mecánica, ensambladura práctica y excelencia artística.

Con medios relativamente limitados a su disposición, los antiguos egipcios hicieron, del modo más ligero posible, el más fuerte y más duradero tipo de construcción de un cubo, radios y pinas de una rueda. Estaban construidas de la siguiente manera: seis piezas en forma de V, de madera curvada, estaban dispuestas para comprender en cada una un segmento del *cubo*, medias secciones de dos *radios* y borde interior de las *pinas*; las cuales piezas, al colocarlas juntas, forman un completo *cubo*, seis *barras radiales* o *rayos* completos, y el borde interior de las *pinas*. Estas seis secciones llevan también *ensambladuras a cola de milano* para recibir las correspondientes *espigas a cola de milano*. A este cubo se fijaban las pestañas cilíndricas, llevando también mortajas y espigas de enlace. De modo que cuando se unían estas diferentes piezas, se entrelazaban y formaban una rueda completa del tipo más fuerte. En contraste con nuestros modernos métodos de construcción de ruedas, la rueda egipcia tiene la ventaja de neutralizar cualquier

principio de hendedura, y así, dentro de lo razonable, por este sistema de enlace, cuanto mayor es el peso que recibe, mayor es su resistencia. En otros términos, las partes serían comprimidas al mismo tiempo más bien que forzadas aisladamente, poseyendo la estructura a la vez todas las condiciones de ligereza y resistencia.

104. *El halcón real.*

Este halcón de oro estaba fijado entre los brazuelos de los caballos en el extremo de la lanza del carro. Es nada menos que la enseña real, y se han encontrado únicamente en los reales carros. Es representante del descendiente del Sol, y por tanto lleva sobre su cabeza el disco solar. El dibujo bajo este disco es el alado «Kheper», bajo él los signos plurales, el signo «Neb», y sobre el disco solar, con Uraei colgantes y «Ankhs» de vida, la leyenda íntegra: Kheperu-Neb-Ra, el sobrenombre de Tut-Ankh-Amen.

## PIEZAS DE LOS ARNESES

105. *Los yugos*

de madera dura con detalles de marfil y oro. En los extremos, que van fijados a los sillines, hay cabezas de prisioneros hermosamente labradas en oro.

106. *Una de las cabezas de los prisioneros.*

Un tipo africano, mientras que en el extremo opuesto hay un asiático.

107. *Sillines*

hechos con madera dura, a los cuales iban fijados los yugos. Están realzados con adornos de oro y plata, tienen aspas de aragonito; y

108. *Cabezas del dios Bes (sobre los sillines)*

con las bocas abiertas, de labios de plata, a través de las cuales pasaban las correas de cuero.

109. *Un par de anteojeras*

unidas a la brida. Están recubiertas de chapa de oro y con incrustaciones de vidrios y piedras. Los dibujos –los sagrados ojos «Uzat»– son evidentemente para ahuyentar los demonios.

110. *Especie de espuelas.*

Están hechas de madera adornada con incrustaciones de cortezas que parecen ser de fuera de Egipto. Las puntas de las ruedas son de cobre.

Son cosas fuera de uso. Aunque cada carro tenía un par de ellas, estuvimos algún tiempo sin poder determinar su peculiar función, y aun entonces lo conseguimos por el cotejo de las escenas de los carros en los monumentos de Egipto.

Hay que advertir que los arneses y jaeces de los carros encontrados en esta tumba estaban hechos de cuero en bruto que se había estropeado completamente, convertido en realidad en una masa gelatinosa; por consiguiente, no parecería posible su reconstrucción sino por la hoja de oro decorativa con que estaban recubiertos. Así, si no hubiese sido por las escenas de carros de los diversos monumentos, nunca hubiéramos adivinado el uso de estos particulares instrumentos semejantes a espuelas. Los arneses de los carros egipcios eran del tipo de *arneses de pecho* con *horcates* y *cincha*. No había *tirantes*, estando los caballos uncidos a la lanza del carro. Por esto no había nada que mantuviese a los caballos unidos a la lanza más que el yugo, con la excepción de esta especie de largos acicates que iban fijados a la brida y arnés de pecho, evidentemente para actuar contra el cuello y brazuelo del caballo si intentaba desviarse de la lanza.

Con cada carro había un par de los siempre necesarios

#### 111. Mosqueros

de crin de caballo con mangos de madera dorada con la forma de cabezas de leopardos.

## LA APERTURA DE LA SELLADA PUERTA DE LA CÁMARA FUNERAL

Hacia el final de la campaña de la primera época nuestra labor en la Antecámara había terminado. Con excepción de las estatuas de los dos centinelas, dejadas en su sitio por una razón especial, todo su contenido había sido transportado al laboratorio, se había barrido y escudriñado cada pulgada de su suelo para recoger hasta la última

cuenta o pieza de mosaico caída, y todo quedó desnudo y vacío.

Nosotros estábamos al fin en condiciones de penetrar el misterio de la puerta sellada.

Resguardamos las estatuas con tablas para preservarlas de cualquier daño posible, y levantamos entre ellas una pequeña plataforma, lo bastante alta para alcanzar la parte superior de la puerta; habiendo decidido, como plan más conveniente, operar desde arriba hacia abajo. Mi primer cuidado fue localizar el dintel de madera bajo el yeso; luego piqué cuidadosamente el yeso y separé las piedras más pequeñas que formaban la capa superior del relleno. Cuando hube hecho un agujero bastante grande, introduje una lámpara eléctrica. Su luz nos reveló una perspectiva sorprendente, pues allí, a una yarda de la puerta, en toda la extensión que podíamos abarcar, obstruyendo la entrada de la Cámara, se encontraba lo que tenía todas las apariencias de un muro de oro. Nosotros estábamos a la entrada de la efectiva Cámara funeral del Rey, y aquello que obstruía nuestro camino era el costado de una inmensa urna dorada, construida para cubrir y proteger el sarcófago.

Allí se manifestaba ante nosotros el secreto de la puerta sellada. Habíamos borrado los siglos y estábamos en presencia de un Rey que hacía tres mil trescientos años que había reinado.

Al desembarazar la obstrucción de la entrada descubrimos que el suelo de la Cámara funeral estaba como un metro más bajo que el de la Antecámara, y esto, combinado con el hecho de no haber más que un estrecho espacio entre la puerta y la urna, hacía que la entrada no fuese nada fácil de efectuar. Yo me agaché, y luego cautelosamente me arrastré hasta el ángulo de la urna e inspeccioné lo que había al otro lado. Aquí dos hermosos vasos de alabastro obstruían el camino, pero noté que si se les trasladaba tendríamos un paso fácil al otro extremo de la Cámara. Los cogí con cuidado y se los pasé a los que estaban en la Antecámara. Con excepción de la copa votiva del Rey, eran de calidad más fina y de forma más graciosa que todos los que hasta ahora habíamos encontrado. Lord Carnarvon se reunió conmigo entonces, y escogiendo nuestro camino a lo largo del estrecho paso entre la urna y el muro, inspeccionamos lo que había más allá.

Era sin duda la Cámara funeral en la que nosotros estábamos, pues allí, elevándose sobre nosotros, estaba una de las grandes urnas de oro bajo las cuales se enterraban los Reyes de Egipto. Tan enorme era la construcción, que a poco más llenaba enteramente la superficie de la Cámara. En el lado oriental había una gran puerta de dos hojas cerrada con cerrojos. Con ansiedad descorrimos éstos, hicimos girar las puertas y allí dentro vimos una segunda urna con análogas puertas con cerrojos. Sobre esta segunda urna colgaba un gran palio de lienzo cubierto con rosetones de oro. Por esto nos dimos cuenta de que estábamos en presencia del difunto Rey y que debíamos prestarle acatamiento. Con todo cuidado, y tan silenciosamente como nos fue posible, volvimos a cerrar las grandes puertas giratorias y pasamos al extremo ángulo nordeste de la Cámara.

Aquí nos esperaba una sorpresa, pues una puerta abierta, conduciendo hacia el este de la Cámara funeral, guiaba todavía a otra habitación mucho más pequeña y no tan elevada. Desde donde estábamos, bastaba una ojeada para comprender que allí dentro estaban acaso, en aquel cuarto-almacén, los mayores tesoros de la tumba.

Frente a la puerta, al extremo opuesto, estaba un magnífico cofre en forma de urna, completamente recubierto de oro y realzado con filas de culebras sagradas. Esto nos hizo prorrumper en exclamaciones de asombro. Rodeando este cofre, en gallardas aptitudes, había las estatuas de cuatro diosas, graciosas figuras, con los protectores brazos extendidos, con tal naturalidad y vida en su actitud, y tan dolorosa y compasiva expresión en sus semblantes, que nos pareció casi un sacrilegio el contemplarlas. Eran las diosas Isis y Nephthys, Neith y Selk, custodiando el cofre por sus cuatro costados. Pero mientras las figuras de los costados anterior y posterior mantenían su mirada fijamente sobre lo que tenían a su cargo, las otras dos daban una nota de patético realismo, pues tenían las cabezas vueltas hacia un lado, mirando sobre sus hombros, como si vigilasen contra cualquier sorpresa. Había una grandeza sencilla alrededor de aquel monumento que excitaba irresistiblemente a la imaginación. Había otras varias cosas maravillosas en la Cámara, pero era difícil pararse a considerarlas: tan inevitablemente volvían a dirigirse nuestras mi-

radas a aquel monumento. Este era indudablemente el cofre-canopos y contenía los frascos que desempeñan tan importante papel en el ritual de la momificación.

Llenos de calor y de polvo, salimos una vez más a la luz del día, y el mismo Valle parecía haber cambiado para nosotros y adquirido un aspecto más personal. Nosotros habíamos adquirido la libertad.

Entre los demás tesoros de aquel cuarto-almacén había unas 35 cajas selladas y cerradas desde el día en que fueron colocadas allí, y todavía están sin abrir, vacilando en verdad la imaginación sobre lo que puedan contener. Sobre ellas hay modelos de botes: una flotilla de naves funerarias, todavía conservando sus jarcias y marineros. En el lado opuesto hay dos carros más. En el centro de la cámara, completamente frente a la puerta, una recostada figura del Chacal Anubis, fajada en lienzo, y entre sus garras una paleta de marfil de la Reina Nefer-Teti, madre política de Tut-Ankh-Amen, conteniendo todavía los menudos junquillos y colores con que pintaba. Por el lado de Anubis hay algunos maravillosos cofres de marfil. Yo levanté la tapa de uno, el cual tenía las joyas del Rey; el segundo estaba vacío, sus compartimentos despojados de su contenido, que evidentemente consistía en los vasos de oro del Rey, robado por los ladrones; en el fondo de la tercera caja estaba el abanico del Rey, una pieza maravillosa de manufactura, en marfil tallado, con sus plumas de avestruz, tan perfectas como el día en que fueron colocadas allí.

Al día siguiente nos dimos cuenta de que nuestro deber inmediato era el ocuparnos de la Cámara funeral, y así, para sustraernos a la tentación de inspeccionar una vez más el cuarto-almacén, o de mover un objeto antes de tomar su documento fotográfico, lo cerramos, y permanece, como el adyacente a la Antecámara, intacto hasta el día de hoy.

### *112. La puerta sellada*

al lado norte de la Antecámara, que conduce a la Cámara funeral. Esta fotografía muestra exactamente cómo estaba cuando nosotros descubrimos la Antecámara.

113. *La puerta sellada*

después que la antecámara fue desembarazada, a excepción de las dos imponentes figuras centinelas del Rey que lo guardaban.

114. *La puerta sellada*

completamente cubierta con las marcas del sello de Tut-Ankh-Amen. Es interesante observar en la base de esta puerta un pequeño parche oscuro por donde los ladrones habían perforado el relleno y a continuación vuelto a cerrar por los oficiales. Sobre este parche estaban las marcas del Sello de la Real Necrópolis, como en los últimos cierres de la primera y segunda puertas de paso.

115. *La puerta sellada*

cubierta con tablas para proteger las estatuas, apareciendo Lord Carnarvon en el momento en que fue hecha la primera brecha.

116. *La puerta sellada*

mostrando los ulteriores progresos de la operación de apertura de la puerta sellada. Mr. Mace a la derecha.

117. *La puerta sellada*

después de eliminado el obstáculo. Al otro lado, obstruyendo completamente el ingreso, está la inmensa Gran Urna Exterior de Oro.

## LAS ESTATUAS DE LOS CENTINELAS

118. *Una de las estatuas*

que guardaban la puerta sellada. Pendientes de sus brazos hay restos de un fino tejido de lino que en otro tiempo la cubría.

119. *Las estatuas*

en la operación de ser empaquetadas para su transporte al laboratorio.

120. *Una de las estatuas*

después de la limpieza y conservación. Una figura de tamaño natural del Rey, cubierta con resina negra. Estaba como un centinela ante la puerta de la Cámara funeral, con tonelete de oro, sandalias también de oro, armado con maza y báculo, la sagrada culebra protectora sobre su frente.

## DEMOLIENDO LA PARED DIVISORIA

121. *La pared divisoria.*

Esta fotografía muestra el comienzo de la demolición de la pared divisoria, construida de masonería, que separaba la Antecámara de la Cámara funeral. En la primera brecha hecha en la parte superior de la jamba de la derecha está un muchacho pequeño, a quien nosotros llamábamos nuestro perrillo *terrier*, porque le hacíamos entrar en los sitios donde no podíamos nosotros.

122. *La pared divisoria.*

Ulteriores progresos del derribo de la pared. En el ángulo superior derecho están los antiguos maderos que sostenían la masonería del dintel. Derribando esta masonería fuimos al fin capaces de poner de manifiesto

## LA GRAN URNA AZUL Y ROJA

123. *La urna exterior que encierra el sepulcro.*

Recubierta con plancha de oro primorosamente grabada, con brillantes azulejos de loza azul embutidos, decorados en oro con los protectores emblemas del Mundo Subterráneo y casi ocupando el área entera de la Cámara funeral. En realidad, sólo había un espacio de 30 a 60 centímetros separándola de las paredes por sus cuatro costados, mientras su cubierta con gran cornisa superior casi llegaba hasta el techo. En el frente del lado oriental había:

124. *Un cisne negro*

tallado de madera, y envuelto en fino tejido de lino. En este extremo estaba

125. *La gran puerta plegable*

la cual cuando se le hacía girar descubría la segunda urna en el interior y una serie de maravillosos objetos, como, por ejemplo:

126. *Un tarro de esencia, de alabastro*

embellecido con plata y oro, tallado en una pieza de aquella pura piedra semitransparente, teniendo figuras de Hapi (el Dios Nilo) sosteniendo a ambos lados enseñas realzadas con Uraei que llevan las coronas del Alto y Bajo Egipto. El vaso tiene también una

orla, calada, con flores de lotos y papiros simbolizando la «Unión de los Dos Países», y en lo alto de su delgado cuello una ancha boca sosteniendo un buitre de alas extendidas, como tapa. El frasco contenía aún el fragante perfume.

Ante él se ven caídos fragmentos del Palio; y otro tarro de ungüento, tallado en alabastro, teniendo por tapa un recostado león con una larga lengua. Apoyados en los rincones de la urna hay una colección de bastones y báculos de ceremonia y una maza. Entre ellos estaban el bastón de oro y el de plata con estatuitas del joven Rey, en su metal respectivo, el prototipo del bastón de oro y de plata de las cortes reales de hoy.

Cuando todos estos objetos fueron registrados y trasladados cuidadosamente, ya preparados nuestro andamio y herramientas, comenzó el desarme de esta gran urna.

127. *El primer trozo de la cubierta de la urna*

siendo conducido a la Antecámara.

128. *El mismo trozo*

con protectores buitres-Mut en oro sobre la superficie interior.

## EL PALIO

Cubriendo el techo de la segunda urna había un gran Palio de lienzo moreno sostenido por una

129. *Armadura de madera*

de construcción especial.

130. *El gran Palio de lienzo.*

Está decorado con rosetas o margaritas de oro cosidas al tejido. La parte horizontal superior está intacta, pero con la acción del tiempo los costados que cuelgan estaban desgarrados y caídos por el peso del adorno de metal (rosetas).

Era un problema difícil su transporte sin ocasionarle ulterior daño; sin embargo, el Dr. Alexander Scott lo roció con una solución de goma que reforzó el tejido y nos permitió, después de quitar las rosetas, arrollarlo a un enorme cilindro de madera pudiendo así transportarlo al laboratorio sin mayor daño.

131. *Arrollado el Palio de lienzo.*

132. *Las riostras cruzadas superiores que sostenían el Palio.*

## LA SEGUNDA URNA

Hasta después de trasladar el Palio y su armadura no pudimos ocuparnos en la segunda urna interior, de tipo semejante a la primera, excepto en el embutido de loza azul. Las superficies interior y exterior de esta urna estaban completamente doradas y magníficamente talladas con escenas del Rey ante los dioses y demonios de «Amduat», Mundo Subterráneo. Pero esta urna estaba cerrada, no solamente con grandes cerrojos de ébano, arriba y abajo, corridos en armellas de cobre, sino que también, en el centro, las puertas plegables tenían armellas de bronce atadas con cuerda, en la cual el sello (de arcilla) original estaba intacto.

133. *El sello de arcilla sobre la urna*

con la marca del sello de Tut-Ankh-Amen. La composición aquí consistía en el Chacal venciendo a nueve enemigos bajo el cartucho de Tut-Ankh-Amen, simbolizando claramente el chacal Anubis al difunto Rey.

Este sello intacto nos proporcionó los datos que andábamos buscando. ¿Por ventura los ladrones de tumbas, que habían penetrado en la Antecámara y su adyacente, en la Cámara funeral y su cuarto-almacén, habían llegado hasta el Rey? La urna estaba intacta, sus puertas ostentaban su original sello sin menoscabo, lo cual indicaba que no habían llegado. Por lo tanto, de aquí en adelante, dentro de aquella urna nosotros íbamos a pisar donde nadie había entrado, íbamos a habérmolas con material intacto desde que el joven Rey descansaba allí, hacía próximamente unos tres mil trescientos años. Habíamos al fin hallado lo que nunca soñamos poder alcanzar –una percepción íntima de las costumbres funerarias en el enterramiento de uno de los antiguos Faraones de Egipto. Cautelosamente cortamos aquellas cuerdas, preliminar de la apertura de aquellas magníficas puertas.

134. *Las puertas plegables de la segunda urna*

con el difunto Rey representado en ellas ante Harmachis y Osiris. Ávidamente las abrimos, presentándose ante nuestros ojos una tercera urna de oro, con puertas también selladas e intactas, y notables por los extraños dioses grabados sobre ellas.

135. *Una de las puertas de la tercera urna.*

Los Espíritus Guardianes sobre las Cavernas de la Noche.

## LA PRIMERA OJEADA DEL SARCÓFAGO

En este punto fue cuando nos dimos cuenta de que iba a ser posible, con la apertura de las puertas, desentrañar el secreto que aquellas urnas habían guardado tan celosamente a través de los siglos. Fue éste un momento que no olvidaremos fácilmente. Íbamos a presenciar un espectáculo tal como ningún otro hombre de nuestro tiempo había tenido el privilegio de ver. Yo corté cuidadosamente la cuerda, recorrí los cerrojos, abrí las puertas y descubrimos una cuarta urna, semejante en la traza a la última y aún más deslumbradora que ella.

136. *Abriendo la puerta de la tercera urna.*

Se aproximaba el momento decisivo. ¿Qué habría dentro? Con intensa excitación fueron descorridos los cerrojos de la última puerta, se abrió ésta lentamente, y allí, llenando por completo el área interior e impidiendo de hecho todo ulterior avance, estaba un enorme sarcófago de cristalina piedra arenisca, intacto, con la tapa todavía firmemente en su sitio, tal como manos piadosas la habían colocado.

137. *Abriendo la puerta de la cuarta urna.*

Fue un momento emocionante, cuando contemplamos el espectáculo, acrecentado por el oro deslumbrador de las urnas. Os mostraré lo que vimos:

138. *El sarcófago dentro de la cuarta urna.*

Entonces observamos por vez primera la extendida mano de una diosa sobre el sarcófago, como si desviase a un intruso. Simbolizaba una idea de hermosa concepción, y realmente una prueba

elocuente de la perfecta fe y tierna solicitud por el bienestar del que amaban que sentía el pueblo que habitó en aquel país hacía más de treinta siglos.

## LA CUARTA URNA DE ORO

Por este último experimento tuvimos un concepto mucho más claro de la operación que inmediatamente se presentaba ante nosotros. Las dos urnas restantes, ahora tan próximas una de la otra, debían ser desarmadas y trasladadas antes de poder proyectar ningún nuevo paso hacia el sarcófago. Y por eso fue por lo que tuvimos que trabajar durante otro mes antes de dejar completamente libre la recóndita urna cuarta. Esta era naturalmente la más pequeña de todas, y cuando quedó libre de las otras urnas tenía todo el aspecto de un tabernáculo de oro.

### 139. *La cuarta urna interior*

con sus dorados costados y techo cubiertos de textos religiosos en bajo relieve. Sobre sus puertas plegables, cerradas con cerrojos, pero no selladas, hay aladas figuras de Isis y Nephthys, signos «Nub» en pie, majestuosos en su expresión protectora.

### 140. *Nephthys sobre la puerta de la cuarta urna.*

El techo y cornisa, contra lo que suponíamos, estaban hechos de una pieza, en vez de varios trozos como las urnas precedentes. Era muy pesado. El problema consistía en la manera de levantarlo y desprenderlo de sus costados en un espacio tan limitado. Afortunadamente, con una improvisada grúa trazada especialmente para este objeto, en varios días de cuidadosa labor vencimos la dificultad; con apenas un centímetro disponible lo fuimos volviendo gradualmente y lo arrastramos a la Antecámara, en donde está todavía.

### 141. *El techo de la cuarta urna.*

El traslado de los cuatro costados de esta urna que quedaban cercando inmediatamente, y como dando la vuelta, exactamente ajustados al sarcófago, era una empresa mucho más sencilla. Era el final de aquellos complejos problemas originados por el desar-

me de las cuatro grandes urnas que encerraban el sepulcro. Una tarea de más de ochenta días.

## EL SARCÓFAGO

Al levantar el techo de la última urna quedó descubierta la tapa del sarcófago, y al trasladar los cuatro costados de esta urna quedó libre el gran ataúd de piedra. Nosotros estábamos más que recompensados, pues allí, libre de toda construcción circundante, estaba un magnífico sarcófago de maravillosa manufactura, tallado en un sólido bloque de la más hermosa cristalina piedra arenisca amarilla, midiendo 2,55 metros de largo, 1,35 metros de ancho y 1,45 metros de alto.

Fue el 3 de febrero cuando tuvimos una perspectiva completa de este imponente monumento, clasificándolo entre los más hermosos ejemplares en su género que el mundo posee. Esta obra maestra sepulcral, digna tan sólo de guardar los restos de un rey, tiene un rico entablamento consistente en un caveto o moldura, toro y piso de inscripciones. Pero lo más notable y saliente de la decoración del ataúd son las diosas guardianas Isis, Nephthys, Neith y Selk, talladas en alto relieve sobre cada uno de los cuatro ángulos, colocadas de modo que sus alas, completamente desplegadas y sus brazos extendidos, rodean el sarcófago con nada menos que un brazo protector.

### *142. La diosa guardiana Selk en el ángulo sureste.*

Alrededor de la base corre un neto con los símbolos «Dad» y «Thet», mientras los ángulos del ataúd descansan sobre losas de alabastro. Entre las paredes de la última urna y los costados del sarcófago no había objetos, excepto en el centro del lado sur un gran símbolo «Dad» de madera pintada colocado allí para «seguridad y protección».

### *143. La tapa del sarcófago.*

La tapa presenta la particularidad de estar hecha de granito rosa, teñido para que case con la cristalina piedra arenisca del ataúd, y estaba hendida de parte a parte por el medio. Estaba firme-

mente empotrada en el rebajado borde superior del ataúd, y las grietas estaban cuidadosamente tapadas con argamasa y pintadas de acuerdo con el resto, no habiendo duda de que no había sido trastrocada. Indudablemente el primer diseño debió de consistir en una tapa de cristalina piedra arenisca en concordancia con el ataúd: parece, por consiguiente, que algún accidente debió de haber ocurrido: sea que la tapa primitiva se hubiese deteriorado en el transporte, sea que no se pudiese terminar a tiempo para el enterramiento del Rey, y hubiese sido substituida por esta loza de granito toscamente hecha.

La rotura complicaba enormemente el problema de nuestro esfuerzo final, el levantamiento de la tapa, pues de haber estado entera, la operación hubiese sido mucho más fácil; pero la dificultad fue vencida cruzando hierros en ángulo a lo largo, y encajando fuertemente los lados de la losa, lo que permitió levantarla con poleas diferenciales como si fuese de una pieza.

## EL LEVANTAMIENTO DE LA TAPA

Muchas escenas extrañas han debido de ocurrir en el Valle de los Reyes desde que se convirtió en el campo de enterramiento Real del Nuevo Imperio tebano, y éstas no pueden dejar de clasificarse entre las más interesantes y dramáticas.

En cuanto a nosotros, constituía el momento supremo y culminante. Un momento esperado con anterioridad desde que empezó a resultar evidente que las cámaras descubiertas en noviembre de 1922 debían de ser la tumba de Tut-Ankh-Amen y no un escondrijo de su ajuar como había sido propalado.

Ninguno de nosotros sentía otra cosa que la solemnidad del acontecimiento; ninguno de nosotros estaba afectado más que por la expectativa de lo que estábamos a punto de ver: el enterramiento de un Rey del Antiguo Egipto de treinta y tres siglos antes. ¿Cómo hallaríamos al Rey? Nuestras almas estaban cargadas de preocupaciones durante aquel silencio mantenido.

El aparejo para levantar la tapa estaba preparado. Yo di la voz. En

medio del profundo silencio la enorme tapa, pesando más de una y cuarto toneladas, se alzó de su asiento. La luz brilló dentro del ataúd. Lo que se presentó ante nuestros ojos nos confundió al principio.

144. *El interior del sarcófago.*

El contenido estaba completamente cubierto por envolturas de fino lienzo.

145. *Desenrollando las envolturas.*

Desenrollamos aquellas envolturas que servían de mortaja, tres en número, una por una, y una exclamación de asombro escapó de nuestros labios; tan sorprendente era la escena que se presentó ante nuestros ojos: una efigie de oro del joven rey, de la más espléndida factura, llenaba todo el interior del sarcófago. Esta efigie era la tapa de un maravilloso féretro antropoide, de unos siete pies de largo, descansando sobre unas bajas andas en forma de león. Sin duda alguna éste es el más exterior de una serie de féretros, dentro de los cuales se encierran los restos mortales del Rey. Abrazando el cuerpo de este magnífico monumento están dos diosas aladas, ejecutadas en rica labor de oro sobre yeso, tan brillante como el día en que se hicieron. A esto se añadía como un encanto más el que mientras esta decoración estaba ejecutada en fino bajo relieve, la cabeza y las manos eran exentas, de la más hermosa escultura en oro macizo, sobrepujando a todo cuanto habíamos visto nunca. Las manos, libres, están cruzadas sobre el pecho, y sostienen los emblemas reales –el cayado y el mangual, de oro macizo, adornado con incrustaciones de lapislázuli–. La cara y partes más notables están maravillosamente cinceladas en recia plancha de oro. Los ojos son de cristal. Había una nota de realismo, pues mientras el cuerpo de esta figura era de brillante oro amarillo, el de la descubierta cara y manos era diferente; el oro de la carne era de distinta aleación que le daba la palidez de la muerte.

Sobre la frente del joven Rey hay dos emblemas delicadamente labrados en plata: la Culebra y el Buitre, símbolos del Alto y Bajo Egipto, y quizá lo más hermoso y conmovedor de todo fuese que

alrededor de aquellos emblemas había una diminuta guirnalda de flores de loto, que no valdría sino unas cuantas piastras, pero que representaba el último adiós, ofrenda de la joven Reina al difunto representante de los dos Reinos.

Puedo aseguraros que, entre todo aquel esplendor regio, aquella magnificencia real, brillando el oro por todas partes, no había nada tan hermoso como aquellas pocas flores marchitas, conservando todavía su tono de color, el azul y el amarillo de loto; y nos decía que era realmente muy corto un periodo de tres mil trescientos años, no más que el Ayer y el Mañana. Verdaderamente, aquel pequeño rasgo de ternura hacía hermanar a aquella antigua con nuestra moderna civilización.



LA TUMBA DE TUT-ANKH-AMEN  
LA SEPULTURA DEL REY Y LA CRIPTA INTERIOR

*NUEVAS CONFERENCIAS PRONUNCIADAS EN MADRID,  
EN MAYO DE 1928, POR EL ARQUEÓLOGO INGLÉS  
MR. HOWARD CARTER, DESCUBRIDOR DE LA TUMBA  
DE TUT-ANKH-AMEN, RESPONDIENDO A LA INVITACION  
DEL COMITE HISPANO-INGLÉS QUE PRESIDE  
EL SR. DUQUE DE ALBA*

PRIMERA CONFERENCIA  
LA SEPULTURA DE TUT-ANKH-AMEN

Señores:

Si la memoria no me es infiel, la última vez que tuve el honor de dirigirles la palabra acerca de la tumba de Tut-Ankh-Amen y de sus contenidos, les indiqué hasta dónde habían llegado nuestras exploraciones, o sea hasta el gran sarcófago de cuarzo; les relaté cómo levantamos la tapa, cómo apartamos las envolturas y mortajas y pusimos al descubierto el ataúd exterior del rey.

En realidad, sólo pude mostrarles entonces la escalera de entrada, el pasaje subterráneo descendiendo en rápido declive, la antecámara y sus tesoros, la cámara mortuoria con sus doradas arcas resguardando el magnífico sarcófago, y, al dirigir nuestras miradas hacia el contenido de éste, el ataúd exterior recubierto de oro, afectando la forma de una estatua yacente del joven rey, simbolizando Osiris, o bien —a juzgar por su mirada contemplativa, exenta de todo temor— la confiada esperanza de los antiguos en la inmortalidad.

Me propongo, por lo tanto, al dar comienzo a esta conferencia, retrotraernos a aquel mismo momento y esforzarme en referirles todo cuanto nos han revelado nuestras subsiguientes investigaciones acerca de tan magnífica sepultura.

Al emprender de nuevo nuestra labor, la tarea que se presentaba ante nosotros, siguiendo una concatenación científica, consistía, en primer lugar, en extraer la serie de ataúdes encerrada dentro del sarcófago; en abrir y examinar cada uno de ellos; y finalmente en proceder a un examen detenido de la momia real. Tal empresa nos exigió muy cerca de ocho meses, o sea, hasta finales de Mayo del año 1926.

Las Cajas mortuorias que encerraban la momia del rey eran tres en total, colocadas una dentro de otra. Comprendían: en primer lugar, un ataúd exterior hecho de madera de roble y recubierto con una delgada chapa de oro; luego, un segundo ataúd, igualmente de roble, recubierto asimismo de oro y suntuosamente incrustado con cristal policromado; y, finalmente, un tercer ataúd interior, de oro macizo, delicadamente cincelado y adornado con ese trabajo de orfebrería que los esmaltadores llaman «cloisonné».

Ahora bien: en los trabajos arqueológicos ocurre casi siempre lo contrario de lo que uno esperaba. El extraer y abrir esas cajas primosas, sin estropearlas, resultó ser un trabajo muy complicado. En cuanto al proceso que hubimos de seguir para examinar con el debido detenimiento la momia real, lo menos que de ello puede decirse es que fue sumamente desagradable.

Basándonos en la apariencia exterior del ataúd externo de Tut-Ankh-Amen, y en el estado de conservación de las momias reales descubiertas anteriormente, y que hoy se hallan en el Museo del Cairo, esperábamos lógicamente que los despojos de este rey, a los que nadie había tocado durante tantos siglos, se encontrarían en condiciones casi perfectas. Desgraciadamente no fue así. A pesar de hallarse encerrado en tres cajas mortuorias perfectamente ajustadas una dentro de la otra, y la más interna hecha de oro macizo; a pesar de las pruebas manifiestas de que la momificación habíase llevado a cabo con el mayor cuidado; de estar envuelto en masas de sudarios sutilísimos, de tejido fino como la telaraña; y de haber sido enteramente cubierto con toda clase de ornamentos y amuletos, fue, desgraciadamente, la misma costumbre del último rito funerario lo que causó casi su destrucción. En el curso de esos últimos ritos funerales habíase vertido sobre la momia una cantidad considerable de un-

güentos sagrados, manifiestamente con fines religiosos o significado piadoso. El rito funeral de los egipcios estaba, en efecto, lleno de simbolismo. El recuerdo del cuerpo de Osiris untado por los dioses había de conferir a la ceremonia todo el peso de la tradición religiosa.

Pero cualquiera que haya sido la intención sagrada, el resultado, considerado desde el punto de vista arqueológico, ha sido desastroso. No hay duda de que aquellos líquidos sagrados, encerrados herméticamente durante miles de años dentro de unas cajas de madera y de metal, han ocasionado una lamentable desintegración del contenido. Esos aceites y resinas consagrados preservaron, ciertamente, la momia, durante un largo período de tiempo. Pero en el curso de cerca de tres mil años su propia descomposición los trasformó en corrosivos. Los aceites se convirtieron en ácidos untosos que ejercieron una acción destructiva sobre el tejido de los sudarios, sobre la misma fibra de las telas y hasta sobre los huesos de la momia. Por otra parte, sus residuos solidificados formaron una masa dura, negruzca, parecida a la pez o al alquitrán, que acabó por unir fuertemente, como con cemento, la momia con el fondo del ataúd. En tales condiciones, hacía totalmente imposible desenvolver la momia del rey limpia y sistemáticamente, según esperábamos hasta entonces poder hacerlo. Los vendajes y fajas de lienzo, disgregados como si estuviesen carbonizados por el calor, no pudieron desenrollarse y hubieron de ser quitados pedazo por pedazo.

Surge, naturalmente, la cuestión de saber si todas las momias reales del Nuevo Imperio egipcio fueron sometidas al mismo tratamiento, por lo que respecta a su untura con ungüentos. Poseemos, a mi entender, pruebas suficientes para afirmar que en efecto tal ceremonia fue común a todas ellas. Pero el hecho de que aquellas momias fuesen despojadas de sus envolturas, joyas y demás adornos, hace ya muchísimo tiempo, hizo precisamente que se hallasen a la vez libres de los elementos destructivos, que han resultado tan desastrosos para la momia de Tut-Ankh-Amen. Se nos ofrece aquí un ejemplo macabro de esa ironía que suele salir al encuentro del investigador. Los profanadores de sepulturas que en busca de rico botín arrancaron los restos de los Faraones de sus sarcófagos, involuntariamente,

efectuaron, cuando menos, una obra útil: la de protegerlos contra los efectos químicos de los ungüentos, antes de que éstos pudiesen ejercer una acción corrosiva.

Mas con todo, y admitiendo que nuestro trabajo, en esta parte de la empresa, no fue todo lo limpio y aseado que pudimos desear, me es sumamente grato asegurarles que no se ha perdido casi ningún dato, y que eventualmente logramos preservar la momia real y volverla a sepultar en su tumba.

Otra de las dificultades con que tropezamos fue debida a un gran derrame de esos ungüentos, derrame que llegó a solidificarse en el espacio que separaba cada ataúd del otro, uniéndolos fuertemente. Era preciso separarlos y sacarlos individualmente sin deteriorarlos. Por fin conseguimos resolver también este problema, y poseemos hoy los tres perfectos y maravillosos ataúdes descubiertos.

#### PROYECCIONES

Señores:

Voy a enseñarles ahora, por medio de ampliaciones hechas con las fotografías de Mr. Harry Burton, los resultados de nuestras investigaciones, en el orden mismo en que fueron hechos los descubrimientos.

*El ataúd exterior, según apareció en el sarcófago, cubierto con envolturas de lienzo.* Cuando logramos levantar la tapa del sarcófago y nuestras luces iluminaron el interior del mismo, lo único que vimos fue su contenido cubierto completamente con envolturas de lienzo oscuro. La primera impresión fue desconcertante. Pero cuando desenrollamos esas envolturas, la última dejó al descubierto un suntuoso ataúd exterior chapado de oro, afectando la forma de una estatua yacente del rey adolescente, simbolizando Osiris.

*El ataúd exterior dentro del sarcófago.* Este ataúd mayor mide 2 metros 24 centímetros de largo; es de madera de roble tallada y está recubierto con una delgada chapa de oro, siendo el rostro y las manos del mismo metal pero más macizo, y batido.

La inscripción que lleva la parte anterior contiene el último llamamiento del joven monarca a la diosa de los cielos: «¡Oh Madre Nut! Extiende tus alas sobre mí como las Estrellas Imperecederas».

*La cabeza y los hombros del ataúd exterior.* Las manos, cruzadas sobre el pecho, sostienen los emblemas reales: el cetro en forma de báculo y el *flagellum*, incrustados con cerámica, de un azul oscuro. Sobre la frente se ven dos símbolos: el Buitre y la serpiente Cobra, insignias del Alto y del Bajo Egipto, incrustadas con taracea brillante. Alrededor de estos símbolos hállase una diminuta corona de flores. Suponemos que representa la postrera ofrenda de la reina adolescente al joven monarca difunto, su esposo, soberano de los dos Reinos de Egipto.

Levantada la tapa de este gran ataúd exterior, ofrecióse a nuestra vista un segundo ataúd no menos magnífico, asimismo de forma humana, cubierto con una envoltura de lienzo.

*Una corona y guirnaldas de flores sobre la envoltura de lienzo que cubría el segundo ataúd.* Sobre esta envoltura veíanse guirnaldas de flores, compuestas de hojas de olivo y de sauce, pétalos de lotus azul y de anciano, mientras que una pequeña corona de parecida composición habíase colocado en el lienzo sobre los símbolos de la frente. Conservadas cuidadosamente las guirnaldas y la corona, desenrollamos la envoltura.

*Enrollando la envoltura de lienzo que cubría el segundo ataúd.* Fue también ese un momento de gran emoción. Al contemplar

*El segundo ataúd colocado dentro del mayor,* admirábamos uno de los ejemplares más perfectos legados por el arte de los antiguos tallistas de cajas funerarias; de forma de Osiris, y ofreciendo el espectáculo de la Majestad revestida de todos sus atributos.

*El segundo ataúd.* Este magnífico ejemplar del arte tebaico del Nuevo Imperio mide 2 metros y 3 centímetros de largo; es de madera

de roble tallada, chapada en oro y lleva suntuosas incrustaciones de cristal policromado, formando un dibujo que afecta la forma de unas plumas, con jaspe encarnado, lapislázuli y turquesa. Su característica, que llama más poderosamente la atención, es la delicadeza y superioridad de su ejecución, que lo clasifican inmediatamente como obra maestra.

Uno por uno quitamos los clavos de plata que cerraban este ataúd. Levantamos la tapa. Y descubrimos un tercer ataúd, tallado en forma de Osiris como los dos anteriores.

*El tercer ataúd, o caja interior, colocado dentro del segundo.* El rostro, de oro bruñido, hallábase descubierto. Pero alrededor del cuello veíase un collar de flores, y el resto del ataúd estaba envuelto en lienzo encarnado, enrollado apretadamente. Al separar éste se ofreció a nuestra vista un espectáculo asombroso.

*El tercer ataúd, o caja interior, de oro macizo.* Este tercer ataúd interior, que mide un metro 88 centímetros de largo, está hecho de oro macizo: representa una masa enorme de puro metal precioso, que puede evaluarse aproximadamente en ¡cincuenta mil libras esterlinas! O millón y medio de pesetas. El rostro representa asimismo el del rey, pero algo estilizado de modo convencional, para simbolizar el gran Dios de los Muertos, Osiris. Su dibujo es bastante parecido al del ataúd exterior, pues lleva también cincelado por toda su superficie un motivo en forma de plumas; pero sobre los brazos y el abdomen, entremezcladas con dicho motivo, se ven las figuras, semejantes a pájaros, de las diosas Nekhebet y Buto. Estas últimas figuras protectoras, al estar cinceladas sobre el resto en forma de trabajo «cloisonné» macizo, constituyen tal vez la nota más saliente de todo el ataúd.

Grabadas sobre los miembros inferiores, en fino dibujo heráldico, aparecen las figuras aladas de las diosas tutelares: Isis y Neftis.

*Detalles de la parte superior del ataúd de oro.*

*Detalles de la parte inferior del ataúd de oro.* La tapa de este último ataúd estaba unida a la caja por medio de ocho espigas de oro (cuatro por cada lado), aseguradas en sus cuencas correspondientes con clavos de oro. Extraídos estos clavos y levantada la tapa por medio de sus asas de oro, apareció al interior la momia del rey.

*La momia del rey según apareció en primer lugar.* Aquí, por fin, yacía todo lo que quedaba del joven Faraón, que hasta no hace mucho no representara para nosotros sino la sombra de un nombre.

Llenando todo el interior del ataúd de oro veíamos esa momia impresionante, pulcra y cuidadosamente hecha, cuya forma y atavío simbolizaban al Dios de los Muertos.

Lleva sobre el rostro una máscara-retrato, de oro batido, que sugiere la impresión de la juventud segada prematuramente por la muerte. Sobre la frente ostenta las insignias reales. Atada al mentón se ve la trenzada ya convencional barba Osirita. Del cuello cuelga un gran escarabajo sagrado de negra resina. Las manos, de oro bruñido, empuñaron en otro tiempo el cetro en forma de báculo y el *flagellum*, por desgracia ya deteriorados y podridos. Más abajo viene inmediatamente la sencilla mortaja exterior, adornada con aderezos de oro pendientes de un pájaro *Ba*, o alma alada, en forma de pectoral, labrado en oro esmaltado y «cloisonné». Entre las fórmulas inscritas sobre los adornos incrustados, leímos los siguientes epitafios: «Justificado ante Osiris», «Él está ahora ante los espíritus de los Vivos», y «Lo mismo que Re descansa en los cielos».

.....

Señores:

De aquello que acabamos de ver puede deducirse la enormidad de las riquezas enterradas con estos antiguos Faraones. ¡Cuántos tesoros estarían sepultados en ese Valle de los Reyes! De los veintisiete monarcas inhumados en aquel lugar, Tut-Ankh-Amen fue quizá de los menos importantes. ¡Cuál no sería la tentación para la codicia y la rapacidad de aquellos ladrones de sepulturas contemporáneos! ¿Qué

incentivo más poderoso puede imaginarse que estos inmensos tesoros en oro? Es fácil comprender el saqueo de los sepulcros reales si medimos el impulso que lleva a tales crímenes por el valor de aquel ataúd de oro macizo de Tut-Ankh-Amen.

Hemos visto, por otra parte, que tanto los ataúdes como la momia del rey ajustábanse escrupulosamente a una forma que representase y simbolizase el dios máximo de los muertos, Osiris. Parece haber existido para ello una razón poderosa. La íntima asociación de los ritos funerales con aquella deidad se debía, según toda probabilidad, a la creencia de que Osiris hallábase, por muchos conceptos, más cercano al hombre que cualquier otro de los dioses. En efecto sufrió sobre la tierra las ansias de la muerte, fue sepultado y resucitó de la muerte terrenal para elevarse a la vida inmortal.

Pero el tema hacia el cual me permito ahora llamar su atención es el examen de la momia.

En todo el curso de esta operación tuve la suerte de recibir el inestimable auxilio de los doctores Douglas Derry, profesor de anatomía, y Saleh Bey Hamdi, de la misma Universidad egipcia. Altos oficiales del Gobierno egipcio se hallaban también presentes. Todos nos dimos cuenta de la solemnidad de aquella ocasión, todos sentimos honda emoción ante la idea de lo que íbamos a contemplar. Pese a los miles de años transcurridos y a la obra destructora del tiempo, el joven y efímero Faraón iba a dejar de ser la mera sombra de un nombre; volvería a penetrar de nuevo en el mundo de la realidad tangible.

La masa, muy voluminosa, de vendajes carbonizados y podridos, fue separada con el mayor cuidado. En el interior encontramos 143 objetos, incluyendo la diadema y las insignias del monarca, collares simbólicos, amuletos, joyas de uso personal y dos puñales.

Tres de estos objetos daban a estos hallazgos un carácter de novedad. Eran de hierro, lo cual constituye, según creo, la primera prueba auténtica de la introducción voluntaria de tan importante metal en la civilización egipcia.

Además del valor intrínseco de lo encontrado, pudimos establecer otros dos hechos históricos: en primer lugar, que al morir no te-

nía Tut-Ankh-Amen más de dieciocho años; y luego que su parecido físico con Akh-En-Aten era verdaderamente notable, lo cual arroja una nueva luz sobre su probable ascendencia.

Este extraordinario parecido –harto evidente para que se pueda atribuir a una mera coincidencia– ofrece a los historiadores de aquel período un hecho totalmente nuevo e inesperado. La obscuridad de la ascendencia de Tut-Ankh-Amen se desvanece, ahora que vislumbramos la probabilidad de que fuera hijo de Akh-En-Aten, como fruto de una unión no oficial. Y puesto que la reina Nefertiti (la esposa real y oficial de Akh-En-Aten) sólo tuvo hijas y ningún varón, no sería de extrañar que el hijo de un matrimonio menos importante del monarca fuera escogido para la sucesión al trono; en cuyo caso el matrimonio de este hijo con la mayor de las hijas oficiales que sobreviviesen (la princesa heredera, Ankh-Es-En-Amen) se explicaría perfectamente, como lo más conforme con la tradición.

En el curso de nuestro examen no nos fue posible descubrir detalle alguno que nos proporcionara alguna indicación acerca de la causa de la muerte de Tut-Ankh-Amen.

Las siguientes fotografías, que voy a tener el gusto de enseñarles, ilustrarán detalladamente los resultados más importantes de nuestro examen.

## PROYECCIONES

*El Comité presenciando el examen de la momia del rey.*

*La momia preparada para su examen.* Se quitaron los adornos exteriores antes de proceder al examen. Y –según hube de explicar anteriormente– debido al hecho de que los residuos de los ungüentos vertidos sobre la momia, al solidificarse, la unieron con mucha adherencia al fondo de ataúd, fue necesario proceder al examen tal como se hallaba, *in situ*, dentro del ataúd de oro.

Aun cuando los atributos encontrados sobre esta momia eran los de Osiris, el retrato figurado en el rostro era evidentemente el del propio Tut-Ankh-Amen.

*La Máscara de oro batido que cubría la cabeza.* La hermosa máscara, ejemplar único del arte del retrato en el antiguo Egipto, lleva una expresión triste pero serena, cuyas facciones se reconocen inmediatamente por el parecido que evidencian con las de todas las estatuas y de los ataúdes del monarca. Si quitamos la convencional barba Osirita que lleva atada, tenemos aquí un retrato perfecto del joven rey a la edad en que le sorprendió la muerte.

Se advierte en este rostro como un presentimiento de muerte prematura. El adolescente real, manifiestamente lleno de vitalidad, hubo de emprender, en los mismos albores de la virilidad –¿quién nos dirá en qué trágicas circunstancias?– su última jornada, desde el radiante sol de Egipto hasta las tinieblas tremendas del Mundo de los Muertos. Sobre su frente vemos las insignias reales: el buitre de Nekhebet y la serpiente de Buto, emblemas pertinentes a los dos reinos sobre los cuales ejercía el mando supremo. El tocado de la cabeza se halla incrustado con el cristal de un azul fuerte; el collar, con feldespatos verdes, cornalina y lapislázuli.

*El Pájaro «Ba» en forma de pectoral.* Sobre los adornos exteriores de la momia estaba un pájaro *Ba*, o alma alada, labrado en oro «cloisonné», las desplegadas alas extendiéndose sobre el cuerpo del rey. Al quitar unas cuantas envolturas descubrimos una diadema, circundando completamente la cabeza del monarca.

*La diadema real.* Es éste un objeto de suma belleza, de tipo sencillo, con una sola moldura o filete. Es de oro y está incrustada con círculos contiguos de cornalina translúcida, que llevan en el centro unos relieves de oro. Las insignias, o sea el buitre de Nekhebet y la serpiente de Buto, en la parte delantera, son móviles, de modo que podían adaptarse a cualquier corona que llevase el rey.

*La insignia del Alto Egipto en la diadema.* Este buitre de oro –el pájaro de Nekhebet– con ojos de obsidiana, ofrece un ejemplo verdaderamente notable de arte realista por la forma en que está labrado el metal. Tan-

to las características como los detalles de la joya indican claramente que el pájaro simbólico de la diosa tutelar del Alto Egipto era el *vultur auricularia*, o Buitre sociable, que se encuentra todavía en abundancia en las provincias de Egipto y, según creo, también en España.

Debajo de las vendas que envolvían la parte superior de la cabeza se encontró un casquete, estrechamente adaptado al cráneo afeitado del rey.

*El casquete en la cabeza del rey.* Este casquete, hecho de finísima tela de lino, lleva un primoroso bordado trazado con diminutas cuentas, unas de oro y las otras de cerámica de diversos colores, que representa *uraei* (cobras reales). Cada *uraeus*, o serpiente cobra, lleva inscrito el nombre solar, *Aten*; lo cual demuestra que si bien Tut-Ankh-Amen volvió al culto de Amen-re, el dios principal, conservó, en su calidad de representante en la tierra del Dios solar, algo de la creencia en el desterrado cisma de *Aten*.

Para separar los últimos vendajes que protegían el rostro del rey fue necesario proceder con el más exquisito cuidado. Todos comprendíamos la especial importancia y la gran responsabilidad que entrañaba nuestra tarea. Con el suave toque de un pincel de marta cayeron los últimos fragmentos de tela podrida, dejando al descubierto las serenas, plácidas facciones de un adolescente.

*La cabeza del rey como apareció en el primer momento.* Contemplábamos, con los ojos de la realidad, lo que hasta entonces sólo pudimos ver con los ojos de la imaginación. Observarán ustedes que el rostro del rey, a pesar de hallarse muy encogido y disminuido, carbonizado y en estado de extrema fragilidad, denota, sin embargo, todavía cultura y refinamiento. Digna de nota es la forma excepcionalmente alargada del cráneo, peculiar a Akh-En-Aten, y el buen dibujo de las facciones, especialmente el corte bien definido de los labios.

Las peculiaridades físicas que se observan en esta cabeza y en la de Akh-En-Aten no se encuentran en los individuos anteriores de la familia Amenhetap y Thutmes; pero en cambio son características en algunos de los retratos más íntimos de la reina madre Tyi, de

quien parece haber heredado Akh-En-Aten sus detalles físicos más salientes. La explicación más probable de esta manifiesta afinidad entre los dos hombres es que se trata de padre e hijo.

*Grupo de objetos (in situ) hallados entre los vendajes de la momia.* Sobre el cuello y el pecho del rey se hallaban numerosos collares de diversa clase, un escarabajo sagrado colgando de un hilo de oro; muchos amuletos alrededor del cuello, y sobre el abdomen y los miembros un delantal de ceremonias, un cinturón y un puñal.

De los numerosos collares simbólicos que colgaban del cuello del rey, los tres siguientes son, sin duda, los más típicos:

*El collar de Horus.*

*El collar de Neckhebet.*

*El collar de Nebti.*

Estos pectorales, o, por llamarlos por su propio nombre, «el collar de Horus», «el collar de Nekhebet» y «el collar de Nebti» (o sea Nekhebet y Buto), merecen atención especial por la manera como están confeccionados. Son flexibles, componiéndose cada collar de un gran número de placas de oro separadas, delicadamente incrustadas con cristal de colores, opaco, en forma semejante el «cloisonné» de los esmaltadores. Las placas mismas se hallan divididas en varios grupos que forman los principales «distritos» o partes del ala, estando provistas de diminutos ojetes por medio de los cuales están enhebradas unas con otras. Cada uno de los collares comprende de 38 a 256 piezas, siendo cada placa, en sus fundamentos, semejante a las demás, de las que se diferencia tan sólo por la modificación de la forma según las plumas de la parte del ala a que pertenecen.

*El escarabajo sagrado Bennu.* Colgando del cuello del rey por un alambre de oro se halló un escarabajo de resina negra, montado sobre una base de oro. Este escarabajo lleva incrustado el pájaro *Bennu* en el lomo, y el texto *Bennu* (identificado con el corazón) está grabado en su base.

*Dos juegos de amuletos y símbolos hallados en el cuello del Rey.* Entre los muchos amuletos que se hallaron atados al cuello, citaremos: un *Thet* de jaspe encarnado, un *Ded* de oro y un *Uaz* de feldespatos verde; y en otro grupo, varios buitres y serpientes protectores, labrados en oro delgado, cincelado.

Con arreglo a la rúbrica del «Libro de los Muertos» vemos que algunos de estos talismanes, como el *Ded*, el *Thet* y el escarabajo, estaban destinados a sustituir o estimular las funciones respectivas de la espalda, de la sangre y del corazón del muerto; mientras que otros se colocaban en el cadáver para servirle de guía y auxilio en el Mundo inferior.

Sobre el tórax, colocada debajo de los objetos que acabo de mencionar, estaba una serie de joyas de uso más personal, en forma de pectorales colgantes montados sobre cadenas ornamentales.

*El pectoral del buitre de Nekhebet.* Este ejemplar exquisito del arte del joyero, tal vez el más hermoso de cuantos se hallaron en el cuerpo del rey, parece representar la diosa del Sur, Nekhebet de El Kab; pues los detalles típicos del pájaro son, sin duda alguna, los del Buitre sociable, del que hemos hablado antes, y son idénticos con la insignia del Buitre del Alto Egipto de la diadema que acabamos de ver.

*El pectoral de escarabajos Kheper.* En este segundo adorno pectoral, más macizo que el anterior, los escarabajos *Kheper*, de lapislázuli, sostienen en las patas delanteras los discos del Sol y de la Luna, y también la media luna. Sus patas posteriores sostienen los emblemas de la soberanía sobre una barra horizontal, de la cual cuelgan flores de lotus. En este adorno hallamos asociados el escarabajo y las esferas celestes, lo que significa probablemente a la vez Osiris y el Dios Re.

*Pectorales: el Halcón solar, la Esfera lunar y la media luna, y el Ojo sagrado «Uzat».* Estos tres pectorales afectan la forma del «Halcón solar», de *Aah* (la Luna) y del *Uzat*, ojo sagrado de Horus, este último en cerámica azul brillante. Los tres significan el origen celestial del rey.

Estudiaremos ahora los brazos del monarca, que se hallaban cubiertos de brazaletes y pulseras.

*Brazaletes y pulseras (in situ) en los brazos del monarca.* Ambos antebrazos de la momia real estaban literalmente cubiertos con magníficas pulseras, desde el codo hasta la muñeca, encontrándose siete sobre el antebrazo derecho y seis sobre el izquierdo.

*Las pulseras.* Se ven colocadas en la fotografía en el mismo orden en que se hallaron en los brazos del rey. Estas pulseras, de tipo casi moderno en más de un aspecto, se componen de complicadas combinaciones de escarabajos, de granos de oro, de placas de cornalina horadada; algunas están provistas de cintas flexibles hechas con cuentas y abalorios, para pasar la mano; otras cierran en la muñeca con aretes de oro rígido y de ambarino, incrustados con adornos de piedras semipreciosas y de cristal de colores. El diámetro de brazaletes y pulseras demuestra que los brazos del joven monarca eran muy delgados. Ninguna de esas joyas tiene carácter sepulcral, sino que se trata evidentemente de objetos de uso personal que el rey llevara en vida.

Alrededor de la cintura se hallaba un estrecho cinturón, de oro cincelado, del cual colgaban un mandil o delantal de ceremonias y un puñal de oro.

*El delantal de ceremonias.* Este delantal simbólico, o de ceremonias, parece corresponder a los delantales pintados en la indumentaria de los monarcas egipcios de las diversas dinastías que vemos representados sobre los monumentos; pero su verdadero significado no es claro para nosotros.

*El puñal de oro.* Este puñal merece nuestra admiración. Su empuñadura está adornada con listas alternadas de granos de oro y de incrustaciones, al estilo del «cloisonné», terminando el mango con un dibujo hecho de alambre de oro. Contrasta fuertemente con el estilo adornado de la empuñadura la sencillez de la hoja, de oro duro, desnuda y de hermosa forma. Esta no lleva más adorno que las profundas

acanaladuras del centro, que convergen en la punta y llevan en su parte superior una palmita de lirio, finamente grabada.

La hoja estaba encerrada dentro de una vaina de oro, suntuosamente decorada.

*La vaina del puñal de oro.* Sobre la superficie de oro de la vaina hállase modelada, en alto relieve, una escena en extremo interesante, que representa animales salvajes, lo cual permite suponer que el puñal era destinado a la caza. En detalle, vemos: debajo de un friso con volutas e inscripciones, un joven íbice macho atacado por un león; un becerro corriendo, con un sabueso «slughi» que le ha brincado sobre el lomo y se agarra del rabo de su presa; un «cheetah» (leopardo de caza) que ha saltado asimismo sobre el lomo de una gacela adulta (macho) y le hunde los colmillos en el cuello, mientras un león ataca al mismo animal por debajo; más abajo, un toro huyendo de un sabueso; y, finalmente, un becerrito muy joven, también huyendo al galope. Entre los animales, modelados con arte exquisito, se ven plantas tratadas en estilo convencional y estilizadas. Termina en el extremo con un motivo floral muy complicado, el cual, así como el resto de los adornos que figuran sobre el puñal y la vaina, sugiere cierta afinidad con el arte de las islas del Mar Egeo o del Mediterráneo.

Debajo de otros varios vendajes que envolvían la momia hallamos otro cinturón de oro y otro puñal, ofreciendo éste un interés excepcional.

*El puñal de hierro.* Este estaba enfundado en una vaina de oro. El mango tiene en su extremo un botón de cristal de roca y está adornado de modo muy semejante al puñal de que hemos hablado antes; pero la característica verdaderamente única y asombrosa que ofrece esta arma es que su hoja es ¡de hierro, todavía brillante y parecido al acero!

Este hecho histórico, del más alto interés, señala uno de los primeros pasos en el ocaso del Imperio egipcio –el imperio más grande de la Edad de Bronce.

.....

Señores:

Este metal, el hierro, del que hemos encontrado tres ejemplares en la momia del rey: el puñal que acabamos de ver y dos pequeños amuletos fueron probablemente introducidos por los Hititas en Egipto desde Asia Menor, en tiempos de Tut-Ankh-Amen, sin duda en pequeña cantidad, lo cual explica que se considerara entonces como un producto de gran valor. Por lo que a Egipto se refiere, este metal, que ha desempeñado papel tan importante en la civilización, la conducta y el arte de otros pueblos, es aquí una indicación más de la influencia extranjera en esa nación durante aquel período, es decir, hacia fines de la dinastía XVIII. Si estudiamos la historia de Egipto, veremos que a partir de ese momento se advierte cada vez más la intrusión paulatina del extranjero, hasta terminar en la dominación completa. El bronce no podía luchar contra la superioridad del hierro; y así como el bronce sustituyó al cobre, el hierro sustituyó al bronce, lo mismo que en nuestra época el acero había de ocupar a su vez el lugar del hierro.

Otro detalle muy interesante es que ambos puñales hallados sobre el cuerpo del rey pertenecen a un estilo introducido en el país durante la invasión de Hyksos, aproximadamente entre 1750 y 1550 antes de nuestra era. Antes de esa época, el mango del puñal egipcio era de un modelo completamente diferente: sólo tenía una pequeña empuñadura circular, en forma de botón, que se cogía en la palma de la mano.

Para volver a la sepultura del rey, ya conocen ustedes los resultados de nuestros trabajos. La profusión de amuletos y símbolos sagrados que encontramos envueltos en los voluminosos vendajes enrollados alrededor del cuerpo, posee un marcado significado de cuánto se temían para los muertos los peligros del Mundo inferior. Sin duda alguna tenían por misión proteger al difunto contra todo daño en el curso de su largo viaje por los terribles túneles de ultratumba. Hasta se enfundaban los dedos de pies y manos en estuches de oro.

Los ejemplares de joyas de uso personal hallados sobre el rey, pueden servir para ilustrar perfectamente el estilo y el arte de los joyeros y artífices tebaicos de la dinastía XVIII. Su dibujo asocia la

forma natural al simbolismo, de modo que complazca y atraiga a la vez así el sentimiento religioso como el gusto estético. En los que hemos visto aquí, la ejecución es verdaderamente notable. Sería muy difícil para nuestros mejores orífices y joyeros de hoy día superar el refinamiento que se pone de manifiesto en estos reales adornos.

Aquellos ataúdes, esa hermosa máscara, los amuletos, los símbolos y las joyas, nos permiten una ojeada muy interesante e instructiva sobre los sentimientos íntimos de aquellos hombres de la antigüedad. No puede uno menos de quedar bajo la fuerte impresión que nos produce ese soberbio ejemplo de solicitud por el bienestar de sus difuntos, encaminada a asegurarles la suprema felicidad.



## SEGUNDA CONFERENCIA LA CRIPTA INTERIOR

Señores:

Llegado el invierno de 1926-27, la marcha normal de nuestra labor nos llevó a dedicar nuestra atención hacia la tercera estancia –la Cripta Interior, el lugar más recóndito– situada allende la Cámara sepulcral que contenía la tumba propiamente dicha.

Aunque pequeña, sencilla y sin adornos, no por eso dejaba esta nueva estancia de evocar, con fuerza impresionante, los recuerdos del lejano pasado. Cuando por primera vez se penetra en una cámara como esta, cuya santidad ha permanecido inviolada durante más de treinta siglos, el intruso no puede menos de experimentar una sensación de terror mezclado de respeto, cuando no de miedo a secas. Casi parece una profanación el turbar tan larga paz, el romper ese eterno silencio. Hasta el más insensible, al traspasar este umbral sagrado e inviolado, ha de sentir el terror respetuoso y el asombro dimanados de los secretos y de las sombras de aquel tremendo pasado.

La estancia mide algo menos de 5 metros por 4, y un poco más de 2 metros de elevación. Se penetra en ella por una puerta baja abierta en la pared oriental de la Cámara sepulcral. Su sencillez es extrema, sin asomo de decoración. Las cuatro paredes y el techo aparecen tan sólo desbatados, sin alisar, y se echan de ver las huellas del cincel en la superficie de la roca viva. En suma, se halla exactamente en el estado en que la dejaron los obreros del antiguo Egipto, y hasta se pueden ver en el suelo los últimos cascajos arrancados a la roca por su cincel.

Contenía la estancia muchos objetos, de significado místico y de considerable interés, pero, en su mayor parte, de naturaleza puramente funeraria y de carácter intensamente religioso. Eran emblemas de la tumba y del Mundo misterioso de ultratumba.

En el curso de nuestra labor fue afirmándose la idea, apoyada en pruebas manifiestas, de que los objetos colocados en esa estancia y en los demás lugares del sepulcro, formaban parte de un gran

símbolo oculto, y que cada uno de ellos poseía cierta potencia mística. Por extraño y complicado que parezca ese aparato funerario, no cabe duda de que pertenecía a un sistema más o menos organizado, destinado a asegurar el bienestar del difunto. Sistema de defensa contra los terrores de la imaginación humana, resultado de oscuros conceptos. Esa asociación en diversas formas entre los pertrechos funerarios creóse con fines hoy desconocidos; pero, a semejanza de las innumerables células de un cuerpo vivo, se les atribuía el poder de intervenir, en caso necesario, respondiendo a órdenes emanadas de fuentes misteriosas.

Era gente previsora aquella que los construyó; gente que, dada la época en que vivía, no podía escapar a la influencia cegadora de las costumbres tradicionales. Realmente, entre el material encontrado existen pruebas patentes de las espléndidas capacidades poseídas por la raza que supo crearlo.

Esta cámara hallábase llena de figuras representando divinidades protectoras; estatuillas de los dioses que formaban la «Divina Novena» del Otro Mundo; otras del mismo rey, mostrando los atributos de soberanía que se esperaba retuviera; barquitas para que pudiera seguir los viajes del sol; canoas para ir de caza en el otro mundo; barcos mayores para la Santa Peregrinación; otros bajeles para cruzar las celestiales aguas, hasta alcanzar la orilla de aquellos «Campos de los Bienaventurados»; preciosos cofrecitos conteniendo tesoros y artículos de tocador para la vida futura; kioscos con figuras funerarias (*shawabtis*) que habrían de trabajar para el difunto en los «Campos Elíseos»; finalmente, lo más necesario de todo, el templete con los vasos canopes y el arca donde se colocaban las vísceras del monarca, bajo la protección de cuatro diosas tutelares y de sus genios, y que desempeñan papel tan importante en el ritual de la momificación.

Es este lugar recóndito, esta última cripta situada detrás de la cámara sepulcral, lo que me propongo enseñarles y describirles en esta conferencia, juntamente con sus múltiples e interesantísimos utensilios pertinentes al más complicado culto funerario.

## PROYECCIONES

*La entrada de la cripta.* Colocada en el umbral de la cripta recóndita, impidiendo en cierto modo la entrada, se hallaba la negra figura de Anubis, cubierta con tela de lienzo, yacente sobre un altar piloniforme montado sobre unas andas provistas de varas verticales.

*La figura de Anubis.* Anubis, «El Ocaso de la Tarde», el vigilante guardián de los muertos, que afecta la forma de un perro negro semejante a un chacal, hállase adecuadamente colocado en este lugar. Le permite vigilar a la vez la Cámara sepulcral con su morador, y su dominio, la Cripta recóndita. En realidad, es posible que su presencia en el umbral explique el que esta puerta no estuviera ni cerrada ni precintada.

*El animal Anubis.* El origen de este animal Anubis, de tamaño natural, que inspira casi temor, de madera tallada pintada de negro, es difícil de explicar. La figura semeja un perro-chacal domesticado como pudieron tenerlos los pueblos primitivos; y sus rasgos de afecto y lealtad para su amo, cuyos bienes sabía distinguir y defender, pueden haber inspirado a los antiguos la idea de escogerlo como guardián vigilante de sus difuntos. Su culto era universal en Egipto, y en tiempos dinásticos, cuando llegó a desarrollarse paulatinamente la costumbre de embalsamar a los muertos, este animal fue consagrado como santo patrón de ese arte fúnebre.

*La antorcha mágica.* Colocadas en el mismo umbral, en el suelo delante de Anubis, encontramos una pequeña antorcha de caña y una tablita de arcilla. Grabado en ésta se leía un texto mágico, que decía: «Para rechazar al enemigo, en cualquiera forma que se presente, y para impedir a la arena el sepultar la cámara secreta».

*La vaca Meh-Urit (in situ).* Inmediatamente detrás de la figura de Anubis y vuelta hacia el Poniente, se encontraba una cabeza de vaca.

*La vaca Meh-Urit.* Esta cabeza de vaca, llamada «El-ojo-de-Re», representación de la diosa Hathor como «Amante de Amentit», el país

del ocaso, recibe en el «Valle del Poniente» el sol en su ocaso y los difuntos.

Su cuello, en parte negro, simboliza las tinieblas del Valle, mientras que su cabeza dorada representa los áureos rayos del sol poniente reflejados en sus facciones anchas, casi humanas.

*Arcas en forma de relicarios conteniendo figuras de dioses.* Estas arcas se hallaban en el rincón sureste de la cámara y en parte también a lo largo de la pared meridional. Negras, de aspecto poco atractivo, estas arcas, en forma de relicarios, estaban cerradas y precintadas. Contenían figuras de dioses que forman la «Divina Novena» del Mundo de Ultratumba.

*Dos de las arcas, abiertas.* En cada una de esas arcas se hallaba la figura de un dios, envuelta o, mejor dicho, ceñida en un lienzo salido de los telares de Akh-En-Aten; pero todas tenían la cara descubierta, y muchas de ellas llevaban una guirnaldita de flores alrededor de cuello.

Esas figuras están colocadas sobre un pedestal de madera negra. Son de madera tallada, cubiertas de yeso y profusamente doradas, con los ojos incrustados. Las más típicas del grupo son las siguientes:

*Amsset y Mamu.*

*Ptah.*

*Sekhmet.*

*El Gran Horus.*

*Ta-Ta.*

*La Divina (Serpiente) Ankh.*

*El Halcón Spedu.*

*El Halcón Gemehsu.*

*Arcas que contenían estatuillas del Rey.* En el rincón situado al suroeste se hallaban muchas otras arcas en forma de relicarios, conteniendo estatuillas del monarca.

*Una de las arcas, abierta.* Algunas de estas arcas contenían hasta cinco diminutas estatuas envueltas en lienzo; pero a semejanza de las de los dioses, tenían la cara descubierta.

Estas encantadoras estatuillas son de madera dorada. Se echa de ver en ellas los mejores rasgos y cualidades del arte del Nuevo Imperio, con algunas características de la escuela de El Amarna y otras del estilo tebaico, más ortodoxo. Realmente puede decirse que representan la fase de transición entre las dos escuelas.

Parecen representar a Tut-Ankh-Amen como monarca soberano, dedicado en la vida futura a santas ocupaciones, con el fin de mostrar que «no ha de morir por segunda vez en el Mundo de Ultratumba».

*Tut-Ankh-Amen como soberano del Bajo Egipto.* Una de las pequeñas estatuas lo representa como monarca soberano del Bajo Egipto, empuñando el cetro y el *flagellum*.

*Tut-Ankh-Amen como soberano del Alto Egipto.* Otra de las estatuas lo representa como soberano del Alto Egipto, empuñando el cayado de los pastores y el mayal del labrador.

*Tut-Ankh-Amen sostenido por Mankaret.* Una tercera estatua muestra al rey sostenido por una divinidad llamada Mankaret (?), para saludar al sol naciente.

*Tut-Ankh-Amen sobre un leopardo.* Esta cuarta estatua es un grupo realmente misterioso, que representa a Tut-Ankh-Amen saliendo del Otro Mundo a lomos de un leopardo negro.

*Tut-Ankh-Amen en jornada de Horus el Vengador.* En esta quinta estatua aparece el monarca bajo la forma de Horus el Vengador, montado en una canoa de cañas, persiguiendo el abominable enemigo tifonial.

El asunto de este último ejemplar, por cierto muy hermoso y lleno de fuerza, de la escultura egipcia, se inspira evidentemente en el mito de Horus. En él vemos que Horus, en su lucha contra Set, tomaba la forma de un joven de estatura y musculatura sobrehumanas,

manejando una gran jabalina y su cadena como si fuera una ligera caña, para matar y destruir el hipopótamo tifonial Set, oculto en las aguas del río.

*Una flotilla de diez y ocho barcos.* Hacinados sobre la tapa de aquellas arcas negras en forma de relicarios, o diseminados en otros lugares de la cripta, se hallaban numerosos barquitos. Ofrecen un interés particular, en cuanto constituyen una huella de la costumbre, mucho más antigua, de suministrar a los muertos barcos en miniatura: barcas para seguir los viajes del sol; canoas destinadas a acompañar a Horus en sus cacerías por los pantanos; navíos dedicados a la Santa Peregrinación, y otros bajeles que habían de servir para que el difunto no dependiera de los favores de los barqueros celestiales, para llegar a los «Campos de los Bienaventurados». Merced a la potencia mística inherente a esos barcos en miniatura, el viajero real conseguía su independencia.

*La barca del Sol.* Esta representa una embarcación ligera, que había de servir al monarca para seguir los divinos viajes del astro solar; afecta el tipo de una canoa primitiva de cañas, con proa y popa en forma de loto.

*Una canoa de papiro.* Una canoa de papiro, destinada a seguir las cacerías de Horus en el Otro Mundo. Esta embarcación primitiva semeja aquellos toscos botes de junco que todavía hoy se usan en las orillas del Alto Nilo para la caza, particularmente de aves acuáticas, y para cruzar los pantanos.

*Una barca de pasaje.* Una embarcación que tenía por objeto hacer al rey independiente de los barqueros celestiales, cuando cruzara las tempestuosas aguas que le separaban de los «Campos de los Bienaventurados». La proa y la popa, curvadas, terminan en forma de umbelas de papiro.

*Un barco principal para la Santa Peregrinación.* Un barco principal, completamente aparejado con todas sus jarcias, para guiar la Santa Pere-

grinación; provisto de un puente central con su cabina, y de pabellones dorados sobre los puentes de proa y popa.

Esos barcos principales tomaban a remolque cierto número de barquitos más pequeños, de forma parecida, pero sin mástil ni velas.

*Los barquitos de la Santa Peregrinación.* Los barcos más pequeños destinados asimismo a la Santa Peregrinación, y que tomaba a remolque el barco principal, van provistos de una cabina central con doble techo, y de una garita para el vigía tanto a proa como a popa.

Tanto el barco principal como éstos representan antiguas carabelas orientales, sin cuadernas, teniendo tan sólo tajamar y timón y unos bancos para ensamblar los costados.

*El rincón noreste de la cripta.* En el rincón noreste de la cripta, entre otros varios objetos, se hallaban unos cuantos kioscos o templetes de madera negra, conteniendo figuras funerarias (*shawabti*).

La función que desempeñaban estas figuras consistía en actuar como substitutos del difunto en las faenas mandadas por Osiris, quien, en su calidad de rey de los muertos, continuaba labrando y regando la tierra y sembrando trigo en los campos de bienaventuranza, tratando a sus súbditos en el Otro Mundo en la misma forma en que los trató sobre la tierra, actuando como su gran jefe y maestro en las faenas agrícolas.

*Templetes para las figuras funerarias (shawabti).* Estas figuras funerarias (*shawabti*) se encontraban en unos templetes de madera negra.

*Una de las figuras funerarias (shawabti).* Eran muy numerosas, y destinadas a faenas de mucha fatiga: «Así como el hombre tiene por obligación lo siguiente: labrar los campos, regar las praderas...». Y, cuando se llamaba al difunto, había de responder y presentarse: «Entonces dirás: «Aquí estoy...»».

*Detalles de las figuras.* Talladas en madera, las caras pintadas color de carne, representan al rey tal como aparece su momia, envuelta en su sudario.

*Aperos de labranza en miniatura (de cobre).* Cada una de las figuras funerarias iba provista de un juego de aperos de labranza: una azada, un pico, un palo para llevar cargas al hombro, espuertas y dos cántaros atados a los extremos de otro palo, para llevar agua. En total, había más de 900 figuras y aperos.

*Las arquetas del tesoro.* A lo largo de la pared septentrional de la cripta se hallaban cinco arquetas, que contenían un tesoro importante. Por desgracia, este grupo de arquetas había sido saqueado por los ladrones de sepulturas contemporáneos, ávidos de apoderarse de los adornos de oro y plata que contenían. Habían sido rotos los precintos, saqueado su contenido y robadas las piezas de más valor intrínseco. Además, el resto quedó abandonado en completo desorden.

Por lo visto, en el Antiguo Egipto las joyas no habían cumplido su cometido al llegar la muerte, pues aquí habíanse depositado toda clase de alhajas, para ser llevadas en el otro mundo.

En lo que se refiere a las arquetas mismas, varias de ellas demuestran un gusto refinadísimo y un arte muy delicado en la ejecución; singularmente en cuanto a obra de marquetería y chapeado. Para la ornamentación de una sola arqueta se emplearon más de 45.000 piezas de incrustación.

*Una arqueta del tesoro.* Una arqueta adornada con marquetería e incrustada de marfil y ebonita. Entre otras joyas contenía dos de las órdenes honoríficas del monarca:

*La Orden del Sol Naciente.*

*La misma condecoración, mostrando de qué manera se llevaba.*

*La Orden de la Luna.*

*Clases de las mismas.*

*Una segunda arqueta.* Esta arqueta tiene forma poco usual: afecta el dibujo ovalado de la cartela o blasón del rey. Está construida en madera procedente de algún conífero, adornada con listas de ebonita.

Pero su rasgo más curioso lo ofrece la tapa, que afecta la forma de una enorme cartela con el apellido de la familia de Tut-Ankh-Amen.

*La tapa de la arqueta.* Los caracteres jeroglíficos son de marfil y ebónita, sobre un fondo de oro, con una cenefa en que se leen los varios títulos y nombres del monarca.

Mezclados con otras alhajas, contenía esta arqueta los pendientes y pulseras del rey, una vestidura litúrgica en forma de estola y parte de sus atributos reales.

*Ejemplares de pendientes.*

*Tres pulseras.*

*La estola.*

*Los cetros en forma de báculo y las «flagella».*

*Una tercera arqueta.* Esta elegante arqueta está hecha de madera de cedro, adornada con barras y estilos de marfil, y lleva cuarterones aplicados de madera calada y dorada, con símbolos que significan: «Toda la Vida y Buena Suerte». El interior de la arqueta está dividido en diez y seis departamentos, destinados a recibir otros tantos cálices de oro o de plata, que, desgraciadamente, fueron todos robados por los ladrones de la época dinástica.

La quinta arqueta, una cajita muy sencilla de madera, contenía el abanico del rey.

*El abanico del Rey.* Un objeto magnífico, hecho con plumas de avestruz blancas y pardo oscuro, engarzadas en un mango de marfil y todavía en todo su primitivo esplendor. El mango está curvado a ángulo recto, de modo a ampliar el movimiento de la muñeca al abanicarse.

Una reliquia como esta parece vencer la idea de tiempo. Han surgido y desaparecido muchas civilizaciones desde que este abanico fue depositado en esta pequeña cripta; pero este maravilloso recuerdo constituye un lazo de unión entre nosotros y aquel tremendo pasado. Nos ayuda a formarnos una idea de aquel pueblo de antigüedad

remota, y a convencernos de que el joven Faraón Tut-Ankh-Amen debía de parecerse mucho a los hombres de hoy.

Vamos a examinar ahora el más importante de todos los monumentos encerrados en la cripta: el magnífico templete de los vasos canopes, con su arca, en los que se conservaban las vísceras del monarca.

*El templete de los vasos canopes (in situ).* Este hermoso monumento alzábese en el centro del extremo oriental de la cripta, precisamente enfrente de la puerta.

Con el fin de aclarar el significado de este monumento, debo recordarles que en el antiguo procedimiento usado para la momificación del cuerpo, se conservaba separadamente las vísceras en cuatro vasijas, llamadas vasos canopes, alusión simbólica a cuatro genios que se hallaban bajo la protección especial de las cuatro diosas tutelares: Isis, Nephthys, Neith y Selket. Y que los cuatro genios, según un antiguo mito, auxiliaban a Osiris en sus desdichas, evitándole padecer hambre o sed, de suerte que se les confió la misión de ejercer la misma vigilancia cerca de los difuntos. Por esto, del antiguo mito y del procedimiento lógico en la momificación provino la singular idea: las vísceras se sacaban del cuerpo y se ponían bajo la custodia de los cuatro genios, que estaban protegidos por las cuatro diosas tutelares.

*El templete de los vasos canopes.* El grandioso templete de los vasos canopes sustentado por cuatro pilares apoyados en una especie de trineo, está completamente cubierto de oro y coronado de hileras de cobrasolares de brillante taracea. A los cuatro lados se levantan graciosas figurillas exentas de las diosas, cada una al cuidado de la custodia con los protectores brazos extendidos.

*La figura de Isis.* La diosa Isis guarda el lado oeste, siendo su genio Amset.

*La figura de Nephthys.* La diosa Nephthys está detrás, hacia el este, siendo su genio Hapy.

*La figura de Neith.* Del lado norte se encuentra la diosa Neith, cuyo genio era Dua-mutef.

*La figura de Selket.* La diosa Selket protege el lado sur, y su genio es Qebah-senuef.

El templete con sus bellas divinidades guarda un cofre canope de alabastro que de nuevo está cubierto con un paño mortuorio de lienzo.

*El cofre canope cubierto con un paño mortuorio.* El paño es una sencilla sábana de lienzo de color pardo oscuro doblada varias veces sobre el cofre, sin ninguna clase de decoración.

*El cofre canope.* El suntuoso cofre canope con las cuatro diosas Isis, Nephthys, Neith y Selket en las esquinas está labrado en un sólido bloque de fino alabastro semi-transparente (espato calcáreo). Tiene un rodapié de oro, descansa sobre dos largueros de madera dorada con mangos de plata, y contiene los cuatro receptáculos para las vísceras del joven rey.

*Los sellos del cofre canope.* Su cubierta, que forma el entablamento, estaba sellada por medio de cuerdas y sellos de arcilla (dos en cada lado) pegados a argollas de oro.

*La cubierta del cofre canope levantada.* Al levantar la cubierta de este cofre aparecieron cuatro bellas tapaderas en figura de cabezas humanas (finamente esculpidas en alabastro), retratos de Tut-Ankh-Amen.

*Las cuatro tapaderas.*

*Una de las tapaderas vista de perfil.* Estas tapaderas servían de cubiertas a cuatro recipientes del cofre.

*Apertura de los cuatro recipientes del cofre.* A su vez, cada uno de los cuatro recipientes contenía la exquisita miniatura de un ataúd de oro.

*Uno de los ataúdes de oro en miniatura.* Estos ataúdes en miniatura, de oro e incrustados, contenían las vísceras del rey, conservadas y envueltas en forma de momia.

Como se nota a primera vista, son el apogeo de las artes de orífice y de joyero. Se trata de pequeñas y perfectas réplicas del gran ataúd de oro que guardaba al mismo rey, pero son de detalle más primoroso, estando incrustadas de pies a cabeza con un dibujo de alas. Cada ataúd tiene una figura de las diosas tutelares del Alto y del Bajo Egipto, Nekhebet y Buto, en forma de ave, fórmula de la diosa guardiana y su genio, y llevan grabados en su interior textos relativos a su protección.

.....

Señores:

Estos eran los aprestos funerarios que guardaba Anubis en la cripta interior o cámara almacén de la tumba.

Desde que se descubrió, no cesaba la imaginación de trabajar pensando en lo que esta cámara pudiera contener. Después de cuatro años de paciente espera, la continuada investigación científica fue gradualmente revelando todo lo que contenía.

La colección, en cierto modo heterogénea, de objetos que llenaban la cámara, puede agruparse en tres diferentes categorías, a saber: requisitos efectivos para la tumba; defensas para el Otro Mundo, y los avíos que se pensaba pudiese requerir el muerto para su uso en la vida futura. Entre ellos hemos visto los dioses y diosas tutelares de la tumba, y el muy importante cofre canope que contenía las vísceras más grandes del rey: el hígado, los pulmones, el estómago y los intestinos. Hemos visto a la Novena de los Dioses ayudarle a través de los peligros a que pudiera estar expuesto en su último viaje a las tinieblas de Ultratumba; barcos para liberarle de los «barqueros celestiales» o para permitirle seguir el Re, el sol, en su viaje por los entrelazados túneles de la noche y el triunfal viaje a través de los cielos durante el día. Hemos visto estatuillas que lo representan en

el acto de la divina caza y otras varias formas de su existencia renovada, ¡y aun joyas para su futuro adorno!, mientras que las figurillas funerarias *shawabti* nos muestran cómo se temían en los «Campos Eliseos» las faenas de Osiris. En realidad, sus sirvientes y enseres, prerrogativas todas de esta vida terrena, se consideraban necesarios para su futura existencia.

No cabe duda de que los ladrones de la época dinástica habrán entrado en esta cámara; pero en sus rapaces pesquisas parece que no han hecho más que abrir y robar los cofres de tesoros. De los datos reunidos en nuestras investigaciones resulta que por lo menos el cincuenta por ciento del contenido de los cofres fue robado por ellos, y como puede inferirse, se apropiaron probablemente lo mejor.



ESTA PRIMERA EDICIÓN DE  
TUTANKHAMÓN EN ESPAÑA  
DE MYRIAM SECO ÁLVAREZ Y JAVIER MARTÍNEZ BABÓN,  
PREMIO MANUEL ALVAR  
DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS 2017,  
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN SEVILLA  
EL 15 DE JUNIO DE 2017





